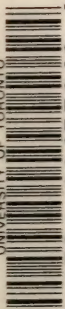
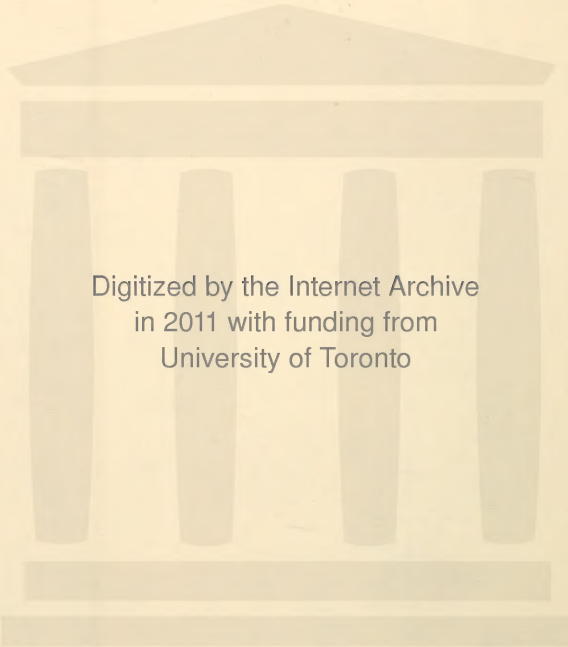


UNIVERSITY OF TORONTO



3 1761 00457040 4



Digitized by the Internet Archive
in 2011 with funding from
University of Toronto

MANUEL L. ORTEGA

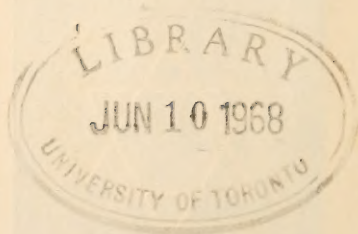
**LOS HEBREOS
EN MARRUECOS**

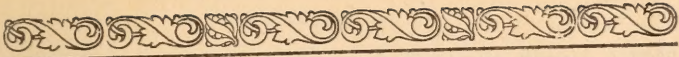


MB.

COMPañIA IBERO - AMERICANA
DE PUBLICACIONES S. A.

DS
135
M8
07
1919





PRÓLOGO

El hecho de alcanzar una segunda edición el libro de Manuel Ortega Los Hebreos en Marruecos es buena prueba de la difusión lograda y de la utilidad que ha prestado. En efecto, este libro, como tantos otros, ha sido más explotado que citado, porque vino a llenar un vacío en nuestra literatura histórico-política contemporánea.

Desde que el Dr. Pulido, con vehemencias de apóstol, inició sus campañas en pro de los sefardíes, viéndose secundado por contadas personas, entre ellas el autor de este libro (1), hasta el día de hoy se ha andado mucho camino; se ha logrado fijar, en parte, la atención de la Prensa sobre este problema de los sefardíes, de tan vital importancia para la expansión de nuestra lengua y para la preponderancia de nuestra cultura y nuestro espíritu en el mundo.

El criterio de intolerancia que produjo la expulsión de los judíos de España tiene una explicación, y aun una disculpa, en la necesidad de lograr la consolidación de la unidad política de nuestra patria sobre el único ele-

(1) Sobre la génesis y evolución de esta campaña en pro de los sefardíes, véase el libro *Figuras españolas. El Doctor Pulido.*

mento común que podía ligar sólidamente a nuestras heterogéneas regiones: la unidad religiosa.

Pero esta explicación histórica se ve y se siente hoy. Durante cientos de años la interpretación de la historia de España ha sido bandera de los partidos políticos en sus contradictorios idearios, y precisamente este hecho de la expulsión de los judíos llegó a ser el eje y caballo de batalla constante de liberales y reaccionarios, en sus lucubraciones apasionadas sobre la filosofía de nuestra historia.

Después de la expulsión, los recelos contra los judíos conversos llenan la historia de nuestros siglos XVI y XVII. Recuérdese que gran parte de las polémicas apasionadísimas de nuestros escriturarios del Siglo de Oro, de las cuales fué una de las víctimas Fr. Luis de León, están inspiradas por este rencor a la raza judía, que no se detiene ni aun en la serena región de la investigación científica.

Rompióse así una gloriosa tradición de tolerancia y de cultura: la tradición que había logrado transmitir a través de toda la Edad Media la ciencia lingüística de los Kimchi y los Ben Saruc, conservada en las aljamas piadosamente, y cuyo máximo fruto se recoge en la fecunda colaboración de Alfonso de Zamora y Pablo Coronel, en el ingente monumento de la Poliglota de Alcalá.

Procuróse en lo sucesivo separar cuidadosamente la ciencia lingüística o arqueológica del hebraizante de todo interés o afición hacia el pueblo o la raza judía. El hebreo se estudia porque es la lengua santa necesaria para

la interpretación de los textos sagrados de nuestra religión; pero el pueblo judío es el pueblo deicida, y un siglo después de su expulsión se siente la necesidad de completar la obra con la expulsión de los moriscos.

Este sentido toma la ciencia hebraica entre nosotros a partir del siglo XVI, y esto significan sus más insignes representantes, desde el coloso Arias Montano, pasando por D. Juan Bautista Pérez, Martínez de Cantalapiedra, F. Martín Castillo, Vicente Trilles y tantos otros, hasta llegar al eminente Pérez Bayer y a Rodríguez de Castro, en pleno siglo XVIII.

En estas condiciones, era difícilísimo abordar el problema de los sefardíes sin suscitar las pasiones de los intolerantes o sin provocar las diatribas del progresismo al uso contra España y contra la tradición y el espíritu de la cultura nacional. Y este milagro se ha realizado. Hoy son muchos los que se ocupan de los sefardíes, soslayando o anulando estas cuestiones pasionales.

Por fin se va elaborando un estado colectivo de conciencia que nos hace sentir la solidaridad cultural e idiomática con estos españoles sin patria, como felizmente se les ha denominado; por fin se va comprendiendo que la formidable expansión de nuestra raza y de nuestra lengua en el mundo es el cimiento más firme de nuestro porvenir político y económico, y que sería una locura arrojar locamente de la órbita de nuestra expansión todo lo que son y lo que valen en el mundo esos tres millones de personas que se sienten solidarizados con nosotros por la lengua y, sobre todo, porque en ellos se ha cultivado románticamente, como una nueva especie de me-

sianismo, el recuerdo melancólico de una patria perdida, cuyo contacto puede ofrecerles de nuevo el sentido tolerante de la civilización contemporánea.

Tenemos el ejemplo del cuidado exquisito con que otros pueblos cultivan el brote más exiguo de expansión del idioma. La lengua no es sólo el vehículo del sentimiento y de la cultura: es también un instrumento de comunicación y, por tanto, un imprescindible elemento creador de riqueza y de poder.

Los hebreos de Marruecos han podido y debido ser el puente de nuestra penetración honda y, por tanto, pacífica entre los elementos musulmanes del país. Pero de esto no hablemos, que páginas más adelante encontrará el lector documentación copiosa y sagaces observaciones y consejos que ojalá hubiesen sido oídos a su tiempo. Los hebreos de Marruecos han sido uno de los elementos básicos para la difusión y predominio de nuestro idioma en el norte de Africa; predominio que hoy se observa, merced a la vitalidad enérgica de nuestra raza, aun en zonas sometidas al dominio político de otras naciones, y que está fundado en una vida tradicional del idioma que cuenta siglos de existencia, regada siempre con lágrimas o sangre. Citaré, en comprobación de este aserto, un texto no exhumado hasta ahora, y muy significativo, de un misionero del siglo XVII:

“ . . . por la mayor parte, los que sirven a los Reyes moros son Cristianos cautivos o renegados o hijos de renegados; y así en este Retiro y Pueblo tan grande casi todos son o cautivos Cristianos o renegados o hi-

jos de renegados; y aunque en aquel cautiverio hay cautivos Cristianos y renegados de muchas naciones, pero como yo he visto, que he andado mucho mundo, en los Reinos que concurren muchas naciones, siempre eligen y aprenden por más fácil para tratar y contratar nuestra Lengua vulgar Española, y así, aquí en Marruecos, que hay de muchas naciones, de todas ellas y Judíos y Moros se enseñan y hablan muchos, por la mayor parte, nuestra Lengua, y particularmente, en esta Alcazaba la hablan de suerte que parece que en eso no se echa menos a España; entre los renegados hay muchos votos y “juro a Cristo” y “a Dios”, y así todo lo demás; y muchas veces los Principitos moros se crían con los niños cristianos, hijos de los cautivos Cristianos, y la primer lengua que suelen aprender y hablar los Principitos moros con estos niños Cristianos es el Romance español, y aun cuando mayores estos Príncipes, y cuando llegan a ser Reyes, como sus tratos y servicios, por la mayor parte son con estos renegados y cristianos, mucho se usa entre ellos hablar Español, y muy de ordinario, siempre saben o entienden nuestra lengua Española, y aun es vía de Estado suya de los Reyes saberla, como lo es en servirse de cautivos Cristianos y renegados, y con los tales Cristianos muchas veces y ordinariamente hablan la Española, aunque es verdad que con embajadores o personas graves que van de acá de otros Reinos, por vía de gravedad hablan con ellos por intérpretes, y después los suelen llamar y hablar con los dichos por más afabilidad en nuestra Lengua. Y así, de esta manera,

no hubimos menester más lengua que la nuestra, que en ella hablamos y predicamos, pues casi todos la entendían. en aquella Alcazaba y Pueblo donde esto nos sucedió, y todos los pasos de nuestra Predicación y martirio.” (1)

El libro de Ortega consta de dos partes: la primera es una sintética ojeada retrospectiva sobre las vicisitudes históricas del pueblo judío, especialmnete en nuestra patria. Es de observar aquí la serena objetividad con que en estas páginas se ha logrado sortear el escollo a que anteriormente he aludido. No hay en ellas ni un solo argumento utilizable para los detractores apasionados o sistemáticos de España, y, sin embargo, están escritas con veracidad y, lo que vale más, con un franco espíritu moderno y con arte literario y honda emoción cuando se pinta el trágico éxodo de aquellos hombres que “antes de marchar iban a los cementerios, donde dormían el sueño eterno sus abuelos, y pasaban días enteros llorando sobre las tumbas”.

La segunda parte aun es de más sólido interés, porque para escribirla no bastaba la documentación libresca de investigaciones anteriores, sino que toda ella está llena de esa índole de documentación de primera mano que solamente se adquiere viviendo entre un pueblo y sintiendo su cultura y sus problemas.

(1) FRAY MATÍAS DE SAN FRANCISCO: EN SU *Relación del viaje espiritual y prodigioso que hizo a Marruecos el Venerable Padre Fr. Juan de Prado, Predicador y primer Provincial de la Provincia de San Diego del Andalucía*. Madrid, 1643.

Este libro viene a añadir, ¡por fin!, un apellido español a la larga lista de los Sanchs, Kayserling, Grzetz y tantos otros nombres extranjeros de admirables investigadores que han ilustrado con obras magistrales la historia de los judíos españoles.

La notoria amistad que me une con Manuel Ortega no me ha de impedir aplaudir efusivamente la reimpresión de este libro indispensable, lamentando quizá que la proteica actividad de su autor, hoy absorbida en otras empresas en las que también el amor a España y a su cultura es norte y guía, no encuentre un vagar para insistir en esta labor de historiador del pueblo sefardí, de cuyo éxito sería prenda segura el valor del libro a que sirven indignamente de pórtico estos renglones.

PEDRO SÁINZ Y RODRÍGUEZ.

PARTE PRIMERA

OJEADA HISTÓRICA



I

ESPAÑA Y MARRUECOS

Como si la Naturaleza, que rompió en uno de sus temblores formidables el istmo que unía el Sur de Europa, España, con el Norte de Africa, Marruecos, mezclando las alborotadas aguas de dos mares en el cataclismo que hundió con su civilización desconocida la península de la Atlántida, se hubiese arrepentido de su violencia, parece que desde el principio de los tiempos históricos ha pretendido unir, a través del Estrecho, a los habitantes de la vieja Iberia con los de la Mauritania, en un flujo y reflujo que ha sido unas veces abrazo de muerte, y otras lazo de fraternidad civilizadora.

La historia de Marruecos y la historia de España están tan íntimamente ligadas que forman una sola. De uno a otro continente ha ido pasando la civilización, llevada por los habitantes de esos dos países hermanos, que han vivido unidos durante siglos, en todas las épocas, con los fenicios, con los griegos, con los cartagineses, con los romanos, con los vándalos, con los árabes. Más tarde, el ideal nacional de los españoles siempre estuvo puesto en Marruecos, aun después del descubrimiento de América, que desvió a nuestra Patria de sus destinos, y el sueño de los marroquíes fué volver a habitar el Andaluz, la pen-

ínsula entera, donde moraron sus ascendientes y donde forjaron las maravillas de una civilización esplendorosa.

Al hablar en este libro de los hebreos (1) de Marruecos necesariamente hemos de hablar de los hebreos de España. En la noche oscura de la prehistoria se vislumbra que con escasa diferencia de tiempo se establecerían las tribus asiáticas inmigrantes en los dos países, límites del mundo conocido, en los que cimentó Hércules sus columnas sobre las rocas de Calpe (2) y Abila, ante los misterios del océano inmenso.

Y en este vuelo a vista de pájaro sobre la historia irán barajados y confundidos los judíos de Marruecos y los de España, ramas de un mismo tronco, que al desarrollarse se han entrelazado en el árbol frondoso de la vida.

Los orígenes.—Cartago y Roma.—Los Vándalos.—El bajo Imperio.

La leyenda, que nace en la oscuridad de los siglos, puebla las riberas del Mediterráneo occidental.

Conocida es la vieja ficción que hace venir a Noé a la

(1) De Abraham arranca el nombre de hebreo, con que son conocidos los que profesan la religión mosaica. Se lo dieron porque el patriarca procedía de la Mesopotamia, situada a la otra orilla del Eufrates. Cuantos habitaban aquel lado del país eran llamados *hijos de heber*, o de otra parte. Algunos comentaristas opinan que el calificativo hebreo se deriva de Heber, hijo de Arphaxad y nieto de Sem. La palabra judío viene del hebreo *yuhudi*. En griego se dice *oiydaios*, de ¡ioy!, ¡ioy!, exclamación propia de gente que confía en el acaso. El vocablo israelita tiene su origen en Israel, nombre que tomó Jacob, y que llevó uno de los dos reinos en que se dividió la Judea, después de la muerte de Salomón.

(2) Pomponio Mela fué el primer historiador que señaló el peñón de Gibraltar como la mitológica columna Calpe.

Iberia y a la Mauritania. La crítica histórica no puede admitir, rebatiendo la opinión de San Jerónimo, que Túbal, hijo de Jafet y nieto de Noé, o Tharsis, hijo de Javan y nieto de Jafet, fuesen los primeros pobladores de España, ni que Sem, hijo de Noé, o Ceib, su nieto, fundasen Ceuta, entre otras urbes africanas, como afirman los cronistas judíos de la Edad Media. La aseveración que se refiere a Tharsis toma por base la arbitraria interpretación del versículo 4.º del capítulo X del Génesis, que dice, tratando de las tierras que los descendientes de Noé poseyeron, al repartirse por el mundo después del diluvio: “Y hijos de Javan: Elisa y Tharsis, Cethim y Dodanim.” Creen algunos comentaristas que de Tharsis descendieron los cartagineses, pues en el territorio de Cartago habitó, y otros opinan que fundó una ciudad en una isla situada en el Estrecho de Gibraltar, que después fué célebre por el comercio que con ella hicieron griegos y fenicios. Precisa tener en cuenta que los hebreos llamaban islas a todas aquellas tierras a las que no podían llegar sino por vía marítima: la Galia, Iberia, Italia y Grecia eran islas, según este criterio.

Es indudable que los primeros pobladores de España y de Marruecos, como los de todo el mundo, fueron de origen asiático, y se establecieron, con corta diferencia de tiempo, en las tierras de una y otra orilla del Estrecho, que tal vez en aquellos remotos tiempos no existiría (1). Bien pasaron de España a Africa, si los asiáticos al par-

(1) Altamira, Brinton y Vilanova coinciden en afirmar que los primitivos pueblos de la Iberia tienen su origen en la familia berebere, que se extendió desde los confines de Egipto por el norte africano.

tir del suelo natal se dirigieron por el Sudoeste del Cáucaso y el litoral del Mediterráneo a la Península ibérica; bien fueron los de la Mauritania los que llegaron a España, si las hordas orientales avanzaron hacia el Extremo Occidente, siguiendo las costas de Asia y de Africa. Las naves de Hiram, aliado de David, arribaban a las playas españolas, comerciando con los indígenas, y regresaban a Tiro cargadas de tesoros. Se dice que los judíos iberos pagaban tributos al rey Salomón, y contribuyeron a la construcción del templo.

La lengua de los primitivos pobladores de la Iberia y de la Mauritania fué, según sostienen los señores Cortés y García Blanco (1), el hebreo-fenicio o un dialecto del hebreo. Humbold y Dawkins, entre otros historiadores, coinciden en la creencia de que los vascos proceden de los antiguos iberos, y el vascuence es un vestigio del lenguaje turánico o uro-artaico en que se expresaban sus antepasados. Hacemos notar que el vasco es un idioma afín del berberisco, que se habla en el Norte de Africa. El nombre de Iberia también indica el común origen de los hombres que habitaban en el Extremo Occidente europeo y africano, pues parece que trae su origen del calificativo *beres*, con que eran conocidos en la antigüedad los berberiscos. Quizá los fenicios o los cartagineses le agregaron el artículo *hi* o *he*, y formaron la palabra Iberia.

La aparición histórica de colonias judías en el litoral del Norte de Africa se registra en el año 320 antes de Jesucristo. Se establecieron en Egipto y en la Cirenaica

(1) Gramática Hebrea.

más de cien mil hebreos, que Tolomeo Soter, fundador de la dinastía de los Lágidas, había hecho cautivos en sus campañas en la Palestina. Alejandría fué, según Josefo, la capital espiritual de las colonias hebreas de Egipto y de la Libia, y a estas comarcas acudían numerosos emigrantes hebreos, huyendo de las guerras civiles que ensangrentaban el país de Israel.

El Senado romano, en 138-139 antes de Jesucristo, se declaró aliado del pueblo judío y lo comunicó así a todos los países mediterráneos; pero sesenta y cuatro años más tarde, después de la muerte de Apión, último rey de la Cirenaica y de la Libia, el Imperio se anexionó ambas naciones.

La organización autónoma de las Comunidades de la Cirenaica, antes del Cristianismo, era tan perfecta, que ha servido de modelo a las fundadas más tarde en Africa y Europa. Progresaron mucho los hebreos cirenaicos bajo la dominación romana. Eran guerreros. No toleraban la ingerencia de los romanos en sus cuestiones religiosas o nacionales. Más de una vez se sublevaron, y ochenta y seis años antes de Jesucristo, Lúculo los castigó duramente.

Después de la destrucción del Templo de Jerusalén, el año 70 de la Era Cristiana, perdida ya la independencia nacional, los hebreos cirenaicos, como todos los del mundo, sintieron nacer en ellos un odio implacable contra los romanos, que se exteriorizó en el fuego de innumerables sublevaciones por todos los ámbitos del inmenso Imperio.

De 115 a 118 luchan en plena revolución contra sus

dominadores; acaudillados por un jefe valeroso derrotan a griegos y romanos, y durante tres años tienen en jaque a las cohortes de Trajano, el gran emperador español. Marcio Turbo, príncipe moro, con un ejército compuesto de infantería, caballería y una división naval para batir la isla de Chipre ocupada por los israelitas rebeldes, cae sobre ellos y los destroza después de varios combates. Ya la insurrección se extendía hasta la Berbería interior y la Mauritania (1). La venganza de los romanos fué tremenda: el *væ victis* imperó en la Cirenaica durante muchos días trágicos, en los que fueron acuchillados los vencidos sin reparar en sexo ni edad. El país quedó arrasado, muerto. Los que pudieron huir se refugiaron en Cartago y en Marruecos. Cartago, la gran ciudad fundada por gentes de Tiro y Sidón, arrojadas de sus tierras por las conquistas de Josué, heredó la fama y el prestigio de Alejandría sobre el mundo judío mediterráneo. La actividad comercial del pueblo hebreo, después de la ruina de la Cirenaica y de la Libia, se concentró en la urbe cartaginesa. Las comunidades israelitas de Cartago alcanzaron una gran preponderancia, y sus rabinos gozaron fama de sabios en todo el Norte africano. Los judíos desarrollaron su espíritu comercial al lado de este pueblo de mercade-

(1) Hay que recordar que el Marruecos actual es sólo una parte de la antigua Berbería, que comprendía además las comarcas de Argel, Túnez y Trípoli. En la división que hicieron los romanos, Trípoli y Túnez constituían la Mauritania Cartaginense, y Marruecos la Mauritania Tingitana. En los últimos años del siglo III la Mauritania Tingitana quedó incorporada al Gobierno de la Bética. El Imperio denominó Mauri a los habitantes y Mauritania a la región, porque cuando los cartagineses se apoderaron de la costa arrojando a los fenicios llamaron Maur (Occidente) a la zona que los árabes designan hoy con el nombre de Garb.

res. Los primeros hebreos que llegaron al Mogreb procedían, sin duda, de Cartago y de la Cirenaica.

En el primer siglo del Cristianismo los discípulos de los apóstoles anunciaban la buena nueva en las sinagogas cartaginesas, ofrecidas por los rabinos. Y esto, que no constituía un hecho aislado, sino repetido en todas las ciudades costeras del mar central, unido al hallazgo de epitafios cristianos entre las tumbas hebreas en el cementerio judío de la ciudad rival de Roma, indica que al principio el cristianismo y el judaísmo formaban una sola religión. Hacia la mitad del siglo II se iniciaron las rivalidades entre las dos creencias. Los hebreos desconfiaban ante los evidentes progresos del nuevo credo; los cristianos afirmaban por boca de Tertuliano que "la sinagoga era la causa de todas las persecuciones". En los años 180 y 200 aparecía el judaísmo en Africa como una religión autorizada por los poderes del Estado, hasta el punto de que se acusaba a los cristianos de haber desarrollado las propagandas de sus doctrinas a la sombra de la influencia que sobre la sociedad ejercía el judaísmo (1).

En efecto, a pesar de que los cristianos se multiplicaban, el poderío de la sinagoga no decaía. El Concilio de Elvira, celebrado en 313, al que concurrieron obispos españoles y africanos, entre ellos algunos de la Mauritania, prohibió a los fieles que solicitasen la bendición de los rabinos para obtener abundantes cosechas en los campos, lo que indica la existencia de rabinos respetados por los cristianos mismos, que les concedían facultades sobrenaturales. Los Concilios de Laodicea y Cartago prohibieron asi-

(1) Monceaux, *Histoire Littéraire de l'Afrique Chrétienne*.

mismo recibir el menor regalo de los hebreos y hasta mantener con ellos las relaciones más inocentes.

Progresó tanto el judaísmo en el Norte africano, a pesar de todo, que San Agustín, alarmado justamente, publicó su tratado contra los hebreos. “Los cristianos—dice el obispo de Hipona—no temen darse el nombre de israelitas. Se encuentran en honorable compañía con Abraham, Isaac y Jacob, David y Salomón.”

San Jerónimo afirma que las colonias hebreas formaban una cadena sin solución de continuidad, desde la Mauritania, a través de la Ifrikia y el Egipto, hasta la India (1).

Constantino (306-337), aun después de su conversión, se mostró tolerante con los judíos, que gozaban en el Imperio de idénticos derechos que los demás ciudadanos. Pero la muerte del emperador señaló el principio de las persecuciones. Los hebreos iban siendo lentamente colocados con medidas restrictivas al borde de las sociedades. Las sinagogas cartaginesas fueron convertidas en templos católicos. En 336 se fijaron edictos en Cartago y otras ciudades de Africa, encaminados a la protección de los judíos conversos, contra los malos tratos de sus antiguos correligionarios. Fueron prohibidos los matrimonios entre israelitas y cristianos y la circuncisión de los esclavos que poseyesen los judíos.

La invasión de los bárbaros modificó con ventaja la situación de los hebreos africanos. Genserico (429) pasó a la Mauritania y derrotó a los romanos, con sus hordas vigorosas y fuertes, arrancadas de la roca viva de la

(1) Epístola 122.—4.

Naturaleza. El viejo y caduco Imperio no pudo resistir el empuje formidable de los jóvenes pueblos del Norte. En España como en Africa, los reyes vándalos silingas se apoyaron en los judíos para sostener su poder. Protegieron el libre ejercicio del culto mosaico y derogaron las restricciones que pesaban sobre los israelitas. Dice San Agustín que los hebreos veían en los vándalos sus naturales aliados y que contribuyeron con eficacia a la ruina del Imperio de Occidente.

Los judíos en esta época, protegidos por las leyes que les garantizaban el derecho a navegar entre los puertos españoles y los africanos, se dedicaban al comercio, al tráfico de esclavos, a la viticultura y al laboreo de tierras. Algunos autores entienden que al cesar la dominación de los vándalos en Africa, en su éxodo hacia España les acompañaron muchos judíos.

Las victorias de Belisario (533-534), el último general romano, sobre los vándalos, con la toma de Cartago por los bizantinos, señalan el principio de la decadencia de los israelitas africanos. Apenas el Bajo Imperio dominó en Africa, inauguró una era de persecuciones, prohibiendo, bajo las penas más severas, según edicto de Justiniano, el ejercicio de su religión a los hebreos, así como que ejerciesen cargos públicos y que poseyesen esclavos cristianos. Sin embargo, los maghrabins (1) no sufrieron los rigores de la persecución; antes al contrario, ella favoreció la propagación del judaísmo en el extremo occidente del Africa. La influencia de los vencedores no pudo llegar eficazmente a

(1) *Maghrabins* es el plural de la palabra hebrea *maa'rabi*, que significa occidental. Los judíos árabes pronuncian *Maghrabí*.

toda la Mauritania, y mucho menos al Marruecos actual, cuyas altas montañas fueron siempre un dique contra las invasiones, y en esta ocasión, un seguro refugio para los que huían de las expoliaciones de los bizantinos. La resistencia pasiva de los hebreos, única arma con la que siempre ha vencido esta raza perseverante, fué tan grande, que los griegos al fin se cansaron de perseguir a un pueblo laborioso, que no cometía otro delito que adorar a Dios con rito distinto que sus dominadores.

Los hebreos españoles en Marruecos bajo los visigodos.

Los hebreos llegaron a España después de la destrucción del templo. Arribaron en gran número a la Península, estableciéndose en las regiones del Mediodía y de Occidente. Dedicados a la agricultura y al comercio, contribuían a la riqueza pública amparados por las leyes. Alcanzaron un alto grado de cultura. Refiere el ilustre historiógrafo P. Fidel Fita (1), que ante la irrupción de los vándalos, invasores de Cataluña, un magnate judío llamado Inocencio se refugió en Menorca. Era erudito en el conocimiento de la literatura hebrea, latina y griega. Semejante grado de ilustración no constituía un prodigio: debía de entrar en la educación de los principales israelitas, según parece indicarlo una ley de Honorio y Teodosio *el Joven*, fechada en 10 de marzo del año 418. Tan estrechas eran las relaciones que los judíos occidentales mantenían con los del Oriente, que las florecientes Academias de

(1) Lápida trilingüe de Tortosa.

Tiberiades, Pumbeditá, etc., cuyos brillantes reflejos de erudición bíblica se traducen en los colosales trabajos de Orígenes y San Jerónimo, recibían de las aljamas españolas, no solamente discípulos para instruirlos, que regresaban así maestros, sino también contribución en metálico. La sobredicha ley privó a los israelitas del cingulo militar y de la carrera de las armas, *para darles acicate y mayor brío en la de las letras.*

Los judíos fueron poderosísimos en esta época por sus riquezas y por su saber, y este grado de florecimiento atrajo nuevas persecuciones.

El III Concilio de Toledo, en tiempos de Recaredo, acordó que los judíos no se casaran con mujeres católicas ni pudieran tenerlas por concubinas; que fuesen forzosamente bautizados los hijos que hubiesen con ellas; que no pudieran comprar para sus servicios esclavos cristianos ni obtener empleos públicos con perjuicio de los católicos. Este Concilio prohibió asimismo que los judíos fuesen bautizados por fuerza, mas ordenó que no pudiesen dejar de ser católicos los que ya estuvieran bautizados; a los casados con cristianas se les puso en la alternativa de convertirse o de ser separados de sus mujeres.

Muchos españoles israelitas abandonaron entonces el país: unos pasaron la cordillera pirenaica, otros cruzaron el mar y hallaron seguro asilo entre sus hermanos de la Mauritania. Así empieza el flujo y reflujo de la raza hebrea de una a otra orilla del Estrecho de Gibraltar.

El Pontífice San Gregorio el Magno escribía al rey Recaredo (586-601), después de la promulgación de su edicto contra los israelitas: "Me ha referido mi amado hijo el

presbítero Probino que habiéndose publicado por vuestra orden un edicto contra la perfidia de los judíos, y habiendo éstos ofrecido gran cantidad de dinero para doblar vuestra rectitud, generosamente lo habéis despreciado, prefiriendo a la utilidad propia la causa de Dios y al esplendor del oro el de la inocencia. Si fué agradable a Dios la ofrenda del agua de que se privó David, ¿cuánto más grato le habrá sido el sacrificio del oro que dejasteis de aceptar por amor suyo?" (1).

Por los años 612 al 613 fueron los hebreos arrojados de España por primera vez. Sisebuto les planteó el dilema de convertirse al Cristianismo en el término de un año, o de lo contrario, si perseveraban en su antigua fe, los conminaba con el destierro, confiscación de bienes y cien azotes. "Cosa ilícita es esta—comenta el P. Mariana, en su Historia de España—, vedada entre cristianos, que a ninguno se haga fuerza para que lo sea contra su voluntad." Noventa mil judíos recibieron entonces el bautismo, mas secretamente continuaron practicando su religión. El Concilio IV de Toledo, y con él su presidente, San Isidoro, desaprobaron la tiránica medida de Sisebuto, opuesta a las evangélicas doctrinas, lo que demuestra que más parte tomó la conveniencia política que la fe religiosa en tales arbitrarias disposiciones.

Suintila (621-631), que fué, según Bradley, el primer rey godo que dominó en toda la Península, comprendiendo los beneficios que reportaba al reino la industria de los hebreos, abolió la ley de Sisebuto, y retornaron a sus hogares españoles casi todos los refugiados en Marruecos;

(1) Corona Gótica.—Saavedra Fajardo.

pero Chintila (638-642) renovó los edictos de expulsión, y el pueblo judío emprendió un nuevo éxodo.

Sin embargo, la influencia de los hebreos en España no decrecía con las persecuciones. Apenas amenguaba el furor de la expulsión, retornaban a la Península en grandes masas. Eran necesarios. La mayoría de las persecuciones que sufrieron en Europa no tuvieron otro origen que el deseo de reyes y señores de apoderarse de las riquezas de esta raza industriosa y activa. Y, claro está, que, una vez robados los huevos de oro, no había inconveniente en que volviese la gallina.

Recesvinto (653-672) los arrojó de España nuevamente, y a los pocos años, en 694, los judíos que quedaron en la Península, de acuerdo con los refugiados en la Mauritania Tingitana, proyectaron un levantamiento (1). El objeto era apoderarse de España, en combinación con los árabes, que preparaban una invasión. La revuelta debía estallar en varios sitios a la vez, mientras los judíos africanos y los árabes invasores hacían un desembarco en las costas españolas. Mas el rey Egica (687-701), avisado del complot, tomó las medidas que las circunstancias exigían para frustrarlo. Convocó en Toledo el XVII Concilio, ante el que denunció las maniobras de los israelitas. Después de haber oído las declaraciones de varios hebreos, de las que resultaba que el fin de los conjurados era hacer de España un Estado

(1) La situación de los hebreos españoles se iba haciendo intolerable. El Concilio XVI de Toledo, bajo Egica, acordó eximir de tributos y cargas y permitir la concurrencia al mercado a los israelitas que se convirtiesen, quedando obligados a pagar los tributos que a éstos les correspondían, conservándoles la prohibición de comerciar aquellos que perseverasen en la fe mosaica.

judío, la Asamblea condenó a todos los israelitas a la pérdida de sus bienes, “para que con la pobreza sintiesen más el trabajo”, declarándolos esclavos. También acordó el Concilio apartar a los hijos de sus padres al cumplir los siete años de edad.

Muchos hebreos lograron huir a Marruecos, donde esperaron, con la tenacidad característica de esta raza, la hora de volver a la patria. Tan cruel fué la persecución, que Mr. Mulieras (1) asegura que después de 694 casi no quedaron judíos en España, cosa que no puede admitirse, supuesto que Witiza (697-711), hijo y sucesor de Egica, soportó la enemiga del clero, precisamente por la protección que en sus reinos dispensó a los hebreos.

Dice Mr. Schlousch que es preciso suponer que los refugiados españoles llevaron con ellos al Mogreb la civilización, la cultura y el idioma del mundo latino y monopolizaron la industria y el comercio. En la España visigótica su influencia fué tan grande, que, junto con el latín, el godo y el ibero, se hablaba el hebreo y el caldeo, sobre todo en los centros de cultura.

Las tribus judías.

Los hebreos en Marruecos no sólo fueron ciudadanos y comerciantes: en los campos recordaban su abolengo de agricultores, y en las luchas, su estirpe guerrera. Entre 522 y 565, las tribus, aprovechando la anarquía que reinaba, sacudieron el yugo imperial y dominaron el país hasta la conquista árabe.

(1) *Le Maroc Inconnu.*

Tribus hebreas poderosísimas se extendían por el Mogreb y la Ifrikia. Los Jerua, los Mediuna, los Beni Ifren, los Fendelua, los Berghuta, los Fazaz, los Riata, eran señores absolutos del territorio donde habitaban.

Los Jerua lucharon contra los romanos y llegaron a constituir una nación. Dice Iben Jaldun que este gran pueblo judío habitaba la Ifrikia y el Mogreb con una independencia completa. Largo tiempo después de la aparición del Islam en Africa, los Jerua se distinguían por su pujanza y por el número de sus guerreros. Nombraron un rey y se establecieron en el Aures, declarado independiente en 483. Hacia 584, Gasmul, rey de los Jerua, se apoderó de una gran parte de Marruecos. Los límites de esta nación israelita se extendían en el siglo VIII hasta la costa del Extremo Occidente.

En 1637, los Ulad Sidi Jahia eran todavía tributarios de los judíos de Tilatan. según ha demostrado el teniente coronel francés M. de Lagartigue.

En el siglo XVI, una tribu judía, los Ulad Aziz, dominaban el valle del Uad Abdi, y sostenía guerras con sus vecinos musulmanes. Muchas fracciones de esta tribu y de los Jerua subsisten aún, habiendo perdido sus rasgos característicos. Las tribus llevaron la civilización que poseían a los indígenas berberiscos del interior. La ciudad de Ceuta fué el principal centro de relación de los judíos españoles y los palestino-romanos con las tribus hebreas.

La Cahina.

La llamarada con que el genio de Mahoma incendió el Oriente se propagó por el Norte de Africa, impulsada por

el fanatismo y por el valor de unos guerreros, en cuyos sables brillaba la luz de la fe. El poder bizantino, que alcanzó un grado floreciente de pujanza en todo el Norte africano, moría bajo los golpes del Islam.

Después de varias tentativas infructuosas, en 671 emprendió Okba Ben Nafi, por orden del Califa, una campaña para llevar el Koran al Extremo Occidente. Recorrió Trípoli y Túnez, cruzó el Aures y penetró en Marruecos, llegando hasta el Océano, después de tomar las plazas de Ceuta y Tánger. En el ejército de Okba figuraban numerosos guerreros egipcios, de religión mosaica. Con la invasión árabe—escribe Mr. Schlousch—se enriqueció el judaísmo local con una doble corriente hebrea: judíos de origen semenita y judíos ciudadanos de Asia, igualmente conocedores de la lengua y costumbres árabes. Así penetró el mahometismo en el Mogreb.

Más tarde, una mujer valerosa se opuso al paso triunfal de los creyentes de Mahoma.

El cabecilla bereber Koceila, rey del Aures (1), que

(1) El Gran Atlas se extiende desde el cabo Bon, en Túnez, al cabo Dir o Ras Uferni, en Marruecos, al Norte de la desembocadura del Uad es-Sus: no es muy conocido. Sus principales grupos son: el *Yebel-Barku*, en el país de Túnez; las montañas de *Tebessa*; el *Aures*, vasto macizo compuesto de tres grupos principales: *Aures* oriental, *Aures* occidental y *Aures* septentrional, que forman entre ellos la meseta de *Acul*. Este macizo se prolonga al Norte por las montañas de *Bellerma*, donde el gran Atlas se divide en dos series de grupos: los unos van al Norte, a incorporarse al medio Atlas, bajo los nombres de *Bellerma*, *Bu-Talcb*, *Kel-luf* y *Uannurah*. Entre estas montañas, las del *Aures* septentrional, las montañas del *Tebessa* y las del medio Atlas, se encuentra una extensa meseta llamada de la *Meyanah* y de los *Sbakn*. Las otras se dirigen al SO., y tienen por grupos principales: *Yebel Bu-Kalid*, *Yebel Sahan*, *Yebel Amur*, *Yebel Nunyaia*, montañas de *Haskura*, etc. Los

venció a Okba y pereció después en una batalla, tuvo por sucesor en el trono a la Cahina, bizarra mujer con alma de varón. El nombre de la Cahina es de origen judío. Los berberiscos, sin distinción de religiones, la obedecían. Profetizaba. Procopio asegura que entre los berberiscos la facultad de profetizar constituía un privilegio de las mujeres. El nombre propio de la Cahina fué Dahia, según unos, y, según otros, Darina o Dina. Pertenecía a la tribu israelita de los Jerua.

El califa Abd-el-Malek envió el año 696 un cuerpo de ejército de 40.000 hombres, acaudillado por Hassan Ben Nooman el Ghasani, que recorrió en triunfo el norte africano. Cuando Hassan batió a los griegos, poniendo fin a su poderío en Africa, preguntó qué jefe poderoso quedaba aún en la Ifrikia y el Mogreb, y le respondieron que la Cahina ejercía un poder tal, que si la vencía, sería el dueño absoluto de todo el Extremo Occidente. Hassan fué contra la Cahina, y ésta lo derrotó vergonzosamente a orillas del río Nihi. La reina llevó su generosidad con los prisioneros vencidos hasta el punto de adoptar a uno de ellos, al joven Jalid Iben Jezid El Kaici, diciéndole que era tan hermoso, que deseaba que fuese el hermano de sus dos hijos.

Convencida la soberana de que los árabes ambicionaban la Ifrikia y el Mogreb por sus riquezas y su vegetación lujuriente, predicó a los berberiscos: “Los extranjerios desean nuestro país por sus ciudades, por el oro y la plata que encierran, por los campos espléndidos; si nosotros

cuatro primeros grupos comprenden entre ellos y el medio Atlas una serie de mesetas o desiertos, el *Hodna*, el *Sersu*, el país de Chott, etc. El *Aures* está, pues, en la Argelia.

destruímos lo que ellos buscan, jamás volverán desde ahora al final de los tiempos.”

Y, cumpliendo sus órdenes, las ciudades fueron saqueadas, los campos y jardines arrasados, los árboles talados, las aguas distraídas de su curso natural. Todo lo que podía incitar a los árabes a una nueva invasión desapareció; mas esta política concitó contra la reina a los pobladores, entre los que había muchos judíos y cristianos griegos, y apresuró su ruina.

Después de cinco años de paz, Hassan, que se había retirado al distrito de Barka, recibió orden del califa Abd-el-Malek de volver a la Ifrikia. La reina se preparó para la campaña; pero las asolaciones que llevó al país encendieron tantos odios contra ella, que sus mismos partidarios entregaban poblaciones, como Cebes y Castilia, sin defenderlas. Sus hijos la conjuraron, aconsejados por Jalid, para que abandonara el territorio a los musulmanes, puesto que sabía que su pérdida era segura. Ella les respondió: “La fuga sería una vergüenza para mi pueblo; la que ha mandado a los árabes, a los berberiscos y a los romanos, debe saber morir como una reina.”

Se dió la batalla, y la Cahina fué muerta en el Aures, cerca de un sitio que se llamó Bir-el-Cahina. La cabeza de esta heroica mujer fué enviada a Abd-el-Malek.

La Ifrika quedó conquistada; se convirtieron al Islam casi todos los berberiscos del Aures, entre ellos los hijos de la Cahina, que, al frente de 12.000 jeruas, recibieron el encargo de imponer con la espada el Koram en Marruecos.

La Cahina, a pesar de su origen hebreo, fué aborrecida por los judíos ortodoxos, principalmente por los de la costa.

La consideraban como una tirana, como un ser impío. Una poesía popular judeoárabe, recogida por Mr. Cazés, compara a la heroína con los caldeos, con César, con Adriano, perseguidores de los israelitas, y la llama airadamente:

“Esta maldita mujer, más cruel
que todos los otros juntos...”

Tales furores nacieron no sólo de las devastaciones realizadas por la Cahina, asolando el país para evitar una nueva invasión de los árabes, sino de las diferencias que separaban a los judíos entre sí. Aquellos mismos—dice un autor—que no habían cesado de esperar la llegada de las diez tribus, que aparecerían en un momento crítico para libertar a Israel, tribus cuya presencia era vagamente designada en Africa, se resistían a tratar como hermanas a las tribus judías guerreras del desierto.

La invasión de los árabes.

Después de la derrota de la Cahina, llegó a la Mauritania, para completar la conquista, Muza Ben Nozeir.

Muza penetró en el Aures al frente de un poderoso ejército; de allí pasó a Marruecos con los hijos de la Cahina, quienes también estuvieron en España, al frente de sus jeras.

Cánovas del Castillo (1) dice del famoso guerrero árabe, “que no hay acaso personaje más importante en la historia de Marruecos” y agrega: “No se contentó Muza con imperar por las armas: quiso que los naturales amaran antes que no obedecieran su gobierno.” Eran algunos de

(1) *Apuntes para la Historia de Marruecos.* Madrid, 1913.

ellos cristianos, otros idólatras, y el mayor número profesaban el judaísmo, lo cual hacía difícil tal intento. Pero el caudillo árabe comenzó por hacer creer a los suyos y a los naturales que procedían de un mismo tronco, como originarios unos y otros del Asia, llamando a éstos hijos de los árabes. Y repartiendo con igualdad sus dones y observando estricta justicia, logró que los vencidos fueran convirtiéndose al islamismo y confundiendo sus intereses con los de sus conquistadores.

Las fuerzas militares de que disponía, ociosas después de la conquista de la Mauritania, inspiraron a Muza la idea de invadir la Península ibérica, cuyas costas se alzaban próximas como una esperanza. Apenas habían pasado diez y siete años de la expulsión de los judíos en el reinado de Egica. Muza organizó un ejército compuesto de árabes y de berberiscos, musulmanes y judíos, y envió, por vía de ensayo a Tarik (710), cuyo origen era hebreo—se consideraba, según el Bekri ben Jacob, como descendiente de la tribu de Simeón—, al frente de 400 hombres y 100 caballos. Tarik ejecutó con éxito un *raid* sobre Algeciras y Tarifa, auxiliado por los hebreos de dichas plazas.

En los meses de abril y mayo del año 711 las aguas del Estrecho se poblaron de naves, que sin cesar arrojaban guerreros sobre las playas españolas.

Durante la conquista, las poblaciones abandonadas por los cristianos eran pobladas por los judíos expulsados, que llegaban en masa del Mogreb. Cuando los musulmanes ocupaban una ciudad española—se dió el caso repetidamente en Córdoba, Málaga y Elvira, entre otras—, confiaban su guarda a los aliados hebreos. En Toledo los dejó Ta-

rik al proseguir sus conquistas y Muza les confió la custodia de Sevilla (1). Arribaron también tribus israelitas enteras, que se establecieron en los campos. Por eso no es extraño encontrar en España, en plena Edad Media, grandes núcleos de agricultores judíos.

Apenas conquistada la Península, tuvieron los hebreos que sufrir vejámenes por parte de sus aliados. Judíos y cristianos hubieron de pagar el impuesto de yezia o capitación, tributo a que están sometidos, según las leyes koránicas, cuantos viviendo en países musulmanes no profesan el islamismo, quedando en posesión, una vez abonada la cuota contributiva que en ningún caso puede exceder al año de dos dinares de oro por cabeza, de todos los derechos de ciudadanía.

Los árabes establecían, en sus conquistas, el siguiente dilema a los sometidos: la conversión al Islam o el pago del tributo personal, además del territorial a que estaban sujetos todos los habitantes del país, sin distinción de raza ni de religión.

A causa del general descontento entre cristianos y judíos contra los musulmanes, estalló la insurrección de 718, que coincidió con la iniciación de la epopeya de la Reconquista. Pretendían los hebreos rebeldes expulsar a los árabes y resucitar en la realidad el antiguo sueño de hacer de España un Estado judío. A la cabeza del movimiento se hallaba un jefe berberisco, de religión mosaica, llamado Kaulan El Yahudí, que se sostuvo algún tiempo en las montañas de Castilla y Aragón. La conquista de España dió origen a una enorme disminución en la población judía

(1) *Annales du Moggreb & de l'Espagne.*—Iben El-Athir.

de Marruecos. Tan grande fué el número de hebreos marroquíes que cruzó el Estrecho, que se atrevieron a luchar contra los victoriosos guerreros árabes. No hay que olvidar que Mr. Mulieras asegura, aunque exageradamente, que después de la persecución de 694 apenas quedaron judíos en España, y ya en 711 se contaban por cientos de millares.

Los edrisitas.

Parece que los judíos de Marruecos, durante la dominación del califato de Oriente, no perdieron muchas de sus antiguas posiciones, a pesar de que algún gobernador les hizo víctimas de su despotismo en más de una ocasión.

Tal estado de cosas comenzó a modificarse con la llegada de Edris a la Mauritania, decidido a fundar un imperio independiente del de Bagdad.

En los últimos años del siglo VIII reinaba en la Meca, Medina y Yemen, Mohamed Ben Abdalá Ben Hossein. Derrotado en el año 786 por los Abbasidas, sus mortales enemigos, perdió con la corona la vida.

Edris, hermano de Mohamed, descendiente como él del profeta por su hija Jauhar—la Perla—, huyó de su país, temeroso de la venganza de los Abbasidas, y cruzó la Numidia y la Mauritania Cesariense, refugiándose en Ualili, plaza situada al Norte de Mequinez, en las montañas de Zeraun.

Allí vivió al lado del emir Abdelmechid, granjeándose las simpatías de los indígenas, que le proclamaron rey de los Urabas (788), tribus las más fuertes y aguerridas de Marruecos en aquellos tiempos.

Organizó Edris un poderoso ejército, y dió rienda suelta a sus sueños de grandeza y poderío. Reunía el Cherif a sus disposiciones guerreras grandes dotes de gobernante, y se dispuso a conquistar el Mogreb sometiéndolo a su dominio.

Edris envió mensajeros a las tribus cristianas, paganas y judías, fortificadas en montañas y castillos inaccesibles, establecidas en la región de Fez, solicitando de ellas que se agrupasen a su alrededor, prometiéndoles el botín de las *razzias* que realizasen en los territorios no sometidos. Los paganos y los cristianos se dejaron seducir con facilidad; los judíos, no; mas con objeto de no irritar al emir, le contestaron diplomáticamente que les honraba la generosa proposición, pero que sus sentimientos de equidad y justicia les impedían traicionar al Califa.

Edris, dándose cuenta de lo que representaba para el éxito de sus planes el apoyo de las tribus hebreas, recurrió a la astucia con objeto de atraérselas. El distrito de Zalegh, en la comarca comprendida entre Fez y Ceuta, estaba tiranizado por un gobernador del califato llamado Abu Afya. Por medio de tres griegos intrigantes hizo llegar el pretendiente a oídos de Afya que los judíos conspiraban secretamente para destruir el poderío de su señor. El gobernador, ávido de las riquezas que los hebreos atesoraban, fingió creerlo, y aunque los israelitas apelaron al príncipe, proclamando su inocencia, éste ordenó a Abu Afya que los castigase; así lo hizo éste, apoderándose de las ciudades judías de Chella, Meguada y Miyenu. Perdieron entonces muchos hebreos la vida y los bienes.

Edris aprovechó la ocasión buscada y ofreció su apoyo

y amparo a los perseguidos, a cambio de que se sumasen a sus huestes. Los judíos se decidieron a luchar. Las comunidades enviaron mensajeros a todas las tribus, para que se concentrasen en la ciudad de Ludalib, nombrando general del ejército israelita al presidente de la asamblea de la citada plaza, Benjamín Ben Josafat Ben Abieser. Edris vió robustecido su nascente poder con el concurso de los guerreros judíos, que en toda la campaña se distinguieron por su bravura.

Derrotado el Mehedí, apeló a la táctica de arrasar el país, con objeto de reducir por hambre al enemigo, sin conseguir su intento, y comprendiendo la imposibilidad de dominar la insurrección, reconoció la falta cometida contra los judíos, e hizo anunciar por el gobernador de Cairuan que les perdonaría; mas si persistían en la rebelión, serían muertos los hebreos residentes en aquella provincia. La amenaza hizo su efecto. El espíritu de solidaridad de la raza se demostró una vez más. Los jefes del ejército judío acordaron abandonar las operaciones de guerra, exponiendo las causas que a ella le habían llevado, todas de legítima defensa, y asegurando que deseaban dedicarse tranquilamente a la agricultura, las artes y los oficios. En cuanto a la amenaza de matar a sus correligionarios, anunciaban al Mehedí que, en tal caso, seguirían el mismo procedimiento con los musulmanes que habitasen las regiones por ellos ocupadas.

Parte de los judíos no rompieron el pacto que les ligaba con Edris, y prosiguieron la campaña. El Mehedí, cercado en la ciudad de Mediuna, que contaba con una gran población hebrea, hizo colocar sobre las murallas a los israe-

litas, convencido de que sus correligionarios del ejército de Edris no tirarían sobre ellos. Efectivamente, los hebreos deliberaron y decidieron que era preferible levantar el sitio antes que acarrear a sus correligionarios una muerte cierta. Edris les reconvino, mas los jefes del ejército no cesaron en su actitud. Entonces el Imán ideó una nueva estrategia. Hizo circular la noticia de que el Califa llegaba con un ejército en socorro de Mediuna y destacó parte de sus tropas, con las fuerzas judías, para que saliesen al encuentro de los nuevos enemigos. Errantes anduvieron dos días por los alrededores; cuando volvieron las huestes hebreas, Mediuna estaba tomada, y todos los judíos, amarrados a los muros, habían perecido. El Mehedí huyó con los restos de su ejército.

Al verse burlados por la astucia de Edris, estalló la indignación entre los hebreos, y esto, unido a que el Imán violó a cierta judía llamada Safia, mujer de Obacha, uno de los caudillos israelitas, colmó la medida. El esposo ultrajado reunió a sus correligionarios en consejo y denunció todos los ardides de Edris. Los caudillos decidieron no seguir prestando su concurso a quien así procedía. Pero ya era tarde. El Imán, sintiéndose fuerte después de la derrota del Mehedí, anhelaba desembarazarse de los judíos para establecer el imperio sobre la base firme de la unidad religiosa. Y empezó a perseguir a sus antiguos aliados, obligándolos a convertirse al Islam.

Los judíos se sublevaron, reconcentrándose en la región de Fez, derrotando varias veces a los edrisitas, que en una batalla dejaron más de 8.000 cadáveres sobre el campo. El Imán, en vista de la imposibilidad de someter a los re-

beldes, formó una tropa de elefantes aguerridos, que destrozó a los judíos.

Estos pidieron el aman, y Edris lo negó, si no precedía la conversión al islamismo. Entonces los israelitas decidieron continuar la guerra e imaginaron oponer a los elefantes centenares de toros cargados con planchas cubiertas de paja y azufre. En plena batalla, al avanzar los elefantes, los guerreros judíos prendieron fuego a la paja, y los toros, enfurecidos por las quemaduras, acometieron a los paquidermos, que huyeron asustados sobre el ejército edrisita, causando gran mortandad. Al fin fueron vencidos los judíos, sometiéndose con la condición de pechar con el impuesto establecido en 701 por Hassan ben Noomar, después de conquistar el Mogreb, impuesto que los hebreos pagan aún. Además, se obligaron a entregar un tributo anual de veinticuatro doncellas para el harem de Edris.

Con la sumisión de los judíos comenzaron las persecuciones. Los berberiscos adoptaron la costumbre de bajar de las montañas a cautivar a los hebreos que topaban en el camino y pedir rescate o venderlos, en caso negativo, como esclavos. Las Comunidades israelitas, con un espíritu de solidaridad admirable, los redimían a todos, y crearon cajas especiales con tal objeto; mas algunos judíos de la ciudad de Melah o Ulad el Melah se pusieron de acuerdo con los berberiscos para dejarse aprisionar y dividir el rescate con sus aprehensores; descubierta la argucia, acordaron las Comunidades que el rescatado debiera servir durante tres años como esclavo a la sociedad o a la persona que lo redimiese.

Esto dió motivo a una nueva persecución de Edris, pues

dos judíos traidores hicieron creer al gobernador de Chefchaba, cerca de Marraquex, que el dinero de esas cajas de redención lo destinaban sus correligionarios a organizar un levantamiento contra el Islam. Edris ordenó una *razzia*, y los judíos tomaron las armas; pero pronto fueron derrotados en Sefrú.

El Imán, a los cinco años y medio de su reinado (794), murió envenenado con el olor de una esencia por el médico judío Soleiman ben Jerir, hombre de gran talento y elocuencia, que por orden del Califa Harum el Rachid con tan siniestro propósito había llegado a la corte, ganándose la confianza de Edris, a quien conoció en Ualili. Soleiman huyó a Taza, y al cruzar el Muluya, perseguido por Erraxid, liberto de Edris, que le daba caza al frente de una tropa de berberiscos, fué herido en la cabeza y perdió la mano derecha; pero consiguió escapar y llegar a Bagdad.

Después de la muerte de Edris, durante la regencia de Erraxid (794-804) los judíos sometidos no se atrevieron durante algunos años a propagar su religión. Sólo la tribu de Nefusa se mantuvo independiente largo tiempo, pero al fin tuvo que retirarse hasta el desierto. En todas las ciudades y oasis establecidos desde el Océano a Tombuctú se hallan restos de una influencia judía que duró hasta el año 1000 de la Era Cristiana. De nada como de esta raza, víctima de las más crueles y repetidas persecuciones, puede decirse que, como el fénix maravilloso, renace de sus cenizas.

El reinado de Edris II (804-828) se señaló por su tolerancia con los judíos, si bien éstos tuvieron que pagar tal benevolencia con un tributo de treinta mil dinares, que el

Imán exigió para que pudiesen ejercer libremente su culto.

Edris II fundó Fez (3 de febrero de 808), sugestionado por los encantos del paisaje. Según Rudh El Kartas, Fez reunía todas las bellezas de la tierra: agua dulce, aire saludable, excelentes granos, hermosos frutos, campos extensos de una maravillosa fertilidad, bosques habitados por ruiseñores, jardines floridos, fuentes cristalinas. Iben Jaldum asegura que parte de los terrenos donde el emperador estableció la capital eran propiedad de los Beni Jiar y de los Beni Burgos. Adquirió el territorio en 7.500 onzas, más de 1.050 pesetas. Entre los individuos de dicha tribu, los había cristianos, judíos y paganos. El nombre Beni Burgos—*hijos de Burgos*—parece que indica un abolengo español.

Gran número de musulmanes y hebreos del Andalus acudieron a la capital para buscar en ella la seguridad y el reposo. A los judíos les permitió el Imán que se estableciesen en un lugar junto a la puerta de Hisú Sadun, mediante el pago de un tributo anual (*yecia*) de 30.000 dinares. Ocho mil familias cordobesas, que huían de las persecuciones del tercer Califa Omniada, Hakym ben Hischam, se instalaron en Fez, fundando el barrio que se llamó del Andalus.

El emir Yahí ben Yahia el Idrisi, príncipe de malas costumbres, violó en el baño a una joven judía llamada Hanina, la más hermosa mujer de la época, que se resistió a sus ofertas y a sus ruegos. De tal estimación llegaron a gozar los judíos en Fez, que la capital entera condenó el acto del Imán, y éste murió a poco avergonzado bajo el peso de su culpa.

La capital fasi fué el centro de la actividad religiosa, intelectual y comercial de los hebreos. Un autor considera a Fez como la ciudad donde los judíos eran más numerosos que en todas las otras ciudades. Habían inmigrado, además de los españoles, muchos israelitas de Asia, huyendo de las persecuciones ordenadas por el Califa Mutauakil.

Durante la dominación de la dinastía edrisita, que duró desde el año 788 hasta el 985, gozaron los judíos en Marruecos de gran prosperidad. No sólo Fez, sino las Comunidades de Ceuta, Sijilmasa o Taflete, Marraquex y Mequinez llegaron a la cúspide de la fama, con sus escuelas religiosas y científicas, provocando en el siglo X un renacimiento intelectual entre los judíos.

Los zenetas.

A pesar de las ambiciones de los reyes de la Ifrikia, quedó el Mogreb bajo la soberanía de los emires de Córdoba, después de los años de amargura que acompañaron a los edrisíes en su derrumbamiento.

Los zenetas ocuparon el poder como príncipes tributarios del califato cordobés. Poco hemos de ocuparnos de esta dinastía, que dominó en el Mogreb durante cien años. La familia hebrea, si bien gozó de amparo bajo el reinado de Hamama Ben Nuaz, sufrió los rigores de la persecución, iniciándose su decadencia al ocupar el trono, en 1032, Abu el Kamel Tamin, emir de Beni Ifren, hombre fanático e ignorante. Al apoderarse de la capital asesinó a 6.000 judíos, robándoles sus riquezas y sus mujeres. Habitualmente hacía dos expediciones por año contra los berguatas, tribu de procedencia hebrea, dedicándose al pillaje. Catorce

años después de su muerte fué hallado intacto el cadáver. En la noche del mismo día se le apareció el Tamín en sueños a uno de sus deudos, a quien le dijo que gozaba de las delicias eternas por haber declarado cada año la guerra santa a los berguatas.

Poco después cayeron los zenetas en la noche de su ruina. Con ello se inició en Marruecos la Era Religiosa, que representan en la historia del Imperio las dinastías almoravides y almohades.

Los almoravides.

Por el año 1038—430 de la Hégira—salió del Sus un cherif llamado Abdalah Ben Yacim, dispuesto a predicar las doctrinas del Koram entre las setenta cábilas del país de los Zenachas, al otro lado de la cordillera del Atlas. Al poco tiempo reunió un gran número de creyentes, a los que dió el nombre de *el morábitum* o ermitaños, de donde se formó el adjetivo almoravides, con que son conocidos en la historia. Entre los más fervorosos se distinguieron los de la tribu de Lemtuna.

Pronto el poder de Ben Yacim se extendió por el Sudán, donde abundaban tanto los judíos árabes, que luchando contra ellos había parecido años antes un emir lemtuna llamado Aben Mohamed Ben Tyfat; se dirigió al frente de dos mil guerreros sobre el Mogreb, dominando por las armas a los habitantes y obligando a profesar el islamismo a los incrédulos. De allí pasaron a España los reformadores.

La invasión de los almoravides hizo retoñar con nueva fuerza entre las tribus judías mogrebinas el espíritu gue-

rrero. Las grandes poblaciones hebreas del Sudán y del Sahara, siguiendo a los conquistadores, se establecieron en las ciudades marroquíes y españolas, guarneciendo muchas plazas fuertes.

Sin embargo, aunque los almoravides respetaron a los hebreos, un emir, Jusuf ben Tachefin (1067-1106), austero, justo y santo, como le llama Rud el Kartas, trató de apartarlos de su fe. Fué el primer sultán marroquí que llevó el título de Príncipe de los Creyentes.

Basaba el vencedor de Zalaca su pretensión en que había leído en una obra teológica musulmana que Mahoma declaró el culto de los judíos con la condición de que el Mesías esperado llegase antes de cinco siglos, y que si no llegaba, era señal de que Dios no había de enviarlo, y tendrían que reconocer que él era el último profeta y el enviado de Alá. Los hebreos, según el libro, habían aceptado la condición, y los cinco siglos de la Hégira concedidos de plazo por Sidna Mohamed estaban a punto de expirar el 2 de septiembre de 1106, sin que el Mesías hubiese aparecido sobre la tierra. Los judíos, después de haber sido varias veces atropellados, se libraron de la persecución entregando una fuerte suma al visir Abdalah ben Alí y prestando su concurso a Tachefin para la conquista de España.

En los combates contra el valeroso Alfonso VI, rey de Castilla y de León, se encontraron más de una vez en los campamentos de ambos adversarios cerca de 40.000 soldados judíos. Una tregua de tres días pedida por Jusef ben Tachefin al rey Alfonso la fundamenta diciendo: "El viernes para dar descanso a los musulmanes; el sábado, para permitirle a los judíos que no trabajen, y el domingo, en

consideración a los cristianos.” En el ejército de Tachefin figuraban también numerosos adoradores de Cristo, que de tal manera la política o la personal conveniencia influía sobre los hombres en una época que hemos convenido en calificar de eminentemente religiosa.

Al abrigo de las campañas victoriosas de Tachefin, muchos judíos marroquíes se establecieron en España. Andalucía fué el emporio del judaísmo. Desde Bagdad al Cairo acudían a la hermosa comarca los más ilustres sabios orientales.

En 1088, el rabino Isaac Alfasi halla un refugio en España. En el siglo X, el visir judío Hasdai ben Chaprut protege a los sabios de Fez, entre ellos al gramático Dunasch ben Librat. Más tarde, el visir y poeta judío Samuel ben Nagrila, de Córdoba, presta excepcionales servicios a los judíos del Norte de Africa.

Bajo el reinado de Alí (1), hijo de Jusef (1107-1142), que tuvo por madre a una cristiana llamada Kamra—Luna—y por sobrenombre Fad el Hosen, perfección de hermosura, la influencia judía se extiende. En casi todas las cortes de los sultanes y emires berberiscos de España sometidos a Alí se encuentran visires y médicos judíos. El mismo Alí tuvo por médico favorito a Abu-Ayub Salomón ben Almmallad, de Sevilla, a quien nombró príncipe y visir. Otro médico de Alí fué Hasan Ben Kainoi, de Zaragoza, famosísimo también. El reinado de este monarca constituyó la época en que gozaron mayores libertades los hebreos marroquíes y españoles.

(1) Era natural de Ceuta.

El último emir de los almoravides, Tachefin (1142-1144), hijo de Alí y de una cautiva cristiana, llamada Daúez Zebáh—Aurora, luz de la mañana—, fué afortunado en sus campañas en la Península; pero halló una muerte trágica en Orán, donde se hallaba sitiado por Abdelmumem, caudillo de los almohades; al pretender abandonar la plaza en una noche oscura, cayó al mar desde la cumbre de una roca. Los judíos auxiliaron a este monarca en todas las luchas contra los almohades. Con Tachefin se hundió la dinastía de los almoravides. La bandera blanca de los unitarios triunfó sobre el pendón negro de los morabitos.

La cultura.

Los siglos IX, X y XI pueden considerarse como la Edad de Oro en la historia de los hebreos marroquíes, según frase de Mr. Schlousch, el sabio investigador.

La cultura judía floreció en estos siglos, influenciada por la civilización española, lejos de las corrientes asiáticas.

El primer escritor de Marruecos es Eldad el Danite, que apareció en las comunidades judías mogrebinas como un meteoro, en la segunda mitad del siglo IX. Poseía la lengua hebraica como un idioma vivo. A él se debe la primera poesía hebrea de Marruecos, que es un grito de guerra. “Un héroe—dice—no debe abandonar el campo de batalla. Su espíritu se regocija a la vista del relámpago de su espada; su alegría aumenta al trotar de su caballo. El aprisionará a las mujeres del Cush.”

A éste le siguen su discípulo Judá Iben Koreich, médico, filólogo y dramático, y Judá Iben Hayyuy y Dunash Adoain ben Labrat Ha-Levi, de origen español ambos,

creadores del renacimiento de la lengua bíblica. Florecieron en el siglo X, cuando la cultura en Fez había llegado al más alto grado y Mequínez, Marraquex y Ceuta eran focos del saber.

En el siglo XI decaen las ciencias profanas y entran en apogeo las talmúdicas y religiosas. A partir del siglo X figuran en Sijilmassa los poetas litúrgicos Joseph ben Isaac y Jehuda ben Joseph. La ciudad de Draa contaba entre sus rabinos a uno llamado Dunasch, al que los sabios de Sevilla recurrían en consulta. En Tlemecen se estudiaban cuestiones de derecho civil. Samuel Ben Hofni brillaba en Fez. Fué ilustre jurisconsulto: de él han dicho que sobre el rabino predominaba el hombre razonador. Explicaba los milagros de la Biblia por fenómenos naturales y racionales.

Isaac Alfasi, la más grande lumbrera del Mogreb, nació en 1013 en Kala Hammad y su familia procedía de Fez. Escribió *El pequeño Talmud*, considerado como revelación de la inspiración divina, porque no podía creerse que fuese obra de un solo hombre. Hasta en nuestros días imprimen los hebreos este libro al lado del texto del Talmud. Alfasi se trasladó de Fez a Lucena, donde fundó una escuela. Murió en 1103, a los noventa años. Le lloraron los judíos del mundo entero.

Desde 1080 a 1162 luce en Fez el sabio poeta y rabino Abu Baga Jehuda Yahya Ben Abbon Iben Abbas, y más tarde su hijo Samuel, que hubo de convertirse al islamismo.

En 1160 nace en Ceuta el filósofo Joseph Iben Jehuda ben Akmin, llamado Abu-el-Hayal Yusuf ben Yahya ben Simón As-Sabti el Maghrabi, que fundó en Bagdad una

escuela, y fué llamado por el poeta Harisi la luz de Oriente y el señor de la tierra.

Los almohades.

Muchos años costó a los almohades la conquista de Marruecos, años de luchas cruentas. Eran los almohades hombres de gran pureza de costumbres. El que puede considerarse fundador de la secta, Mohamed ben Abdalá, que después se dominó el Mehedí—predilecto de Dios—, predicaba su doctrina entre sepulcros y aconsejaba la abstinencia y el desprecio de las cosas terrenas.

Su discípulo predilecto fué un joven alfarero llamado Abdelmume. Predicaron en Fez a la muchedumbre, y tal éxito obtuvo la propaganda inflamada por el fuego de la fe, que el emperador Alí les arrojó de la capital, considerándoles peligrosos agitadores. Entonces Mohamed huyó a Tinnal, donde se proclamó Imán del Mehedí, y adoptó para sus secuaces el nombre de Muadhedin—los que creen en una unidad divina—. Reunió un ejército de 20.000 hombres, cuyo mando dividió entre sus discípulos, y en varias batallas derrotó a los almoravides.

En 1130, muerto el Mehedí, le sucedió en el mando Abdelmumen, quien continuó la campaña contra la dinastía lemtuna. Los judíos auxiliaron a los almoravides en todas las luchas contra los almohades. Cada victoria de éstos señala una persecución cruel contra los almoravides y sus protegidos los hebreos. Abraham ben Ezra, en una de sus elegías, dice que la sangre de hombres y mujeres corría como el agua. Los historiadores israelitas llaman a la invasión de los almohades “el azote”. Tlemecen, Sijilmassa,

Marraquex, Fez, Mequínez, fueron tomadas por los almohades y asesinados los judíos. Hablando de la destrucción de Sijilmassa, ciudad de sabios talmúdicos, escribe Iben Ezra: “Ella vió su luz cubierta por las tinieblas; las columnas del Talmud fueron derribadas; el edificio de la Ley fué destruído, y la Mishna, hollada por el pie.”

La conquista de Marruecos fué terminada en 1146; pero la persecución sistemática de los judíos la inició Abdelmumen, en 1142. El Islam o la muerte era la fórmula del califa. Muchos judíos perecieron; otros desaparecieron no se sabe dónde; millares abjuraron en masa de su fe.

Por este tiempo, el padre del famoso Maimónides abandonó Córdoba con su hijo y su familia y se trasladó a Fez, donde la persecución no era tan sañuda. El joven Maimónides profundizó en las ciencias judías y estudió las profanas en la intimidad de los sabios musulmanes de la ciudad santa.

Cierto rabino publicó, alarmado por las numerosas conversiones al Islam, hijas de la violencia, un escrito diciendo que los hebreos, antes de convertirse, aunque en el fondo del alma siguieran profesando la religión mosaica, debían dejarse matar. Maimónides refutó la tesis, afirmando que el Talmud no obliga a entregar la vida a ninguno de sus creyentes más que ante un acto impuesto de idolatría, y no por acatar un credo, como el mahometano, que admite un Dios único y no exige para la conversión un acto sacrílego, sino una simple fórmula verbal. Aconsejó a los israelitas que huyesen del Mogreb. Por estas campañas fué el sabio hebreo perseguido y hubo de huir a su vez.

Con las calamidades se recrudecieron los sueños mesiánicos.

En 1147 un judío de Fez se declaró precursor 'el Mesías, y, apoyado por los prestigios de Abraham ben Ezra, que había profetizado su venida, reunió a su alrededor gran número de prosélitos hebreos y musulmanes.

Abdelmumen hizo llevar ante su presencia al falso Mesías y le pidió pruebas de su misión. Este replicó que le decapitara y resucitaría. Fué muerto, y, naturalmente, no volvió a la vida. Sus partidarios, ya numerosos, fueron perseguidos y perdieron en su mayor parte la existencia.

La cuantía exorbitante de los impuestos que pagaban los judíos y los cristianos sometidos al Fisco y la manifiesta hostilidad de los chorfas y de ciertas tribus contra los almohades moderó los rigores de la persecución después de la muerte de Abdelmumen. Abu Jusuf, hijo del emperador y sucesor suyo (1162-1194), no tiranizó a los judíos, reconociendo oficialmente su existencia en el Imperio, ante la resistencia pasiva de la raza a abandonar sus creencias. Sólo ordenó hacia el final de su reinado que los hebreos convertidos, para que se distinguiesen de los viejos creyentes, usasen un vestido especial de color azul, con mangas muy anchas y tan largas que cayesen hasta los pies, y en vez de turbantes, unos velos toscos y gruesos que ocultasen las orejas. Para justificar ante los fanáticos esta resolución, el príncipe razonaba así: "Si yo supiera que los nuevos conversos al Islam eran verdaderos y sinceros creyentes, procuraría mezclarlos con los buenos musulmanes por todos los medios posibles, incluso con los lazos del matrimonio; mas, por otro lado, si yo estuviese convencido

de que ellos conservan aún el culto a la religión de sus padres y, por consecuencia, sus antiguos errores y su incredulidad, yo exterminaría a todos estos hombres y reduciría a la esclavitud a sus mujeres y a sus hijos. Pero estoy sujeto a esta duda. He aquí por qué, como castigo, les he impuesto un traje distinto al de los demás creyentes, lo que está lejos de ser una ventaja para ellos.”

Ocupando el trono Abu Abdalá, modificó la forma del vestido de los judíos y nuevos conversos de un modo favorable, autorizándoles para que pudiesen llevar turbantes y caftán de color amarillo. Este color lo usaron durante tanto tiempo los judíos marroquíes, que los árabes del desierto llaman al amarillo *sfar el yehudi*, amarillo judío.

Abu Abdalá, hijo del vencedor de Alarcos, el más grande rey de los almohades (1), fué derrotado en la batalla de las Navas de Tolosa (1212) o de Al-Aikab—de las cumbres—, según los historiadores moros, batalla en la que, como dice El Kartas, “desapareció la fuerza de los musulmanes en Andalucía, y en adelante no les quedó estandarte victorioso”.

El sucesor de Abdalá, Abu Jacob, se ocupó bien poco de la gobernación de sus Estados. Era aficionado a las corridas de toros y se hacía traer de Andalucía reses bravas que toreaba él mismo. Una vaca le partió el corazón a los veinte años de edad (1224).

Bajo el reinado de Al Mamún (1227-1232), quien afirmó

(1) En celebración de esta victoria, acerca de la cual dice un historiador que los cristianos muertos hacían desaparecer bajo sus cuerpos el campo de batalla, el emir mandó echar los cimientos de la Giralda de Sevilla.

un día desde el púlpito de la mezquita que no existía otro Mesías, sino Jesús, hijo de María (1), su rival Yahia bajó de la montaña y se apoderó de Marraquex, haciendo gran mortandad entre los hebreos.

Los merinidas.

Habitaban el Sur del Atlas desde Ifrikia a Taflete los benimerines, gente procedente de la Arabia, según Rud el Kartas, de la más principal y noble descendencia de la tribu de los zenetas.

Eran religiosos. No conocían el comercio ni la industria, y se dedicaban a la caza y al pastoreo. Hacían una vida patriarcal, sin acatar superior alguno ni pagar tributo.

Todos los veranos llevaban sus rebaños a pastar a los campos del Mogreb. En el estío de 1216, al llegar, como de costumbre, con sus ganados, notaron con admiración que las praderas estaban yermas y las ciudades casi desiertas. Ignoraban la terrible derrota del emir en las Navas de Tolosa, en la que, según cronistas árabes, de un ejército de 600.000 moros, que acaudillaba Abu Abdalá, sólo se salvaron 1.000; maravillados los nómadas, no sabían a qué atribuir hecho tan extraño.

Al contemplar los merinidas tantos bienes sin dueño, decidieron establecerse allí y enviaron emisarios a sus hermanos del desierto para que se les uniesen. Todos los nómadas emprendieron en caravana la peregrinación. Llegaban con sus ganados y sus tiendas, y eran tan numerosos,

(1) La mujer de Al Mamún era de familia cristiana, y tal vez esto explique la decisión del emperador de inclinarse al cristianismo, edificando en Marraquex una iglesia católica.

que “parecían—según un cronista musulmán—una legión de hormigas o de langostas”.

Entonces eligieron por jefe a Abu Mohammed Abdelhak, quien derrotó a los caudillos almohades, que avanzaban con un ejército de 20.000 hombres, para arrojar a los benimerines del Mogreb. Después de varias alternativas en la campaña, en 1269, con la toma de Marraquex por Yusef Yacub, quedó consolidada la dinastía merinida. Su triunfo fué señalado por una catástrofe. Un terrible incendio destruyó todo el zoco de Fez, perdiendo los judíos inmensas riquezas.

Los benimerines, antes que perseguir a los hebreos, como los almohades, prefirieron utilizar sus servicios. Y para indemnizarles de las pérdidas sufridas en el siniestro, les concedieron la libertad del culto, a condición de que pechasen con tributos especiales y de que siguieran usando la ropa amarilla impuesta por la dinastía caída.

El príncipe Abu Yusef Yacub estableció en 1264 que los judíos viviesen en barrios apartados y protegidos por soldados. Estos barrios se llamaron Melah, palabra que significa lugar salado. En Fez Viejo (Fas el Bali) se fundó el primer Melah. La causa que motivó tal disposición fué que en dicho año estalló en Fez un motín, siendo asesinados y robados algunos hebreos. El propio príncipe se lanzó a caballo sobre las turbas, logrando impedir la comisión de nuevos crímenes. Con la creación de los Melah cerrados se evitaban también, en cierto modo, los atropellos que se cometían repetidamente contra los hebreos.

El príncipe Yusef los protegió, reconociendo las dotes

excepcionales del pueblo israelita para la industria y el comercio.

En el siglo XIII, a causa de las persecuciones de los almohades, decayó la cultura judía, que no volvió a brillar hasta el final del siglo XIV.

En el año 1391 muchos hebreos perseguidos en España huyeron a Marruecos. Entre los fugitivos figuraban ilustres y sabios rabinos. De esta inmigración nace el grupo judeo-español, que tanta influencia había de ejercer en la vida del Mogreb.

Con la llegada de los refugiados se inició una era de prosperidad material e intelectual entre los israelitas marroquíes. En el año citado se formaron colonias judeo-españolas en Marraquex, Mostagán, Argel, Bugia, Orán, Túnez, Fez y Tlemecen, entre otras ciudades del Norte africano. Estos inmigrantes, inteligentes, cultos, expertos en las lides comerciales, fueron bien acogidos por los musulmanes y con desconfianza y menosprecio por los judíos indígenas.

Un abismo se abría entre unos y otros hebreos, abismo que ahondaba, junto con la rivalidad comercial, la diversidad de cultura y de costumbres. Los judíos españoles consideraban bárbaros a los indígenas; estos llamaban *rumis*, europeos, casi no israelitas, a los españoles; aquéllos eran los “portadores de turbantes”, éstos los “portadores de boinas o gorros”. Tal división subsiste hasta nuestros días, aunque algo amortiguados los odios por la acción del tiempo.

La riqueza de los refugiados atrajo nuevas persecuciones locales. Sin embargo, durante el dominio de los

merinidas, los hebreos gozaron de gran influencia, ocupando altos cargos en la gobernación del Mogreb. Los benimerines desarrollaron su política económica, apoyados primero en los intendentes cristianos y judíos y luego exclusivamente en éstos.

En el siglo XIV, el sultán Abd-el-Hak nombró consejero e intendente suyo al hebreo Harum y confió a otros judíos los más importantes puestos del Gobierno. El intendente Harum, con objeto de aumentar las rentas del Estado, tuvo la audacia de crear un impuesto general, a cuyo pago estaban sujetos hasta los chorfas y morabitos, personas sagradas, exentas de tributo. Los fanáticos se sublevaron, y el sultán y su consejero perdieron la vida a manos de los revoltosos.

Estos sucesos dieron origen a una nueva persecución. En Fez fueron muertos muchos hebreos, y otros, obligados a abrazar el islamismo. Mas tal era la influencia de la raza, que Abu Said, sucesor de Abd-el-Hak, no tardó en autorizar a los conversos para que volviesen a su culto antiguo. No obstante, con objeto de apaciguar a los fanáticos, prohibió a los judíos entrar calzados en el recinto de la ciudad musulmana y asimismo que montaran a caballo y que usasen armas.

El desarrollo del comercio hebraico llegó a su apogeo. Los judíos de Fez entraron en relaciones con sus correligionarios de los oasis del Sus, hasta el Sudán, y acapararon el movimiento comercial de todo el país. Los negociantes árabes perjudicados predicaron la guerra santa contra los judíos, y éstos fueron asesinados en el Sudán, encarnizándose con ellos un príncipe negro recién convertido al ma-

hometismo. Los musulmanes de Fez defendieron en esta ocasión los intereses de los judíos, sin duda por lo que convenía la industria de éstos al poderío de la capital.

La cultura.

La situación de los hebreos de Marruecos antes de la inmigración de los refugiados españoles en 1391 era, en el Rif, en el Sus y en el Atlas, la de siervos de gleba. Vivían como esclavos, sin derecho a poseer bienes inmuebles, según la ley musulmana, labrando las tierras y defendiendo las vidas y las propiedades de sus amos; ni aun en la abyección de la servidumbre habían olvidado sus tradiciones guerreras. Todavía en nuestros tiempos encontramos en las citadas regiones hebreos reducidos a tan miserable estado.

El resto de los judíos árabes y berberiscos vivían en los campos y en las ciudades dedicados al comercio y a los oficios manuales. Eran los orfebres fundidores de metales, pintores, zapateros, obreros en seda, sastres, carpinteros y forjadores de la época.

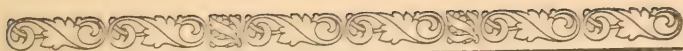
Bajo la dominación de los almohades fueron destruídas las escuelas taimúdicas, y decayó el nivel intelectual y religioso de los hebreos marroquíes. Las costumbres y las supersticiones berberiscas y árabes se infiltraron en la raza judaica. Se extendió el culto sacrílego a los morabitos. Hasta en sus litigios habían de someterse a la competencia de los jueces árabes y al derecho musulmán, a causa de la ignorancia de los rabinos.

La llegada de los israelitas españoles resucitó el viejo vigoroso espíritu del judaísmo marroquí, que moría a

manos del islamismo, bajo un régimen de humillación y de tiranía.

Volvió a encenderse la luz de la cultura. Protegidos por los benimerines, los judíos desarrollaron el comercio, contribuyendo al bienestar del Imperio, utilizando sus relaciones de negocios con Europa y Turquía. Los refugiados hicieron una revolución económica y financiera en el Mogreb, según refiere un autor judío. La exportación y la importación aumentaron considerablemente, y como los príncipes cobraban tributos del 8 al 10 por 100 sobre el importe de todos los artículos exportados e importados, claro está que en su interés estaba el proteger a los hebreos monopolizadores del comercio.

En tal situación se halla en Marruecos el pueblo israelita al decretar los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, la expulsión de los hebreos de España el año 1492.



II

LOS HEBREOS EN ESPAÑA DESDE LA INVASIÓN ARABE HASTA LOS REYES CATÓLICOS

*Los judíos en los reinos musulmanes y cristianos
de España.*

Está la historia de España tan entrelazada con la de Marruecos, que en un espacio de ocho siglos forman una sola. Por eso, al ocuparnos de los hebreos marroquíes, hemos de hablar de los españoles, que tanto influyeron en las comunidades israelitas del Mogreb, irradiando hasta ellas, con los esplendores de la civilización y la cultura, las riquezas de comercio bien organizado.

Ya al ocuparnos muy a la ligera de la historia de los hebreos de Marruecos, hasta los últimos años del siglo XV de nuestra Era, hemos dado cuenta de la situación de los judíos de España bajo los vándalos y los visigodos y la parte principalísima que tomaron en la invasión de la Península por los árabes, guarneciendo las fortalezas, repoblando las ciudades, labrando los campos, ejerciendo el comercio, llevando a todas las actividades de la vida el genio de esta raza que se templea y robustece con la persecución.

Los hebreos mejoraron en el siglo VIII su condición social con la conquista de España por los musulmanes. El comercio y la industria florecieron en sus manos, sobre todo en Córdoba. Ocuparon cargos públicos y lograron alcanzar en la relativa paz de que gozaban un alto grado de cultura.

Hasdai ben Schaprut fué ministro y tesorero de Abderrahaman III. Tradujo al árabe las obras del famoso médico griego Dioscórides y atrajo hacia Córdoba a muchos gramáticos, poetas y sabios judíos de Oriente, con lo que nació la escuela talmúdica cordobesa. Este fué el centro de las escuelas del mundo, eclipsando a las de la Mesopotamia.

Uno de los califas omeyas hizo traducir al árabe la Mischna, colección de leyes que forman parte del Talmud.

Los judíos cordobeses, cultos, versados en todas las artes del saber, fueron gala de la corte fastuosa de los Abderrahamanes, distinguiéndose por su porte caballeresco y por la exquizez de su trato.

Los viejos laureles conquistados por la raza en los campos de batalla de Asia y de Africa, fueron reverdecidos en las lides contra los cristianos de España.

Fernández y González dice que el esplendor de Córdoba, de la capital del Andalus, eclipsó al de Bagdad. Córdoba fué en esta época la Atenas del siglo X, y este esplendor debe una buena parte de su brillo a la ciencia de los hebreos cordobeses. Llegó a encerrar en su recinto la ciudad de los califas doscientos mil edificios, y su población ascendió a más de un millón de habitantes.

Tanto en Córdoba como en Granada y otras capitales

existían Universidades, dirigidas por sabios hebreos. Los mahometanos pensaban que importa más el saber de un hombre que la naturaleza de sus creencias religiosas.

Los cantos del judío Abraham Iben Sahal eran popularísimos. Apenas había joven, mujer o niño que no los supiera de memoria. Eran cantos alegres, libres, que motivaron que en una ocasión los ancianos de Córdoba solicitaran del juez supremo que los prohibiese.

Córdoba, en el siglo X, con su civilización y con sus costumbres, influía sobre el resto del mundo. Fué la luz de Occidente.

Más tarde, los judíos, patrocinados por los reyes de Taifa, conservaron la posición social alcanzada durante el califato. Intervenían en la política, llegando algunos a ministros, como Samuel Iben Nagrela, visir del rey de Granada. Era Nagrela filósofo, humanista, astrónomo y matemático. Protegía a los estudiantes judíos, entre los que gozaba de gran popularidad, y no sólo patrocinaba a los de España, sino a los de Africa, Bagdad, Jerusalén y Sicilia. Tan proverbial fué su galantería con las damas, que en las cámaras de la Alhambra no hallaba competidores.

Le sucedió en la privanza su hijo José; pero el príncipe Badís, a la sazón reinante, era tan cruel y violento, y José tan altanero, que berberiscos, árabes y judíos tramaron una conspiración que costó la vida al ministro y atrajo una furiosa persecución contra los hebreos (1066).

Los israelitas fueron tan numerosos en Granada, que llegaron a llamar a la urbe del Genil *la ciudad de los judíos*.

Actuaron mucho de intermediarios o embajadores entre cristianos y musulmanes para la negociación de los tratados.

Las colonias hebreas en las principales ciudades eran importantísimas. Había alguna población, como Lucena, compuesta exclusivamente de judíos.

Los soberanos almoravides tuvieron muchos ministros israelitas.

Entre los cristianos gozaban de idénticos privilegios.

Servían en los ejércitos, y por su cultura eran muy estimados. Se dedicaban especialmente al estudio de las ciencias. Los fueros locales les reconocían iguales derechos que a los cristianos.

Alfonso VI les admitió a todas las funciones públicas. Este monarca hizo una razia sobre el reino de Sevilla, cuyo trono ocupaba a la sazón Motamid, para vengar la muerte de un intendente judío. Motamid era tributario del príncipe castellano. En 1080 envió Alfonso una embajada con objeto de cobrar el tributo. A los caballeros cristianos acompañaba el intendente hebreo Ben Chalib, encargado de recibir el dinero. El rey moro entregó moneda falsa. Ben Chalib se negó enérgicamente a tomarla, diciendo: —Sería un necio el hombre que admitiera esa moneda. Yo no acepto más que oro puro, y el año que viene necesitaré ciudades. Motamid, lleno de ira, ordenó la crucifixión del judío, apesar de las protestas de la embajada castellana. Alfonso VI, indignado, arrasó las tierras de Sevilla, asedió la capital durante tres días y llegó hasta las playas de Tarifa, y metiendo su caballo en las

aguas del Estrecho, exclamó bizarramente: —¡ Esta tierra es la última de España, y la he pisado!

La persecución de los almohades hizo emigrar un gran número de hebreos a los Estados cristianos. En Toledo llegaron a reunirse 12.000 judíos, que ayudaron a los reyes con dinero y con hombres en las guerras contra los musulmanes. Castilla fué el foco de la civilización mosaica y Toledo el Londres del mundo israelita.

Jaime de Aragón protegió mucho a los hijos de Israel, a pesar de que ya en el siglo XIII empezaban a agitarse las furias de la persecución.

Una de las cartas de franquicia más antigua que se conocen es la otorgada por el conde de Barcelona, Ramón Berenguer, a los judíos de Tortosa, en 23 de diciembre de 1149, carta que dió a la publicidad D. Joaquín Miretty Sans. Se le concede por ella, con destino al *call* y *aljama*, todo un barrio, con las diez y siete torres de su circuito, para que edifiquen sesenta casas; además, nueve huertos y otras fincas rústicas, todo en dominio completo y libre, con la disposición previsora de que en caso de establecerse más judíos en la ciudad les cedería otras casas para habitación. Durante cuatro años quedaban exentos de impuestos y prestaciones personales, disponiendo también que jamás tendrían los sarracenos jurisdicción ni mando sobre los israelitas. Por último, les señaló para administrarse y gobernarse los fueros, usos y costumbres de los judíos de Barcelona.

La cultura.

Los siglos XI y XII constituyen la Edad de Oro del judaísmo en España.

Espigando en el campo de la ciencia y de las letras, encontramos a Abraham Ben David, de Toledo, autor de muchas obras filosóficas y astronómicas, entre ellas la titulada *Emimah Ramah (Fe excelsa)*, escrita en 1161; a Judá Leví de Lucena, a Moisés Ben Ezra (1070-1136), ilustre polígrafo, propagandista de las ideas de los judíos españoles en Italia, Francia e Inglaterra; al gran Moisés Ben Maimón o Maimónides, de quien se dijo que “de Moisés a Moisés no ha habido otro Moisés”. Es el fundador de la exégesis racionalista de las doctrinas judaicas. Escribió la *Guía de los que andan perplejos acerca del recto camino*. Fué médico de cámara de un hijo del sultán Saladino, y obligado a huir por la persecución de los almohades, profesó exteriormente el mahometismo. Ocupó el cargo de rector de un colegio de Alejandría y el de nagid o príncipe de los judíos en Egipto.

Beni Judá Essebti, natural de Ceuta, llamado el Mogrebí, fué también médico de Saladino y discípulo de Maimónides. Poeta y filósofo, ayudó a su maestro en la corrección de la astronomía de Geber. Escribió diversos poemas y un tratado sobre *Alimentos*. Cuéntase que un día, discutiendo con su íntimo Hamed sobre el destino de las almas al abandonar el cuerpo, le dijo: “Mira: juremos que cualquiera de nosotros dos que muera vendrá a contar al otro lo que sea el más allá.” Murió primero Beni Judá, y a los cuatro años de su óbito, en un sueño, se le apareció

a Hamed, a quien le dijo: “Lo etéreo, lo universal, lo de todos, está aquí; lo material, lo divisible, queda ahí abajo. Y desapareció. Muchos judíos le consideraron durante largo tiempo como un revelador divino.

Bahya o Bechaí fué autor del *Deber de los corazones*, en donde se proclama la supremacía de la religión interior sobre las prácticas exteriores.

En Literatura brillaron Ben Gabirol, cuyos cantos todavía repiten en las sinagogas sus correligionarios de Marruecos. De todas las exhortaciones conocidas, ninguna ha alcanzado tanta consideración y popularidad como las de este altísimo poeta. Dice un insigne escritor que muy pronto fueron aceptadas por casi todo el orbe judaico, desde España hasta los países más remotos de Occidente y Oriente, y hasta en la misma Mesopotamia no fué suficiente la inmensa autoridad de que gozaba el jefe de las Academias, Saadya Gaón, para cerrar el camino a las “Exhortaciones” de Gabirol. Así puede decirse sin exageración que no existe templo alguno en el mundo, tanto en las Comunidades de la región más septentrional de Europa como en los países del Sur de América, de Australia y del Cabo de Buena Esperanza, y hasta en los lugares más apartados de Persia, India y Arabia, en el que no se canten las “Exhortaciones” del poeta malagueño. En algunas Comunidades de Oriente y Marruecos se las recita todavía al son de las melodías toledanas o aragonesas, que conservan los judíos españoles con tanto apego y piedad tanta.

Se distinguieron asimismo cultivando la Literatura Judá Leví, el más ilustre de los poetas hebreos; Ben Ezra;

Salomón Ben Zakbel, novelista; el toledano Alchasiri, llamado el Ovidio israelita; Abraham ben Hasdaí; Menahem ben Saruk, gramático como Rabi Jonás ben Ganach y Abul-Gualid, de cuyos estudios ha dicho Renán “que sólo los más recientes de la Filología moderna pueden aventajarles”.

En la literatura de viajes, creada por los judíos en España, brillaron Al-Haziri y Benjamín de Tudela, que relata, en el libro *Peregrinación*, sus excursiones por Italia, Grecia, Palestina, Persia, Egipto y Sicilia.

Los judíos españoles de los siglos XI y XII, poderosos y considerados, aseguraban que constituían una rama especial del judaísmo y que no eran responsables del drama del Calvario, por haberse establecido sus ascendientes en España antes de la pasión y muerte de Jesús de Nazaret.

Con mucha razón escribe el ilustre Dr. Pulido que Palestina y España fueron los dos grandes asientos donde, en porfiada lucha con su aciago destino de siempre, brilló el genio de la raza judía.

El odio contra los judíos.

En los comienzos del siglo XIII empieza la decadencia de los hebreos, con las medidas restrictivas adoptadas contra ellos. Todavía Alfonso X reconoce la libertad religiosa y ordena que los sábados no sean citados a juicio los hebreos. Sus sucesores les tasan la usura en 3 por 4 maravedises al año; les prohíben amamantar hijos de cristianos ni dar los suyos a criar, y castigan duramente los ataques contra el catolicismo. Mas, apesar de todo, con-

tinúa siendo respetada la jurisdicción propia de los judíos para su gobierno interior con el nombramiento de adelantados y rabinos.

La Iglesia, por motivos de índole religiosa, y el pueblo porque los israelitas se dedicaban a la usura y eran muy ricos, los odiaban. Los atropellos se repetían, especialmente reflejados en las solicitudes de los cristianos a las Cortes demandando la condonación de deudas contraídas con los judíos, y en las instancias a pontífices y obispos pidiendo bulas y cartas de excomunión contra los que intentaran apremiar al pago de tales deudas. Alfonso XI prohibió estas prácticas; mas las Cortes accedieron alguna vez a lo solicitado, con evidente menosprecio de la justicia.

El mayor apoyo lo encontraban los judíos en los reyes, que los necesitaban por los servicios económicos que podían prestarles.

Alfonso XI los protegió eficazmente. Durante las guerras civiles auxiliaron con gran fidelidad al rey Don Pedro. Samuel Leví, el famoso judío, era su tesorero, y, como todos los que rodearon al *Rey Cruel*, murió, después de sufrir tormento, maldiciendo al soberano. Los bastardos no olvidaron tales simpatías, y los hebreos fueron robados y asesinados en Miranda de Ebro, Nájera y Toledo, al ocupar el trono Enrique el de las *Mercedes*.

Precisa reconocer, porque es de justicia, que el de Trastámara, en las Cortes celebradas en Burgos en 1366, se opuso a la pretensión de los procuradores de quitar a los judíos las fortalezas que guarnecían y de privarles de los oficios de la casa real, incluso el de médico y del

arrendamientos de las rentas de la Corona. Sólo ofreció Don Enrique que los judíos no formarían parte del Consejo del rey, lo que denuncia que antes figuraban en él.

Poco a poco fué empeorando la situación de los hebreos. El Concilio de Palencia de 1388, entre otras medidas extremadas contra los judíos y moros, les obligaba a asistir a los sermones que se predicaban para su conversión.

En Sevilla, en 1391, el odio del pueblo, inflamado por la palabra de un fanático sacerdote llamado Fernando Martínez, desautorizado por su prelado, promovió horribles matanzas. La llamarada se corrió a Córdoba, Toledo y otras muchas poblaciones castellanas. Algunos de los que sobrevivieron a estos programas se bautizaron. Otros huyeron a Marruecos. Enrique III, al subir al trono, en 1393, quiso impedir tales atropellos, mas no le fué posible detener el desbordado torrente de las pasiones.

Prosiguieron las restricciones contra los judíos. En 1405 se les prohibió cortarse la barba y cabellos, llevar armas y vestir de otro modo que como indicaban las leyes. Un autor judío afirma que en esta época fueron convertidos 15.000 hebreos y muertos 50.000.

Un convertido, Pablo de Santa María, influyó sobre la reina viuda de Enrique III, regente durante la minoría de su hijo Juan II, para que continuase la política de persecución de los hebreos. De 1408 a 1412 publicó la soberana una serie de edictos sujetando a los judíos a la jurisdicción de los Tribunales cristianos, prohibiendo que ocupasen cargos de la casa real y que fuesen arrendatarios y almojarifes; que ejercieran el comercio y la medicina

con los cristianos y que tuviesen trato íntimo con mujeres católicas. Se les encerraba en barrios amurallados, con una sola pureta, y se les imponía traje y peinado especiales también. Estas Ordenanzas no se cumplieron en parte. Los judíos siguieron rigiéndose por sus jueces propios, mantuvieron perfectamente organizada la enseñanza religiosa y conservaron su participación en las funciones públicas de Hacienda, como lo prueba el hecho de que de 1427 a 1430 los judíos fueron arrendatarios de los diezmos de mar; en 1430, los recaudadores de Talavera eran hebreos, y en 1449, los de Toledo, aunque convertidos, pertenecían a la raza perseguida.

Los conversos (1), que eran muchos, fueron tan odiados por el pueblo como los judíos. Les llamaban *marranos*, del hebreo *maranátha*, que significa *anatema sobre ti*. A escondidas practicaban su antigua religión, que sólo la coacción les había obligado a abandonar.

No obstante las persecuciones, prosiguieron los conversos ejerciendo cargos públicos. Reinando Don Juan II gozaron de extraordinaria influencia. D. Alvaro de Luna pidió al Papa Nicolás V el nombramiento de inquisidores contra los judaizantes. Fueron nombrados para organizar la Inquisición el obispo de Osuna y el maestrescuela de Salamanca; pero no llegó a establecerse el Instituto.

Los judíos, merced a su industria y a su trabajo, poseían caudales inmensos. Sus conocimientos administrativos asombraban. El P. Fidel Fita, en sus *Documentos inéditos de Talavera*, escribe: "Los nombres de D. Sa-

(1) *El Israel divino* llamó San Pablo a los conversos.

muel de Riomesta, D. Judá Katalón, Simuel Pache, y quizá el de D. Seneor, que recuerda al célebre D. Abraham Senio, vivirán mientras dure la memoria del genio administrativo que distinguió a los judíos de Talavera en la segunda mitad del siglo XV. Rica y poderosa su aljama y estimándose en más de un millón su hacienda, contribuía casi con la mitad del cupo general a sostener las cargas del Municipio.”

España estaba sembrada de aljamas tan notables como la de Talavera.

En el reinado de Enrique IV continuaron las persecuciones contra los judíos, sobre todo en Córdoba y Sevilla. En Aragón ocurría igual que en el reino castellano. Se produjeron matanzas en todas las plazas del viejo dominio. En Mallorca fueron asesinados 300 judíos.

Centenares de ellos emigraron al Africa. Las predicaciones de San Vicente Ferrer consiguieron que tomasen el bautismo unos 20.000 hebreos.

El Concilio celebrado en Tortosa—1413-14—fué convocado por el Papa Benedicto XIII para discutir con los rabinos sobre temas religiosos, costumbre muy extendida en Aragón, Cataluña y Provenza. Del Concilio salió la prohibición de la lectura del Talmud y de escritos anticristianos.

En 1354 congregáronse todas las juderías de Aragón, con objeto de redactar un estatuto en el que se establecía que las comunidades hebreas habían de elegir cinco diputados, dos por Cataluña, dos por Aragón y uno por Valencia y Mallorca, con plenos poderes para negociar con

el monarca sobre los asuntos que interesaran a los israelitas.

En Cataluña presentaba el problema caracteres idénticos que en Castilla y Aragón. Las aljamas de La Bisbal en 1285, la de Gerona en 1391 y la de Barcelona en este mismo año fueron saqueadas. Alfonso V, en 1425, otorgó un privilegio a la ciudad condal, concediéndole que jamás tuviese judería ni pudiese habitar en el recinto de la ciudad un hebreo durante más de quince días. Sin embargo, los judíos catalanes gozaban de cierta libertad en el siglo XV y aun disfrutaron de la protección de príncipes como Martín I.

Tal era la influencia, de tal modo eran necesarios los judíos, que, a pesar de las persecuciones, se imponían y ocupaban cargos públicos: Astryuo Ravaya de Castelló fué canciller de palacio, reinando Pedro III.

En el reino de Valencia también fueron perseguidos los hebreos en el siglo XIV. Las predicaciones de San Vicente Ferrer convirtieron a muchos, como lo demuestra las lamentaciones del escritor Josef Ha-Cohen; pero numerosos judíos, antes de que sus familiares abandonasen la religión en que habían nacido, prefirieron dar muerte a sus hijos y suicidarse luego, dando un ejemplo de fe heroica.

En Mallorca, donde la colonia hebrea era importantísima, los monarcas aragoneses apoyaron a los judíos, concediéndoles amplias libertades y facilidades para el comercio y eximiéndoles del pago de tributos al municipio. En ella no podía gobernar ningún cristiano, ni aun el rey, según privilegio de 1328. Hasta 1381 llevaron sus habi-

tantes el título de ciudadanos mallorquines. Eran poderosos y expertos comerciantes. En varias ocasiones, los reyes facilitaron la inmigración en Mallorca de familias judías de Africa, llamándolas directamente, según prueban documentos de los años 1344 y 1463.

El pueblo, sin embargo, odiaba a los judíos, y varias veces fué asaltado el *call* hebreo, no sin que los reyes, entre ellos Jaime II, llamaran la atención de los prelados y autoridades, ordenando a los primeros que castigasen a los clérigos que incitaban a la plebe a cometer tales tropelías. La exención del pago de tributos al municipio les atrajo el odio de los comerciantes cristianos, que habían de pechar con todas las cargas, y al llegar a la isla la noticia de las matanzas en Castilla y Aragón, asaltaron el 2 de agosto de 1391 la aljama e hicieron grandes destrozos. Los judíos mallorquines fueron entonces obligados a convertirse; pero siempre quedaron colonias de hebreos no conversos (1), amparados en la legislación general, que les garantizaba el respeto a sus vidas y haciendas.

Un siglo después se citaba como “una de las causas principales de la ruina de Mallorca” el saqueo del *call*.

La cultura.

La enseñanza entre los judíos españoles estuvo en este ciclo admirablemente organizada.

Cada grupo de quince familias contaba con un maestro, que pagaban los padres de los alumnos, y cada pro-

(1) En la actualidad, los descendientes de esos hebreos son conocidos en Mallorca con el nombre de *chuetas*.

fesor podía instruir quince discípulos, y cuarenta si disponía de un auxiliar. A los letrados dedicados a la enseñanza del Talmud, sostenidos por una contribución especial sobre los comestibles, bebidas, casamientos, defunciones, etc., se les debía dotar de una habitación de techo alto y forma circular, donde enseñaban públicamente sus doctrinas.

En esta época ya no brillaron tanto los judíos en el campo de las ciencias. Sin embargo, Rabí Zag escribe, por orden de Alfonso X, el tratado de *Los astrolabios llano y redondo*.

A los estudios de los libros santos se dedicaron muchos judíos conversos, entre ellos Juan el Viejo, en el reinado de D. Juan II. Es muy notable la traducción de la Biblia al romance, hecha en 1430 por Rabí Moisés Arragei, de Guadalajara, con admirables miniaturas. Entre los ascéticos figura el converso Alfonso de Valladolid.

Uno de los más grandes poetas del siglo XIV fué el rabino D. Sem Tob de Carrión, autor de *La danza de la muerte* y de los *Proverbios morales*. He aquí una de las estrofas más conocidas de esta admirable obra:

Non val el azor menos,
por que en vil nío siga,
nin los consejos buenos,
por que judío los diga.
.....

El día de ayer tanto
Alcançar lo podemos,
Nin mas nin menos quanto
Oy ha mill anno faremos.

Sy hombre dulce fuere
Por agua lo beuerán
E si a agro sopiere
Todos lo escupirán.

No puede hombre auer
En el mundo tal amigo,
Commo el buen saber,
Nin peor enemigo.

Representa este poema el abandono del verso de catorce sílabas, el *mester*, por cuartetos eptasílabos. Es don Seb Tob el primer poeta hebreo que escribe en castellano.

El cancionero llamado de Baena lo formó el converso José Alfonso de Baena, en el reinado de Don Juan II, con versos del italiano vecindado en Sevilla, micer Francisco Imperial y de muchos de sus discípulos.

En Medicina figuran el judío barcelonés Bonpox Bonfilí, que tradujo al hebreo obras de Galeno e Hipócrates, Esopo y Boecio; el leridano Galab, Rabí Judá y Rabí Jacob ben Nuñez, médico de Enrique IV.

Jaime Ferrer, judío converso mallorquín, fué director de la escuela fundada en Segres para los estudios de Náutica y Geografía, considerada como la mejor del mundo.

Una familia en la que todos fueron sabios o literatos es la de Santa María o de los Cartagena. Fué su fundador un levita de Burgos, Selemóh Halevi, que, al bautizarse, se llamó Pablo de Santa María o de Cartagena, porque, después de graduado de maestro en Teología en París, le eligieron obispo de Cartagena y más tarde de Burgos. Escribió en prosa y verso en los siglos XIV y XV. Publicó una Historia universal, en 322 octavas de

arte mayor, en la que deseaba comprender “todas cosas que ovo e acaescieron en el mundo desde que Adán fué formado hasta el rey Don Juan II”.

Sus tres hijos fueron insignes letrados: D. Gonzalo de Santa María, obispo de Astorga, Plasencia y Sigüenza y miembro del Consejo Real; asistió como embajador a los Concilios de Constanza y Basilea. El otro hijo, don Alfonso de Cartagena, fué obispo de Burgos, y mereció que el Pontífice Pío II le llamase “alegría de las Españas y honor de los prelados”.

Fray Alonso de Espina, otro converso, fué rector de la Universidad de Salamanca y auxilió a D. Alvaro de Luna en sus últimos momentos.

Los Reyes Católicos y los judíos.

Al ocupar el trono de Castilla y Aragón los Reyes Católicos Isabel y Fernando (1474), encontraron planteado el problema judío. Los repetidos atropellos cometidos por la población cristiana contra los israelitas exigían una inmediata solución al conflicto. El odio contra los hebreos existente entre el pueblo bajo, fanatizado en aquella época, como todos los europeos, por un falso concepto de la religión de Cristo, plena de amor y mansedumbre, se exteriorizaba en terribles matanzas, de las que fueron teatro no sólo España, sino la mayor parte de los países de Europa.

Se inventaban las más atroces leyendas contra los judíos y contra los conversos. El pueblo acusaba a éstos de seducir a las vírgenes de los claustros, de observar la

Pascua mosaica, de no comer carne de cerdo, de repugnar llevar a bautizar a sus hijos, y si los llevaban *los limpiaban al volver a sus casas.*

Se hacía circular entre las turbas que el *Talmud Babilónico Jerosolimitano*, vigente entre los judíos, les dictaba disposiciones tales como las que transcribimos:

"Dios previene a los judíos que de cualquier modo, ya por medio del dolor, de la guerra, de la usura o del hurto se apoderen de los bienes de los cristianos.

"Dios previene a los judíos que no hagan bien ni mal a los gentiles, pero sí que procuren quitar la vida a los cristianos con todo estudio y astucia.

"Si un judío encontrare un cristiano al lado de un precipicio, debe inmediatamente arrojarle en él.

"Los templos de los cristianos son casas de perdición y lugares de idolatría, que los judíos están obligados a destruir.

"Los Evangelios de los cristianos, que deben llamarse iniquidad revelada y pecado manifiesto, deben ser quemados por los judíos, aunque en ellos se contenga el nombre santo de Dios."

Era imputación general hecha contra los hebreos, y así consta en las partidas (VII, tít. 24, l. 2.^a), que martirizaban a los niños cristianos, y que esta cruenta práctica estaba sancionada por la religión mosaica (I).

Una de las causas que principalmente apresuraron la ex-

(I) La levenda del niño martirizado ha sido achacada, con extraña coincidencia, a los prosélitos de todas las religiones perseguidas, como lo demuestran los escritos de Tácito y otros escritores del paganismo.

pulsión de los judíos en 1492, fué el proceso llamado del Santo Niño de la Guarda, incoado a consecuencia del martirio que dieron a un infante varios conversos y judíos, según sus declaraciones, escarneciendo la pasión y muerte de Jesús. Uno de los procesados, Moisés Franco, declaró que estando presenciando un auto de fe, le dijo un compañero “que pudiendo procurarse el corazón de un muchacho cristiano, se podía todo remediar”. Fueron quemados por este motivo, en 16 de noviembre de 1491, ocho judíos y conversos.

Afirman algunos autores que no es cierto, salvo en este caso, obra de unos fanáticos perturbados, que los hebreos sacrificasen niños; pero no es inverosímil que profanasen la hostia.

Citábanse en aquella época otros sucesos de niños martirizados en Valladolid (1452), y en Sepúlveda (1468).

En 1445 se les atribuyó en Toledo a los israelitas una conjuración para minar y llenar de pólvora las calles por donde había de pasar la procesión del Corpus.

Estas leyendas atizaban de tal modo la hoguera de los odios contra los judíos y judaizantes, que Fernando e Isabel resolvieron poner mano sobre el problema. Era uno de tantos que habían de resolver estos reyes, al hacer la liquidación de la Edad Media.

Terminada la guerra de Sucesión, los reyes revalidaron en las Cortes de Madrigal de 1479 y en las de Toledo de 1480, todas las antiguas restricciones contra los judíos, prohibiéndoles el uso de joyas y de vestidos de seda, ordenando que fuesen cercadas las juderías y prescribiendo la supresión de trato y comercio con los cristianos. Para la eje-

cución de estas leyes se dictó una orden en abril de 1481, reiterada en el año 1483.

Una bula de Sixto IV, dictada en 31 de mayo de 1484, derogaba asimismo todo privilegio concedido por la Santa Sede a los judíos. Existían algunos basados “en el talento financiero y medicinal de esta raza”.

Se decretó también la expulsión de los israelitas de Andalucía; pero este decreto no llegó a cumplirse, porque los judíos se encargaron del abastecimiento del ejército durante la campaña de Granada, sirviendo lealmente a los reyes. “Los hebreos—afirma el ilustre Amador de los Ríos—, abastecieron de víveres y vituallas abundantemente a los ejércitos conquistadores de Granada, cumpliendo con creces los deseos de la magnánima y previsora reina de Castilla”.

Tampoco se ejecutó el decreto dado por Fernando en 1486 contra los judíos de Aragón.

A pesar de las medidas persecutorias, la legislación seguía amparando a los hebreos. En este período fueron atendidas las quejas elevadas por la aljama de Avila, entre otras, y a la vez otorgóse a los judíos de las ciudades conquistadas de Almería y Granada amplia libertad civil y religiosa. En el acta de capitulación para la entrega de la ciudad de la Alhambra, dice así la cláusula 38: “Item, que los judíos naturales de la dicha ciudad de Granada e del Albaiçín e sus arrabales e de las otras dichas tierras que entraren en este partido o asiento, gocen de este mismo asiento o capitulación, e que los judíos que antes eran cristianos, que tengan término de un mes para se pasar allende.”

La Inquisición.

En 1478 promulgó Sixto IV la bula restableciendo la Inquisición en el reino.

Los procedimientos inquisitoriales no fueron privativos de España, sino generales en Europa en unos tiempos duros. La Inquisición funcionaba desde antes de 1232 en Francia y en Italia. En esa misma fecha se implantó en España, aunque apenas se notaba su existencia; tan grande era la lenidad con que actuaba. Martín Lutero, el fundador del protestantismo, escribía en Alemania que era necesario destruir las sinagogas y las casas de los judíos, prohibirles la enseñanza, condenarles a trabajos forzados, arrebatarles sus libros de oración, el Talmud y hasta el Antiguo Testamento. Calvino, protestante también, hizo quemar en Ginebra a Miguel Servet, que descubrió la pequeña circulación de la sangre, por atreverse a tratar el dogma de la Trinidad sin sujetarse a la doctrina católica ni a la calvinista. En Francia, los católicos asesinaban a los protestantes; recordemos la matanza llamada en la historia de Saint-Barthélémi. En Inglaterra, Enrique VIII mataba a millares de católicos.

No es posible achacar a España, especialmente, crueldades en los procedimientos de justicia, que fueron de la época y se practicaban en el mundo entero.

La Inquisición española no sólo persiguió a judíos y judaizantes, sino a cristianos, como el Primado de Toledo, Bartolomé de Carranza, a Fray Luis de León (1), a Fray

(1) Fray Luis de León, catedrático de Durando en la Universidad de Salamanca y profeso de la Orden Agustina, fué acusado ante el Santo Oficio por el fiscal licenciado Diego de Haedo, en-

Luis de Granada, y hasta a santos como Santa Teresa, San Ignacio y San Francisco de Borja.

Según Llorente (1), más de treinta y dos prelados tuvieron que ver con el Santo Oficio, cosa poco extraña, porque muchos de los obispos del siglo XV eran judíos conversos.

Fueron perseguidos por la Inquisición D. Pablo de Santa María, el obispo Alonso de Burgos, D. Juan Arias, obispo de Segovia, el arzobispo de Granada y confesor de Doña Isabel, Fray Hernando de Talavera y bastantes prelados gallegos. La mayoría de éstos eran conversos. Tanto es así, que una bula del Papa fechada en 1483 prohibía a los obispos de Galicia *que no fueran cristianos viejos* el juzgar a los judíos.

El cronista Bernáldez habla de la simpatía con que eran vistos los judaizantes por las clases cultas de Castilla, tanto del clero como de la nobleza y la burocracia. Ya hemos dicho que el odio generalmente lo abrigaba la gente del pueblo y la baja clerecía.

tre otros por el estilo, de los siguientes delitos: Haber afirmado que la edición de la *Vulgata* tiene muchas falsedades. Que dió tanto valor a la opinión de los judíos y rabinos como a los Evangelistas sobre ciertos pasajes de la Escritura. Que dijo que en el Antiguo Testamento no había promisión de vida eterna. Que en las declaraciones de la Santa Escritura prefirió las de Vatablo y de Paguino, y la de los sabios judíos, a la edición de la *Vulgata*. Que había dicho que los cantares de Salomón eran *carmen amatorium ad suam uxorem*, y profanando los dichos cantares, los tradujo en lengua vulgar, los cuales andan en manos de muchas personas.

Fray Luis de León fué absuelto, y al volver a ocupar su cátedra, después de larga ausencia, empezó con la famosa frase "Decíamos ayer...", como si quisiera dar por no transcurridos los años de su prisión.

(1) *Historia Crítica de la Inquisición de España.*

Muchos nobles habían matrimoniado con judías, entre ellos el duque de Nájera. Otros descendían de hebreos, como el vicescanciller de Aragón, D. Alonso de la Caballería.

Es un error creer que la Inquisición ejecutaba a los reos: los condenaba solamente, según la legislación de la época, y los entregaba, como decían entonces, a la relajación del brazo secular, para que aplicase la pena.

No hay que confundir el auto de fe con la ejecución del mismo.

El auto de fe era solamente una procesión con los reos: iban éstos vestidos con una túnica o saco bendito, que después, por corrupción, se denominó sambenito. La ejecución la realizaba luego el poder civil, en el lugar señalado de ordinario, con las penas fijadas por todos los códigos del mundo.

La pérdida de los bienes no era siempre absoluta: si los herederos eran pobres, se les señalaba una renta sobre el capital del ajusticiado, y muchas veces se les entregaba la herencia completa.

En 1480 fueron designados los primeros inquisidores. Recayeron los nombramientos en los dominicos Fray Juan de San Martín y Fray Miguel Morillo, facultándoseles para establecer la Inquisición en la ciudad de Sevilla. En el llano de Tablada se levantó un cadalso de piedra, que se llamó Quemadero, para ejecutar a los reos. En sus cuatro esquinas figuraban otras tantas estatuas representando a los Evangelistas.

En 6 de febrero de 1491 se celebró en Sevilla el primer auto de fe: fueron quemados diez y seis relapsos.

Al comenzar a funcionar el Santo Oficio huyeron multitud de conversos de Sevilla, Jerez y puntos próximos, que fueron amparados por los nobles, según se desprende de una orden de entrega enviada por los inquisidores, en 2 de enero de 1841, al marqués de Cádiz y a todos los duques, marqueses, condes y caballeros de Castilla, en cuyas villas y lugares se hubiesen refugiado los judaizantes.

Tal fué el pánico y la extensión de la fuga, que solamente en Andalucía quedaron desocupadas de cuatro a cinco mil casas.

Los procedimientos de los inquisidores no fueron bien acogidos por la opinión.

El Papa Alejandro VI censuró a Torquemada y amparó a muchos conversos.

El sucesor de Torquemada, Deza, fué obligado a dimitir por el cardenal Jiménez de Cisneros.

En Zaragoza fué asesinado Pedro de Arbués, inquisidor de aquel reino. D. Modesto Lafuente cita el caso de que los tres primeros inquisidores de Francia, Italia y Aragón, se llamaran Pedro (Pedro de Castelnau, Pedro de Verona y Pedro de Arbués), y los tres fueron sacrificados.

Gómez Manrique, corregidor de Toledo, y el marqués de Priego ampararon a numerosos judíos.

El Consejo de Jerez, en 1482, protestó contra las arbitrariedades del Santo Oficio.

A pesar de ello, la persecución no decrecía; antes al contrario, en Avila fueron quemados, de 1490 a 1500, más de 113 conversos. En Jerez duró tres días, en 1492, un auto de fe; en un solo auto de Toledo figuraron 1.200 reos, y el 16 de agosto de 1487- fueron quemados 25 judai-

zantes, entre ellos un doctor, un regidor de la ciudad, un comendador de Santiago y un fiscal. La calidad de los reos demuestra la prosperidad que disfrutaban los judíos.

En Barcelona se opusieron en 1484 enérgicamente los concellers al establecimiento de la Inquisición, alegando “que la poca vida que tiene la ciudad se debe al escaso comercio que hacen los llamados conversos, en cuyas manos está hoy la mayor sustancia de pecunia de esta ciudad, así como por la negociación que hacen con los corales, telas, cueros y otras mercaderías, se sostienen y viven muchos menestrales; y de pocos días a esta parte, temiendo que la Inquisición se porte en la dicha ciudad como lo ha hecho en Valencia, Zaragoza y otros puntos, los más y los principales de ellos han pensado irse y muchos se han ido ya a Perpiñán, Aviñón y a otros centros, la partida de los cuales trae la total destrucción y exterminio de esta ciudad”.

De Mallorca escriben en aquellos días que decaía el comercio por las persecuciones inquisitoriales, pues “las personas sospechosas o culpables contra la fe eran cabalmente las de mayor giro e industria”.

Mas no extinguió la persecución el odio del populacho. El reino entero vivía en perpetua intranquilidad, y los atropellos contra los hebreos se repetían.

La expulsión.

Realizada la conquista de Granada se promulgó el edicto, de 31 de marzo de 1492, expulsando a los hebreos, fundamentado “en el gran daño que a los cristianos se ha seguido y sigue de la participación, conversación y comercio que han tenido y tienen con los judíos”.

Se les dió de plazo para la salida hasta el final del mes de julio siguiente, prohibiéndoseles volver ni aun de paso, so pena de muerte y confiscación de bienes. Durante ese tiempo, los judíos quedaban al “amparo y defendimiento Real” para que pudiesen “andar y estar seguros, y puedan entrar y vender y trocar y enajenar todos sus bienes, muebles y raíces y disponer de ellos libremente”.

Se les prohibía sacar oro ni plata, pues estaba prohibida la salida de esos metales por una pragmática de 1491, en la que sólo se autorizaba la importación de mercancías extranjeras a cambio de otras del país y no por dinero. Los judíos habían de trasladar sus riquezas en letras de cambio.

En 14 de mayo, a solicitud de los expulsados, que temían los atropellos de las turbas, se dictó una nueva disposición reiterándoles el real amparo.

Dicen Llorente y Prescott que los judíos ofrecieron a los reyes 30.000 ducados con tal de que anularan el decreto, pero que Torquemada penetró en el salón donde se hallaba con los monarcas el representante de los hebreos, y, sacando un crucifijo, les increpó: “Judas Iscariote, dijo, vendió a su Maestro por 30 dineros de plata. VV. AA. le van a vender por 30.000. Aquí está, tomadle.” Y arrojando la cruz sobre la mesa abandonó la sala.

Por mucha que fuese la osadía y el valimiento de Torquemada, no es posible creer que reyes celosos de su poderío tolerasen tal falta de respeto.

Los preparativos para la partida de una población tan numerosa y tan rica, y con tantos afectos y arraigos en la patria común de todos los españoles, sean cristianos, hebreos o musulmanes, dió lugar a tristísimas escenas. Mal-

barataban los bienes que no podían llevar. Bernáldez dice que él vió dar “una casa por un asno y una viña por un poco de lienzo”. Con el fin de eludir la prohibición de sacar oro y plata, los hebreos cosían las monedas entre los pliegues de los vestidos o las ocultaban en los aparejos de las caballerías. Antes de marchar iban a los cementerios, donde dormían el eterno sueño las cenizas de sus abuelos, y pasaban días enteros llorando sobre las tumbas.

El Cura de los Palacios cuenta en su crónica cómo se dirigían hombres, mujeres y niños hacia las costas, formando caravanas. Tañían adufes y panderos, por orden de los rabinos, con objeto de que, influídos por el son de la fiesta, que distraía sus pesares, no se sintiesen arrastrados a profesar el cristianismo, para no abandonar la tierra querida de sus mayores.

En el mes de julio salieron todos los que no quisieron convertirse. ¿Cuántos fueron expulsados? Según Bernáldez, 35 ó 36.000 familias, en total unas 180.000 personas. El Padre Mariana y Llorente opinan que fueron 800.000; un autor judío cita las siguientes cifras: expulsados, 165.000; bautizados, 50.000; muertos, 20.000.

De los hebreos emigrantes, unos marcharon a Francia e Inglaterra; otros a Grecia, Turquía, Portugal e Italia; muchos pasaron a Marruecos y a otras regiones del Norte africano, sobre todo los procedentes de Andalucía y de la costa de Levante.

En Portugal, el rey Don Juan declaró esclavos a los que no pagaron ocho escudos de oro, y a los que abonaron el tributo los envió a la isla de los Lagartos, entonces desierta. Más tarde, en 1496, los arrojó de sus reinos, con

mayor crueldad que en España, pues hasta prohibió a los padres que llevasen con ellos a sus hijos menores de catorce años.

Los que salieron para Italia fueron víctimas de la codicia de los patrones de los barcos, hombres semipiratas, que violaban a las mujeres y asesinaban a sus esposos y a sus hijos. Un escritor italiano, Senarega, describe así el éxodo de los que pasaron a Italia: “Una gran parte perecieron de hambre; las madres, que apenas tenían fuerza para sostenerse, llevaban en brazos a los hambrientos hijos y morían juntamente. No me detendré en pintar la crueldad y avaricia de los patrones de los barcos que los transportaban de España, los cuales asesinaron a muchos para saciar su codicia, y obligaron a otros a vender a sus hijos para pagar los gastos del pasaje. Llegaron a Génova en cuadrillas, pero no les permitieron permenecer allí por mucho tiempo” (1).

En Turquía, al conocer la laboriosidad de los hebreos españoles inmigrados, exclamó el emperador Bayaceto, aludiendo a Fernando el Católico: “¿Este llamáis el rey político, que empobrece su tierra y enriquece la nuestra?”

El Papa Alejandro VI recibió y brindó protección a los expulsados de España. En los Estados Pontificios hallaron siempre los judíos seguro refugio en las persecuciones.

No todos los hebreos abandonaron la Península: muchos de gran posición abjuraron de sus creencias para conservar sus bienes. Algunos también regresaron y se convirtieron

(1) Senarega. Rer. Italic. Script.

al cristianismo, huyendo de los malos tratos y atropellos de que eran víctimas en los países donde se refugiaron.

En Aragón y Castilla mereció grandes censuras la medida adoptada por los Reyes Católicos. Zurita, en sus *Anales*, escribe: “Fueron de parecer muchos que el Rey hacía yerro en querer echar de sus tierras gente tan provechosa y granjera, estando tan acrecentada en sus reinos, así en el número y crédito, como en la industria de enriquecerse. Y decían también que más esperanza se podía tener de su conversión dejándolos estar que echándolos, principalmente de los que se fueron a vivir entre infieles.”

El Padre Juan de Mariana dice: “Muchos reprehendieron esta resolución que tomó el rey D. Fernando en echar de sus tierras gente tan provechosa y hacendada, y que sabe todas las verdades de allegar dinero” (1).

Don Modesto Lafuente trata así la impolítica medida de Fernando: “No ha de juzgarse la conveniencia o el perjuicio de aquella terrible medida por el número de personas y por la mayor o menor despoblación que sufriera el reino, en verdad ya harto despoblado por las guerras y por el desgobierno de los reinados anteriores, sino por la calidad de los expulsados. En este sentido, no puede menos de calificarse de perjudicial para los intereses materiales de España la salida violenta y repentina de una clase numerosa, que se distinguía por su actividad, por su destreza y por su inteligencia para el ejercicio de las artes, de la industria y del comercio. La expulsión de los judíos fué en este sentido un golpe mortal, que cegó mu-

(1) Historia de España.

chas fuentes de riqueza pública para que fuesen a fecundar otros climas y a engrandecer extrañas regiones.”

El Sr. Amador de los Ríos, a quien tanto deben los hebreos españoles, escribe: “No hay quien absuelva al rey católico de la nota de ingratitude que contra él resulta, ni quien, por el contrario, intente, bajo este concepto, presentar su conducta como modelo digno de imitarse.” Y agrega: “La Humanidad () no puede, en efecto, menos de resentirse al imaginarse aquel miserable rebaño errante y desvalido, llevando sus miradas hacia los sitios en donde dejaban sus más gratos recuerdos, en donde descansaban los huesos de sus mayores, lanzando profundos suspiros y lastimeras quejas contra sus perseguidores.”

Lowisohn declara (·): “De todos los destierros y desgracias que han caído sobre la frente de Israel, desde que cayó su corona, ninguno fué para él tan terrible, tan lleno de peripecias y tan fatal como su destierro de la Península ibérica.”

Consecuencias de la expulsión.

La expulsión influyó considerablemente en el movimiento comercial del país, y aunque de momento la nación, deslumbrada con los tesoros que de América venían, no pudo advertirlo, que siempre vivió España de ilusiones y esperanzas, bien lo notó en el transcurso del tiempo. La censurable determinación de los Reyes Católicos, según dice donosamente Murga, influyó hasta en la alimentación na-

(1) Estudios sobre los judíos de España.

(2) Lecciones sobre la historia moderna de los judíos.—Viena, 1820.

cional: el pedazo de tocino que no falta en la olla española, fué adoptado por los cristianos viejos como una profesión de fe.

No es justo achacar a España la animadversión contra la raza de Israel. En todos los pueblos, bajo todos los climas, en todas las épocas, han sido perseguidos y vejados los judíos. En la Edad Media, Pontífices y Reyes, cuando tenían agotados sus tesoros, abrían las fronteras de sus Estados a los industriosos, a los activos, a los inteligentes hebreos, expulsados de otros países, para hacerlos a su vez víctimas de nueva persecución apenas florecía la riqueza en manos de esa raza admirable, que posee el genio del comercio. Así, entre otras persecuciones, que no mencionamos, fueron los judíos expulsados de Italia en 1242; de los Países Bajos en 1350; de Francia e Inglaterra (1) en 1403; de Portugal en 1496, y en todas partes la crueldad contra los arbitrariamente perseguidos dejó un rastro de lágrimas.

La raza judía española honró a su patria, dándole ilustres hombres que brillaron en todas las ramas del saber humano. Aun después de la expulsión, los conversos, mu-

(1) Menasseh ben Israel, lisboense de nacimiento, pero muy español en sus producciones. Acometió la empresa de rehabilitar Inglaterra para estancia de los judíos, cerrada desde el reinado de Eduardo I. Con el fin de lograrlo fué a Londres en 1655; hizo gestiones personales cerca de Cromwell, quien le acogió con aprecio y le pensionó; pero el sabio israelita falleció poco después, en 1657, en Middelburgo, donde se le enterró y puso el siguiente epitafio en castellano:

“No murió, porque en el cielo
vive con suprema gloria,
y su pluma y su memoria
inmortal dexa en el suelo.”

chos de ellos, judíos de corazón, siguieron influyendo por derecho propio en el acerbo del saber nacional.

Al principio del reinado de los Reyes Católicos la Astronomía y la Medicina tuvieron cultivadores judíos.

La edición monumental de la Biblia Políglota Complutense, patrocinada por el insigne cardenal Jiménez de Cisneros, escrita en hebreo, griego, caldeo y latín, con gramáticas y vocabularios, acabó de imprimirse en 1517 y se publicó en 1520. Tomaron parte en ella los judíos conversos Pedro Coronel, Alfonso de Zamora y Alfonso de Alcalá.

En los tiempos modernos se han hecho trabajos encaminado a la demostración de que Colón fué hebreo converso. Los fundamentan en que el almirante hablaba siempre buscando apoyo en el Antiguo Testamento, sobre todo al afirmar que con sus descubrimientos cumpliáanse las profecías israelitas. También citaba con frecuencia el Apocalipsis del judío Esdras, asegurando que “seis partes del mundo están en seco y la séptima solamente cubierta de agua”, equivocación palmaria que Colón aceptó, y que demuestra la oscuridad de la ciencia en aquellos siglos. Colón nombra a muchos rabinos españoles en sus cartas, y parece que conoce a fondo sus doctrinas.

Ahí está la correspondencia que sostuvo sobre su primer descubrimiento con Luis Santangel, judío converso, ministro de Hacienda de Aragón, amigo y protector del almirante. También fué consejero y amigo de Cristóbal Colón, e influyó mucho con sus noticias en el descubrimiento de América, Abrahán Zacuto, maestro del *Quadrivium* de la Universidad de Salamanca, el último catedrático judío que tuvo España.

En Cuba, envió Colón tierra adentro, con sus papeles diplomáticos, en busca de la corte del poderoso emperador de Catay, a un judío converso de Murcia, gran conocedor de las lenguas orientales, que iba de intérprete en su carabela. En la primera expedición del descubridor insigne tripulaban como marineros una de las naves dos hebreos de Arcila (1). En su testamento ordena el almirante que se le entregue cierta “suma a un judío que moraba a la puerta de la judería de Lisboa”, restitución de un préstamo que le hizo. Y, por último, alguno de los biógrafos que suponen al almirante natural de Pontevedra asegura que en la época de su nacimiento existían en aquellas costas marineros judíos llamados Colón y Fonterrosa, apellidos del inmortal descubridor del Continente americano.

Sea de ello lo que sea, claro es que Colón, si realmente simpatizaba con la religión de Moisés, no iba a declarar su origen israelita en una corte que perseguía cruelmente a los de su raza.

Se ha hablado también de las simpatías que profesaba hacia los judíos el príncipe de los ingenios, no ya de España, sino del mundo, Miguel de Cervantes. El Sr. Cassinos Assens dice, refiriéndose al “Quijote”, en el que se trata de todo, que Cervantes en su obra singular hizo a los israelitas el presente más grato que puede hacerse a un alma o a un pueblo dolorido: el del silencio semejante a un bálsamo (2).

(1) Kayserling, *La decouverte de l'Amerique et les Indes*.

(2) Se ha pretendido buscarle etimología hebrea al título de la obra inmortal de Cervantes. La palabra Quijote dicen que procede

Lo que no es posible dejar de reconocer ante la realidad es que los judíos y los conversos iban a la cabeza del movimiento intelectual español, tanto literario como científico.

La expulsión de los judíos arrebató a España la gloria de haber alumbrado el mundo con la luz de altísimas inteligencias: Spinoza, el filósofo, hijo fué de padres sefardíes; Disraely, el insigne político inglés, en una casa de judíos españoles arribó a las playas de la vida; Manim, uno de los hombres cumbres de Italia, fué descendiente de sefardíes.

Las consecuencias de la desacertada medida de los Reyes Católicos, expulsando de su patria a una masa de españoles cultos, emprendedores y laboriosos, se vieron bien pronto reflejadas en el empobrecimiento del país.

Con la extrañación de los judíos España se cortó el brazo del comercio en el momento en que el descubrimiento de América reclamaba el concurso de todas sus energías. Más tarde, con la expulsión de los moriscos, España se arrancó el brazo de la Agricultura.

Ya decía Castelar, tronando en las Constituyentes con su verbo sublime: “No tenemos agricultura porque arrojamamos a los moriscos, a aquellos que habían hecho los tres paraísos de nuestra patria: la huerta de Murcia, la huerta de Granada y la huerta de Valencia. No tenemos industria porque arrojamamos a los judíos, que habían enseñado a

del hebreo Quichot, que significa el Justo. Naturalmente, sólo a título de curiosidad registramos en estas páginas las noticias referentes a Colón y Cervantes, que hasta hoy no poseen fuerza histórica alguna.

leer a Alfonso X, que habían dictado con los árabes las tablas Alfonsinas, que es el monumento más grande de la Edad Media.”

Cuando en el siglo XVII aquella raza de moriscos diseminados por los reinos de Valencia, Granada, Aragón, Castilla y Murcia, dice Costa, descendientes de las tribus venidas siglos antes de Marruecos, y que formaban el nervio y la inteligencia práctica de nuestra nación, fué expulsada de la Península, transformando provincias florecientísimas en páramos y despoblados, arruinando el Fisco, dejando desiertas multitud de fábricas y manufacturas y convirtiendo a España de *Arabia feliz* en *Arabia desierta*, todavía entonces el fanatismo brutal y rabioso que inspiró tan criminal medida tuvo que transigir con el saber de los expulsados, reteniendo en cada pueblo el seis por ciento de los moriscos para que fuesen maestros de los nuevos pobladores y les enseñasen el cultivo de los campos y el trabajo de las fábricas y talleres, que los españoles, embriagados con el oro de América, habían dado al olvido, renaciendo y prolongándose de esta suerte el magisterio de los antiguos berberiscos sobre los españoles, en el instante mismo en que los despojábamos de sus bienes y los sometíamos al fiero tormento de la expatriación.

Ni aun esto se hizo con los judíos, maestros indiscutibles en la vida mercantil de la nación.

Sin comercio, sin industria, con sus campos yermos, desangrada por las guerras en Europa, en Africa y en América, cayó España desde la altura en que la colocó la soberanía del Imperio más grande que han visto los siglos, tan grande, que jamás se ponía el sol en sus dominios. Y

no murió para siempre, porque nuestra raza inmortal sabe renacer, como el fénix, de las cenizas de las mayores calamidades, para volver a ocupar en el concierto del mundo el puesto de honor que le corresponde por su historia y por los servicios prestados a la causa de la civilización.

Los hebreos españoles en Marruecos después de la expulsión de 1492.

La última gran inmigración de judíos europeos que penetró en Marruecos fué la motivada por la expulsión definitiva de los hebreos españoles en 1492.

Muchos de los expulsados desembarcaron con sus familias en Orán, Tetuán y otras ciudades de la costa africana, con ánimo de dirigirse a Fez, la capital famosísima. En la penosa jornada fueron asaltados y saqueados los expedicionarios por las tribus del interior, que les hicieron objeto de las mayores vejaciones. Sabían los berberiscos que los judíos españoles habían ingerido monedas de oro con el fin de burlar la disposición prohibitiva de sacar metales acuñados, y les abrían el vientre para robárselas. Algunos pudieron refugiarse en Arcila, entonces en poder de los portugueses; otros, en su mayor parte, prosiguieron la marcha hacia Fez, sorteando los peligros que les acechaban.

Los habitantes de la capital recibieron hostilmente a los refugiados, distinguiéndose por su violencia los hebreos indígenas. Esto y la peste que se declaró entre los perseguidos decidió al sultán Abu Said a designarles junto a

las murallas un emplazamiento donde acamparan, dando así origen a un nuevo barrio judío. Poco después contaba Fez con cinco mil casas hebreas y Marruecos con más de treinta mil familias.

Durante el siglo XVI se señala la influencia de los hebreos españoles y portugueses en el Imperio turco, en Marruecos y en Berbería.

En todas las ciudades africanas del litoral Mediterráneo y Atlántico, desde Trípoli a Salé, y en el Extremo Oriente se establecen los judíos españoles, imponiendo su lengua y sus costumbres. La costa del Norte de Africa, sobre todo la mogrebita, es una vasta colonia europea, poblada por los hebreos de España.

La influencia que ejercieron los inmigrados españoles sobre la vida de los musulmanes en todo el Norte africano no pudieron alcanzarla sobre sus correligionarios de Marruecos, que opusieron tenaz resistencia a dejarse absorber por los recién llegados. En las ciudades del interior, en toda la región Sur del Imperio y hasta en la costa atlántica desde Rabat a Mogador, las comunidades hebreas berberiscas no perdieron su carácter especial. Sin embargo, en la capital del Mogreb, la masa de los refugiados andaluces se impuso en un principio, y, aunque no absolutamente, algo influyó sobre los hebreos indígenas. Pero pronto reaccionó el viejo espíritu, y la influencia española desapareció en las comunidades de Fez.

Los inmigrados apenas conocían el idioma hebreo, mientras entre los marroquíes pocos ignoraban la lengua sagrada: ésta fué una causa de división que precisa agregar a las anotadas en otro lugar de este libro.

En el siglo XVI, los israelitas berberiscos y españoles constituyen la mayoría de la población en Marraquex, Fez, Túnez, Orán y Argel. Como ha escrito Mr. Schlouch, el establecimiento de los hebreos españoles en Marruecos marca una nueva etapa, el cuarto gran período de la historia de los judíos del Mogreb.



III

LAS DINASTÍAS CHERIFIANAS

Los hassanies o saadies.

Durante la primera mitad del siglo XVI ardía el Imperio en luchas intestinas. La debilidad, la falta de dotes de gobierno de los últimos reyes merinidas, llevaron al país a un estado de anarquía y de desorganización evidentes. Las conquistas de castellanos y portugueses en las costas africanas contribuían al derrumbamiento de la nación.

Gobernando el Mogreb el desdichado Mohamed el Uatasi, segundo de los cuatro reyes de la dinastía de los Beni Uatas, vivía en las regiones del Draa, dedicado a la oración, al estudio de las ciencias naturales y a la magia, un cherif descendiente de Mahoma por Abu Taleb, llamado Abdalá Mohamed El Kaim, conocido también con el nombre de Hassan por su abolengo hassanie.

Tenía tres hijos, a los que educó y aleccionó, y, conociendo el estado del país, encaminó sus naturales condiciones hacia el ideal de apoderarse del desquiciado trono de Marruecos. Empezaron los hijos de El Kaim una activa propaganda por el Draa y el Lus y reunieron un grueso contingente de tropas, con el que derrotaron a las

huestes portuguesas que dominaban parte del país. Al fin lograron apoderarse por las armas del trono y del Imperio, que el carácter guerrero de los mogrebinos les hizo siempre propensos a toda rebeldía.

Un cronista judío asegura que el primer impulso para la conquista del Mogreb por los chorías fué dado por el hebreo Masud Mazliah ben Meychada (1). Este predijo al Kaim que sus dos hijos se apoderarían del trono marroquí, y tal profecía decidió al viejo cherif a inculcarles la idea.

La dominación de la nueva dinastía se señaló con un acontecimiento extraordinario en los anales del Imperio.

Hasta el siglo XV los ingleses habían importado de España la melaza. En la Península cultivaban los moriscos especialmente la caña dulce para la fabricación de azúcar. En los primeros años del siglo XV las provincias de Granada, Almería y Málaga contaban con 400.000 marjales y la región levantina con 280.000, que producían más de 100 millones de kilogramos de azúcar.

Realizada la expulsión de los judíos españoles, un hebreo convertido al Islam inspiró al fundador de la dinastía cherifiana la idea de que ordenase hacer grandes plantaciones de caña dulce en las provincias del Sus. Más tarde, los moriscos huídos de España después de la sublevación que capitaneó Aben Hamuya contribuyeron con sus conocimientos agrícolas al desarrollo de la empresa.

Las consecuencias políticas de tal resolución fueron transcendentales. Inglaterra abandonó el mercado espa-

(1) Era un marabut del Sus; estos hombres santos son igualmente venerados por los musulmanes y por los judíos.

ñol y penetró en Marruecos. Los hebreos de las ciudades occidentales fueron protegidos por los cónsules ingleses, y los del Mediterráneo por los franceses e italianos, iniciándose así una nueva era.

La división entre los judíos marroquíes se exteriorizó aún más en esta época con las luchas sostenidas entre hassaníes y merinidas por la conquista del poder; los israelitas del Norte apoyaban a los merinidas, y los que habitaban el resto del país, a los chorfías.

En los comienzos del siglo XVI, en la corte de un merinida figuraba como gran visir el judío español Samuel Valencia, que organizó una tropa de 1.400 judíos y moros, y combatió con éxito a los adversarios del príncipe.

Entre 1523 y 1530, los turcos, dueños de Constantinopla desde 1453, y deseosos de dominar todo el Mediterráneo, se apoderaron de parte del Mogreb y arruinaron a las comunidades hebreas con crecidos impuestos.

En el siglo XVI, durante una revuelta de los berberiscos contra el emperador, éste, al quedarse sin fuerzas, formó un ejército de tres mil judíos, que batieron a los rebeldes, causando por su bravura la admiración de los mismos musulmanes.

Los hebreos instalados en las ciudades de la costa fueron víctimas de muchas persecuciones en una época en que el Mediterráneo estaba poblado de bajeles piratas. España y Portugal, deseosas de extender sus dominios, en plena fiebre de grandezas, dirigían hacia el Africa sus navíos cargados de gente de armas. En 1543, los españoles conquistan Orán y se llevan prisioneros a 1.500 judíos. Fueron rescatados por las comunidades de Fez y Orán.

En 1578, la ciudad de Tetuán fué asediada por España, que se vió obligada a levantar el cerco. Los hebreos, que no olvidaban que los sitiadores eran los mismos que los arrojaron de su país, en señal de gozo establecieron una fiesta que llamaron *Purim de los cristianos*.

Los portugueses, dueños de la costa occidental de Marruecos, antes de la expulsión de los hebreos de Portugal, hallaron en los mogrebinos eficaces auxiliares. Los israelitas amaban a los portugueses, hasta el punto de que en 1415 un cronista judiego exterioriza su satisfacción con motivo de la ocupación de Ceuta por los lusitanos. En dicha ciudad vivían refugiados muchos judíos conversos de Mallorca, llamados *chuetas*.

Después que Portugal expulsó a los israelitas, los hebreos de Marruecos retiraron su concurso a los lusitanos. Sin embargo, a consecuencia de la desastrosa batalla de Alcázarquivir o de los tres Reyes, como la llaman los moros, fueron hechos prisioneros centenares de hidalgos portugueses. Dice el Sr. Danvila y Dunquero (1) que entre ellos estaba “cuanto de noble, cuanto de joven, cuanto de entusiasta existe en Portugal”. Los judíos rescataron a los cautivos, y tan generosamente los trataron, que uno de ellos, el historiador Mendoza, al relatar el hecho, no encuentra palabras suficientemente expresivas para elogiarlo.

El judaísmo recobró en parte su antigua influencia en los siglos XVI y XVII, bajo la dominación de los cherifes marabuts, aunque no desaparecieron los atropellos

(1) Don Cristóbal de Moura, primer marqués de Castell Rodrigo. Madrid, 1900.

contra la raza perseguida. El fanatismo y la codicia fueron siempre los enemigos de los acaudalados hebreos. En su propia actividad y en sus dotes para el comercio llevaba este pueblo su más temible adversario.

Los cherifes aalauien.

Puede considerarse a Muley Erraxid o el Rechid como el fundador de la dinastía de los chorfas Aalauien o Filelis (1664). Fué hijo del rey de Tafilete Muley ex Xerif y de una esclava negra; tuvo 224 hermanos, 84 varones y 140 hembras.

Hombre intrépido y atrevido, pero cruel y sanguinario, según sus biógrafos, aprovechó la anarquía reinante en el Imperio para apoderarse del trono, matando en Marraquex a Abubecr, el último sultán marabut.

Muley er Rechid fué protagonista de una aventura que demuestra la fuerza de la raza judía en los últimos años del dominio de los cherifes marabuts, aventura que todavía conmemoran los tolbas (1) del Mogreb. En el mes de abril de cada año celebran los alumnos de las medarsas (2) marroquíes la fiesta llamada del sultán de los tolbas. Tiene su origen esta costumbre en un curioso episodio, que registran los historiadores al ocuparse de la fundación de la dinastía alauita reinante. Merced a la anarquía enseñoreada del Imperio, un judío llamado Ben Mechaal se apoderó de la región de Tazza, y de esta ciu-

(1) Estudiantes.

(2) Universidades.

dad hizo la capital de sus Estados. Los tesoros que poseía eran incalculables. Llegó a tanto su poderío, que exigió a los habitantes de Fez que anualmente le enviasen como *hedía* (1) a la más bella joven de la ciudad. Muley er Rechid era a la sazón taleb o estudiante en Fez. Una cherifa, madre de la doncella aquel año designada para la hedía de Ben Mechaal, imploró el apoyo del futuro caudillo con objeto de que evitase el baldón que sobre su raza arrojaba una imposición tiránica. Er Rechid ideó una estratagema: ocupó, disfrazado de mujer, el lugar de la joven destinada al reyezuelo, y fué conducido con gran pompa a Tazza. Pero habían querido los fasíes hacer las cosas con solemnidad, y la princesa iba acompañada de cuarenta cajas conteniendo los regalos que la ciudad le hacía en calidad de dote. Ben Mechaal, satisfecho de tal magnificencia, después de la ceremonia de la hedía, hizo entrar en su palacio a la novia y los regalos. Entonces salieron de los cofres cuarenta tolbas que en ellos estaban escondidos, y todos se lanzaron sobre el judío, que pereció en la refriega. Los tolbas proclamaron Sultán a Er Rechid, y éste entró en Fez triunfador, entre los vítores del pueblo, que le aclamaba como su libertador y rey.

Naturalmente, Muley Rechid se casó con la joven cherifa, arrancada por la fuerza de su brazo y por el poder de su astucia del harem del hebreo (2).

(1) Regalo que se acostumbra a hacer anualmente a los sultanes.

(2) Para conmemorar esta leyenda celebran anualmente los estudiantes de las medarsas marroquíes la fiesta del sultán de los tolbas. Eligen como tal al mejor estudiante. Después de participarle la elección al emperador efectivo, y dada por éste la oportuna licencia para la fiesta, nombra el sultán de los tolbas, entre

Más tarde, el emperador que había conducido preso a Fez al hijo de Ben Mechaal tuvo necesidad de dinero para pagar la muna a sus tropas y consolidar su soberanía. Hizo llamar a la esposa del destronado rey judío de Tazza y le dijo: “Yo libertaré a tu hijo si me entregas los tesoros de tu marido; si no, le mataré.” La madre accedió a la demanda, y en la alcazaba de Ben Mechaal, en un ar-

sus camaradas, el Majzen y los nudar, umanas, almotacen y demás funcionarios. Recorren éstos la ciudad, y con el pretexto de cobrar los impuestos establecidos por el nuevo señor, perciben de las tiendas fasíes pequeñas sumas, que destinan al mayor esplendor de la ceremonia. El Príncipe de los Creyentes envía a su colega un regalo en metálico, uno de sus caballos, la sombrilla, símbolo del Poder, y una vestidura completa. De todo es portador el maestro de ceremonias o caid Mexuar. El primer viernes después de su elección, el sultán de los tolbas va con gran aparato, rodeado del Majzen, a la mezquita del Andalus, donde asiste a la oración dicha en su nombre. Desde allí el cortejo se dirige hacia Sidi Alí Ben Hazamen, para visitar el sepulcro de Muley Rechid, el sultán amado de los estudiantes.

Al día siguiente la comitiva marcha a la orilla del Uad Fez, a media hora de la ciudad, no lejos del imperial palacio, donde los tolbas acampan en tiendas del soberano. La partida de campo o *nezaha* dura ocho días, durante los cuales el bajá envía, en calidad de *muna*, la comida para los expedicionarios, compuesta de cuzcuz, carnero, pan, manteca, azúcar y té. El segundo viernes de la fiesta, el sultán reinante acude al campamento para visitar a su cofrade. Los dos a caballo, al frente de lucido cortejo, avanzan, y se detienen a treinta pasos uno del otro. El caid Mexuar del sultán de los tolbas se adelanta al emperador, y después de asegurarse de sus sentimientos pacíficos, le saluda y le da la bienvenida. El sultán de los tolbas pide entonces tres gracias, que el emir álmumenina concede siempre. Luego con gran ceremonia, hacen en común la oración, bajo la dirección del Sultán de unos días. La plegaria debe poner fin a la fiesta y al efímero reinado; pero, generalmente, el emperador concede a los estudiantes una semana de prórroga. Termina todo con la fuga del sultán de los tolbas, una buena mañana, cuando menos lo esperan sus súbditos. Se refugia en la medarsa, huyendo de las bromas de los estudiantes, que le han de mortificar para probarle la vanidad de su poder.

mario disimulado en la entraña de un muro, encontró Er Rechid grandes jarros rebosantes de oro y plata. Con el tesoro del judío, según el Nasiri, aseguró el nuevo emperador su dominio en el Mogreb.

Muley Rechid, en 1660, persiguió a los hebreos, arrebatándoles sus bienes y causando entre ellos gran mortandad.

Su hermano Ismael (1672-1727), al subir al trono, los amparó eficazmente. Los israelitas le auxiliaron con dinero y provisiones en sus campañas para arrojar de las plazas del litoral marroquí a españoles, portugueses e ingleses en ellas establecidos. Excepto Mazagán y Ceuta, todas las ciudades ocupadas por los cristianos cayeron en poder de los musulmanes.

En 1684 los ingleses abandonaron Tánger, bajo la presión de las huestes de Ismael. El último gobernador británico de la citada plaza fué el coronel Percy Kirke, que maltrató a los habitantes de la ciudad, judíos y cristianos, con rapacidades y violencias inauditas (1).

Muley Ismael, en el año 1093 (1683 de Cristo) de la hégira (2), después de una expedición a la región de Cherg, regresó a Mequinez e hizo salir a los judíos de la capital, ordenándoles que construyesen un barrio especial en los alrededores de la plaza. En el antiguo barrio hebreo alojó el emperador a los filalis residentes en Fez, a quienes llamó a Mequinez.

La ocupación de Gibraltar por los ingleses (1722) marcó un éxodo de hebreos marroquíes que acudieron a

(1) *Apuntes de la historia de Marruecos*, Antonio Cánovas del Castillo.

(2) *Hégira*, *hichra*, significa en árabe *fuga*. Conmemora la huída del Profeta desde la Meca a Medina.

establecerse en el Peñón, dando origen a la actual colonia y contribuyendo al desarrollo del comercio de la plaza.

En esta época, aunque los israelitas gozaban de cierta libertad, no se vieron libres de atropellos.

Precisado el sultán Muley Elmostadi a arbitrarse recursos, obligó a los judíos de su Imperio a comprar a precio ruinoso los depósitos de hierro que encerraban los almacenes creados por Muley Ismael, por ningún emperador tocados, así como 1.500 quintales de azufre, salitre y alumbre.

En la segunda mitad del siglo XVIII se inicia la decadencia de la raza israelita en Marruecos, pero todavía encontramos en 1760 un visir judío, cerca de Sidina, Mohamed Ben Abdalá, el sultán de la dinastía alauita más discreto y abierto a las orientaciones europeas. Siendo Floridablanca ministro de Carlos III, contribuyó mucho a la marcha de las negociaciones entabladas con el mencionado sultán el hebreo de Marsella, Samuel Lumbel, consejero del emir, caído de su favor y a él restituído por mediación del P. Boltas de Santa Bárbara. Lumbel fué amigo decidido de España, que le premió los servicios prestados en esta ocasión con 3.000 pesos fuertes.

En 1790 murió Lidna Mohamed. Su hijo Muley Yazid se hallaba en el santuario de Sidna Ben Mechid, en la región montañosa de Yebala, cuando recibió la noticia de haber sido proclamado sultán por los yeblies. Inmediatamente marchó a Tetuán y entregó el Melah al pillaje de los soldados de su ejército, apoderándose de todos los bienes de los israelitas. A partir de esta fecha, las violen-

cias contra la raza adquirieron carácter endémico, constituyendo un mal social incurable.

El 13 de ramadán del año 1235 de la hégira, reinando Muley Solimán (1795-1822), los fanáticos saquearon el Melah de Fez. Fueron robadas grandes cantidades de oro y plata que estaban depositadas en las casas de los hebreos, pertenecientes a los negociantes de la capital para los cuales trabajaban aquéllos. Separaron a los maridos de sus mujeres, violaron a las vírgenes, asesinaron a los indefensos niños y torturaron con crueles martirios a un crecido número de israelitas.

Tanto tuvieron que sufrir los hebreos en esta época, que Mr. Chenier asegura, aunque con notoria exageración, que apenas quedaron en Marruecos 5.000 familias judías. El cuadro que traza el escritor francés, en unión del viajero israelita Romanelli, acerca de la situación de los hebreos marroquíes al finalizar el siglo XVIII, es desolador.

Y, sin embargo, Muley Solimán, que prohibió a los musulmanes la salida del Imperio, para que no se contaminasen con el trato de los cristianos, en vista de la creciente emigración hebrea, y para poner coto a ella, ordenó en 1816 que no saliese de Marruecos ninguna mujer judía, con objeto de que los israelitas que marchasen se vieran en la precisión de volver al lado de sus familias. El odio que inflama el fanatismo musulmán lo entibia en todos los tiempos la necesidad que el moro siente de la industria y de la habilidad del hebreo.

La cultura.

Del siglo XVI al XVIII la cultura florece entre los judíos del Mogreb, merced a la inmigración de los expulsados españoles. Marruecos sobrepuja a Oriente por el número de sus sabios y por la profundidad de los conocimientos que atesoran. Sus hombres se extienden por el Norte africano para encender la antorcha de la sabiduría.

Así nos encontramos en el siglo XVI, en Trípoli, al marroquí Simón Ben Labí restaurando aquella comunidad caída en la ignorancia, y en Egipto a Natham Chalal y a su hermano Isaac investidos del título de príncipes de los judíos, y en el Cairo al rabino hispanomarroquí David ben Zemeró o Zimra, y en Palestina a Jacob Berad, el famoso sabio fasí, y a los Azulai. En 1576 nace en el Melah de Fez Andrea di Monti, el ilustre escritor italiano, más tarde convertido al Cristianismo.

La raza judaica, de gran potencia intelectual, brilla esplendorosa apenas el rigor de las persecuciones amengua.

Las potencias cristianas y musulmanas, ni en la Edad Media, sobre todo en España durante las luchas por la Reconquista, ni en época posterior alguna, repararon en conceder representación diplomática o consular a los hebreos. En 1556, Carlos V nombró cónsul general y encargado de los negocios de España en Fez al judío Jacob Cansino. Sucesivamente ocuparon sus descendientes dicho cargo hasta el año 1666. El israelita D. José de Toledo fué enviado por el sultán a los Países Bajos como embajador suyo. En 1750, a un judío encomienda el emperador de Marruecos la Embajada de Dinamarca. En 1755,

los judíos marroquíes ayudan a Inglaterra a concluir la paz entre Argelia y el Mogreb. En 1844 estuvo España a punto de declarar la guerra a Marruecos, a causa del asesinato de su vicecónsul en Mazagán, el hebreo Darmón.

Al finalizar el siglo XVIII se inicia la decadencia, y la sombra se proyecta hasta nuestros días.

A principios del siglo XIX la situación interior del Imperio marroquí era deplorable. La agricultura, atrasadísima. Sin comercio, porque no había libertad para comprar y vender. Sus viejas industrias, arrastrando una vida miserable, y muchas de ellas desaparecidas. La cultura sólo existía de nombre, y la población apenas llegaba a ocho millones de habitantes, sin instrucción, fanáticos e intransigentes.

La intolerancia no sólo se encarnizaba contra los hebreos, sino también contra los cristianos, desde los primeros años del siglo XVIII. Comentando el reinado de Muley Abdelmelic (1) escribe el Sr. Cánovas del Castillo: "Este monarca, que afectaba ser muy rígido mahometano, echó de sus Estados a los Padres franceses de la Redención, que entraron en ellos, amenazándolos con que los haría quemar vivos, y volvió a encadenar a cuantos cristianos halló libres."

¿Cómo se había de desarrollar en este tiempo el genio de la raza hebrea en un país apartado en hermético aislamiento de todos los caminos de la civilización? Mr. René Pinon, profesor de la Escuela de Ciencias Políticas de París, describe así la situación del Imperio en una inte-

(1) Muley Abdelmelic reino en Marruecos a principios del siglo XVIII.

resante conferencia celebrada en febrero de 1913: "Antes de 1830, de Tánger a Constantinopla, todas las costas africanas y asiáticas del Mediterráneo estaban sometidas a potencias musulmanas y pobladas por musulmanes. Los piratas berberiscos que durante tan largo espacio de tiempo devastaron las costas de Italia, de España y de Francia, aún no habían desaparecido completamente. Sobrevivían éstos en las ásperas rocas del Rif. Los puertos estaban cerrados al comercio con los Estados cristianos, y el interior de las tierras era completamente desconocido."

En tal país vivían los hebreos, atraillados por el fanatismo, sumidos en la ignorancia, en una existencia de esclavitud. ¿Es de extrañar el eclipse de la intelectualidad judía en Marruecos? ¿Qué pueblo resistiría a tan dura prueba?



IV

ÉPOCA CONTEMPORANEA

La conquista de Argelia y la ocupación de Tetuán.

La conquista de Argelia por los franceses y la ocupación de Tetuán por los españoles son los dos hechos de armas que mayor influencia ejercieron sobre la situación de los hebreos marroquíes en el siglo XIX.

La conquista de Argelia (1844) trajo como consecuencia la inmigración en aquella colonia de grandes masas de israelitas de origen español que reorganizaron las comunidades e infiltraron nueva vida en el comercio.

La guerra hispanomarroquí (1859-60) provocó la huída de buen número de hebreos tetuaníes a Orán y a su provincia, temerosos de los saqueos y violencias de que sería víctima el Melah, antes de que los españoles entrasen en la plaza, si es que conseguían tomarla. Actualmente aún viven en Orán unos 1.000 judíos tetuaníes, sin nacionalizar, y más de 500 en Tlemecen, refugiados desde 1860 en dichas ciudades argelinas.

No podemos olvidar las muestras de regocijo, de verdadero júbilo, con que los hebreos de Tetuán acogieron la entrada de las tropas de O'Donnell y de Prim ni las

atenciones y afectos que prodigaron a nuestros soldados durante la ocupación. “Llegó un día—dice el ilustre historiador francés M. Joly—en que sólo quedaron en Tetuán los judíos y algunos tetuaníes sospechosos, que parecían haber permanecido en la ciudad para tener a sus compatriotas al corriente de lo ocurrido.”

Los españoles, que supieron respetar y hacerse estimar de los hebreos, no procedieron así con los musulmanes, siendo una de las mayores torpezas el haber convertido en iglesia católica la mezquita del Feddan, hiriendo los sentimientos religiosos de los indígenas, sin beneficio alguno para España.

Son dignas de elogio las medidas que adoptaron las autoridades españolas para la administración de la plaza. Fué nombrado un Ayuntamiento, compuesto de seis judíos y seis musulmanes con dos alcaldes, el Hach Ben Abeir para los islamitas y Leví Cazés para los hebreos. Se ocuparon del arreglo de los asuntos referentes a la tasa de comestibles, cambio de moneda, aranceles, etc., comisiones compuestas por cristianos, israelitas y moros. El paso de España por Tetuán en la mitad segunda del siglo XIX se señaló, con aplauso de los hebreos, en la limpieza de las calles, el alumbrado público, el padrón de habitantes, la construcción de caminos y de un ferrocarril a Río Martín, el trazado de una línea telegráfica a la Aduana, la numeración de las casas, la creación del Cuerpo de serenos y la publicación de edictos garantizando el respeto a la propiedad.

Los hebreos, vejados, reducidos a una condición miserable, contemplaron la llegada de los europeos, de los

españoles, al corazón del Imperio como si simbolizara la aurora de su liberación.

Prueba de la fe que inspiraba a los judíos tetuanés la justicia de España es la siguiente copia de una instancia dirigida al general O'Donnell por un hebreo vecino de Tetuán en los días de la ocupación. Dice así: “Señor excelentísimo. Dios sea contigo; y Abraham, Ysaac y Jacob me inspiren hablar bien. Yo, Jacob Levy te pido justicia. Y amparo, porque soy desvalido. Y consuelo porque estoy triste. Y auxilio por que soy pobre. Y fortaleza porque soy débil. Dame, pues, señor, la justicia que te pido por que harás bien. Mi padre, muy anciano, vive de mi trabajo. Y dos hijas, que son niñas. Y mi trabajo es mi sustento. Y mis bienes son una tienda. Y me la quieren quitar los que son fuertes. Y tú que eres más fuerte, por que eres más justiciero, puedes más que ellos. Y, por eso, Señor, acudo a tí. Tú tienes la sabiduría. Y el valor por que ganastes a Tetuán. Y Tetuán es tuyo. Y tú eres de España. Y España es de tu Reina. Y tu Reina eres tú aquí. ¡Hazme justicia, Reina de España!— Jacob Levy.”

La campaña de 1860 influyó considerablemente en el mejoramiento de la situación de los judíos marroquíes, cuya única arma contra el moro en aquella época, arma que jamás abandonaron, fué la usura, instrumento de venganza contra tanto desprecio, contra tanta humillación como caía sobre la abatida frente de Israel.

Un "firman" del emperador.

Pero la ocupación de Tetuán por España no fué definitiva. Europa volvió a salir de Marruecos, y después del claro sol de la tolerancia aún resaltaban más negras las sombras de la persecución.

Tan grandes fueron las amarguras del pueblo hebreo, tan enconados los odios que entre los mahometanos despertaba, que un filántropo inglés, el barón de Montefiori, humanitario y noble, llamado a Marruecos por sus desvalidos correligionarios, supo arrancar del sultán un *firman*, según el cual eran iguales ante la ley los súbditos marroquíes, israelitas y mahometanos, concediéndoles idénticos derechos, sin distinción de creencias.

A pesar de ello, como los sultanes reinaban sólo nominalmente en la mayor parte del Imperio, en perpetuo estado de rebeldía, poco alivió la suerte de los hebreos la disposición del emperador, que, por otro lado, había de ser cumplida por autoridades enemigas del nombre judío.

Sobre esto escribe el historiador moro En Nasiri Es Selauí, en su *Ysticsa*, que en el año 1280 de la hégira (1863) llegó a Marraquex, cerca de la corte del sultán Sidna Mohamed, un judío de Londres para demandar la emancipación de sus correligionarios del Mogreb. Después de la toma de Tetuán, las protecciones europeas eran muy buscadas, y muchos judíos las habían obtenido. Mas esto aún parecía poco a los hebreos, que deseaban ser tan libres como los judíos de Egipto y otros países similares, y se dirigieron a Rothschild, que era el negociante judío más

importante de Londres, el Karun (1) de su época, afirma Selauí. Ejercía gran influencia sobre el Gobierno inglés, al que prestaba dinero. Los judíos mogrebinos—agrega el Nasiri—le escribieron para que se compadeciese de la situación degradante en que vivían, y él envió a su yerno con ricos presentes para ofrecérselos al Sultán. Sidi Mohamed, siempre afable y bondadoso, para que no volviese fracasado a su patria, dictó el siguiente dahir: “En el nombre de Dios, el Clemente, el Misericordioso. No hay más fuerza ni poderío que en Dios, el Grande, el Sublime. Ordenamos a nuestros servidores, a los gobernadores y a todos los funcionarios colocados bajo nuestra dependencia, que leyeren la presente carta, que traten a los judíos de nuestro Imperio, como lo prescribe Dios, aplicándoles en la administración la balanza de la justicia y de la igualdad entre ellos y aquellos que no sean judíos, de modo, que ninguno sea víctima de la más pequeña injusticia, ni objeto de medida alguna malévola o vejatoria. No cometerán contra ellos acción alguna que perjudique a sus personas o a sus bienes, ni deberán utilizar los servicios de los artesanos judíos, sino de grado y con la condición de abonarles el salario que hayan ganado con su trabajo. A nuestros ojos y bajo el punto de vista de la justicia todos los hombres son iguales. Castigaremos a cualquiera que los oprima o sea injusto para con ellos. La cuestión que hemos

(1) De Karun, que es el Coré de la Biblia, se ocupa extensamente Mahoma en el Korán, en el cap. XXVIII, titulado *La historia o las venturas*. Las riquezas de Karun han pasado a ser proverbiales entre los musulmanes. Había edificado un palacio cubierto de oro, y sus puertas también eran de tan precioso metal. Cabalgaba en mulas cubiertas de pedrería, vestía de púrpura y se hacía rodear, cuando paseaba, de 4.000 esclavos.

dejado expuesta de una manera clara era ya conocida, establecida y explicada, pero hemos querido exponerla de nuevo por este escrito, que la establecerá con más vigor y servirá de advertencia severa a aquellos que intenten maltratar a los judíos, a fin de que estos gocen de una mayor seguridad y aquellos que quieran molestarlos sean heridos de un mayor temor. El 26 del mes bendito de Chaaban del año 1280.”

Este edicto fué luego sofisticamente rectificado por el Sultán, según asegura el Nasiri. La realidad nos dice que en poco alivió la situación de los hebreos marroquíes.

La intervención de Europa.

La intervención diplomática de Europa en los asuntos del Imperio se inició poco antes de la campaña de 1859-60. En 1856 concertó Inglaterra un tratado con Marruecos, encaminado a la protección de los derechos y de los bienes de los extranjeros en territorio mogrebino. A este tratado siguió el firmado por España y Marruecos en noviembre de 1861, cuyas disposiciones se concretaron en las notas de los representantes de Francia y España de 19 y 20 de agosto de 1863, a las que se adhirieron Bélgica, Cerdeña, los Estados Unidos, Inglaterra y Suecia. En estos tratados se implantaba por los Estados europeos el sistema de protecciones a los súbditos marroquíes.

Los ministros, cónsules, vicecónsules y agentes consulares extranjeros podían escoger libremente sus intérpretes, guardas y criados entre los musulmanes o entre los súbditos de otros países, quedando exentos los elegidos,

por este sólo hecho, de pagar impuestos de capitación, contribuciones forzosas, etc. Esta protección sólo podía extenderse a la mujer y a los hijos del protegido que no estuviesen emancipados. Las casas comerciales de importancia gozaban de análogo privilegio.

Se cometieron grandes abusos, tanto que—escribe don Jerónimo Bécquer (1)—“poco a poco se fué haciendo ilusoria la soberanía del Sultán, a cuya autoridad se sustraía una parte no despreciable de súbditos moros y hebreos, aquella parte singularmente que, por su riqueza y elevada posición, estaba en el caso, mejor que otra alguna, de contribuir a las cargas del Estado. Conviene hacer constar que no fué la protección de los europeos, sino la de los israelitas, la que más dió que hacer a la diplomacia y la que más incidentes provocó, por ser achaque antiguo, derivado de la oposición de ideas religiosas y de la naturaleza de las funciones que realizaban los hebreos, que éstos fuesen tratados por los mahometanos con tanto rigor como injusticia”.

En 1864, la Junta gubernativa de los Judíos de Tánger se dirigió al Cuerpo diplomático protestando de que, a pesar del “firman” obtenido por el barón de Montefiori, en el que el Sultán igualaba en derechos a sus súbditos israelitas y mahometanos, continuaban los hebreos siendo objeto de atropellos. Inglaterra, España y Cerdeña dieron orden a sus representantes de que reclamasen justicia ante las autoridades majzenianas y protegieran a los perseguidos hebreos. Francia también lo hizo así, aunque con la

(1) España y Marruecos.—Sus relaciones diplomáticas en el siglo XIX.—Madrid, 1903.

salvedad de que las gestiones no pareciesen encaminadas contra la autoridad del Sultán.

Continuaron extendiéndose las protecciones. La mayoría de los hebreos de posición se acogían a un derecho que les libertaba del yugo de sus perseguidores. Mohamed Vargas, representante del Sultán, pidió al Cuerpo diplomático acreditado cerca de su soberano que el derecho de protección se ejercitase sólo con arreglo a los tratados, y consiguió que en 1877 se celebrasen en Tánger unas conferencias importantísimas. No se llegó a un acuerdo, pues aunque Inglaterra, representada por Mr. Drummond Hay, defendió las proposiciones del Sultán, a ellas se opusieron España y Francia.

Mas Inglaterra no cejó; ella inspiraba la política del Sultán, y de sus gestiones resultó la Conferencia de Madrid de 1880, después de una fracasada tentativa en 1879. En ella, entre otros puntos relativos a la modificación del derecho de protección a los súbditos marroquíes, acordaron las potencias dirigir un *memorándum* al emperador, rogándole que manifestara su firme voluntad de hacer respetar en sus Estados el principio de que todos aquellos que los habitasen podían profesar y ejercer sin trabas sus respectivos cultos, y que ordenase a su Gobierno, como base inmutable de la legislación de Marruecos, la máxima ya adoptada en el decreto de 26 de Chaaban de 1280, según la cual “ni la religión ni la raza podrían ser jamás motivo para establecer una diferencia en el trato ante la ley entre los súbditos musulmanes y no musulmanes, ni servir de pretexto para imponer a estos últimos humillaciones para privarles de cualquier derecho civil o para

impedirles el ejercicio libre de todas las profesiones e industrias que son permitidas a los súbditos musulmanes del Imperio”.

Sidi Vargas contestó inmediatamente al mensaje, leyendo una carta del Sultán en la que afirmaba que era su voluntad que los hebreos obtuviesen justicia, porque ellos “son nuestros súbditos, como los musulmanes, con los mismos derechos, y todo abuso contra ellos será condenado por nuestra religión”.

El 3 de julio de 1880 terminó la Conferencia de Madrid. En septiembre de 1880 dió respuesta oficial Mohamed Vargas al mensaje de las potencias, en nombre de su señor el Sultán, garantizando en Marruecos el ejercicio de la religión cristiana, y añadiendo que “es asimismo público y notorio que los que siguen la religión hebrea, así los súbditos de nuestro amo, a quien Alah favorezca, como los extranjeros, son siempre respetados en los dominios de nuestro soberano y practican libremente su culto”.

Se multiplicaron, después de esto, los crímenes contra los hebreos, atizados por el fanatismo: los musulmanes no perdonaban a los judíos que hubiesen reclamado el auxilio de Europa. Tal situación dió lugar a una reunión del Cuerpo diplomático acreditado en Tánger, en diciembre del mismo año 1880, en la cual las potencias solicitaron del Sultán la adopción de medidas eficaces encaminadas a impedir la comisión de nuevos atropellos. El representante de España, Sr. Diosdado, hizo observar que por tales medios nada se conseguiría, y adoptándolos como sistema pudieran producir “una explosión en el país con-

tra la raza hebrea y encontrarnos un día sorprendidos con acontecimientos tan tristes y tan graves como los de Damasco”.

El 7 de enero de 1881 comunicó Sidi Vargas que con fecha 26 de diciembre anterior el Sultán había dirigido una carta a los gobernadores, reprendiéndoles su negligencia y ordenándoles la mayor severidad en la represión de los delitos contra los judíos. Añadió que el emperador había señalado un día a la semana para escuchar las quejas de los perjudicados, y nombrado un visir (1) para que entendiese exclusivamente en estos asuntos.

La protección europea de que gozaban los hebreos dió todavía lugar a varios incidentes diplomáticos. Apoyados por los Gobiernos protectores y por las asociaciones israelitas de Europa, los judíos, tan acobardados y sometidos antes, llegaron en Fez hasta el extremo de atreverse a discutir con los funcionarios musulmanes, negándose a acatarlos. Realmente, como dice un escritor ilustre, “el sistema de protecciones, que tantos beneficios produjo a los hebreos marroquíes, hizo que en Marruecos los protegidos formasen un Estado dentro de otro Estado, situación difícil que pudo dar lugar a graves conflictos”.

Afortunadamente, la intervención de Europa, representada en el Imperio por Francia y España, después de la Conferencia de Algeciras, y el establecimiento de los Protectorados español y francés, al iniciar una nueva era en la historia del Mogreb, otorgó a los judíos la plenitud de los derechos que gozan en los países civilizados y el libre

(1) Ministro.

ejercicio y desarrollo de sus iniciativas y de sus actividades comerciales.

La cultura.

El siglo XIX sorprendió a los hebreos marroquíes en plena Edad Media.

Las persecuciones que durante este siglo sufrieron en Marruecos, hundido como estaba ya el Imperio en las sombras de la ignorancia; las humillaciones sin cuento, los apartaban de todo camino intelectual.

Más tarde, la conquista de Argelia; la campaña de Tetuán de 1859-60, que atrajo hacia Marruecos las miradas de Europa; la gestión de Montefiori, que abrió horizontes nuevos a los hebreos mogrebinos; el Tratado de Madrid, y la acción educadora de las escuelas de la Alianza Israelita universal, iniciaron un renacimiento intelectual entre los judíos, que lentamente va floreciendo y que ha hallado un nuevo impulso con la reciente organización política del Imperio, abierto ya a los aires de Europa. En las ciudades de la costa, especialmente, el progreso es notable, y la generación presente, culta y entusiasta, honrará con sus hechos la tradición gloriosa de los hebreos hispano-marroquíes.

A España le cabe la gloria de que esa obra sea suya en una gran parte. “La nación marroquí (1)—ha escrito una de las más grandes potencias europeas del siglo XIX—ha realizado desde 1860 grandes progresos, y los ha realizado por ministerio principalmente de España. Con los

(1) Política de España en Marruecos.—Joaquín Costa.

tratados de Wad-Rás y de Madrid, y con otros convenios posteriores, dió el primer paso en el camino de su regeneración; limitamos el poder despótico de la Administración, creando la protección censal; abrimos de par en par las costas y el interior a los extranjeros, conquistándoles el derecho de viajar por todo el Imperio y de establecerse en él adquiriendo tierras y edificios que antes no podían; trazamos caminos a los mercaderes, y la riqueza del país comenzó a desenvolverse por el comercio; organizamos sus Aduanas, y el Gobierno aprende en ellas lo que es un impuesto bien administrado, y establecimos un servicio de Correos, dando a las poblaciones de la costa aspecto de poblaciones europeas.”

La historia de los hebreos de Marruecos, que está entretrejida con la historia de España, como hemos visto en las páginas anteriores, seguirá desarrollándose en el porvenir de igual manera, contribuyendo a la grandeza de la patria común los que viven en una y otra orillas del Estrecho, sean hebreos o cristianos, que a todos los abarca el glorioso nombre de españoles: españoles por la tradición, por el abolengo; españoles por el corazón, por el afecto al solar noble y vetusto; españoles por las esperanzas en el mañana esplendoroso de Castilla.

PARTE SEGUNDA
EL ESTUDIO SOCIAL



I

EL HEBREO Y EL MUSULMAN

La población hebrea de Marruecos.—División étnica y social de los judíos mogrebinos.—El Profeta y los israelitas.—La leyenda de los Beni-Chifa.—Situación social de los hebreos marroquíes.—Relaciones entre el judío y el moro.

La población hebrea de Marruecos fluctúa entre 200.000 y 250.000 almas. El P. Castellanos la hace subir a 380.000, en un total de ocho o nueve millones de habitantes, pobladores del Imperio.

Aunque en Marruecos están en la infancia los servicios de estadística, podemos hacer un cálculo aproximado de la población hebrea en las ciudades más importantes del Mogreb. Tetuán cuenta con una colonia de 7.000 hebreos; Tánger, con 10.000; Larache, con 3.000 Alcazarquivir, con 1.000; Arcila, con 500; Uazan, con 1.200; Fez, 12.000; Marraquex, 14.000; Mequinez, 6.000; Rabat, 6.000; Casablanca, 9.000; Safi, 4.000; Mogador, 14.000, y Mazagán, 5.000. En Xauen, la mitad de los habitantes de la ciudad profesan el judaísmo.

Las colonias de Tánger, Larache, Tetuán, Alcazarquivir, Arcila y Xauen son oriundas de España y Por-

tugal. Los de Uazan son originarios de Tetuán, Larache, Alcazarquivir y Mequinez.

Los judíos de Fez y su provincia descienden en una buena parte de la Comunidad hebrea que acompañó a la población castigada del Arrabal de Córdoba, en tiempos de El Jaken I (843 de la Era cristiana).

Los que residen en Ceuta y los antiguos de Melilla proceden de Tetuán, y se establecieron en ambas plazas en el último tercio del siglo XIX. En Melilla se refugiaron cerca de mil hebreos de Tazza, cuando esta ciudad fué ocupada por las tropas del Roghi Bu Hamara. La colonia israelita de Melilla está constituida por dos grandes grupos: los nacidos en la plaza, cultos, inteligentes, españolizados, son propietarios, comerciantes y banqueros. El segundo grupo lo componen berberiscos procedentes del interior, menesterosos e ignorantes. Se dedican a los oficios de plateros, hojalateros, remendones de babuchas en los zocos, vendedores ambulantes y jornaleros.

Mr. Schlousch, el sabio historiador, divide en cuatro elementos sociales y étnicos a los judíos mogrebinos. Figuran en primer lugar, por su interés histórico, si no por su importancia numérica y social, los descendientes de las razas aborígenes que han resistido a las persecuciones y a la asimilación con sus correligionarios inmigrados de otros países. El mayor número de estos judíos berberiscos habita las montañas del Imperio.

Los hebreos agricultores del Rif y del Atlas, que hablan el amarroquí, el amaciga y el chelja (1), los tres dialectos berberiscos, pueden ser considerados también

(1) El chelja es un dialecto del viejo idioma fenicio.

como descendientes de los judíos aborígenes, aunque están algo mezclados, sobre todo los del Rif, por las inmigraciones bizantinas y españolas. El estado material y moral de estos hebreos era deplorable. Antes de la ocupación del país por las tropas de España, vivían como siervos de gleba, sujetos al moro, labrándole las tierras e incluso defendiéndole contra sus enemigos.

El tercer elemento, más importante que los dos grupos anteriores, por su posición social y por su número, lo constituyen judíos de lengua árabe. Son descendientes de los que habitaron las ciudades romanas y bizantinas. Con ellos se mezclaron los refugiados españoles expulsados por los visigodos, numerosos inmigrantes de los países musulmanes y algunas fracciones de las tribus judeo-berberiscas. Forman la clase media de las poblaciones marroquíes desde la antigüedad más remota. En las ciudades del interior y en los campos acaparan el comercio, las artes y hasta las profesiones liberales. La fe y la piedad son sus características. A pesar de la introducción de las costumbres y del idioma árabes entre los hebreos del Sahara y del Atlas, que comenzó tiempo antes de la conquista del país por los musulmanes, con la llegada de los judíos de la Arabia, que huían de la espada de Mahoma, éstos son los elementos más profundamente mosaicos del Mogreb.

Los judíos de la costa, los *rumis*, descendientes de los israelitas españoles, son los más conocidos. Forman una colonia europea aparte de los demás. No se han fusionado ni aun con sus correligionarios de lengua árabe. Tienen mucho de común con los latinos por su ligereza de

espíritu, por su indiferencia por las cuestiones de orden nacional y religioso, su capacidad comercial y su tendencia a desplazarse.

Los judíos españoles de Marruecos son, según Mr. Schi-lousch, un elemento intermediario de la mayor importancia para el desarrollo de las relaciones entre Europa y los indígenas (1).

* * *

Es un error muy extendido el suponer gratuitamente que la raza judía es una raza cobarde.

El pasado nos demuestra que el pueblo israelita fué un pueblo de guerreros y de conquistadores. Las persecuciones sañudas que sufrieron han colocado temporalmente sobre los sometidos un sello de humildad y de vencimiento; pero no se puede juzgar a una gran raza por detalles, sino por el conjunto de su historia.

Antes de la Era cristiana, y dentro de ella, los anales registran valerosas hazañas del pueblo elegido.

Mahoma tuvo que luchar contra las tribus israelitas de la Arabia, que amenazaban su naciente poderío. Al calor de estas luchas nació la leyenda con que los musulmanes marroquíes explican el origen de los judíos modernos, a quienes llaman despectivamente los *beni chija*, es decir, los *hijos de la carroña*.

Cuentan que Mahoma libró una formidable batalla contra los judíos. Fué tan sangrienta, que los cadáveres en montón cubrían el suelo hasta donde la vista alcanzaba.

(1) Los hebreos establecen una distinción entre los judíos de la costa y los del interior. Mogreb exterior, Maa rab Ha-Hizoni. Mogreb interior, Maa rab Ha-Penimi.

Nadie había visto cosa igual, ni tampoco la verá hombre alguno en el porvenir. Todos los hebreos murieron. No quedó uno solo. Terminado el combate, Mahoma entró en su tienda, rindió sus armas ensangrentadas y elevó al Todopoderoso una oración de gracias por la victoria. Interrumpieron el rezo gritos plañideros. Llevado el Profeta de su buen corazón, salió al campo y se vió rodeado de mujeres hebreas, que, desesperadas, se mesaban los cabellos.

—¿Qué queréis?—les preguntó, compadecido, el enviado.

Ellas contestaron:

—Dios te ha dado la victoria, ¡oh Mohamed!, pero has llenado de luto nuestros corazones y de llanto nuestros ojos. Mira tu obra. Han caído bajo tus golpes los sostenes de nuestra existencia. Nos has condenado a la esterilidad. Nuestra raza ha muerto. Concluye también con nuestras vidas, ya que no puedes devolver la alegría a nuestros ojos, ni la fecundidad a nuestras entrañas.

El Profeta, conmovido, invocó a Alah, y dijo a las mujeres:

—Idos. Dios es grande, es misericordioso y nada hay final. Confiad en El, creed en mis palabras y, pues la noche llega, marchaos entre los vuestros.

Las judías pasaron la noche en el campo de batalla, junto a sus hombres muertos. Al día siguiente todas tuvieron señales claras de haber concebido.

Por eso—dicen los moros—existe esa raza maldita. Los judíos hieden a carroña y si no despiden siempre ese olor nauseabundo, es porque Dios, que es demasiado

bueno, no consiente que estén constantemente con el estómago revuelto.

Tal leyenda debe tener su origen en la destrucción de alguna de las tribus judías contra las que luchó Mohammed Ben Abdalá. Quizá se refiera a la tribu de Koreiya, de la que sólo dejó con vida el Enviado, a las mujeres y a los niños. Esta tribu era aliada de Mahoma y rompió la alianza. Los bienes de la Comunidad los regaló el Profeta a los mohayers (emigrados de la Meca). Los Koreiya vencieron más tarde al califa Alí.

También puede tener su origen esta historia en el aiats (1) 244 de la sura II (2) del Korán, que dice: “¿No has observado a los que en número de muchos miles salieron de su país por temor a la muerte? Dios les ha dicho: Morid. Luego les ha vuelto a la vida, pues Dios está lleno de bondad por los hombres, pero la mayor parte no le dan gracias por sus beneficios.” Los comentaristas aseguran que alude este pasaje a algunos millares de hebreos que huyeron de su país para librarse de cumplir los deberes militares. Jehová los castigó con la muerte y, a instancias de Ezequiel, los resucitó. Los vueltos a la vida conservaron sobre la faz un libor cadavérico, que perpetuaron en su descendencia.

Mas no es, ciertamente, una leyenda el odio que los musulmanes profesan a los judíos, quizá porque el Profeta, a pesar de haber sido aliado de ellos, estuvo dos veces a punto de perder la vida a manos de los hebreos.

Mohamed fué hechizado por un judío que hizo once

(1) Versículo.

(2) Capítulo.

nudos en un hilo, sopló sobre ellos y lo suspendió en un pozo, fórmula de embrujamiento muy usada en aquellos tiempos. El arcángel Gabriel reveló al Profeta el secreto del hechizo con las últimas suras del Korán. “Lee uno por uno estos versículos, ¡oh Mohamed!—dijo el celeste mensajero—, y se desharán los nudos como la nieve bajo el sol.” Y Mahoma sanó. Por eso dicen los aiats 1 y 4 de la sura CXIII del libro sagrado: “Di: Yo busco un refugio cerca del Señor del alba del día. Contra la maldad de aquellos que soplan sobre los nudos.”

Mahoma contrajo matrimonio con Safia, hebrea de rara hermosura. Fué una de las quince esposas del Profeta. Ciertas mujeres la zahirieron diciéndola: “Judía: hija de un judío y de una judía.” Safia se quejó a Mahoma, y éste la replicó: “Puedes decirles: Aarón es mi padre, Moisés mi tío y Mahoma mi esposo.” La derrota de los judíos de Jaibas, ciudad fortificada, a cuatro jornadas de Medina, encendió en Safia el afán de venganza. Antes que mujer de Mahoma era israelita, y dió de comer al Profeta un trozo de carne de oveja envenenado. Difícilmente escapó Mahoma de la muerte.

Por ello, tal vez, el Enviado trata en el Korán con mayor benignidad a los cristianos que a los judíos, a pesar de haber puesto ojos azules a los condenados en el infierno, recordando, sin duda, los de los griegos contra los cuales luchó.

Acusa Mahoma a los hebreos de no querer combatir contra sus enemigos (1), de egoístas (2), de tener más

(1) Sura V. 24, 27.

(2) IV. 56.

apego a la vida que todos los demás hombres (1), de odiarse mutuamente (2), de calumniar a la Virgen María (3), de ser empedernidos en su conducta (4) y de llamarse aliados y amigos de Dios (5). Los censura también por haber alterado ciertos pasajes de las Escrituras, en los que se predice la venida de Mahoma. En el Korán cita el Enviado el caso de un judío, Abdalah ben Salma, que abrazó el islamismo diciendo que hallaba la venida de Mahoma predicha por Moisés (6).

Mahoma, en el libro sagrado, habla de los judíos en el capítulo II, versículos 38-85, 87 y 244; en las suras III, IV, V, XVII, XX, XXVI, XXXII, XLIV, XLV y LXII. Tanto se ocupa de los hebreos el Profeta, que esa misma insistencia denota la potencialidad de la raza en el Oriente en aquella época, a pesar de no figurar ya el pueblo israelita como nación constituida y andar disperso por el mundo, sin otro nexo que el religioso.

Mahoma aconsejó asimismo a los creyentes que respetasen al judío en su religión, dando una prueba de tolerancia fielmente seguida por los musulmanes de Marruecos.

Don Felipe Ovilo, tan conocedor del país, decía en una conferencia celebrada en el Ateneo de Madrid, en abril de 1874, que el respeto más profundo a la religión y creencias del extranjero que allí vaya a establecerse forma una

(1) II. 90.

(2) V. 69.

(3) IV. 155.

(4) V. 16, 24 y 37.

(5) LXII. 6.

(6) Capítulo XLVI.—Alahkaf, 9.

de las características de los marroquíes. Buena prueba de ello es la libertad de que siempre han gozado nuestros misioneros católicos. Los franciscanos españoles recorren el país, no sólo entre la tolerancia, sino entre el afecto de los indígenas, que los consideran hombres de Dios. No es extraño ver, en las ciudades del Imperio, musulmanes que besan la mano del fraile misionero con religioso respeto, y entre los hebreos de Tetuán se cita el caso del sapientísimo rabino Isaac Ben Gualich, venerado y querido por judíos y musulmanes, cuyo fallecimiento fué llorado por toda la ciudad, sin distinción de confesiones.

* * *

En el terreno social, moros y judíos han vivido como presos atados a una misma cadena, sin querer separarse, pero odiándose mutuamente, con odio que no excluye la conciencia de necesitarse, de no poder vivir los unos sin los otros.

Por eso jamás han sido expulsados de Marruecos los hebreos, como lo fueron de todas las naciones del mundo en diversas épocas. Por eso hallaron siempre en el Magreb un refugio en todas las persecuciones sufridas por Israel. Los hebreos vivían bajo el patrocinio de los sultanes. El Derecho koránico prohíbe a los no musulmanes habitar en los países islámicos, si no se sujetan al pago del impuesto de yecia. El ciudadano que lo paga es un tributario en virtud del Derecho musulmán y un protegido según los principios feudatarios usados en Marruecos. Sin embargo, los hebreos han sido maltratados en el Magreb en todos los tiempos.

Olvidaron, ciertamente, los musulmanes mogrebinos, en sus relaciones con los judíos, que Alah dice (1): “Libramos a los hijos de Israel de suplicios envilecedores.” Olvidaron también que en la sura V aconseja el Eterno, después de afirmar que los hebreos son pérfidos y malditos: “Perdónales y pasa adelante, pues Dios ama a los que obran noblemente.” Y aun añade: “Júzgalos con igualdad, pues Dios ama a los que juzgan con equidad.”

Verdad es que las leyes que se acomodaban a las necesidades de las tribus salvajes de la Arabia en el siglo XV son las que hasta hace pocos años perduraron en el Mogreb, y al amparo de ellas se han ido formando los sentimientos de sus habitantes.

“Los moros tratan a los judíos con gran dureza—escribe un viajero en 1790 (2)—, sin cuidarse de los servicios que prestan; no lo hacen peor los animales. Yo he visto cómo les pegan, y en verdad que tenía que expirar a consecuencia de la paliza. Inútiles son las quejas de estos infelices, ya que no se les hace caso.”

“Los judíos del reino de Marruecos—escribe *Ali-Bey* (3) en 1803—vivían en la más horrorosa esclavitud.

Si encontraba el judío a algún musulmán de elevado rango debía separarse precipitadamente sobre la izquierda de la dirección del moro, dejar en tierra sus sandalias e inclinar humildemente el cuerpo hacia adelante, hasta que el musulmán se hallase lejos.

(1) *El Humo*.—Sura XLIV. Aiat 29.

(2) *Marruecos hace cien años. Recuerdos del cirujano W. Lempricq*, por Alberto Savine.—París (publicado en 1791).

(3) Domingo Badía: *Viajes de Ali Bey el Abassi, los años 1803, 4, 5, 6 y 7*.

No podían montar a caballo, y cuando se les toleraba estaban obligados a desmontar al pasar junto a un mahometano.

En algunas cabilas les obligaban, y aún les obligan, a llevar atado a la cabeza un pañuelo a la mujeriega.

Al cruzar por las mezquitas habían de ir descalzos, y la mayoría, como abundan tanto las mezquitas y zauías en las ciudades mogrebina, no usaban babuchas.

Al judío que vestía traje de moro le obligaban a hacerse mahometano; sólo podía usar el hebreo el traje especial, de que ya nos hemos ocupado, impuesto por los sultanes (1).

Y, sin embargo, no huían de Marruecos como huyeron de España, como huyeron de todos los países del mundo, porque el hebreo, que sabe esperar, lo tolera todo menos la apostasía forzosa. La tolerancia religiosa de los indígenas anudaba lo que su intolerancia social rompía.

El hebreo vivía encerrado en los mel-lah, tanto por imposición de los sultanes como por instinto de conservación, para evitar cualquier atropello de los fanáticos. Las puertas cerradas de los barrios hebreos eran guardadas por un mehazni o soldado. Cuando los sectarios aissauas, por las fiestas de Aid-El-Molud, aniversario del nacimiento de Mahoma, cruzaban las calles formando cadenas, unidos por los brazos, gritando, saltando y rugiendo al son de la gaita y el tamboril; devorando serpientes y trozos de carne cruda de carnero, hiriéndose el cuerpo con gumías y arrojándose sobre encendidos carbo-

(1) El traje negro que obligadamente vestían los hebreos, es señal de maldición entre los moros.

nes, ningún judío salía del mei-lah, so pena de ser destrozado por la turba.

Pero esa misma turba enloquecida, exaltada por el fanatismo, que le hacía cometer bárbaras extravagancias, muy rara vez derivaba hacia el mel-lah cerrado el odio que le haría matar al hebreo curioso en las calles tortuosas de la Medina. Es la del moro una tolerancia religiosa innata, que vence al fanatismo.

El odio del mahometano contra el judío se exterioriza en variadas y pintorescas prevenciones sobre la psicología israelita.

Dicen los moros que el judío no sale de su casa sin poner la mano sobre el pedazo de caña de que cueiga los amuletos en los alféizares de las puertas interiores, y agregan que suplica a Jehová que no le permita volver sin haber engañado a un musulmán o a un cristiano.

Escribe Murga donosamente que los hebreos del interior cantan los salmos muy mal, y que cuando el agua falta los moros hacen rogativas, y si la lluvia no desciende de los cielos, el bajá manda al cheje de los judíos que éstos pidan a Dios para que termine la sequía. Es tradición entre los moros que siempre llueve cuando lo ruegan los hebreos, y lo explican diciendo que Dios se complace tanto con las oraciones de los musulmanes, que, embelesado, olvida lo que le impetran; pero, en cambio, le incomodan tanto las de los israelitas, que, por no oírlos, les da siempre lo que piden.

En los refranes, flores del ingenio del pueblo, se advierte el abismo que divide a las dos razas. Dicen los musulmanes: “La blancura y la poca clemencia se parecen

a las sepulturas de los hebreos.” “Al ratón y al judío no le enseñes la puerta de tu casa.” “¡Desgraciado del que caiga en manos de un judío recién salido de la Pascua!”

Y el refranero hebreo contesta: “No te fíes del moro, aunque haya muerto hace cuarenta años.”

* * *

A pesar de este odio, mezclado de desprecio, que separa aparentemente a los dos pueblos, al hebreo acude el moro en demanda de consejo unas veces, en solicitud de ayuda durante las crisis económicas, otras; siempre en los momentos más difíciles de su vida.

“La influencia social de esta raza es, en efecto, en el país mogrebino—escribe Donoso Cortés (1)—verdaderamente extraordinaria. Todas las clases sociales que integran la población indígena del Imperio recurren al judío para resolver sus apuros económicos. El judío presta siempre, pero asegurando la garantía e imponiendo un crecido interés. Además es el eterno acaparador del comercio y el intermediario indispensable entre el productor y el consumidor de todo género comercial, y aunque es instintivo y perdurable el odio que le profesa el musulmán, éste le respeta y a veces le teme, porque en sus riquezas tiene la mejor llave de la justicia, siempre falseada por la prevaricación de sus administradores.”

Visires y bachas, y hasta el mismo emperador, han recurrido al préstamo del israelita. Los sultanes les encar-

(1) Ricardo Donoso Cortés: *Estudio Geográfico Politico-Militar sobre las zonas españolas del Norte y Sur de Marruecos.*—Madrid, 1910.

garon del cobro de los impuestos en las ciudades, de la acuñación de la moneda y hasta de la administración interior del real alcázar.

Los hebreos constituyeron durante siglos el único lazo de unión entre Europa y Marruecos. Los Consulados estuvieron casi hasta nuestros días establecidos en los melah; en ellos vivieron los escasos negociantes europeos que recorrían el Imperio. Los plateros y hojalateros, industrias que prosperaron mucho; los fundidores, los tiradores, los bordadores y tejedores de sedas, los alfareros, albañiles, herreros, sastres y carpinteros, eran en su totalidad artesanos judíos. Ellos dominaron el comercio y la mezquina industria, y actualmente constituyen el núcleo mercantil más poderoso de Marruecos. En el Mogreb se dice que el judío más humilde no tiene menos de cien servidores cristianos y musulmanes.

“La tolerancia de los moros está impuesta por la necesidad—dice Murga—. Grandes y pequeños ven, aun cuando más no sea, que el sábado no hay comercio, ni las Aduanas producen, y, por tanto, comprenden que si los judíos desapareciesen de Marruecos la miseria podría alcanzar hasta a los que dirigen la nación” (1).

Tanto es así, que en 1816 Muley Solimán prohibió la salida de Marruecos a todos sus súbditos, con objeto de aislarlos del contacto con los europeos. Esta medida no rezó con los israelitas, que, merced a sus relaciones con Europa, empezaron a abandonar la Berbería. Abderrahman, en vista de la emigración constante, prohibió la sa-

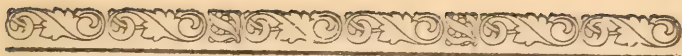
(1) José María de Murga: *Recuerdos Marroquíes*.

lida de las mujeres judías, con objeto de obligar a los huídos a que volbiesen.

No fueron todo amargas para el hebreo mogrebino. El judío no estaba sujeto, en Marruecos, a las levás para nutrir al ejército, ni a ciertos tributos que pagaba el musulmán. No se le permitía poseer tierras, pero podía ser propietario en compañía de un moro, concertado como socio nominal.

Con la intervención de Europa en el Mogreb, el elemento israelita ha progresado mucho; pero la prevención que divide a las dos razas que habitan el Imperio aún no ha desaparecido. El *jiudi* sigue siendo objeto del aborrecimiento del moro, y el moro, motivo del desprecio del judío, que se reconoce superior a él por sus dotes de actividad e inteligencia.

La civilización, esponja que borra los trazos duros de la vida, ya empieza a derribar en Marruecos la barrera de los odios de raza.



II

EL ESPIRITU RELIGIOSO

*Festividades.—El sábado.—Personajes venerados en Marruecos.—Las sinagogas.—Autoridades.—El rabinato.—Los seminarios.—Los jueces.—Los chejes de los Mel-lah.
La señal del hebreo.*

La palabra Jehová significa: El que ha sido, es y será. Es una de las voces más sabias que posee el idioma humano. De ella proceden el Júpiter de los atenienses y romanos, el Juba de los moros, Josué (Salvador), Jonás (Fuego del Señor).

La fe mosaica es también la más antigua del mundo. De ella nacieron, como ramas de un frondoso árbol, casi todos los grandes credos religiosos en que comulgan los habitantes del planeta.

La religión constituye la base esencial del pueblo israelita. Gracias a la fe en sus creencias ha podido permanecer en el mundo, sin desaparecer, a pesar de las violentas persecuciones y de las guerras de exterminio. Ha leído que Moisés profetizó el castigo de Israel, pero anunció su liberación (1). El que salvó al pueblo hebreo de la esclavitud

(1) *El Deuteronomio*, capítulo IV, versículos 27 al 31.

vitudo de Egipto dijo: “El Señor os destruirá y esparcirá por todas las gentes, y quedaréis pocos en las naciones adonde el Señor os ha de llevar. Y allí serviréis a dioses que han sido fraguados por manos de hombres: a la madera y a la piedra, las cuales no ven, no oyen, ni comen, ni huelen. Después que te hayan alcanzado todas las cosas que han sido anunciadas en el último tiempo, te volverás al Señor Dios tuyo y oirás su voz. Porque es un Dios todo misericordioso, el Señor Dios tuyo no te abandonará, ni te destruirá del todo, ni se olvidará del pacto que juró a tus padres.”

Asombra la clarividencia de Moisés escrutando con tan segura mirada las obscuridades del porvenir. Y, como se cumplió lo pasado, espera la raza hebrea que se cumpla lo que el Fundador profetizó para lo futuro.

En el credo del judío ha llegado a concretarse la fórmula de una unión nacional, el nexo que une al pueblo de Israel disperso por la tierra.

Jamás los hebreos, sobre todo en las épocas de mayores persecuciones y miserias, han perdido la convicción de que forman el pueblo escogido por Jehová. Esperan, con una esperanza ungida de fe, que alumbrará el día de la redención.

En ningún pueblo como en el israelita pueden estudiarse con mayores elementos las maravillas que la solidaridad crea en las colectividades. Tanto los fervorosos como los indiferentes, en la religión hallan el lazo que los congrega para la defensa o para el ataque. En la religión estriba el secreto de esa fuerza, que en todos los siglos y en las naciones todas se ha mostrado prodigiosamente

fecunda en los días de bonanza, espacios de sol que no han sido otra cosa que descanso en las tempestades de la persecución.

Con el corazón unos, con los labios otros, en la vida interior o en la acción exterior, los israelitas todos cumplen con las reglas esenciales de su credo.

Piensen que merced a esto, cuando los demás pueblos estén gastados por la corrupción, el pueblo de Israel, pueblo primitivo, pero no degenerado, triunfará porque no habrá perdido su esencia.

Y esa fe poderosa impulsó a Enrique Heine, el altísimo poeta, a lanzar al final de su vida gloriosa la maldición bíblica: “Que mi lengua se pegue a mi paladar, que mi mano derecha se seque, si jamás te he olvidado, ¡oh Jerusalem!”

En el himno “La esperanza”, que cantan los judíos, himno que es un grito de esa fe ciega que mueve las montañas, resplandece el espíritu de la raza indomable. Lo traducimos libremente del hebreo, encabezándolo con su música:

allegretto ♩ *Bentissimo*

First system of musical notation, featuring a treble and bass staff. The treble staff contains a melodic line with eighth and sixteenth notes, and the bass staff contains a harmonic accompaniment. The word *Pianissimo* is written below the treble staff.

Second system of musical notation, continuing the piece with similar melodic and harmonic patterns.

Third system of musical notation, showing further development of the musical themes.

Fourth system of musical notation, with the word *for* written in the left margin.

Fifth system of musical notation, featuring the word *Pianissimo* written below the treble staff.

Sixth system of musical notation, concluding the piece. The word *Fin* is written above the treble staff, and *De* and *hasta Fin* are written below the treble staff.

Mientras exista un corazón ardiente
donde palpita pura el alma hebrea,
y haya ojos que miren al Oriente,
y en Sión se concentre alguna idea...

Nuestra esperanza no estará perdida,
esa esperanza eterna y sacrosanta
de volver a la Tierra prometida,
donde David fundó la Ciudad Santa.

Mientras destilen nuestros ojos llanto,
y los hijos del pueblo, perseguidos,
se encaminen a orar al Campo Santo,
a llorar a los padres que han perdido.

Nuestra esperanza no estará perdida,
esa esperanza eterna y sacrosanta
de volver a la Tierra prometida,
donde David fundó la Ciudad Santa.

Mientras siga su curso majestuoso
el Jordán, y, regando nuestras frondas,
al mar Muerto se acerque rumoroso
a confundir sus ondas con sus ondas...

Nuestra esperanza no estará perdida,
esa esperanza eterna y sacrosanta
de volver a la Tierra Prometida,
donde David fundó la Ciudad Santa.

Oid, hermanos dispersos por el mundo,
cuál debe ser nuestra tenaz idea:
mientras exista un corazón profundo
que aliente un alma hebrea...

Nuestra esperanza no estará perdida,
esa esperanza eterna y sacrosanta
de volver a la Tierra Prometida,
donde David fundó la Ciudad Santa.

* * *

No encaja en las proporciones de este libro el estudiar
la evolución en Marruecos de la religión mosaica, ni de

las sectas de ella derivadas. En futuros trabajos de divulgación nos ocuparemos de tema tan interesante.

En los primeros tiempos históricos no practicaban los mauritanos el judaísmo, sino mezclándolo con el culto a divinidades paganas. Conciliaban la adoración a Baal y a los astros con la de Jehová. Las supersticiones, la demonología y la hechicería florecían, como flores del mal entre los hebreos africanos.

En el siglo IV de la Era cristiana, por oposición a los saduceos, creían en la resurrección de la carne. Entendían que la tierra sagrada no era la Judea terrestre. Las mujeres poseían hasta tal extremo el sentimiento del pudor —reminiscencia de Oriente—, que no salían a la calle sino veladas.

El culto a Josué era muy general entre los hebreos del Mogreb, y se encuentra en todas las tribus marroquíes de origen judío.

El siglo XI es fundamental para la historia religiosa de los hebreos de África. En esta época, el Talmud se extiende por las ciudades importantes, y acaba por imponer su disciplina a las masas indiferentes.

Actualmente viven los judíos de Marruecos sometidos a sus autoridades religiosas, en materia de fe y de costumbres.

Tan hondas raigambres echa la religión en el alma del judío, que es muy difícil, si no imposible, la conversión sincera de ninguno ni al catolicismo ni al Islam.

Cuando por la fuerza, por el engaño o por propia conveniencia material abjuran del judaísmo, siempre se arrepienten. Los conversos casados con cristianas siguen sien-

do tan hebreos como antes de la conversión. Exteriormente ha podido influir el amor u otra pasión sobre sus actos religiosos, pero el corazón no ha perdido la fe en el credo mosaico.

Islamís son llamados en Marruecos aquellos hebreos que abrazan el mahometismo. Siempre acaban por volver públicamente a sus creencias primitivas, arrojando el martirio y la persecución de los moros en otras épocas implacables con los apóstatas.

En 1830, reinando en Marruecos el Sultán Muley Abderrahman, una joven judía, famosa por su belleza, engañada por cierta musulmana, abjuró de su fe. Pertenecía a una de las mejores familias hebreas. Era pariente de los Cohen. Había nacido en Tánger, en la calle Fuente Nueva, y se llamaba Sol Hachuel. Arrepentida apenas se dió cuenta de su acción, renunció al mahometismo. El Sultán le ofreció las riquezas, el poder, matrimoniarse con ella y elevarla al trono. Sol no aceptó nada; sólo deseaba vivir y morir en la religión de sus padres. Ni el martirio ni la muerte la hicieron abjurar de su credo. Los ejecutores de la sentencia lloraban ante tanta fe y tanto infortunio. Sepultada se halla en Fez esta mujer admirable, y anualmente acuden peregrinos a la tumba de Sol la justa, de Sol la mártir, la *Saddi Ká*, como la llaman los hebreos (1).

(1) En los teatros de Marruecos ponen con frecuencia las compañías que en ellos actúan un drama titulado *La Heroína Hebrea*, escrito y estrenado en Gibraltar en el año 1858 por Enrique Sarmel. La obra, que no es, ni mucho menos, un prodigio escénico ni brilla por su estilo literario, está basada en la historia de Sol Hachuel.

Sin embargo, el P. Castellanos, en su "Historia de Marruecos" relata el siguiente episodio:

"En 1636 existía en Salé una imagen de Nuestro Señor del Santo Entierro, que guardaban los moros como en cautiverio, negándose a devolverla a los cristianos, si no pagaban una fuerte suma. Ya iba a ser destruída, pues los mahometanos infringían el Korán al conservarla, cuando un judío pagó el precio del rescate, más setenta pesos que pidió de gratificación el capitán del barco que había de transportar la imagen a Mazagán. Acompañado de un padre franciscano partió el hebreo para dicho puerto."

Y agrega el P. Castellanos: "Ignórase cuál pudo ser la causa que movió al judío a rescatar aquella imagen, cosa que ningún cristiano había hecho; lo cierto es que a los dos días el israelita ingresó en el cristianismo."

Tales casos de conversiones son tan excepcionales, que por su misma rareza consignamos éste a título de curiosidad.

* * *

Las solemnidades religiosas de los hebreos están llenas de una honda poesía evocadora. Describiremos someramente las principales festividades.

La fiesta de Ros Hashaná (1.º de Thisri), o Año Nuevo, dura dos días. Se celebra en septiembre o en octubre, según la luna. La víspera hacen los israelitas una comida especial, fuera de las usuales, compuesta de siete legumbres y frutas frescas hervidas con un trozo de cabeza de carnero, dátiles e hinojos.

A los ocho días de Ros Hashaná viene el Kipur, o día

del Perdón (10 de Thisri). Ayunan rigurosamente los israelitas durante treinta horas. Todo judío debe perdonar de corazón a sus enemigos en este día santo. Al encontrarse por las calles se abrazan unos a otros los enemigos. En Ceuta, en la gran ceremonia del Kipur, la familia Coriat ha introducido en las sinagogas la costumbre de que den los congregados una salva en honor de los Reyes de España. Durante la guerra franco-prusiana, al llegar el día del Kipur hubo de concertarse un armisticio para que los israelitas de uno y otro bando celebrasen en santa fraternidad su ayuno. Los enemigos, hermanos en religión y adversarios en patriotismo, se abrazaron y entonaron juntos el himno a Jehová.

Cuatro días después del Perdón se celebra la Pascua de Sucoth o de las Cabañas (15 Thisri), denominada también de la Recolección y de la Vendimia. Dura ocho días: los dos primeros y los dos últimos, de fiesta entera, y los otros cuatro, de media.

En el *Sucoth* se observa lo que prescribe el capítulo XXIII del Levítico: "... Y tomaréis el primer día gajos con fruto de árbol hermoso, ramos de palma y ramas de árboles espesos y sauces de los arroyos: y os regocijaréis delante de Jehová, vuestro Dios, por siete días... En cabañas habitaréis siete días; todo natural de Israel habitará en cabañas, para que sepan vuestros descendientes que en cabañas hice yo habitar a los hijos de Israel, cuando los saqué de la tierra de Egipto: Yo Jehová, vuestro Dios."

La fiesta de las Cabañas fué instituída para que se perpetuara en el corazón de los hebreos la memoria y el agrado

decimiento por la protección visible que experimentaron del Señor durante los cuarenta años que permaneció en el desierto el pueblo elegido. El último día es el de la gran fiesta de la Ley, Simhath Torá; concluye en él la lectura sabática de los capítulos del *Pentateuco*, y vuelve a comenzarse de nuevo por el *Génesis*. Durante los ocho días de la fiesta, los hebreos se alimentan y viven el mayor tiempo posible en cabañuelas de cañas, edificadas en las azoteas de sus domicilios. Hay casas judías que ya tienen construída una habitación sin techumbre, dedicada a esta Pascua, que en algunos lugares se celebra con mayor júbilo que el Purim.

Del 20 al 30 de diciembre, la fiesta de Hanucá o de la Purificación del Templo congrega a los hebreos en las sinagogas. Dura ocho días. Con ella se conmemora la victoria que consiguieran los hermanos Macabeos sobre los ejércitos sirio-helenos del reino de Antioquía, en el año 3506 de la creación del mundo. Merced a este triunfo consiguió su independencia el pueblo judío, Judas Macabeo entró en Jerusalén triunfador, y rompió en pedazos la estatua de Júpiter, que profanaba el templo.

El altar manchado fué destruído y el sagrado recinto purificado, celebrándose en acción de gracias la fiesta de *la Inauguración o Hanucá*.

Cuentan los hebreos que al ir a encender el candelabro de los siete brazos no hallaron en el templo más que un ánfora de óleo santo. El resto del aceite había sido profanado por los paganos. El óleo milagrosamente se multiplicó y fué suficiente para que alumbrasen los siete brazos del candelabro durante los ocho días de la fiesta.

Conmemorando este maravilloso pasaje, las sinagogas y las casas de los hebreos lucen iluminaciones. Los israelitas utilizan candilejas de ocho mechas, y cada noche encienden una hasta completar los ocho días: por eso es llamada esta fiesta en Marruecos *Pascua de la candileja*.

En fin de febrero o principios de marzo (15 Adar) se festeja el Purim (1) con grandes muestras de alegría. Dura sólo una jornada la fiesta; el día anterior ayunan severamente los fieles. Repártense muchas limosnas entre los pobres, y las familias hebreas conocidas se hacen mutuamente regalos. Las mujeres, de ordinario tan modestas, se adornan y embellecen con sus más ricas galas. Los jóvenes se enmascaran y dan bromas como en nuestro Carnaval. Con esta fiesta se recuerda el episodio bíblico contenido en el libro de Esther, la hermosa reina, esposa de Asuero, rey de Persia, de la India y de la Etiopía, que con el mágico poder de su belleza salvó al pueblo judío de las persecuciones del traidor Aman.

Hacia el final de marzo o principios de abril se celebra la Pascua de Pessah, o de la Galleta o de la Torta (15 Nissan). Días antes limpian los hebreos sus casas escrupulosamente y sacan todo aquello que contenga levadura. La víspera de la fiesta, el cabeza de familia, provisto de un bujía, registra todos los rincones del hogar, por si queda algo *hamés* (2). En la noche del Pessah salen los fieles gozosos de la sinagoga, estrechándose con confusión. Al llegar a sus casas abrazan a sus mujeres y sus hijos les besan las manos patriarcalmente. Comen esta

(1) De *pur*, suerte.

(2) Que contenga harina fermentada.

noche un guisado compuesto de huevos cocidos, brazuelo de carnero, nueces, almendras, dátiles y especias: el *harocet*, especie de albóndiga confeccionada con frutas y especias, y los *matsot* o galletas, que dan en Marruecos nombre a la Pascua. Los *matsot* han de ser de trigo *xemurá* recogido y seleccionado especialmente, con prolijo esmero, entre los mejores granos. Debe estar muy seco, y por eso se recolecta muchos días después de haber llovido, para que no contenga humedad alguna. Esta galleta es comida solamente la noche del Pessah. Se hace con *agua maní* recogida en la fuente cinco minutos después de la puesta del Sol. Cantan todos el himno de gloria, el *Kiddush*, brindando con vino bendito. Antes de la comida, el cabeza de familia lee a los suyos los pasajes bíblicos que relatan los sufrimientos de los hebreos a la salida de Egipto. Al llegar, en la lectura del libro sagrado, al paso del Mar Rojo, el más anciano de los presentes divide el pan sin levadura en dos trozos, recordando la separación de las aguas. Entonces se levantan todos, rezan una oración de gracias al Eterno y se dan cita para el siguiente año. Sobre la mesa, muy adornada con azahar y verbenas, hay grandes fuentes con lechuga y apio, que los hebreos comen en pequeños trozos, conmemorando las diez plagas que cayeron sobre Egipto. La Pascua dura siete días, según ordena la Ley (1): “La fiesta de los ácidos guardarás; siete días comerás los panes sin levadura, como yo te mandé en el tiempo del mes de abril, porque en él saliste de Egipto, y ninguno comparecerá vacío delante de

(1) *El Exodo*, capítulo 23, v. 15.

mí." El día séptimo se celebra la cena de difuntos. Los platos apenas son tocados, y durante la comida se entonan salmos en memoria de los muertos. Al día siguiente se festeja la gran *Timimona*. La mesa está adornada con espigas de trigo, flores, dulces y jarros de leche, y cubierta de luces colocadas en altos candelabros. Toda la familia come de un mismo pescado. La alegría reina en la casa. En esta fecha memorable son generalmente pedidas en matrimonio las jóvenes. El hebreo contempla en esta fiesta la visión bíblica admirablemente descrita por la pluma magna de Eça de Queiroz. Le parece que es uno de aquellos que llegaron del negro Egipto con sus sandalias en la mano. El suspiro que trae la brisa parece de las tribus de Israel. Por los caminos, seguida de una escolta de ángeles, desciende el Arca, balanceándose sobre los hombros de los levitas; reverdece otra vez la tierra de promisión; Jericó blanquea entre las aguas, y a través de las lejanas palmeras resuenan los clarines de Josué.

Otra de las fiestas solemnes es la de Shabuot o Pentecostés, llamada la Pascua del Agua. Dura dos días. Conmemora la institución de la Ley Mosaica. Se celebra el 6 de Sivan, correspondiente a fines de mayo o principios de junio del calendario cristiano.

En el mes de julio se registra el Tissa-be-Ab. *Tissa* significa 9, y *Ab* es el nombre del mes judaico. Este día es de luto riguroso para los israelitas. Recuerda el aniversario de la destrucción de Jerusalén por Nabucodonosor, rey de Babilonia. Durante nueve días, los hebreos no comen carne más que los sábados. Unos se alimentan con carnes frescas y otros con carnes saladas; los primeros

son llamados *castellanos*, y los segundos, *moriscos*, porque, según dicen, éstos son oriundos de Marruecos y aquéllos de España, y siguen las costumbres de sus países de origen. En dicho día fueron degollados en Jerusalén millares de hebreos, que estaban orando en el templo demandando su salvación al Todopoderoso. El ayuno empieza la víspera y dura veintiséis horas; no se oyen más que llantos y lamentaciones en las sinagogas. En esta fiesta cantan los muchachos israelitas por las calles de los mel-lah una canción española, que no sabemos qué relación pueda tener con el hecho que se conmemora. Empieza así:

Estando el señor don gato,
sentadito en su tejado,
una mano en la cintura
y la otra en el *custado*...

* * *

En el capítulo XVI del *Exodo* dicen los versículos 22, 23, 24 y 25, instituyendo la observancia del sábado: “Y el día sexto recogieron doblado alimento, esto es, dos gomores para cada hombre, y lo contaron a Moisés. El cual les dijo: —Esto es lo que habló el Señor. Mañana es el reposo del sábado, consagrado al Señor; cualquiera obra que haya de hacerse, hacedla; y lo que se haya de cocer, cocedlo; y todo lo que sobrara reservadlo hasta mañana. Y lo hicieron conforme lo había mandado Moisés, y no se pudrió ni se hallaron en él gusanos. Y dijo Moisés: —Comedlo hoy, porque es sábado del Señor. No se hallará hoy maná en el campo.”

Y agrega el Legislador, en el capítulo XX, versículos 9 y 10: “Seis días trabajarás y harás todas tus haciendas, mas el séptimo día sábado es del Señor, tu Dios: no harás obra ninguna en él, ni tú, ni tu hijo, ni tu hija, ni tu siervo, ni tu sierva, ni tu bestia, ni el extranjero que está dentro de tus puertas.”

Y todavía añade en el capítulo XXXI, versículo 14. “Guardad mi sábado: porque santo es para vosotros: el que lo profanare, muerte morirá: quien hiciera en él obra, perecerá su ánima de en medio de su pueblo.”

El judío de Marruecos guarda escrupulosamente el precepto de santificar las fiestas.

Acerca del cumplimiento del sábado cuenta Sinesius que viajando un viernes sobre el Mediterráneo en una nave tripulada por judíos, pues fueron grandes marinos, les sorprendió una tempestad. A la caída de la tarde, hora en que empieza la fiesta del sábado, el piloto hebreo abandonó el timón. A todas las imprecaciones y ruegos de los pasajeros respondía leyendo pasajes de la Biblia, y no volvió a su puesto hasta que vió que el naufragio era evidente, en cuyo caso autoriza el Talmud que sea roto el reposo sabático.

A tanto llega la fe de estos hombres.

Durante el sábado, en ninguna ciudad de Marruecos puede verse abierto un solo establecimiento hebreo, y como la mayor parte del comercio está en sus manos, las calles ofrecen un aspecto de tristeza y de abandono sólo comparable al que se observa los domingos en ciertas regiones de Inglaterra y de Norteamérica.

* * *

Se advierte en el Mogreb un comienzo de culto a los santos. La sepultura de Ben Gualich es muy venerada en el cementerio tetuaní, y sobre la tumba de Sol Hachuel, en la *meara* de Fez, rezan las hebreas en demanda de fecundidad. También es venerado el sepulcro de Rabi Anram Ben Dinan, situado en la cabila de Beni Mesara, entre Alcazarquivir y Uazan, y otras sepulturas existentes en diversos cementerios israelitas de Marruecos.

El rabí Isaac Ben Gualich, natural de Tetuán, donde actualmente residen sus descendientes, es el sabio más ilustre del Norte mogrebino. Nació en 1777 y murió en el mes de marzo de 1870. Por su sabiduría y por sus virtudes era reverenciado por todos los habitantes de la ciudad santa, sin distinción de creencias religiosas. Lo mismo acudía a su casa en demanda de consejo el musulmán que el hebreo. Ayunaba mucho y vestía modestamente con un amplio ropón negro, cubría su cabeza un lienzo marrón y envolvía su cuerpo feble en un bornós, por el estilo de los que todavía usan los sábados algunos israelitas. Era de abolengo sefardita y hablaba correctamente el castellano. En 1865 visitó Jerusalén; pensó establecerse en la ciudad santa con los suyos; mas la misteriosa atracción del país lejano le hizo regresar a la patria. La fama de su sabiduría fué tan grande, que le apellidaron la *llama de Marruecos*. Escribió el *Varyome Isaac*. Fué uno de los jurisconsultos más notables del Mogreb. Sólo igualaba a su saber la caridad inagotable que encerraba en su pecho. Al entierro del cadáver concurrió Tetuán entero; tanto como los hebreos, le lloraron los musulmanes. La piedra que cubre su tumba en la *meara* de Tetuán está

siempre llena de la cera que encienden sus devotos. El día primero del mes de Eluch y el 18 de Illac acuden anualmente peregrinos de todo Marruecos, de Orán y de Gibraltar. Son muchos los milagros que ha realizado después de su muerte. Se cita a un tuberculoso curado y a una mujer estéril que dió a luz, y, sobre todo, a un musulmán de la secta de los *darkaua*, que poseía una tienda en el zoco El Foquia tetuaní. Estaba baldado: lleno de fe marchó arrastrándose hasta la tumba del sabio rabino, y volvió a su tienda andando, totalmente sano. En el Mel-lah de Tetuán, una de las sinagogas lleva el nombre de Ben Gualich.

Otro de los personajes hebreos más venerados en Marruecos es Amram Ben Dinan.

El cementerio judío de Uazan es uno de los más ilustres de Marruecos. por hallarse allí sepultado el cuerpo venerable del rabí; está situado el camposanto en la antigua ciudad de Yebel Asfen, a bastante distancia de la ciudad de Uazan. La causa de este alejamiento, expuesta por el cherif Muley Alí, es que todo hombre enterrado dentro del recinto de Uazan está preservado del infierno. ¿Y quién ha visto a un judío entrar en el Paraíso? El rabí Amram Ben Dinan llegó al Mogreb, procedente de la Palestina, con su hijo, y éste cayó gravemente enfermo. El padre le ofreció a Jehová el sacrificio de su vida si salvaba la de su heredero. Este sanó y el padre murió y fué inhumado en Yebel Asfen. La explotación del santuario elevado sobre la tumba, al que acuden numerosos peregrinos, pertenece a la Comunidad de Oriente; un *mokadem* custodia el sagrado lugar y recauda las limosnas. Cada

tres años, los *chalihín* (1), procedentes de Palestina, li-
quidan con el *mokadem*.

* * *

Las sinagogas son numerosas en todas las ciudades de Marruecos. Cumpliendo lo ordenado en el versículo cuarto del capítulo XX del *Exodo*, no hay imágenes en ellas. “No harás para ti—dijo Jehová a Moisés—obra de escultura ni figura alguna de lo que hay arriba en el cielo, ni de lo que hay abajo en la tierra, ni de las cosas que están en las aguas debajo de la tierra.”

No existen en Marruecos grandes edificios dedicados al culto mosaico. Las sinagogas son pequeñas salas de baja techumbre, con una sola puerta al exterior.

Sobre el altar, en el tabernáculo, dentro del arca sagrada se halla encerrado un ejemplar del Antiguo Testamento. Cómodos sillones y bancos ocupan el recinto; en la parte alta está la galería reservada a las mujeres hebreas. Una gran lámpara central es la del culto; a su alrededor, vasos de plata y de cristal cubren el techo. Cada lámpara es ofrecida a la memoria de un muerto, y su familia cuida de que esté todo el año encendida. De las paredes penden arquillas destinadas a recoger las limosnas.

Las *snogas* pueden ser públicas o privadas. Estas vienen a ser lo que las capillas particulares de los católicos.

Las oraciones que rezan diariamente los hebreos son tres: *chahrith*, la de la mañana, de cinco y media a seis; *minha*,

(1) Recaudadores de las limosnas.

la de la tarde, a las tres, y *arvith*, la de la noche, al ponerse el Sol. Empiezan las oraciones todas con la fórmula: "Bendito y alabado Tú, Dios, Rey del Universo."

En las sinagogas no entran otras mujeres que aquellas que, por su edad avanzada, no están sujetas a ciertos periódicos trastornos peculiares del sexo femenino, porque, según la Ley, quedan impuras y contaminan de impureza cuanto tocan. Las mujeres sólo pueden situarse en las galerías altas de las sinagogas. El día del *Kippur* es el único del año que tienen entrada en el templo las hijas de Eva, sin excepción de edad

* * *

Los rabinos son los directores del pueblo hebreo en las diversas ciudades marroquíes (1). Su influencia es enorme. Además existen los chejes, o alcaldes de los Mel-lah. Tales son las autoridades hebreas. Las Juntas directivas de las Comunidades ejercen sólo funciones administrativas y de beneficencia. De ellas nos ocuparemos en el capítulo correspondiente.

Los grandes rabinos, los *dayan* directores, son generalmente elegidos entre los del país; algunas veces los contratan en naciones extranjeras. Las Comunidades de Austria, Rumania, Turquía, Hungría, Rusia y Polonia son, con la de Londres, los centros rabínicos mejor organizados en la actualidad. Sus *yeshivoth* son famosas.

(1) Desde el año 1924 funciona oficialmente en el Marruecos español un Tribunal Rabínico, presidido por el sabio rabino don León Jalfen, con plena autoridad.

En Jassi (Rumania), donde habitan 40.000 hebreos del rito zoharista (hassidim), existen doctísimos rabinos.

En los seminarios o *yeshivoth* estudian los aspirantes al rabinato la ley escrita, el Talmud y la ley de boca, que se transmitió desde Moisés de generación en generación: la tradición llamada Cábala. A los catorce o quince años ingresan los alumnos en los *yeshivoth*. Salen nombrados rabinos o maestros de la Ley, a los veinticuatro o veinticinco años. Poco a poco van desapareciendo de Marruecos las familias rabínicas, en las que de padres a hijos se transmitían el cargo. Antes, pobres y ricos se dedicaban a los estudios de la Ley; hoy, casi exclusivamente los pobres.

Personas devotas subvencionan los estudios en el seminario a los jóvenes sin recursos, proporcionándoles cuarenta o cincuenta pesetas al mes. Con esto y con los derechos que cobran por la *sheita*, o degüello de gallinas para el consumo público, se mantienen. Las reses mayores sólo los rabinos titulados, con estudios especiales para ello, pueden degollarlas. Cobran cuatro pesetas, por término medio, por cada cabeza de res mayor.

Los seminarios cuentan también con rentas propias procedentes de testamentarias y limosnas. De ello viven los sabios y los estudiantes (1).

A los rabinos les está permitido dedicarse a los negocios. Llevan la voz en los actos del culto, intervienen en el sacrificio de las reses, se dedican a la enseñanza, distribuyen las limosnas, predicán en las sinagogas y ad-

(1) Los libros hebreos utilizados en Marruecos provienen casi todos de una casa vienesa de ediciones israelitas.

ministran justicia, constituyendo el Tribunal rabínico (1). Ellos designan los *sofferim*, o notarios que tienen a su cargo los registros de casamientos y defunciones.

El gran rabino o *Jajamín* es elegido por la Comunidad. Posee jurisdicción sobre los demás rabinos de la ciudad o de la comarca, según la extensión de la sede que rija.

Los rabinos mogrebinos gozaron en Oriente fama de sabios. Recordamos a Jacob Berand, Isaac Zimra, Azulai, Vidal, Schimón Ben Labi, Hayim Benatar, a quien sus contemporáneos consideraban como un ángel divino. Fue autor del tratado “La luz de la vida”, y fundó en Jerusalén la Escuela Superior, que todavía lleva el título de Or-Ha-Hayim. Murió en 1784. Le sucedió en la dirección de la Escuela otro rabino marroquí, llamado Hayim Tollak. También puede citarse, entre otros sabios, a Abraham Nesuri, rabino de Safed en 1834, a quien siguen Raphael Massión y Salomón Hassan, autor de un famoso tratado de casuística.

* * *

La administración de justicia es patriarcal. Acuden los litigantes ante el rabino, que dicta sentencia fundamentándola en la ley mosaica. Cumplen los jueces estrictamente el precepto: “No te ladearás para juzgar al pobre”. Cuando no se avienen los litigantes con el fallo, el Tribunal rabínico exige a demandante y demandado juramento de que es verdad lo que declaran. Por no jurar transigen

(1) Beit-ed-dim.

siempre y acatan la sentencia. No juran porque es creencia general que el juramento atrae la muerte, y porque recuerdan que entre las ordenanzas que dió Jehová a Moisés en la cima del Sinaí hay una que dice: “No tomarás el nombre del Señor tu Dios en vano: porque el señor no tendrá por inocente al que tomara el nombre del Señor su Dios en vano” (1).

Sin embargo, si hay otro rabino más sabio, según la voz pública, pueden los litigantes apelar ante él contra la sentencia recaída.

* * *

Los alcaldes o chejes, encargados de hacer guardar el orden en los mel-lahs o juderías, son las autoridades intermediarias entre el Poder musulmán y el pueblo hebreo. Han de proceder de acuerdo con el gran rabino. A propuesta de las Comunidades israelitas, hacen los nombramientos los bajás o gobernadores cherifianos.

* * *

La vida del hebreo marroquí está constantemente influenciada por la religión.

En las puertas de las casas, sobre todo en las de entrada y en las de los dormitorios, colocan un pergamino enrollado, clavado en una de las jambas a la altura de una persona, y sujeto por una planchita de madera, bronce o latón, agujereada en el centro. Este pergamino, llamado

(1) *El Exodo*, capítulo 26, versículo 7.

Mezusah, que contiene escrito en caracteres hebraicos un versículo del *Deuteronomio*, es tocado y besado por los judíos cada vez que entran o salen de su morada.

Jamás pronuncian el santo nombre de Jehová. Si están leyendo la Biblia, lo pasan en silencio con respeto.

Todos los israelitas lucen en sus solemnidades la señal del hebreo, o tefelín, que consiste en dos rollitos de pergamino con versículos del capítulo XIII del *Éxodo* y de los IV y XIII del *Deuteronomio*, que sitúan uno en medio de la frente, para recordarlo siempre, llevándolo delante de los ojos, y otro sobre el codo izquierdo, cerca del corazón. Una correa sujeta el rollo en la frente, vuelve sobre la nuca, desciende sobre el brazo y va a terminar enrollada al dedo medio de la siniestra mano. Tiene su origen el tefelín en el versículo 9 del capítulo XIII del *Éxodo*, que dice así: “Y será como señal sobre tu *mano*, y como recuerdo *delante de tus ojos*; y para que la ley del Señor esté siempre en tu boca, por cuanto con mano fuerte te sacó el Señor de Egipto.”

El acto de la imposición del tefelín es de gran importancia para los judíos. El israelita que a los trece años de edad no ha sido investido de la señal del hebreo por el gran rabino, pierde todos sus derechos religiosos. La ceremonia no puede celebrarse más que los lunes, jueves y domingos, y otorga autoridad para actuar de testigo en lo sucesivo en cualquier caso que la vida ofrezca y para figurar como uno de los diez fieles cuya presencia es necesaria en la sinagoga al comenzar la oración.

Llevan los hebreos constantemente sobre la camisa una banda de tela, llamada *sesit*. Al *sesit* corresponde el esca-

pulario de los cristianos y el *hayeb* de los musulmanes. Lo exige Jehová en los versículos 38, 39 y 40 del capítulo XV del libro de los *Números*: “Habla a los hijos de Israel y les dirás que se hagan una franja en los remates de los mantos, y pongan en ellos unos listones de jacinto. Los que cuando vieren se acuerden de todos los mandamientos del Señor, y no se vayan en pos de sus pensamientos y ojos que se prostituyan a varios objetos. Mas antes bien acordándose de los preceptos del Señor, los cumplan y sean santos a su Dios.”

La tela, de lana o algodón, es azul celeste, color de jacinto, como ordena la Escritura, y lleva cuatro cordones de ocho hilos, que se llaman *fimias*. Estos cordones van atados con nudos, y cada uno de estos nudos simboliza una de las letras del nombre sagrado de Jehová.



III

LA FAMILIA

*Matrimonios.—Solemnidades y fiestas con que se celebran.
Divorcio y repudio.—Circuncisiones.—Defunciones.*

Las hebreas en Marruecos se casan muy jóvenes. Desde corta edad, en plena niñez, las familias conciertan las bodas atendiendo a los intereses materiales. Si alguna de las partes contratantes falta al compromiso ha de abonar una cantidad, cuya cuantía se estipula de antemano. Este apalabramiento, como le llaman, ha de preceder siempre a la boda, y se legaliza en documento público.

Los sefarditas del Mogreb se enlazan casi siempre entre sí, sin mezclarse con otros correligionarios de distinto origen. Los hebreos de Tetuán, Tánger, Larache, Alcazarquivir, Arcila, Ceuta y Melilla constituyen un núcleo refractario a la unión de las familias de otras poblaciones.

Es general la costumbre de casar muy jóvenes, casi niñas, a las israelitas, a veces con hombres que les doblan la edad. Escribe Mr. Tompson que en Amsmir la regla es matrimoniarse a las hembras sumamente jóvenes; pero no con niños de su edad, sino con hombres de edad madura, con frecuencia viejos, mientras que sus consortes cuentan de siete a diez años. Estas esposas niñas viven con sus maridos, que, como ya se comprenderá, limítanse a protegerlas hasta que alcanzan cierto desarrollo. Sin embargo, no es cosa rara una madre de diez años, y me-

nos de trece a quince. Lo más sorprendente en estos tempranos matrimonios es que no parecen influir en el físico de la población. Por lo que hace a Amsmir, la costumbre pareció tener por resultado la producción de hombres y mujeres sanos.

Durante la menstruación, con arreglo a la Ley mosaica, la mujer es considerada inmunda e inmundo cuanto toca, hasta siete días después de terminado el período, y debe purificarse en el *haman* o baño que existe en casi todas las casas hebreas.

Las ceremonias del casamiento son interesantes. En la actualidad, muchos israelitas marroquíes, especialmente de las clases elevadas que habitan en las ciudades de la costa, influenciados por las costumbres de Europa, suprimen el antiguo aparato, que es, sin embargo, el que generalmente usan en sus bodas los hebreos de la clase media y proletaria.

El matrimonio siempre ha de celebrarse en miércoles. Empiezan las fiestas el jueves de la semana anterior, llamado por esto *Bab el Ors*, o *Puerta de la boda*. En esta noche reúnen las familias de los contrayentes a sus amistades en las casas respectivas, y las obsequian con dulces y suaves licores. Las muchachas escriben con tinta azul o roja sobre los muros exteriores de los domicilios del novio y de la novia las palabras *Felicidad*, *Boda* y otros rótulos alusivos al acto que ha de celebrarse; además, demuestran sus conocimientos pictóricos dibujando manos que señalan y flores que simbolizan, un árbol de cinco ramas y un corazón atravesado por una flecha. Antiguamente, cuando no existía el alumbrado público, un

farol colgado en el portal de la casa indicaba que había de verificarse un matrimonio.

El sábado siguiente se llama sábado de *Safteray*, según unos, o *Seb terray*, según otros; significa *sábado de la decisión*. El novio come la *adafina* (1), el plato nacional, con sus parientes y amigos en casa de la novia, después de haber rezado la oración en la sinagoga a que pertenece el suegro. Al anochecer se celebra un té en casa de los contrayentes, con asistencia de los rabinos. En este té se cantan los *piyut* (2) de boda. Si son hebreos europeí-

(1) Plato especial hebreo del que nos ocupamos en otro capítulo.

(2) Canciones del pueblo israelita. He aquí dos canciones de bodas populares, sobre todo en Oriente:

Me ven chiquitica,
piensan que soy chica.
Ya las de mi edad
mandan hijos a meldar.
Me ven jugar coches,
piensan que es de doce.
Mi madre, ¿cuándo ya?

No puedo soportar.
Me ven jugar dados,
piensan que es ducados.

Mi madre, ¿cuándo ya?
No puedo soportar.

Hijas de quince años,
hijo en los brazos.
Yo de veinte y cuatro
sin casar y sin gozar.

Mi madre, ¿cuándo ya?
No puedo soportar.

* * *

Vos venid, mi dama,
por la mañana;
beberéis raki
con naranjada.

Hablaremos, burlaremos,
boda haremos.

Vos venid, mi dama,
por entre el día;
haremos la boda
con alegría.

Venid, mi dama,
hablaremos, jugaremos,
boda haremos.

Oh ¡que caminando
a paso a paso!
El que os creó
es el del alto.

Venid, mi dama,
hablaremos, jugaremos,
boda haremos.

Oh ¡qué relustror
de cara y de frente!
Vos me parecéis
la luna creciente.

Venid, mi dama,
hablaremos, jugaremos,
boda haremos.

zados, bailan danzas de sociedad, y si no lo son, contratan una banda de músicos moros, que amenizan la velada con el *guembri*, el adufe y el atambor.

El domingo por la tarde se extiende la *ketubbá* o contrato de matrimonio. Acude a la morada del novio el notario especial para estos casos, con asistencia del padre de la novia y de los amigos de ambos. El contrato matrimonial ha de ser escrito en idioma hebreo. He aquí copia literal de una *ketubbá*: “El miércoles veintidós del mes de Tebet del año 5672 de la creación del mundo, según la cuenta que contamos en esta ciudad de Tetuán, este apuesto mancebo Moisés, el novio, hijo de D. Isaac, hijo de Menahem, conocido con el apellido N. N., ha dicho a la doncella y apuesta virgen Messody, la novia, hija del honrado Abraham, hijo de Jacob, conocido con el apellido N. N.: —Sé mi mujer con arreglo a la ley de Moisés e Israel, y yo con la ayuda de Dios te sostendré, te mantendré, te vestiré, te abrigaré, como los maridos hebreos sostienen, mantienen, visten y abrigan a sus mujeres, con fidelidad, y te daré la dote de tu dignidad, doscientas (1) monedas de plata que te pertenecen, y tu mantenimiento y lo que necesites; y esta novia aceptó y fué su mujer, y también aceptó el novio, y le aumentó sobre el principal de su dote contando con el ajuar que le trajo, hasta cumplir la suma de mil ochocientos duros de la moneda corriente en Tetuán. El novio se comprometió a no casarse con otra mujer, salvo con consentimiento expreso

(1) Como comprenderá el lector, la cuantía de la dote varía, como entre los cristianos, con arreglo a la posición social de los contrayentes.

de la novia mencionada; de no llevarla de este país a otro sin su consentimiento, y si, no lo permita Dios, se casare con otra o la llevare de este país a otro sin su consentimiento, se compromete a pagarla todo lo que está reconocido en este presente documento, y a darla su acta divorcio, conforme a la ley. Estas condiciones son firmes como las condiciones de las tribus de Ruben y Gad. Y aceptó el novio hacerse responsable él y sus herederos del importe total del dote, del ajuar y del aumento, haciéndole hipoteca de todos sus bienes muebles e inmuebles adquiridos o por adquirir, todo según el dictamen de los sabios. Y el novio contrajo ante nosotros compromiso solemne, y se comprometió a cumplir exactamente con todas las condiciones arriba mencionadas, y juró juramento solemne sobre el santo nombre de Dios, como todos los que juran con sinceridad y sin ningún engaño, de cumplir cuanto está escrito y declarado aquí arriba desde el principio y hasta el fin. Todo conforme a las costumbres, condiciones y arreglos de las santas Comunidades expulsadas de Castilla. Dios se apiade y compadezca a los que se salven; les ampare, les cuide y les ayude. El que guarda la verdad para siempre, y es bajo estas condiciones que el ajuar entre en posesión del novio, y todo es público y válido.”

El contrato matrimonial lo firman los contrayentes y el notario, y lo legaliza el gran rabino. Después de leído y aprobado el contrato, reciben los concurrentes al acto el ajuar de los futuros esposos, que envía la novia al domicilio del novio. Este compra generalmente los muebles, y aquélla, la ropa de la casa.

En la noche del martes es conducida la desposada, vestida con el lujoso traje de berberisca o a la europea, a la morada del contrayente, acompañada de un vistoso y lucido cortejo, en el que figura la *Jebrá*, Asociación benéfica, de la que más adelante nos ocuparemos. Al salir la novia de su casa cantan un *piyut* llamado *Yaala Hem*.

Precede a la procesión la *nahora* de la *Jebrá*, farol enorme, pintado de varios colores, que encierra multitud de luces. Siguen luego otras lámparas más pequeñas, muy adornadas, con cuatro o cinco luces cada una, ofrecidas por los amigos del novio, llamados *nahoritas*.

A la *Jebrá* ha de abonarle el contrayente de cuarenta a cincuenta pesetas por su concurso. Las lámparas de los amigos se estiman como un obsequio.

Un coro va cantando solemnemente los *piyutin* de la boda. La novia cierra la comitiva, rodeada de sus padres y de los del novio, que le sujetan las manos amorosamente. Camina con los ojos cerrados por la calle, para que cuando llegue a la casa sea su futuro esposo el primer hombre que vea. Este espera en su domicilio, y al llegar el cortejo a la puerta, la madre del contrayente ofrece a la novia agua y azúcar dándole a entender que le desea que la vida le sea tan dulce como el azúcar y tan pura como el agua.

La conduce luego a una habitación donde está situado el lecho, el tálamo, lujosamente adornado, al que llaman trono, y en el que se sienta la novia, recibiendo los homenajes de la concurrencia, mientras la música hace oír sus alegres notas. La desposada duerme esta noche por

vez primera en casa del novio, con la madre de éste, o a falta de ella, con una mujer de respeto.

Al día siguiente, miércoles, se celebra la boda. El novio acude a la oración de la mañana impuesto el *tefelin* y ostentando el *sesit* sobre el traje. Le acompaña el padre de la novia y los amigos. Después de rezar en la sinagoga marcha a su casa, donde los hebreos antiguos hacen la unión inmediatamente. Los judíos modernos aplazan la ceremonia hasta las tres de la tarde.

La novia se sienta en el tálamo, vestida como la víspera, luciendo ramos de azahar y tocada con un sutil velo. A sus lados se colocan dos señoras con rojos cirios, y delante, en el escalón sobre el cual está el trono, se sitúa el novio, cubierto, y con el *tefelin* y el *sesit* a la vista de todos.

A la llegada del sabio de la sinagoga, le entregan una copa de plata, tan colmada de vino generoso, que permita que se derrame el licor mientras bendice, pues parece que si no ocurre esto no son eficaces las *siváa barajot* (1), que son siete. Por eso el de la boda es llamado el día de las siete bendiciones.

El rabino, sin soltar la copa argéntea, lee el contrato de matrimonio en presencia del pueblo, testigo del acto. Al terminar la lectura lanzan los hebreos un *barqualá* (2).

El novio muestra el anillo nupcial, que ha de ser precisamente de oro, y pregunta a la concurrencia si es del metal que la ley exige. Si dos peritos opinan que sí, se acepta la sortija, que coloca el contrayente en el dedo ín-

(1) Bendiciones de la boda.

(2) Grito gutural que lanzan los hebreos en señal de alegría,

dice de la mano derecha de la desposada, diciéndola que por el anillo, según la Ley de Moisés y de Israel, le pertenece desde aquel momento.

Terminadas las bendiciones, el ayudante del rabino toma un vaso de cristal pleno de vino y lo estrella contra el suelo. Es tradicional que la concurrencia pregunte con asombro:

—¿Qué ha pasado?

Y que le contesten:

—Nada, que se ha roto un vaso.

El objeto de esta costumbre es recordar que no hay gozo completo en el mundo, y que en nuestras mayores alegrías siempre asoma el dolor. A tal extremo llevan esta idea los hebreos, que se cuenta el caso de un judío que anhelaba, como todos los de su raza, tener un hijo varón. Largos años hacía que el matrimonio pedía a Dios esta gracia, hasta que un día, ya en la edad madura, concibió la mujer y dió a luz un robusto niño. Advertido el esposo corrió a su casa, y, comprendiendo que el gozo de su compañera sería inmenso, pensó amortiguarlo con una pena de su invención. Y al expresarle regocijada la mujer cuán grande era su ventura, él replicó, ceñudo:

—Bien, bueno está; pero ¿no sabes que hoy he perdido en un negocio setecientos duros?

Esta noche descansan unidos marido y mujer, y ya no vuelven a compartir el lecho, por razones de higiene, hasta pasados ocho días. Mientras tanto, duerme la esposa con su madre, a quien va a buscar el novio, acompañado de sus amigos, con músicas y faroles. La suegra hace un regalo en alhajas a los desposados.

La novia, luciendo vistosas galas, joyas y encajes, no debe levantarse del lecho durante la octava. Allí recibe a la familia y a los amigos. El esposo no sale tampoco de la habitación en esos días.

El sábado comen todos la *adafina* en la sala donde se halla situado el tálamo. Los esposos se alimentan en la cama. Por la tarde dan otro té a los amigos y celebran una fiesta con *piyut* y música.

Todas las noches se hace el rezo en casa del novio, hasta el miércoles siguiente al de la boda, llamado del pescado, en que finalizan las ceremonias. En la mañana de este día acude al mercado el novio con sus amigos y compra un buen pez. Lo lleva a su casa, donde lo adorna con flores de papel y lo pinta con gayos colores, colocándolo sobre una mesa en la habitación del tálamo. Entonces desciende la novia del lecho, toma un cuchillo que le ofrecen y quita con él algunas escamas al pescado.

Los concurrentes lanzan alegres *bargualás* y son obsequiados con esplendidez por los esposos. El matrimonio queda realizado.

Antiguamente, los invitados a la boda, que habían asistido a ella durante ocho días, regalaban al matrimonio cada uno de ellos un carnero o un toro. Verdad es que hace veinte años un carnero costaba en Marruecos dos pesetas, y un toro, cincuenta. Ahora acostumbran a ofrecer objetos en relación con la fortuna de los donantes.

* * *

Las viudas pueden volver a contraer matrimonio después de cumplido un año de la defunción del esposo. Si

éste deja herencia, la mitad de los bienes corresponde a la esposa y la otra mitad a los hijos, si los tiene, y en caso contrario, a la familia del marido.

Muchos ancianos viudos acostumbran a casarse con hebreas jóvenes en los últimos años de su vida. En tal caso, si del primer matrimonio existen hijos, acostumbran a otorgarle a la nueva esposa una cantidad como dote, obligándola a que renuncie a la herencia, y pasando, por consiguiente, íntegro el capital a los legítimos herederos.

El judío tiene derecho a repudiar a su mujer si ésta, en diez años, no le da sucesión. El hombre puede volver a casarse, pero la mujer no puede hacerlo sin permiso de su anterior esposo.

El divorcio es frecuente entre los hebreos de la zona francesa, berberiscos y árabes en su mayor parte, inspirados en las costumbres de los musulmanes; pero no entre los judíos de la zona española, influídos, sin duda, por el ascendiente que sobre ellos ejercen los usos de Castilla, la vieja patria perdida.

* * *

El hebreo ama a su mujer, sobre todo por los hijos varones que pueda tener de ella. Las anchas caderas y los exuberantes pechos de la mujer hebrea garantizan la fecundidad de la raza.

Si la mujer da a luz un varón, es inmunda durante siete días, y permanece treinta y tres purificándose la sangre. Pasados los siete días, ya puede tratar y conversar con todos. Si pariere hembra será inmunda dos semanas, y ha de estar sesenta y seis días purificándose.

El niño es circuncidado a los ocho días de su nacimiento, si se halla en buen estado de salud para resistir la operación. La profesión de circuncisador, o *mohel*, es en Marruecos honorífica. Hasta se han dado casos de pagar dinero por desempeñarla. Exige ciertos estudios. Emplean en el Mogreb una cuchilla pequeña, afilada como una navaja de afeitar. Además utilizan un aparato de plata de forma cilíndrica, para mayor seguridad. Ambos instrumentos llevan grabadas inscripciones religiosas en idioma hebreo. Los circuncisadores hacen la operación de un solo golpe.

Con objeto de impedir que el demonio, siempre al acecho, cause daños al recién nacido, todas las puertas de la habitación donde aquél se halla están guardadas por los *xemot*, trozos de papel con inscripciones bíblicas.

En vísperas de la circuncisión, el tálamo es velado con tres cubiertas bordadas de los *sefarim* de la sinagoga.

Al día siguiente, por la mañana, se celebra el acto, al que concurren las familias y amigos de los dueños de la casa.

Si es el primogénito el que ha de ser circundado, la familia del padre es la que interviene en todas las operaciones, decide sobre el nombre que ha de imponérsele, y al abuelo paterno, si lo tiene, corresponde el llevarlo en sus brazos. En las familias judías, el primer hijo pertenece al padre y a su familia; el segundo, a la madre, y así sucesivamente por riguroso turno.

Sentado en una silla el abuelo con el nieto en brazos, se verifica la operación, que debe ser instantánea. Du-

rante el acto, los concurrentes cantan a coro canciones alusivas en hebreo (1), y gritan los alegres *bargualás*.

Después del acto de la circuncisión se celebra una fiesta parecida a la de los bautizos cristianos. Los pobres ofrecen los hijos a los ricos para que los tengan en sus brazos durante la circuncisión, y éstos hacen al pequeño espléndidos regalos en metálico. En algunas ciudades marroquíes, entre ellas Tetuán, existen asociaciones cuyos miembros no se proponen otros fines que actuar de *padrinos* por riguroso sorteo.

Los nombres que llevan generalmente los hebreos marroquíes son los de los santos varones que figuran en el Antiguo Testamento. Entre las mujeres hay nombres españoles: Clara, Luna, Estrella, Paloma, Sol, Bella, Preciada, Delicia y Reina; nombres bíblicos: Sara, Rebeca, Esther, Lea, Simí y Raquel, nombres árabes: Aicha (Viva), Sahara (Flor de Azahar), Mesooda (Felicidad), Ra-

(1) En algunas ciudades entonan una vieja canción castellana, que a continuación reproducimos:

Por esta calle que voy
me dicen que no hay salida.
Yo la tengo que pasar,
aunque me coste la vida.

*La vida me alargáis
la olor me retornáis.*

Aparece a la ventana
cara de lindo papel.
—Dadme un poco de agua,
que yo me muero de sed.
—No tengo taza ni jarro,
ni en que daros a beber.
Dadme con vuestra boquita,

que es más dulce que la miel.

*La vida me alargáis
la olor me retornáis.*

Por esta calle que vo
echan agua, crece ruda.
Esta la pueden llamar
la calle de las agudas.
Ocho y ocho diez y seis,
veinte y cuatro son cuarenta;
la moza que me quiere bien
démeme la puerta abierta.

*La vida me alargáis
la olor me retornáis.*

hima (Piedad) y Tamo; nombres de origen italiano, como Donna, y nombres sin etimología conocida, como Sete.

* * *

Jamás hablan los hebreos de la muerte, ni se comunican noticias de un fallecimiento. Para este caso se valen de un signo hecho con la mano, que equivale a decir: ¡Fulano... se marchó!

Cuando un enfermo entra en el período agónico, la familia avisa a los miembros de la asociación benéfica llamada la *Jebrá*, que tanto interviene en la vida israelita. Estos ya no abandonan la casa hasta que el paciente expira. A ratos se aproximan al lecho del agonizante y recitan al oído de éste versículos del libro de los Salmos, repitiéndole insistentemente que Dios es único, como si quisieran grabar esta idea en el alma que pugna por abandonar la cárcel del cuerpo.

Inmediatamente que expira el enfermo le desnudan y le colocan sobre el suelo, alumbrándole con dos velas. Lavan el cuerpo con agua caliente, si es de persona que llegó a la pubertad, y si no, con agua fría.

Otra sección de la *Jebrá* se encarga de coser la holgada mortaja, compuesta de pantalones, camisa, gorro, medias y el capote y el manto que cubren el cadáver. Todo está confeccionado de tela blanca de hilo (1).

La *Jebrá* vela el cuerpo desnudo hasta poco antes de

(1) Los hebreos mogrebinos emplean para cada mortaja una pieza completa de lienzo inglés, que mide veinticuatro yardas.

la hora del entierro; entonces lo visten respetuosamente.

Siempre el sepelio se verifica dentro de las veinticuatro horas de haber ocurrido la defunción, exceptuando los sábados, día en que está prohibido todo trabajo. En caso de no poder esperar, a causa de la descomposición del cadáver, se le conduce a su morada postrera en la noche del día santo, que ya no es fiesta.

Los hebreos, así como poseen los *bargualás* para expresar la alegría, tienen también el *juó!*, *juó!...*, voz de tristeza, que prodigan en estas ocasiones. Antes, y aun hoy en algunas ciudades, existían plañideras mercenarias que recitaban versos en la casa mortuoria y saltaban en lúgubres danzas, como poseídas, mesándose los cabellos, arañándose el rostro y lanzando macabros lamentos. Ya esta costumbre, que quizá fuera importada de España, va desapareciendo, aunque nosotros hemos presenciado alguna lamentable escena.

A la traslación del cadáver acuden las amistades. Va el cuerpo envuelto en el blanco manto, dentro de una caja acomodada sobre unas angarillas y rodeada por los miembros de la *Jebrá* encargados de la conducción.

La familia del difunto camina inmediatamente detrás de éste, a la cabeza del cortejo. La comitiva va durante el trayecto rezando salmos en voz alta hasta la salida del *Mel-lah*. Mientras cruza el cortejo la ciudad mora guarda un profundo silencio.

Al llegar al cementerio sacan el cadáver de la caja y lo depositan en la abierta fosa, entre gruesos trozos de madera de pino. Más tarde colocan sobre la tumba una

capa de cemento y una lápida con el nombre del difunto y la fecha del nacimiento y de la defunción.

* * *

El duelo dura ocho días, durante los cuales la familia más allegada, padres, hijos y hermanos, no pueden dedicarse a ningún trabajo. Han de estar sentados el mayor tiempo posible, comiendo en el suelo, calzando alpargatas y vistiendo de negro. No se cortan el cabello ni se afeitan la barba. Estas costumbres, exageradas en ocasiones, han tenido repetidas veces tristes consecuencias.

Durante un año está encendida constantemente en la casa donde fallece un hebreo una lamparilla, alimentada con aceite de oliva. La luz es como si fuera su alma—dicen los israelitas—. Todos los sábados de ese año, y en los aniversarios del fallecimiento, rezan salmos en memoria del que se fué.

Las hebreas marroquíes visitan los cementerios los lunes, jueves y viernes de cada semana, vistiendo sus mejores galas y lanzando frases de dolor y afecto sobre las tumbas de los seres amados.

En los días que siguen al fallecimiento se sientan sobre la fosa las más allegadas al difunto, y en derredor las amigas. Una de ellas, llorando, da rienda suelta a su dolor:

—¡ Ah mi diamante claro...! ; Ah mis ojos...! ; Ah mi candil...! ¿ Por qué te fuiste?... ¿ Qué hicimos para que nos dejaras?... ¿ Qué te faltó?... ¿ No te di la buena gallina y el buen caldo?... ; Ah mi agua caser que me dechaste...! ; Uoooooh...!

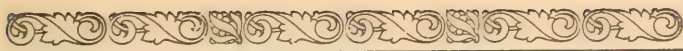
El ¡Uoooooh! es repetido por el coro. Luego hablan de cosas indiferentes, para volver más tarde a las lamentaciones.

Esta costumbre, que siguen los hebreos del pueblo casi exclusivamente, fué, sin duda, importada de España por los israelitas expulsados. En muchas novelas españolas de aquella época hallamos pasajes que nos lo demuestran. He aquí una escena de “El Lazarillo de Tormes” que se parece, como una a otra gota de agua, a las que tienen por teatro los cementerios hebreos de Marruecos:

“A deshora—cuenta el Lazarillo—me vino al encuentro un muerto, que por la calle abajo muchos clérigos y gente en unas andas traían; arriméme a la pared por darles lugar, y después que el cuerpo pasó venía luego por del lecho una que debía ser su mujer del difunto, cargada de luto, y con ella otras muchas mujeres, la cual iba llorando a grandes voces y diciendo: —Marido y señor mío. ¿Adónde os me llevan?... ¿A la casa triste y desdichada, a la casa lóbrega y oscura, a la casa donde nunca comen ni beben?”

La semejanza es evidente, y no es aventurado suponer de abolengo español esta costumbre, conservada por un pueblo como el hebreo, tan celoso de sus tradiciones y tan enamorado de los usos de sus mayores.

Los judíos que llevan el apellido Cohen no pueden penetrar en el lugar donde se halle un cadáver, porque quedarían impuros. Desciende esa familia de Aarón, jefe supremo de la casta sacerdotal, y la Ley mosaica expresamente se lo veda.



IV

USOS Y COSTUMBRES

El hebreo y la hebrea.—Trajes, afeites y composturas.—Urbanidad.—Hospitalidad.—Distinción de clases.—Alimentación.—Higiene.—Refranes.—Supersticiones.

No es raro hallar entre los hebreos de Marruecos, sobre todo entre los ancianos que usan las antiguas vestiduras, tipos de una gran hermosura bíblica, con sus largas barbas venerables, los ojos grandes, cuajados de meditaciones; el busto erguido, como si los años con su peso no fueran bastante para humillarlo.

Entre los hebreos del litoral, en estos últimos tiempos, se ha extendido el uso de los trajes y de las costumbres europeas. Apenas se nota diferencia alguna entre tales hebreos y cualquier español cristiano de Andalucía o de Levante. Los tipos morenos, de ojos negros, abundan entre los judíos de las ciudades marroquíes de la costa, pregonando el abolengo ibérico de la raza. El rostro de los hebreos mogrebinos, como el de todos los israelitas, lleva impresa la sombra de un dolor inmenso, esa sombra que la ciencia moderna ha bautizado con el nombre de *judenschmerz*, pena judía.

La hermosura de la mujer israelita ha sido cantada por

cuantos viajeros recorrieron el Imperio, aunque no hemos de negar que en tales relatos existe alguna exageración. Pero no es extraño. Los pocos aventureros que en el siglo XIX visitaron el Mogreb, en los largos días de su estancia no podían contemplar otras mujeres que las hebreas, ya que las moras llevan el rostro cubierto con un tupido velo, dejando libres solamente los ojos. De aquí que esta abstinencia les hiciera ver doblemente bellas a las únicas mujeres que contemplaban, y que realmente no estaban reñidas con la hermosura.

“Las hebreas marroquíes—escribe Ali Bey—son muy hermosas, y aun de una belleza que me deslumbró; por lo común, son rubias. Sus rostros teñidos de rosa y jazmín embelesarían a los europeos. Nada es comparable con la delicadeza de sus formas, que presentan la suma del bello ideal de los estatuarios griegos.”

Pedro Antonio de Alarcón enamoróse locamente de Tamo (1), la hermosura hebrea cuyos descendientes, y ella misma, habitan aún en Tetuán. En ella encontró reunidos el genial granadino la belleza de Rebeca, la modestia de Rut y el talento de Esther.

Edmundo de Amicis describe así a las descendientes de Judit:

“Páreceme que no hay exageración en lo que se afirma de la belleza de las hebreas marroquíes, que tienen un carácter propio desconocido en los demás países. Es una belleza opulenta y espléndida, con grandes ojos negros,

(1) Tamo, la gentil Tamo, adorada por el poeta, es una respetable anciana que cuenta ya con nietos de más de treinta años. Habita en el Melah, de Tetuán, calle Real Armada. ¡Sic transit...!

nevadas frentes, bocas purpurinas, contornos estatuarios... El sábado, al pasar por las calles donde viven las hebreas, vense por doquier aquellos colores, aquellas caras floridas, aquellos ojazos dulces y risoteros, aquellas trenzas largas y negrísimas; nidadas de rapazuelas alborotadas y curiosas; un orgullo de juventud y de belleza que contrasta vivamente con la soledad austera de otras calles.”

En tiempos de Edris I, las mujeres judías de la ciudad de Baya gozaban de tal reputación de belleza, que el Iman exigió que en el obligado tributo anual que impuso a los hebreos marroquíes figurasen diez hembras originarias de la ciudad citada.

A juicio de los africanos, la belleza de una mujer se sublimiza con la obesidad. Es una característica de la estirpe oriental de la raza. Para conseguirla, moras y hebreas poseían y poseen secretos especiales. El que con más éxito emplean es el de mezclar con el cuzcuz granos de *ellhuba* en polvo.

Los partos prematuros y la lactancia destruyen pronto la hermosura de las judías, antes de los treinta años. Decae también la belleza de la raza por la costumbre de unirse entre sí los israelitas de una misma familia para no dividir los capitales.

A los tipos de soberbia hermosura los llaman *micnasia*.

* * *

Las hebreas marroquíes son muy amables y corteses. Esta amabilidad con los que visitan sus casas ha dado lugar a que en recompensa muchos viajeros las calum-

nien. Ciertamente que existen judías que se olvidan de las leyes del honor, como hay mahometanas y católicas que incurren en la misma falta.

Son aficionadas al lujo y amigas de recargarse de joyas. La Biblia ya censura este afán por adornarse, que es en todos los países muy propio del sexo a que pertenecen. Hoy, casi todas las hebreas de posición que habitan las ciudades del litoral visten a la europea, llevando la ropa con extremada elegancia.

Sin embargo, en el interior y entre las hebreas de la clase media y de la proletaria de la costa se conservan los antiguos trajes, llamados de *berberiscas*, sobre todo para las grandes solemnidades. En la vida ordinaria visten a la europea también, cubriendo la cabeza con un pañuelo colocado de cierta manera especial. Las casadas no pueden llevar descubiertos los cabellos y se los ocultan con las *crinches*, postizos de pelo o de hilos finos de seda que les caen sobre las sienes a manera de *cocas*. A continuación detallamos las diversas piezas de que consta el traje de berberisca. La *esfifa* es una diadema forrada interiormente de seda negra; al exterior lleva bordados de oro y perlas. Cuando es más sencilla se llama *chari*. La *juaya* es una cinta ancha de seda y oro, que pasa desde la parte alta de la cabeza hasta la posterior, donde se unen las puntas. El *mejerma* es un pañuelo de vivos colores, doblado como una chalina, que se coloca en el centro de la *esfifa*. En la confección del vestido emplean el veludillo o el terciopelo recargado de bordados de oro. Los colores preferidos son el negro, el grana y el violeta. El de más lujo es el negro. El *casó* es una chaqueta entallada, cerra-

da cerca de la cintura para dejar ver la *punta* que se lleva en el pecho sobre la ropa interior. Las mangas del *casó* son cortas, con objeto de lucir los brazos, cubiertos de gasa de seda con hilillos de oro. La *chiraldeta* es una *falda* parecida al mantelo, abierta por delante. Una faja fuerte de seda y oro sujeta la falda y las caídas de la *juaya* de tisú aurífero. Cubre el traje un blanco mantón de Manila. Son de rigor para este traje los pendientes de aljófar muy grandes y los zapatos negros bordados en oro. Las personas pudientes prestan sus vestidos de berberiscas a las pobres para que los usen en sus bodas.

Amicis describe así el pintoresco y lujoso traje de berberisca:

“Llevaban—dice—un vestido pintoresco y espléndido; un pañuelo de seda de colores vivísimos atado en torno de la frente; una chaquetilla de paño rojo, adornado con anchos y gruesos galones de oro; un delantal todo dorado; una basquiña corta y estrecha, de paño verde, rayada de galones resplandecientes; una faja de seda rosa o azul ceñida al talle. Parecían, de verdad, princesas asiáticas.”

Los hebreos vestían hasta hace pocos años, y algunos visten todavía, grandes calzones, túnica hasta la rodilla, albornoz o manto, pantuflas y un bonete pequeño, todo negro, excepto la blanca camisa, cuyas mangas anchísimas quedan pendientes. Aún encontramos judíos que lucen gruesos aretes pendientes de las orejas.

La mayoría de los de la costa y la minoría de los de las ciudades del interior usan el traje europeo, como ya hemos indicado. Según Murga, llaman flamencos en Berbería a los hebreos que adoptan las vestiduras de Euro-

pa. Explica el sentido de la palabra como un recuerdo vivo de la época en que fueron expulsados de España, pues en aquel tiempo existían en la Corte muchos caballeros flamencos, a los que había abierto el camino la boda de doña Juana con don Felipe el Hermoso. La moda empezó a bautizarlo todo con el mote de "a la flamenca". ¿Sería extraño que a los que hiciesen algunas variaciones en sus trajes les aplicasen tal apelativo los sefardíes marroquíes?

La ropa del judío de la montaña es igual que la del moro, sólo que usa babuchas y fez negros. La hebrea montaraz viste una túnica de lana o algodón ceñida a la cintura, con las puntas cruzadas sobre el pecho, sujetas por dos broches de plata. Debajo lleva otras ropas, según la estación. Adornan la túnica gruesos cordones. Cuelgan del cuello sartas de azabaches o collares hechos de monedas de plata. Para la cabeza usan dos pañuelos de colores vivos. Uno para ocultar el cabello, y otro atado alrededor como una venda. El cabello se lo impregnan con *henna*. Los labios se los pintan con cortezas de nogal o nueces frescas, y los ojos con cohol. Como se casan muy jóvenes, casi niñas, a los veinte años ya están ajadas y envejecidas.

* * *

La hebrea, buena esposa y buena madre, ama la vida del hogar. Los viernes, día de limpieza, no es extraño hallar a las más ricas ayudando a la servidumbre en el arreglo de la casa.

Es muy inteligente la mujer israelita: en los negocios y asuntos comerciales demuestra un acierto que sorprende. En la actualidad, muchas hebreas de la costa, educadas en escuelas de la Alianza Israelita Universal y en algunos colegios católicos españoles de Tánger, muestran una cultura similar a la de las europeas más instruidas.

La mujer, aunque siempre es preferido el varón, goza de libertad en las poblaciones donde el hebreo habla el castellano. Recibe visitas, lleva la dirección de la casa, entra y sale con absoluta libertad y participa de las fiestas y diversiones de los hombres, en contraste con la mujer musulmana, compañera de sexo en la sociedad marroquí, que vive una existencia de esclavitud y sumisión absolutas.

* * *

La hospitalidad es una de las grandes virtudes del pueblo hebreo. Jehová dijo a Moisés, "Si habitare un extranjero en vuestra tierra, y morase entre vosotros, no lo zahiriréis. Mas esté entre vosotros como el natural de la tierra; y le amaréis como a vosotros mismos; porque vosotros fuisteis también extranjeros en la tierra de Egipto."

El huésped es objeto de los mayores agasajos. Los dulces y mermeladas y los licores de frutas destilados en la propia casa son ofrecidos al visitante con generosa esplendidez.

* * *

La aristocracia entre los hebreos de Marruecos se basa en la antigüedad de la familia y en la inteligencia de sus

miembros, sin reparar en los bienes materiales de que disfruten.

Los sefardíes se consideran como la aristocracia de la raza, por su origen europeo y por su mayor cultura. M. Franco, en su *Historia de los israelitas del Imperio otomano*, dice que los judíos de España, sobre todo los de Cataluña, Aragón, Navarra y León, conocidos con el nombre de *Sefardim*, se consideraban como miembros de una raza superior a la de sus hermanos, *Askenazim*, procedentes de Rusia, Alemania y Austria, y pensaban tener entre ellos a los descendientes en línea recta de la familia del Rey David. Algo parecido ocurre entre los sefardíes del Mogreb y sus correligionarios árabes y berberiscos.

Los hebreos de Tetuán, Tánger, Ceuta, Melilla, Larache, Alcázar y Arcila rara vez, como hemos indicado, se mezclan con judíos de otras regiones de Marruecos, por considerarlos de raza inferior.

* * *

Las prohibiciones alimenticias que, basadas en principios higiénicos, impone la ley mosaica son rigurosamente acatadas por los hebreos.

Los israelitas dividen a los animales en puros e impuros. Es puro, entre los cuadrúpedos, y puede ser comido, todo el que tiene hendida la pezuña y rumia (1). El camello y los otros que rumian y tienen pezuña, pero no hendida, están prohibidos para los hebreos. Asimismo

(1) *El Levítico*, capítulo XI.

ocurre con el conejo y la liebre y con el puerco, que, teniendo hendida la pezuña, no rumian. “No comerás las carnes de éstos, ni tocarás sus cadáveres, porque son inmundos para vosotros”, ordenan las Escrituras (1).

Todo pez que tiene aletas y escamas, tanto en el mar como en el río, puede ser comido.

Dice el *Levítico*: “De las aves, éstas son las que no debéis comer y debéis evitar: El águila y el grifo (2). Y el esmerejón (3). Y el milano y el buitre, según su género. Y todo género de cuervos o lo que se le parezca. El avestruz, y la lechuza, y el laro (3). Y el gavián, según su género. El buho y el somormujo, y el ibis (5). Y el cisne, y el anocrótalo (6). Y el calaman (7). El herodion (8). Y el charadion (9), con los de su género; la abubilla también y el murciélago. Todo volátil que ande

(1) El *Levítico*, capítulo XI.

(2) Azor, halcón, gerifalte. Algunos autores dicen que es una especie de águila muy grande, llamada *quebranta-huesos*, porque arroja desde las alturas los huesos de sus víctimas para quebrantarlos y chupar el tuétano. El grifo es un animal fabuloso.

(3) Según los griegos, el esmerejón es un águila marina de color negro y del tamaño de una paloma.

(4) Algunos opinan que se designa a la gaviota, a la cerceta y al cuclillo. El laro es un ave de tierra y agua, de color negro, más pequeña que la paloma.

(5) Ave de paso y doméstica, con alas blancas y cuerpo negro. En Egipto hay una especie blanca que se alimenta de serpientes. Aseguran varios autores que el texto bíblico se refiere a la avutarda.

(6) El pelicano. Le llaman anocótalo, porque su grazndo se asemeja al rebuzno del asno.

(7) Ave de largas piernas rojas, como el pico, que habita en las lagunas.

(8) La cigüeña, según unos; la golondrina y el cisne, según otros.

(9) Opinan que es el grajo o la paloma torcaz.

sobre cuatro pies será abominable para vosotros (1). Mas todo el que, a la verdad, ande sobre cuatro pies, pero tiene más largas las piernas de atrás, con que salta sobre la tierra.”

El libro sagrado autoriza el sacrificio de la langosta terrestre.

Está prohibido comer aquellos animales que andan sobre unas patas parecidas a manos, como el oso, la mona y la rana. Asimismo todo aquel que ande arrastrándose sobre la tierra.

Estos animales, declarados inmundos, contaminan cuanto les rodea, tanto las vasijas como las mesas donde se depositen y los vestidos que los rocen. Todo ello debe ser destruído.

El hebreo no puede tocar el cadáver de ningún animal, ni aun de aquellos de cuya carne es lícito comer, porque queda inmundo hasta la tarde.

Todo manjar, si cae agua sobre él, queda inmundo. Lo mismo ocurre con la semilla destinada a la siembra, si estando mojada le toca algo impuro. Si se halla seca no pierde la pureza.

No pueden comer los israelitas caza ni sangre de ningún animal (2). “porque el alma de toda carne está en la sangre, y cualquiera que la comiere perecerá”. La sangre debe ser vertida sobre la tierra como agua.

Las carnes limpias es preciso que hayan sido muertas con arreglo al rito. El ganado ha de ser degollado en presencia de dos rabinos especialistas. Uno de ellos prue-

(1) Abejas, moscas y otros insectos parecidos.

(2) *El Levítico*, capítulo XVII, versículo 14.

ba el cuchillo, después de afilarlo, pasándolo suavemente sobre las uñas. Una vez ensayada, entrega el arma al sacrificador, que debe degollar la res de un solo golpe. Si no acierta, cosa difícil, dada la práctica que poseen, los hebreos no pueden comer la carne del animal muerto, porque ha sufrido al morir. Entonces la venden a los musulmanes o a los cristianos.

Degollada la res, es abierta en canal. El rabino reconoce las vísceras detenidamente, principalmente los riñones. Luego sopla fuerte sobre los pulmones y observa si en el agua, que contiene entre sus manos, aparecen burbujas que le indiquen que existe solución de continuidad en el aparato respiratorio que examina. Si la carne es mala es declarada *terejá* (prohibida), y si es buena es proclamada *caser* y da el rabino la autorización para la venta, marcando los despojos con el sello del rabinato. Existe un libro que trata del sacrificio de reses vacunas, lanares y cabrías, titulado *Halajot Cheita*.

La cabeza de la res constituye uno de los derechos del sacrificador.

El rabino come una carne especial, precisamente aquella que, sin reconocerla mucho, es declarada *caser* a primera vista.

Los jueves y los domingos son los días destinados a la matanza.

El vino no ha de contener alcohol alguno. En caso contrario, está prohibido su uso. Sólo pueden ser utilizados aquellos licores fabricados por los hebreos, cuya venta autorice el rabino local.

El judío no enciende fuego ni luz desde el viernes al

ponerse el sol hasta el anochecer del sábado. En ese tiempo, ni en su hogar ni fuera del mismo, hace nada. No fuma, no bebe, ni abre cartas, ni da cuerda al reloj, ni toca dinero.

Durante el sábado no permitían los hebreos la entrada de ningún musulmán en la judería. El *mehazni*, que pagaba la Comunidad, colocado en la puerta, bastaba para que el Mel-lah fuese respetado en el día del descanso.

Como el sábado no pueden encender fuego, lo conservan desde el día anterior en un horno. El viernes guisan la *adafina* (1) o la *oriza*, los dos platos tradicionales que ha de comer el sábado a mediodía la familia hebrea. La *adafina*, generalmente es guisada en verano, y la *oriza*, en invierno. En esto, sin embargo, no existe regla fija.

Echan en una olla, para hacer la *adafina*, arroz, garbanzos, nueces, patas de buey, gallina, huevos con cáscara, canela, patatas, aceite, pimienta encarnada, sal, azafrán y agua. Adicionan trozos de una masa preparada con harina y huevos. Después cubren la unión de la tapadera de la olla con un poco de harina humedecida, y la envían al horno antes del amanecer del viernes. ¿No es la *adafina* de los hebreos marroquíes la olla podrida española? De postre comen garbanzos tostados con sal y pepitas de melón y calabaza.

Para guisar la *oriza* fríen aceite y cebollas, y les añan

(1) El nombre *adafina* es muy popular en Marruecos, en Argelia y en Túnez. En Oriente se la designa con el nombre talmúdico de *xamin*, que significa "comida caliente", y en Occidente con la traducción provenzal francesa de *xamin*, que es *chalet*. En el Yemén la llaman *tabix*, que significa cocido.

den pimentón, patatas enteras peladas, huevos hervidos, carne, maíz molido gordo o arroz en grano, habichuelas, agua y sal, dejándolo cocer todo hasta cierto punto.

Los días de ayuno son muchos. Durante ellos, el hebreo no ingiere alimento alguno ni fuma desde las seis de la tarde de un día hasta las ocho de la noche del siguiente.

Cuentan que algunos rabinos pasan una semana, de sábado a sábado, en constante ayuno.

* * *

Moisés prescribió la limpieza a los judíos; pero este precepto no reza con los del interior de Marruecos, los cuales, sometidos durante siglos a un régimen de opresión y vilipendio, viven en la mayor miseria.

No es, pues, del hebreo toda la culpa, sino de sus opresores, que a tal régimen de abyección les empujaron. De todos modos, no es mayor la suciedad del judío menesteroso que la del musulmán, y aun la del cristiano sin bienes de fortuna, en ciertos países de Europa.

Míster Thompson describe así una casa de hebreos, en el interior:

“Ninguna familia, por numerosa que sea, ocupa más de una habitación, sin ventanas, dándose con frecuencia el caso de que muchos vivan juntos, hacinados como en una pocilga. Además de esto, casi todas las habitaciones se construyen alrededor de un pequeño patio de quince pies cuadrados, y hay un segundo piso ocupado de igual manera, dando las puertas de todos los cuartos a un lar-

go balcón. Esos patios sirven de albañal a las familias, de sala de recepción, de gabinete de costura para las mujeres y de lugar de esparcimiento para los chicos, y allí están también las cuadras de las mulas y asnos, cuando los inquilinos tienen estos animales. En aquel foco infecto pasan el día varios grupos de mujeres, ocupadas en cardar lana o hilar o coser.”

Sin embargo, entre los hebreos oriundos de España, y aun entre los árabes y berberiscos de cierta posición social, jamás llegó el abandono hasta ese extremo repugnante, aunque las ciudades marroquíes no fueron precisamente modelos de higiene antes de la implantación del protectorado hispano-francés en el Imperio.

Las enfermedades más corrientes en los Mel-lah son la viruela, la tifoidea, la malaria, los males de la piel y la oftalmia.

* * *

El refranero hebreo de Marruecos no es muy copioso. Lo componen alogios sefardíes, hebreos y árabes. Ya escribe Kayserling que en el destierro conservaron los israelitas, a más de las costumbres, los refranes españoles. Como en los refranes alienta la sabiduría del pueblo, publicamos algunos.

Refranes sefardíes: *Ua* malogrado, *textre* el mal de la cabra: cuernos, barba y sarna.—Derroca una pared para avanzar un clavo.—Si tu enemigo es una hormiga, cóntalo como un camello.—*Ua*, te veas como el babor (1), fuego en el *curasón* y agua en los *custados*.—Quien no

(1) Samovar ruso en el cual hacen el té los indígenas.

da migas no tiene amigas.—Un corazón, espejo de otro. De mi quieres a ti quiero hay gran diferencia.—Quien quiere la rosa no mire al espino.—Más vale un asno que me lleva, que un caballo que me echa.—Boca dulce abre puerta de hierro.—Cara alegre, dos candelas.—Más vale caer en un río furiente que en boca de la gente.—Quien vende el sol merca la candela.—Del espino sale la rosa, de la rosa sale el espino.—El comer y el arrascar es todo comenzar.—Camina con buenos, te harás uno de ellos.—A ti te lo digo, mi hija, que lo diga la mi nuera.—León que esté dormido, no le despiertes.—Deja tu casa, ven a la mía, verás un buen día.—Quien mi ve mi goza, quien mi tiene mi llora.—No hables mal del día hasta que anochese.—Ni miércoles sin sol, ni viuda sin dolor, ni muchacha sin amor.—Si negra la culpa, más negra la disculpa.—Quien tiene techo de vidrio no eche piedras ande el vecino.—; Cuándo crecerán a la rana pelos..!—El botero va de boca en boca, como el vino de bota en bota.—Dame gordura, te daré hermosura.

Refranes hebreos: No se aprecia lo que vale la luz más que conociendo la obscuridad (*En laor nic-kar el la mitoj lahosej*).—Dios los cría y ellos se juntan (*Col-mum raah*).—; Oh perezoso! ; Mira la hormiga, observa sus carreras y aprende! (*Lej-el memala azcel rce derajcha, vajajam*).—Preferible es ser dos que permanecer en uno (1) (*Tab-libetab-tan-du. Milemetab armclí*).—Más vale un pedazo de pan seco con paz que una casa llena de pleitos (*Tobe pat Hareba vezaleva ve mi vaijt meleá zibsherib*).

(1) Lo dicen las mujeres que desean contraer matrimonio.

Los judíos, como todos los pueblos, tienen supersticiones. Una muy curiosa y popular entre los hebreos es la de creer que la muerte pertenece al género masculino, y está capacitada para contraer matrimonio. El *Huerco* (1) es casado y es torpe. Como ha perdido la memoria, a veces se olvida del enfermo, y no le arrebató al afecto de los suyos, tan sólo con que los parientes llamen a éste con otro nombre distinto al propio, o cambien de sitio la cama donde reposa.

La *tecufá* es un mal que sufren exclusivamente las israelitas. Calambres, calofríos, dolores de cabeza y estómago, dificultad en la respiración: he aquí los síntomas de la enfermedad. La explican diciendo que cuando Dios creó a los ángeles y los distribuyó por categorías, a una de ellas la encargó de la vigilancia de las aguas. Como este oficio es muy pesado, los custodios han establecido un turno: cada tres meses está de guardia un querube. Al hacerse el relevo se registra un momento en que el centinela entrante y el saliente, mientras se dan la consigna, olvidan su altísima misión. El diablo aprovecha ese instante, y lanza por el centro de las aguas una corriente finísima de sangre, que las infecciona. Tal es la causa de la *tecufá*, que ataca a las hebreas que no saben resistir las tentaciones privándose del agua todo un día. Opinan algunos que esa corriente de sangre procede de Seilam, hija de Jepté de Galaa, juez de Israel, muerta por su padre; otros afirman que procede del Nilo cuando Moisés lo convirtió en sangre.

Es de notar que el relevo de los ángeles custodios del

(1) La muerte.

agua coincide con el comienzo de cada una de las estaciones. Los días en que empiezan éstas, los hebreos depositan un trozo de hierro en todo recipiente de agua que esté descubierto, con objeto de evitar el mal. Aseguran que el hierro cuida el agua. Los rabinos censuran esta superstición, que es popularísima en Marruecos.

Le temen los judíos al *mal de ojo*, y hay mujeres que, según dicen, poseen maravillosa virtud para sanar a los enfermos por el espíritu maligno.

Un escorpión pintado en un papel pendiente de la pared de la casa constituye un eficaz preservativo contra la peste.

Creer los hebreos que ningún descendiente de Israel es negro, pues todos conservan el color de la raza primitiva. Sin embargo, en Abisinia y en Goa existen judíos negros, y no lo han ignorado en ningún tiempo los israelitas marroquíes.

Tales, entre otras, son las más vulgares supersticiones de la raza hebrea del Mogreb. Con la cultura van desapareciendo, siendo sustituidas por ese escepticismo de buen tono, que es algo así como el dorado barniz de la civilización.

* * *

El calendario hebreo es lunisolar, ajustándose sus años y sus meses al curso de la luna.

El año puede ser *común* o *embolismal*: los años comunes constan de 353, 354 y 355 días, y los embolismales de 383, 384 y 385, según sean *deficientes, regulares* o *abundantes*.

Los judíos, imitando a los griegos, agrupan los años en períodos de diecinueve años, llamados ciclos. En cada uno de estos ciclos hay siempre doce años comunes y siete embolismales.

El año común consta de doce meses; el año embolismal, de trece. Los meses cuentan veintinueve o treinta días.

El día de los hebreos tiene veinticuatro horas, y cada hora mil ochenta escrúpulos o *helaquin*. Cada siete días constituyen una semana. Los días de la semana se llaman ferias y se designan por números. El Domingo es feria 1 y el Sábado feria 7.

El año judío jamás empieza por las ferias 1, 4 y 6. La Pascua tampoco puede celebrarse en las ferias 2, 4 y 6.

Los meses del año se llaman Thisri, Marchewan, Caslen, Tebeth. Schebat, Adar, Ve-Adar (1), Nisan, Jiar, Siwán, Tamuz. Ab y Elul. Contando el año hebreo por días se empieza por Thisri, cuyo día primero lo es también del año. Contándolo por meses se comienza por Nisán. Thisri es entonces el séptimo mes.

Sirven también de fundamento al calendario hebreo las fases de la luna. El principio de cada ciclo, de cada año, de cada mes, ha de coincidir con un novilunio, llamado el *molad*.

El año hebraico comienza en las fechas comprendidas desde el 25 de agosto hasta el 5 de octubre, de nuestro cómputo.

Sin embargo, el judío marroquí, imitando al moro, no

(1) Este mes sólo figura en los años embolismales.

se ocupaba antes de medir el tiempo: muchos hebreos del interior no saben exactamente la edad que tienen. Las efemérides las forjan por referencia a un hecho notable ocurrido en el país: la guerra con el *esbaniul* (1) en 1859, la muerte de Muley Hassan...

(1) El español.



V

EL IDIOMA

Reliquias de Castilla.—Españoles sin patria.

Suman varios millones los hebreos, repartidos por el mundo, que hablan el castellano.

· Cuando la expulsión de 1492 las costas del Mediterráneo se poblaron de judíos españoles, que arribaron a ellas con el recuerdo de la Patria perdida, no por ingrata menos amada.

Como un tesoro conservaron los inmigrados el idioma y las costumbres de Castilla. Dice el P. Mariana (1) que “unos pasaron a Africa, otros a Italia y muchos también” a las provincias de Levante, do sus descendientes hasta “el día de hoy conservan el lenguaje castellano y usan dél” en el trato común”. “Llevaron de acá—escribía Gonzalo” de Illescas en el siglo XVI—nuestra lengua, y todavía” la guardan y usan della de buena gana; y es cierto que” las ciudades de Salónica, Constantinopla, Alejandría y” el Cairo, y en otras ciudades de contratación y en Venecia, no compran, ni venden, ni negocian en otra lengua sino en español. Y yo conocí en Venecia hartos

(1) Historia de España.

"judíos de Salónica que hablaban el castellano, con ser
"bien mozos, tan bien o mejor que yo" (1).

Y no sólo cultivaban el español en Turquía y en el litoral del *Mare Nastrum* de los antiguos, sino en los Países Bajos, en Inglaterra, en Hamburgo y en Viena (2).

Muchos siglos después, en los Balkanes, el ilustre doctor Pulido; en la isla de Rolas, el Sr. Díaz Moreno; en Constantinopla, Blasco Ibáñez; en New York, Miguel de Zérraga, han encontrado por millares a los descendientes de aquellos hebreos españoles, recordando a la Patria adorada de sus antepasados. "Y también hablaré—escribe Blasco Ibáñez (3) del Barrio de Galata, en Constantinopla, "El Barrio de los Españoles", como lo titula "la topografía popular, donde 28.000 judíos, que se ape-
"llidan Salcedo, Cobo, Hernández, Camondo, etc., emplean
"en el seno de la familia un castellano arcaico que es la
"lengua sagrada, el medio de comunicación para librarse
"de la vigilancia de sus enemigos". "¡ Ah, España! ; La
"bella Sión de Occidente! Los míos, los viejos, baxaron
"de allá. Los cuentos que entretienen a la familia en las
"noches de sábado, leyendas de enormes tesoros enterra-
"dos tienen siempre por escenario la vieja España, país
"fantástico del que hablan los patriarcas a los niños con
"grave misterio, como hablamos nosotros de Bagdad, de

(1) Escribe Mr. Danón que los judíos refugiados en Oriente cultivaron con exquisito cuidado el puro español que ya en el siglo XVI había llegado a ser lengua universal, gracias a los descubrimientos y nuevas conquistas que España hizo a la sazón en el mundo.

(2) *Dictionnaire bibliographique de auteurs juifs, de leurs ouvrages espagnol et portugais.*—M. Kaysserling. Strasburgo, 1890.

(3) Oriente.

”las “Mil y una noches”. Y en las fiestas israelitas, las “viejas descuelgan los panderos y entonan con sus bocas “desdentadas villancicos del siglo XV, aprendidos por sus “abuelos en Toledo, que fué como el París del mundo “judío”.

Por todo Oriente se nota la influencia de los sefardíes. En 1845 contaba todavía Safed con 750 judíos de origen español contra 500 de origen oriental y africano; sin embargo, algunos años después el número de éstos aumentó considerablemente. La inmigración no interrumpida de hebreos africanos tuvo por consecuencia la debilitación del elemento del idioma español en Safed y la Tiberiada, donde la superioridad numérica e intelectual de los mogrebinos acabó por predominar.

Un sefardí de Oriente, Moisés Fresco, publicista y director de la escuela que en Galata tiene establecida la Alianza Israelita, escribía en febrero de 1904, una interesante carta en el *jargón* español, de la cual entresacamos estos párrafos, en los que se demuestra el abandono de España y el amor que a nuestro idioma profesan los sefardíes:

“La primera vez que alcancé a ver un texto de esta preciosa lengua—escribe—, fué en un libro francés, *Le Cid*, de Corneille, el cual contenía los romances del Cid:

Delante del rey de León
Doña Ximena una tarde
Se pone a pedir justicia
Por la muerte de su padre...

”Me fué una maravilla de ver que todo lo comprendía, como si era nuestra lengua propia y natural, como lo es.

Habiendo pasado algún tiempo en Tánger, en Marruecos (hace ya veinte años), tuve la ocasión de leer algunas obras españolas, y antes de todo el *Don Quijote*, de Cervantes, que me hizo una impresión profunda; es entonces que comprendí bien la diferencia inmensa que existe entre una traducción y su original. En la traducción francesa, las aventuras del Quijote, por tanto que haygan divertido, no entendían por todo esto en cualo merecía el nombre de pieza maestra y por cualo tanta celebridad universal. Es en el original que lo entendí y que me convenzó que muy merecidos son todos los elogios que se han hecho por esta obra, y el entusiasmo que ella ha exitado porque lo sentí yo mismo este entusiasmo. Vi que lo mejor de este libro no son los aventuras que tan divertientes que sean, pero el natural y la verdad de las hablas, que son los discursos yenos de senso y de juicio de Don Quijote, y las palabras tan sabrosas de Sancho, que una traducción tan bien hecha que sea no pueda reproducir. *Traduttore traditore*, dicen los italianos, y el héroe de Cervantes compara (si me recuerdo bien) el original de una obra y su traducción a un tapete: el original es la faz y la traducción la revés. Muy justa comparación.

"Y lo que sentí también en leyendo este libro es como un eco en el corazón y oía como una voz querida ya conocida; los personajes, aunque tan lejanos, me parecían mis contemporáneos y familiares; por ejemplo: en oiendo las hablas y las quejas de Juana a Sancho, me imaginaba oír a una de nuestras mujeres judías de la clase inferior de Haskeui o de Balat (1); todo es dulce, gracioso y

(1) En Constantinopla.

amable en esta obra superior. He leído también algunos otros libros españoles y uno que me ha mucho gustado es la *Gaviota*, por Fernán Caballero. Hay un pasaje que me es bastante divertido, y es cuando la tía María y el hermano Gabriel dan sus cuidados a un enfermo que les es desconocido. “Quizás será judío (dice el hermano Gabriel); Dios nos asista, exclama la tía. Pero no, si fuera judío, ¿no le habiéramos visto el rabo cuando lo hemos desnudado?” En esta novela he notado una canción muy parecida a unas coplas que cantan nuestras ancianas mujeres en Turquía. He aquí la primera copla de esta canción:

Estando un caballerito
en la isla de León,
Se enamoró de una dama
Y ella le correspondió.

Juan Pujol nos cuenta cómo, en uno de sus viajes por Oriente, oyó en labios de un sefardí la lengua castellana medieval viva, como una momia que hubiese hallado su alma errante, después de muchos siglos de quietud. Con uno de los viajeros—dice—entablo conversación, y cuando sabe que soy español exclama sonriendo complacido. —¿De dónde sos? —¿Pero usted entiende y habla el español también?—le pregunto a mi vez. —Soy español yo mismo, descendiente de los expulsados de antaño. Por aquí somos millares los israelitas españoles. Todos conservamos la lengua anticuada como ve, pero idéntica en el fondo. Lleno de arcaísmo, de barbarismo y de toda clase de máculas y desgarrones, está nuestra idioma en boca de esta buena gente, en efecto. Y, sin embargo, aseguro que oírlo hablar con orgullo, co-

mo lo hablan ellos, y hasta la intimidad de sus relaciones, y de sus hogares, es cosa que emociona de indecible modo. Quiere mi compañero excusarse de sus errores de dicción, alegando la lejanía de nuestro país, la falta de estudio de nuestra gramática y la carencia de lecturas. Pero yo le atajo con efusión, afirmando entenderle sin dificultad alguna, y en vez de mofarme de él, de reprocharle los extranjerismos con que mezcla el habla de Castilla, se los señalo amistosamente; no me indigno porque no le hable bien, pues que nadie comete faltas por su gusto, y porque la indignación es cualquier cosa menos un procedimiento pedagógico; no quiero hacerle mejorar su lenguaje apelando a la burla o a la ironía, puesto que no se enseña a los pueblos ni a los hombres con acritud ni con violencia, sino con blandura y con amor. Y él agradece esta inesperada lección en el idioma de sus antepasados. Y aquí estamos los dos enternecidos, yo de haber encontrado en tierra tan lejana el habla de mi país, él de poder mostrármela y de verla, sin vacilación, reconocida.

Y es como si una hermana que la infancia nos hubiese arrebatado y creyéremos perdida para siempre o muerta de repente, la encontráramos en el albergue de gentes humildes que la hubiesen cuidado y vestido a su modo, con atavíos distintos de los nuestros, pero que nos la hubieran conservado honesta y viva.

Y no sólo en Oriente: en Austria, en Hungría, en Inglaterra misma, en América, han conservado el culto a España, a pesar de los siglos transcurridos desde la expulsión. “Aún hoy día—dice un escritor inglés—recitan varias de sus oraciones en lengua española, en algunas si-

nagogas de Londres, y todavía los judíos modernos recuerdan con gran interés a España, como tierra querida de sus padres e ilustrada con los más gloriosos recuerdos”.

* * *

¿Cómo Marruecos, ligado a España por tantos lazos, había de ser una excepción en el mundo sefardíe?

Los sefardím del Mogreb aman a España, como la aman sus hermanos de Asia, de Europa, de América, con un amor puro que no está contaminado con la ruindad de ningún mezquino interés.

Pinhas Asayag, uno de los hebreos tangerinos más cultos de la época moderna, expresa el españolismo de los israelitas marroquíes en unas palabras entusiastas: “Los judíos de Tánger, Tetuán, Arcila, Larache, Alcázar, Mazagán, etc., etc., hablan el castellano, más o menos correcto, pero castellano siempre, y desde luego más castizo que el que hablan sus correligionarios de Turquía. Aún la gente antigua que para la correspondencia se vale de los caracteres hebraicos, lo hace en español. Somos aquí españoles en todo—dice—: en nuestros gustos, impresiones, exaltaciones y sentimientos. Somos españoles por vocación, por temperamento y por simpatías; en nuestras venas circula sangre española; pensamos en español y sentimos de igual modo; algunas de nuestras oraciones las hacemos en español. Nuestros casamientos se hacen con arreglo al rito establecido cuando los judíos vivían en España, y al citar en el contrato de bodas, que se lee en el momento preciso de la ceremonia, el árbol genealógicc

de los contrayentes, se hace referencia a nuestros antepasados que murieron en España, y por los cuales se pide a Dios que *dé descanso a sus almas*. Los judíos de Marruecos, particularmente los de Tánger y Tetuán, sienten especial predilección por España, y cuanto a ella se refiere tiene un interés directo para nosotros; lloramos sus desgracias como nos regocijamos de sus triunfos; España es nuestra patria, es la tierra bendita donde descansan los restos de nuestros antepasados, y natural es que sintamos por ella cariño y veneración.”

Los idiomas hablados generalmente por los hebreos de Marruecos son el castellano y el árabe. En el Rif emplean el tamarrokit, y en las regiones montañosas del Atlas, el chelja y el amarciga, que son los tres dialectos que, con la lengua árabe, usan los indigenas. En Tánger, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Arcila y Chechauen, y en las ciudades del litoral atlántico, pocos son los hebreos que no hablan el castellano como la lengua propia, porque fué heredada de sus mayores. Es el idioma del hogar.

El ilustre doctor Yahuda, en un interesante estudio, hace oportunas observaciones sobre el habla de los sefarditas. No cabe duda, como dice Wágner, que el antiguo léxico español en el judeo-español es menor que en el castellano moderno. En cambio, muchos vocablos que en España son ahora vulgares o anticuados o han desaparecido, se oyen aún corrientemente entre los sefardies como por ejemplo: aparezar o esparezar (aparejar) por preparar; topar (una cosa) por encontrar; mercader, por comerciante; colar (el agua) (1), por filtrar; así, por

(1) Aquí en España ya no se usa más que para líquidos espesos,

así (1); su mercé o vuesa mercé, por usted; menear, por mover (2); avagoroso, por lento; cozeta (cogeta), por colecta; daldar, por suspender; trocar, por variar; mentar, por mencionar; esculcal, por espionar; trabar, por atraer (hacia una u otra dirección); desterrar, por expulsar; abocarse o encorvarse, por inclinarse; conducho, por condumio (3); cavesal-almohada en general, por cabezal-almohadilla para apoyar la cabeza (4); mañera, mujer estéril (5); mancía, pérdida lastimosa, desgracia (6); manía, pulsera de metal o vidrio (no brazalete); mancar, faltar; “xacino”, en castellano, hacino, enfermo, viene del árabe (hacín-triste, miserable). En judeo-español hay también los derivados “xazinura, enxazinamiento, xaximientto” (enfermadizo).

Con otra acepción se emplean en judeo-español como,

como colar el caldo, el café, la manzanilla y cualquier cosa donde se eche hierbas en infusión.

(1) En algunas partes se oye *ansina* o *asín*; pero indudablemente usaban los sefardíes también la forma *así*, como lo prueba el juramento *¡asebiva yo!* que se conjuga regularmente (asevibas, tú; asevibas, vos, tec.), y que, como se ve, se compone de *así* y *vivas*.

(2) “Mover” en este sentido es desconocido en el judeo-español, y no se emplea más que en la significación antigua de “abortar”, desconocida hoy en castellano.

(3) Se dice *conduchear* en el sentido de moderarse en el uso del condumio, con lo que se exhorta a los niños tragones.

(4) *Cavsera* es un regalo nupcial de parte de la madre, que consiste en ropas de camas con almohadas de seda bordadas en hilo de oro *clavedón* (Gil, *Rom.* XIX: *clavedón* de Stambul), que se estrenan en el primer parto.

(5) Generalmnte sólo es femenino. Mañero se dice del hombro que muere sin sucesión, después de haber tenido hijos, como se usa en los fueros municipales.

(6) ¡Qué mancía! ¡Qué desgracia! ¡Qué lástima! ¡Es pecado y mancía! (Cuando se echa una cosa a perder).

por ejemplo, las siguientes que en castellano ya no conservan todas sus significaciones antiguas: “manseva” se dice de una joven sin la menor sombra de sentido peyorativo, como manceba en castellano, por ejemplo: “fulana es una manseva que da espacio verla” (es decir, que da alegría verla); “su madre es ainda muy manseva” (es aún muy joven); “una iza (hija) está casada, la otra es ainda manseva” (soltera). *Adobar*, en el sentido de repasar, remendar; por ejemplo, adobar la siya (silla) rota; adobar la camisa rasgada (1); adobador de zapatetas (zapatos, botas); *escapar*, terminar; por ejemplo: “escapar la fragua (construcción) de una casa”; “s’escaparon los días de la fiesta”. *Enconar* no se usa en judeo-español más que en la acepción de *contaminar*, en un sentido ritual; por ejemplo: “*enconara* las manos por haber tocado algo impuro”, tal como las partes vergonzosas o un cadáver, lo que exige una ablución inmediata para quitar el *encono*. Por *apagar*, desconocido en el judeo-español, se sigue empleando *amalar*, que se va perdiendo en castellano. *Parazar* (barajar) se emplea por reñir con alguien, pero es más corriente en el sentido de meterse en cosas que a uno no le importan.

Son numerosas las palabras de origen árabe que los sefardíes conservan del español viejo. Algunas presentan aun su forma antigua, como *algunia*, apellido que en castellano se alteró en *alcurnia*. *Noaría* (noria) ofrece un cruce en la forma antigua *naora* y de la castellana *noria*. Por

(1) Obsérvase que la forma más reciente del antiguo refrán. “*Adoba* tu paño y pasarás tu año”, es “*Remienda* tu sayo, etc.”. La variante *paño* por *sayo* será una enmienda en favor de año.

zanahoria se dice en judeo-español *zafanoria*, forma más próxima a su origen árabe, es decir, las *amarillas*; por alquiler se dice *quirá*, y por *falucha* empléase *faluca*, que ha pasado también a otros idiomas europeos. En este conjunto, no estaría demás mencionar que mientras la mayor parte de los sefardíes dieron a las cerillas el nombre de *asufres*, que viene del castellano *azufre*, los de Salónica prefieren denominarlas por una voz puramente castellana de nuevo cuño: paluelas (Subak, *Zeitschrift für Rom. Phil.* XXX, página 147).

El léxico de los marroquíes está compuesto de voces castellanas del siglo XIV, pronunciadas con una cadencia especial, barajadas y confundidas con palabras del español moderno y con vocablos del árabe.

Escribe Kayserling que los primeros judíos, después del destierro, cultivaron muy bien la literatura española, pero después se corrompió el idioma, porque muchos vocablos fueron sustituidos por otros de las lenguas que se hablan en los países donde hallaron refugio. Se fue alterando el valor de las proposiciones, se viciaron las concordancias y el régimen, y cayó el castellano en un barbarismo. En Oriente se formó una jarga—*jargón*, la llaman ellos—, comúnmente conocida con el nombre de *Ladino español* (1).

Merced a los sefardíes no ha desaparecido del Magreb nuestro idioma, cuya influencia es grande, aún en el interior. Edmundo d'Amicis refiere la presentación de unas

(1) Proviene de latino, latinar, ladinar.

mujeres hebreas a un embajador europeo, recién llegado a Fez, y dice asombrado: "Todas hablan el español".

Existen antagonismos entre los hebreos que usan el árabe (forasteros) y los que se expresan en español (rumis). Sin embargo, este antagonismo, como ya dejamos sentado, no es cuestión sólo de idioma, sino de psicología y de cultura.

La jerga medieval de los sefardíes, el español que se podía oír en las calles de Toledo en plena Edad Media, ha ejercido dominio sobre el árabe, sobre todo en ciertos neologismos y términos comerciales.

Mr. Mercier, en un breve estudio titulado "Influence des langues berberes et espagnole sur le dialecte árabe marocain", publicado en los admirables "Archives", escribe que en los macizos montañosos y en las regiones saharianas, la lengua árabe lucha con los diferentes dialectos berberiscos que se conservan, y sobre la costa mediterránea y la noroeste el árabe no sólo lucha contra el berberisco, sino contra la lengua europea más extendida, que es la española.

Agrega que los moros han adoptado la *p*, que no existe en el alfabeto árabe, y cita una relación de las palabras españolas empleadas más corrientemente en Tánger por los árabes indígenas, que lentamente van incorporándolas a su idioma, labor en la que ejerce el hebreo capital influencia. Cabeza-Kabisa, Chico-Tchiko, Cocina-Kotchina, Correo-Korrio, Costa-Kochta, Duro-Duro, Falso-Falso, Farola-Farola, Fonda-Funda, Fraile-Frailia, Manteca-Mantiga, Moneda-Moneda, Moro y moruno-Moro y morono. Palabra-Palabra, Paseo-Pasio, Lápiz-Lapis, Real-Rial, Se-

llo-Sillo, Señor-a—Senior-a, Regalo-Regalo, Sobre-Subri, Tiempo-Tiempo, Tinta-Tinta, Silla-Chilia, Trabajo-Trabajo.

Agrega Mr. Mercier que si el castellano posee gran número de voces árabes, el dialecto árabe de la costa marroquí está fuertemente influenciado por el español.

Esto débese principalmente a los judíos, que han sabido conservar nuestra hermosa lengua, influyendo sobre los indígenas por el trato constante que con ellos han mantenido durante siglos.

* * *

Haremos un ligero estudio complementario de los datos anteriores sobre el castellano que hablan los hebreos marroquíes, en parte anticuado y barajado, en ocasiones, con palabras árabes.

Las frases castellanas olvidadas las tomaban los inmigrantes del idioma que usaban la mayor parte de los marroquíes. El pueblo bajo aún se expresa en una jerga, mezcla de español y de árabe, llamada *haquetia*.

Los hebreos que emigran a América, al regresar, hablan mejor el castellano. Muchos, sin haber salido de Marruecos, pueden confundirse en el uso de la lengua madre con los nacidos en España.

Emplean la palabra matar por pegar. Por ejemplo: ¡Ah, desdichado! ¿Quién te pegó en el ojo?—¡Uá malogrado! ¿Quién te mató el ojo? (1).

(1) Mucho nos ha auxiliado con su experiencia en este estudio el distinguido hebreo tetuaní D. Isaac Coriat, uno de los más ilustrados de Marruecos.

Colocan arbitrariamente la *r* diciendo *tadre* por *tarde*, *muedre* por *muerde*, *marre* por *madre*, *parre* por *padre*.

La *c* no la utilizan.

La *s* y la *c* suenan como *z* francesa en *casamientos*, *usar*, *quehaceres*, *casas*, etc.

La *h* como *f*: *fierro*, *forno*, *fuso*, y la *j* como *y*: *yarro*, *tinaya*, *hiyo*, *coneyo*, *coyer*.

La primera persona del singular del pretérito perfecto de indicativo, la hace en *í*; por ejemplo: De canté, cantí; de salté, saltí; de jugué, juguí; y asimismo la primera persona del plural: Hablamos, hablimos; jugamos, juguimos.

En los verbos de la segunda y tercera conjugación, hacen el pretérito imperfecto de indicativo como si fuese de la primera, por ejemplo: Yo traía, *yo traiba*.

También es muy corriente preguntar: ¿Qué es? ¿Qué dé?

Los hebreos de Tánger convierten con frecuencia la *h* en *j*: *jacer*, *jablar*.

Los de Xauen no pronuncian nunca dos vocales juntas. Ejemplo: Me mareó, *me maré*. Yo peleé, *yo pelé*.

Muchas veces suprimen la *s* en palabras como *saliste*, *salite*; *entraste*, *entrate*; *paseaste*, *paseate*.

Emplean la voz *baldonar* por *maldecir* y *espantar* por *asustar*.

Alteran en ocasiones el orden de las palabras, v. g.: Bien venido; *venido bueno*.

A las personas de respeto las hablan de vos.

El árabe lo pronuncian, en ocasiones, con prosodia castellana.

Junto con el idioma de Dios, como le llaman los sefardíes (1) al castellano, la raza conserva como un tesoro, como las ejecutorias de su abolengo, todos los recuerdos de Castilla, en los apellidos: D'Avila, León, Pinto, Manzano, Vidal, Vivas, Murciano, Pariente, Taurel o Teruel, Laredo, Moreno, Ribas; en los casamientos, celebrándolos según el *uso de Castilla, minague Castilla*; en las ceremonias religiosas, al cantar en las sinagogas en castellano las poesías de "Ben Gabirol", estos mismos judíos ortodoxos que en todo tiempo han sentido gran repugnancia en servirse del idioma árabe para las cosas del culto. Hasta en la hora de la muerte resplandece el amor a la patria perdida, pues el cementerio llamado de Castilla, en Tetuán, es mostrado con orgullo por los sefardíes a los extranjeros. ¡El Cementerio de Castilla! Allí está en la falda del Dersa, junto a la pintoresca necrópolis musulmana, a la salida de la puerta de Ceuta. Sus piedras sepulcrales centenarias recuerdan los nombres de los rabinos, de los médicos, de los alcabaleros y alquimistas que, arrojados de la patria, murieron sin volver a pisar el suelo sagrado. Ahí está durmiendo el sueño eterno el Rabí Hasday Arrobas, uno de los más célebres rabinos españoles; ahí está la piedra del cielo con su maravillosa leyenda. Atracción misteriosa ejerce sobre los sefardíes este campo santo. En 1906 murió en Tetuán el médico turco Joseph Hayón, que pidió ser enterrado en el Cementerio de Castilla, por ser descendiente de españoles. El rabino Isaac Barchilón (2), muerto en

(1) Quizá obedezca a que los libros de oración de los judíos españoles de Oriente están escritos en castellano.

(2) De Barcelona.

1914, también quiso recibir sepultura con su mujer Raquel entre las tumbas de sus abuelos.

En tierra africana se halla ese trozo de tierra bautizado con el nombre legendario de Castilla, pregonando el amor de unos españoles a España, amor que no han entibiado las persecuciones ni los desprecios, porque es un amor más fuerte que la voluntad de los hombres: es el amor del hijo a la madre.



VI

VIEJOS ROMANCES DE CASTILLA

De la España que fué.—El espíritu de la Edad Media vive en las canciones de los hebreos marroquíes.

Pocas son las distracciones de que disfrutaban los hebreos en Marruecos, fuera de aquellas que ha importado la influencia de Europa.

Las visitas y los paseos, un baile con panderetas y sonajas, muy parecido a la danza mora, y, sobre todo, el recitar viejos romances castellanos de la Edad Media, llenos de belleza y poesía, con una música dulce y primitiva, constituyen las distracciones más populares entre los israelitas del Mogreb.

“En mis largas peregrinaciones por los países donde existen comunidades judías—escribe el Sr. Manrique de Lara—he podido estudiar los tesoros de antigua poesía castellana conservados por la tradición oral. Sarajevo. Larissa, Salónica, Smirna, Rodas y Jerusalem han enriquecido mi colección de romances, con variantes magníficas de los que ya eran conocidos, o con admirables descubrimientos de otros totalmente ignorados en la tradición peninsular. Mi reciente viaje a Marruecos me ha revelado la prodigiosa superioridad de la tradición en Tetuán y Tán-

ger, sobre cuanto en mis anteriores viajes pude coleccionar en Oriente” (1).

En Marruecos viven todavía los viejos cantares que, desgranados de las antiguas epopeyas castellanas, aparecen ya en las colecciones formadas a mediados del siglo XVI en Amberes y Zaragoza, y aún aquellos que en las postrimerías del siglo XIII figuran citados en la Crónica general mandada redactar por Alfonso el Sabio. En esas canciones romanceadas, como escribe D. Marcelino Menéndez Pelayo, se hallan formas a veces más arcaicas que las recogidas de la tradición oral de la Península.

En todos esos romances las costumbres bárbaras o, si se quiere heroicas, se presentan muy atenuadas y no faltan toques de sentimentalismo propios de una Edad más avanzada. Casi todos tienen de novelesco más que de épico; algunos ostentan galantería refinada; otros, cierta brutalidad erótica (2).

Una honda melancolía invade el espíritu escuchando esas canciones. Parece que resucita con ellas la vieja España de los triunfos y de las grandezas. Las cantigas y leyendas de nuestros abuelos levantan en el alma como polvo y efluvios de venerandas y ya desvanecidas edades.

Estos romances no guardan las formas métricas. El romance judaico—escribe Sánchez Moguel (3)—, compuesto en versos largos, sin rigurosa división en hemistiquios

(1) El Sr. Menéndez Pidal afirma que las versiones conservadas por los judíos de Marruecos son superiores a las que la tradición ofrece en Oriente.

(2) *Tratado de los romances viejos*. Marcelino Menéndez Pelayo.

(3) *Rev. Acad. Historia*, 1896.

de igual número de sílabas, es curiosísima muestra—única que conocemos—, y este es su gran valor, de las formas métricas, de las antiguas canciones narrativas del pueblo, antes de la influencia lírica de los trovadores y poetas, que les dieron la regularidad y el carácter definitivo hasta el día.

A continuación publicamos, con su música (1), algunas de las cantigas más populares, recogidas de labios de ancianas hebreas marroquíes, de esas ancianas retratadas por Abraham Danon, soñadoras, embargadas por visiones lejanas, que procuran reproducir armonías medio desconocidas, con la voz, la mirada y el gesto...

(1) Uno de los españoles que más han trabajado por la Patria en Marruecos dentro de su esfera de acción, es el músico mayor militar D. Antonio Bustelo. A él debemos la música de esos maravillosos romances, que hemos entresacado de la copiosa colección que posee, recogida con paciencia benedictina de labios de las viejas hebreas de los mel-lah marroquíes. El Sr. Bustelo, sin gozar de subvenciones oficiales, impulsado únicamente por el arte y por el patriotismo, ha desarrollado una labor de recopilación de la música árabe y hebrea que, en justicia, debe premiar nuestro Gobierno.

PREGONADAS SON LAS GUERRAS

Moderato

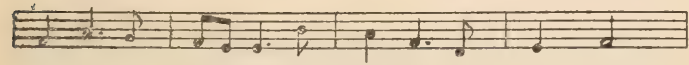
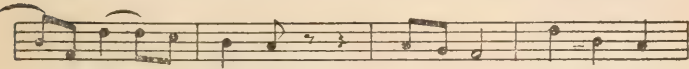


Pregonadas son las guerras,
las guerras del Rey León;
todo el que a ellas no fuere,
su casa estará en prisión,
sea Conde o sea Duque,
o sea de cualquier nación,
si no era un reñegado
que a su mujer maldició.
“Reventada seas, Alda,
por mitad del corazón;
siete hijas que paristes,
entre ellas ningún varón,
que me escaparan ahora
de las guerras de León.”
Todas las siete callaron;
ninguna que respondió,
si no era la más pequeña,
que del buen día nació.
“No nos maldigas, padre;
no nos maldigades, no;
no maldigas a mi madre
por que no parió varón.
Déme armas y caballo,
vestimenta de varón:
yo os excusaré, mi padre,
de las guerras de León.”

“Los tus cabellos, la niña,
de hembra, y no de varón.”
“Con el sombrero de mi padre
me los tataría yo.”
“Vuestros pechos, niña,
de hembra, y no de varón.”
“Con un chaleco, mi padre,
me los ajustaría yo.”
Ya cabalgaba la niña,
cabalga más que un varón.
A la entrada de la guerra,
toda la gente pasmó.
A la batalla primera,
a media guerra mató;
a la batalla segunda,
toda la guerra ganó.
Al concluir la batalla,
el sombrero se le cayó;
todos dicen a una boca:
“Hembra es, que no es varón.”
Decía el hijo del Rey:
“Por novia la llevo yo.”
Echóla sus ricos brazos,
a su casa la llevó;
otro día la mañana
las ricas bodas armó.

PASEABASE GÜEZO

Moderato



Paseábase Güezo
por toda Sevilla,
vara de oro en mano.
También que la envía,
paseábase Güezo
por todo Granada,
vara de oro en mano.
También la temblaba;
la gente le dice:
"Adiós, aguas claras."
Su tío le dice:
"¿Qué es esta batalla?
Sobrino, sobrino,
hijo de mi hermana.
¿De quién es Sevilla
y de quién Granada?"
"Mía es, mi tío,
si queréis tomarlas."
"¿De quién es la esposa
que estaba en Granada?"
"Mía es, mi tío,
y por ella doy el alma."
"Sobrino, sobrino,
hijo de mi hermana;
convidarte quiero
almorzar mañana."
"Madre tengo en casa;
la iré a preguntare.

Madre, la mi madre,
mi madre leale:
Mi tío me llama,
con él almorzare;
no sé si es por bien,
ni sé si es por male."
Ya se va don Güezo
con su tío a almorzare.
Subió don Güezo
a una sala arriba,
mientras que se aprontan
las ricas comidas.
Subió don Güezo
arriba al altare,
mientras que se aprontan
los buenos manjares.
Se sube don Güezo
a una sala arriba;
hallara su tía
las caras rompidas:
"Tía, la mi tía,
mi tía la cumplida,
¿por qué tenéis
las caras rompidas?"
"Muerto, se ha muerto
una hermana mía."
Se sube don Güezo
arriba al altare,

mesa habido puesto,
en ella non pane,
cuchillos agudos,
salero sin sale.
Ahí vido Güezo
sus negras señales.
“Ya lo sé, mi tío,
que me vais a matare;
con el mi caballo
dejéisme hablare.
Caballo, caballo,
de silla dorada,
lleváis estas cartas

a mi madre la mala,
te quite la silla
y te ponga la albarda
te mande a los campos
con las bestias malas,
que jamás don Güezo
en ti cabalgare.”
Eso oyó el caballo,
palabra leale;
dió vuelta a otro lado,
a su tío matare.
Y al otro día
él reinó en su lugare.

ESCUCHIS, SEÑOR SOLDADO



“Escuchís, señor soldado,
si de las guerras venís.”
“Sí, señora; de las guerras,
de las guerras del inglés.”
“Si habís visto a mi marido
por fortuna alguna vez.”
“Ni conozco a tu marido,
ni tampoco quién es él;
déisme una seña, señora,
que le pueda conocer.”
“Mi marido, blanco y rubio,
alto como una cifré;

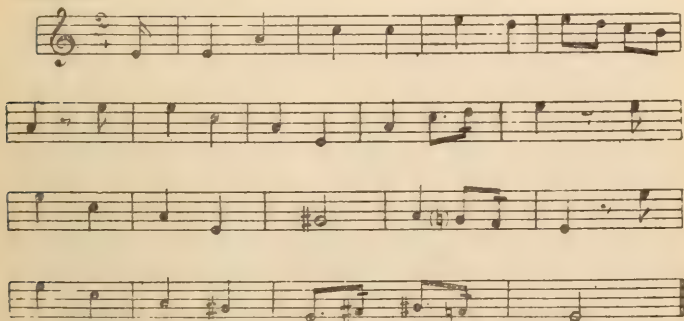
lleva las medias de seda,
zapatito de babé;
se pone jubón de grana,
que no se lo pone el Rey;
cabalga en caballo blanco,
que se lo ha dado el inglés;
en la punta de la espada
lleva las armas del Rey.”
“Ese hombre que usted dice
muerto es ya ha más de un mes,
y en su pensamiento dijo
que me case con usted.”

“Callís, callís, caballero;
no hables tan sin cortés;
siete años le he esperado
y otros siete esperaré.
Si a los catorce no viene,
monja yo me quedaré;
monja, como Santa Clara;

monja, como Santa Inés.”
Tres vueltas diera al palacio
por poderle conocer;
allí se conocieron
el marido y la mujer;
tocóse mano con mano
y subióla a su vergel.

ALABOSE EL CONDE VELO

Andante



Alabóse el Conde Velo,
en las Cortes se alabó,
“que no hay dama ni doncella
que reñegue el nuevo amor”.
Si non era la Infanta,
que ya se lo demandó,
si no se lo demandara
no la digiera que no.
“Una niña tengo, Velo,
de quince años, que más no,
que si tú me la vencieras,
saquéisme mi corazón;
y si no me la vencieras,
te lo sacarí yo.”
Papeles puso en las Cortes

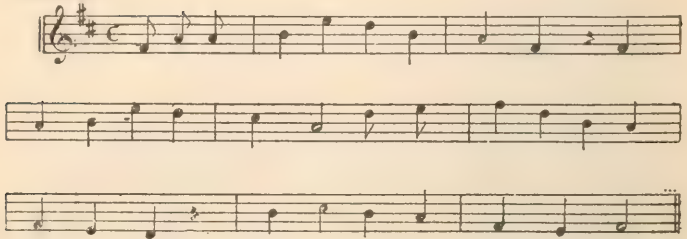
de la posta que apostó:
“Todos fian a don Güezo,
y al traidor de Velo, no.”
Otro día en la mañana
Velo sus calles vistió
de sedas y de brocados,
colores de gran valor.
A todo esto, el Conde,
la niña no se asomó.
Otro día, en la mañana,
Velo sus tiendas vistió
de sedas y de brocados,
y perlas de gran valor.
A todo esto, el Conde Velo,
la niña no se asomó.

Otro día, en la mañana,
negros y negras vistió,
vestidos a la Turquía
y joyas de gran valor.
A todo esto, el Conde Velo,
la niña no se asomó.
Ya llevan al Conde Velo
a sacarle el corazón;

a los gritos que él da ra,
la niña ya se asomó.
“¿Qué tal os parezco, niña?”
“—Qué tal os parezco yo?”
“Bueno me pareces, Velo,
Conde Alban, mucho mejor.”
Ya llevan al Conde Velo
a sacarle el corazón.

LAS RICAS BODAS SE HACEN

Andante



Las ricas bodas se hacen
en la ciudad de París.
¡Qué de damas y doncellas
y de caballeros mil!
que no hay quien juegue a la danza,
como doña Beatriz.
Mirándola está ese Conde,
ese Conde de París.
“¿Qué miráis ahí, el Conde?
Conde, ¿qué miráis ahí?
Si mirábais a la danza,
Conde, u me miráis a mí.”
“Yo no miro a la danza:
la que miro yo es ti;
miro yo tu lindo cuerpo,
tan galán y tan xentil.”
Si bien vos parezco, el Conde,
alza y vámonos de aquí.

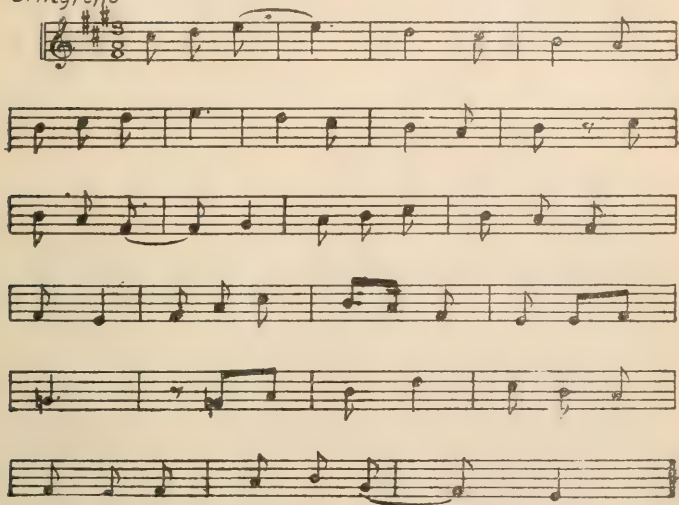
Los niños, tengo chiquitos,
no se acordarán de mí;
las niñas, en la maestra,
no sabrán adonde fuí.
El marido tengo viejo,
cansada estoy de servir.”
La salida de la alforfa
apagósele el candil.
Al bajar las escaleras
resbalósele el chapil.
La salida de la puerta
su marido a la aquí.
“¿Qué lleváis ahí, el Conde?
Conde, ¿qué lleváis ahí?
“Llevo un pajecito
que se me ha dormido en París.”
“Ese paje que tú llevas,
a mí solía servir;

El me ponía la mesa,
él me encendía el candil,
él me hacía la cama

y se acuesta cabe mí.
Levalda esta noche, Conde,
y mañana volvedla aquí.”

EN LA CIUDAD DE TOLEDO

Allegretto



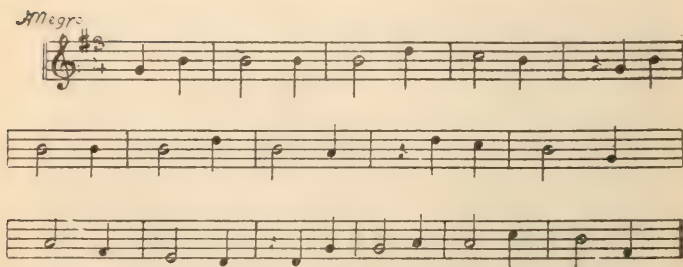
En la ciudad de Toledo
y en la ciudad de Aragón,
nacido nos había un fraile,
nacido nos había un varón.
Chico era de su cuerpo,
malo y de mala intención:
mató a su padre y su madre
y a un hermanito mayor.
Tres hermanitas tenía,
a mal oficio las dió:
una puso de tabernera
y la otra en un mesón,

y la más chiquita de ellas
la puso a vender afión.
Otro día en la mañana
su hermano por ahí pasó:
“¿A cómo vendes, mi hermana,
a cómo vendes afión?”
“Como lo haré, mi hermano,
no lo sabo vender, no;
si la gente vende a libra,
yo lo vendo a cuarterón.”
Alzó vara de membrío,
la cien varadas la dió.

Otro día en la mañana
la niña ya se enseñó.
“¿A cómo vendes, hermana,
a cómo vendes afión?”
“Si la gente vende a treinta,
yo lo vendo a treinta y dos.”
Una salió por la huerta,
la otra por el huertón,
y la más chiquita de ellas
saliera por su mesón.
A hacer una melienda,
y van a almorzar las tres.
Una trajo nueve huevos,

para cada una tres;
la otra trujo una alguerba de vino
de ese vinito francés.
Acaban de aquel almuerzo:
todas miran da revés:
una miraba en el cielo,
dice que es paño francés;
la otra mira las estrellas,
dice que es real de tres;
la otra miraba en el jarro,
dice que un niño sin pies;
la otra mira a su marido,
dice: ¿Ese perro quién es?

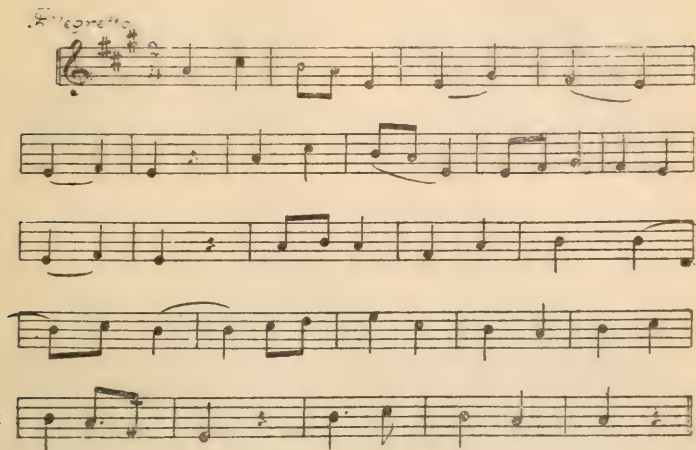
POR LAS TORRES DE GIBRALTAR



Por las torres de Gibraltar
se paseaba un capitán;
mirándole están las damas
las feas y las galanas,
vidi algo y vidi nada.
Una moza a la ventana,
delicada y desficada,
su casita letreada;
a su labor asentada,
el ojo no lo alzaba;
quití pañuelo del cuello,
rico anillo de mi dedo,
átile bien y anudíle
a la ventana ronlifle.

Otro día, en la mañana,
pregón en la plaza estaba:
“Quien ha hallado un pañuelo,
con el Rey se ha de casare.”
Vidi algo y vidi nada:
un pañuelo me hallara:
el pañuelo era de seda,
rodeado de esmeraldas;
en pico de aquel pañuelo,
anillo de oro me hallara;
el oro no vale nada,
la piedra era una esmeralda.
Otro día, en la mañana,
las ricas bodas se arman.

SEPASE POR TODO EL MUNDO



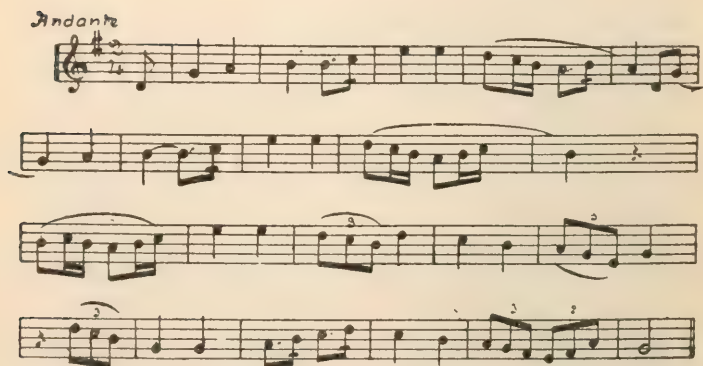
Sépase por todo el mundo,
se publique ha ya en España,
de un mercader muy rico,
mercader de grande fama.
A él le llaman don Pedro,
y a su mujer, Doñalda.
Los dos tienen una hija
que de quince años no pasa,
descreta dende chiquita,
hermosa y de buena gracia.
El vestido que se pone
nos diré si falta nada:
una camisita blanca,
de aquella fina Holanda;
un jubón de porta flor,
rodeado en esmeraldas;
una saya de tela de oro,
toda ella agaloneada;
un tocado a la francesa,
que bien la señoreaba.

Un sombrero de tres plumas,
una blanca y dos moradas.
En su mano, catorce años,
que grande lustre la daba.
Un coche con cuatro mulas
que la carreta llevaba.
La niña llegó a la Misa.
Toda la gente se pasma.
La niña, como endiscreta,
descubrió su mano blanca;
en ella catorce anillos
que grande lustre la daba.
“Hija de quién sois, la niña.”
“Hija de quién sois, la dama.”
“Hija soy del Conde Vélez,
que de Córdoba le llaman.”
Ya la tratan de casar,
de la tarde a la mañana,
con un rico cordobés,
que de Córdoba le llaman,

que es capitán da caballo
muy atrevido a las armas.
Tomara tinta y papel;
al punto escribió una carta.
“Sepáis, don Fernando amigo:
Sabrís, querido en el alma,
que aquí me quieren casar
de la tarde a la mañana;
si es que mi quieres gozar,
ven enantes que me vaya.”
El mozo tomó el billete,
maginando en cosas vanas.

Tira pasos y añade pasos,
hasta que llegó a su casa.
Hallada la mesa puesta,
toda la gente sentada,
vieron entrar a cenar
muchos galanes y damas.
Al lado del desposado
Está la novia sentada.
Ya se devolcan las mesas,
y se tiran por las ventanas.
él novio llevó a la novia
y la gente la noche mala.

UN HIJO TIENE EL REY DAVID



Un hijo tiene el Rey David
que por nombre Habor se llama.
Namoróse de Tamar,
aunque era su propia hermana.
Fuertes fueron los amores;
malo cayó, y echado en cama.
Un día por la mañana
su padre a verle entrare.
“¿Qué tienes tú, Habor,
hijo mío de mi alma?”

“Malo estoy, el Rey mi padre,
malo estoy y no como nada.
“Sí comerás tú, Habor,
pechuguita de una pava.”
“Yo la comeré, mi padre,
si Tamar me la guisara.”
“Yo se lo diré a Tamar
que te la guise y te la traiga.”
El Rey salió por ahí,
Tamar por la puerta entrare.

“¿Qué tienes tú, Habor,
hermano mío y de mi alma?”
“De tus amores, Tamar,
me trujieron a estas camas.”
“Si de mi amor estás malo
no te levantes de esa cama.
Tendióla la mano al pecho
y a la cama la arrollare.
Triste saliera Tamar,
triste saliera y mal airada.

La salida de la puerta
con Axalor se encontrare.
“¿Qué tienes tú, Tamar,
que te veo tan airada?”
“Tu hermano Habor
me quitó honra y fama.”
“No se te dé nada, Tamar,
que antes que arraye el sol
tú serás la bien vengada.”

CANTAR DE ALIARDA



Aliarda se ha esmerado;
de dormir se ha levantado,
a las puertas del perdón,
a misa se había entrado,
donde están Condes y Duques,
señores de grande estado.

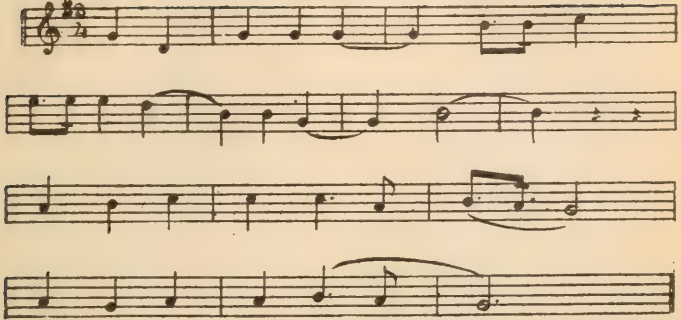
Allí estaba el Conde Antore,
con un niño de su hermano,
cada uno le ponen silla,
asegún tiene el estado;
a este niño se la ponen
al lao de Don Eduardo.

Aliarda con amores,
con el guante le ha llamado
el niño, como cortés,
pronto vino a su mandado.
“¿Qué queréis la mi señora?
¿qué era vuestro comando?”
“Que me retenís de amor;
pronto vengáis a Palacio.”
“Perdón, perdón, mi señora,
con soy niño y muchacho;
que ahí está el Conde, mi tío,
que es hombre más enseñado.”
Paseábase Aliarda
por cuadras de su Palacio;
ahí estaba el Conde Antore,
que de ella se enamorado.
“Aliarda, Aliarda,
ya quien con tigo durmiera.”
“De dormir el caballero;
de dormir yo dormería.
Mas miedo me toca, miedo,
que en las Cortes lo dirías.
De folgar el caballero,
de buen gusto me folgara;
Mas miedo me toca, miedo,
que en las Cortes te alabaras.”
Sacó espada de su cinto,
púsola a cuenta al día.
“Con ella me maten moros,
si en las Cortes lo diría.”
Sacó espada de su cinto;
púsola a cuenta al sole.
“Con ella me maten moros,

si en las Cortes me alabare.”
Toda la noche durmiera,
y toda la noche folgare.
Mañana por la mañana,
en las Cortes, se alabara.
“Anoche, mis caballeros,
dormí con una doncella,
blanca rubia y colorada;
su cara como una estrella.”
Decían los caballeros:
“¿quién sería esta doncella?”
Decía el hijo del Rey:
“Aliarda, mi hermana, es esa.”
“Anoche, mis caballeros,
dormí con una galana,
blanca rubia y colorada;
su cara como la grana.”
Decían los caballeros:
“¿Quién sería esa galana?”
Decía el hijo del Rey:
“Aliarda, es mi hermana.”
“Anoche, mis caballeros,
bebí mucho del vino;
que no sé yo que yo hablo,
ni menos lo que yo digo.
Anoche, mis caballeros,
bebí mucho del claro;
que no sé lo que yo digo,
ni menos lo que yo hablo.”
Le cogió el hijo del Rey;
a su casa la llevado.
Otro día, en la mañana,
ricas bodas se han armado.

ESTE SER VILLANO

Mozzello



Este ser villano
que a mi adormecía,
tomó espada en mano,
fué a rondar la vía.
Fuíme detrás dele,
por ver dónde iba;
ya le vide entrar
en casa de su amiga.
Por entre la puerta,
vidi lo que había;
mesas vidi puestas,
con ricas comidas;
pichones asados,
gallinas refritas.
El descansia el vino,
y ella lo bebía;
entre copa y copa,
un cantar decía:
"Vos seréis mi alma,
vos seréis mi vida;
yo te haré comprar
mantos y mantías.
Y a la otra mujer,
palo y mala vida."

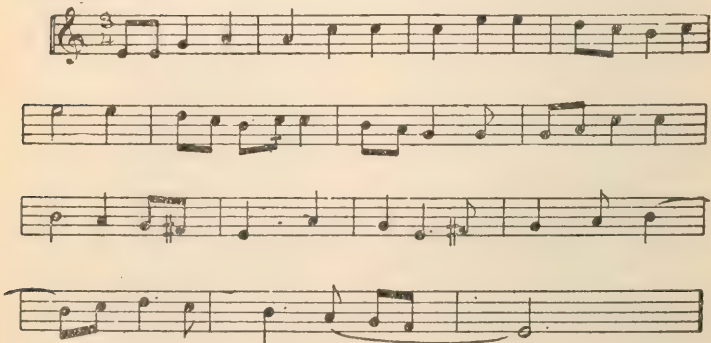
Entré más adentro.
Por ver lo que había;
vidi camas altas,
con ricas cortinas.
Volvíme a mi casa,
triste y desmuida;
cerré mis puertas,
como hacer solía,
con siete candados
y una aldaba encima;
y tomé en mis brazos
al que bien quería.
A la media noche
el traidor venía:
"Abreme, mi alma,
ábreme mi vida;
que vengo cansao,
de rondar la vía."
"Si vienes cansao
de en ca de la amiga,
ande pases la noche,
paséis el día;
moros te le maten,
a malas partidas."

En casa del Rey
se perdió un caballo;
decían que el Conde
lo había robado.
Ataban al Conde
al pie de una torre,
cadena al pescuezo,
su cuerpo en prisiones.
Le miró la Reina
dende el corredore;
Conde, por vergüenza,
tapa sus prisiones.
"No les tapéis, Conde,

no les tapéis, none;
que para los hombres,
se dió las prisiones."
Alzára sus ojos
ande el sol se pone;
vido el carpintero,
el que la horca hace;
maestro, maestro,
eí que la horca hace,
hacedla muy alta,
de angosto collare;
no coman los perros,
su hermosa fase." (1)

ESTABASE MORIANA

27. eovcHo



Estábase Moriana
sentada en su salverado;
mirando estaba sus campos,

cómo siembra el trigo en grano.
Vido venir a Don Gúezo,
caballero en su caballo;

(1) La versión peninsular de este romance la cantan a coro las muchachas:

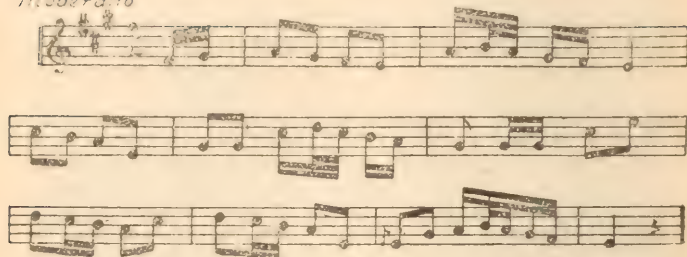
Me casó mi madre
Chiquitita y bonita,
Con un muchachito,
Que yo no quería.

“Norabuena, Moriana,
sentada en su salverado.”
“En ella vengáis, Don Gúezo,
caballero en su caballo;
¿Qué dicho, ma vían dicho,
que vos querías casare?”
“Quien te dijo, Moriana,
te dijo ciento y verdade;
al domingo tengo boda,
hoy vos vengo a convidare;
a vos y a vuestras doncellas,
que me hagas un manllare.”
Salto diera de la cama,
hasta el vergel de su padre;
escogió siete hojitas
daquel fino solimane;
cogiólas y bien majólas,
que siete años habían siete
y en el vino las fué echare.
“Bebáis tú, Don Gúezo,
y bebáis de este vino;
que vos lo tengo escondido.”
“Bebáis tú, Moriana
bebáis en primero;
c'ansí hace toda gente
que convida a caballero.”
Ya lo pone Moriana,
ya lo ponía a la boca;
los dientes tiene menudos,
de ellos no pasaba gota,
Ya lo ponía Don Gúezo,

ya lo ponía a la boca;
cansado viede del campo,
de ello no deja una gota.
“¿Qué me dates, Moriana,
qué me dates en el vino?
Las armas tengo en la mano,
ya no veo mi rocino”
¿Qué me dates, Moriana,
que me dates en el claro?
Las armas tengo en la mano,
ya no veo mi caballo.”
“Al domingo tienes boda,
hoy vienes a convidarme.”
“Y contigo, Moriana.
Contigo iba a casarme.
No se me da por mi muerte,
en que tan joven lo digo;
por la pobre de mi madre,
que jamás me verá vivo.
No se me da por mi muerte,
aunque timprano lo hablo;
por la triste de mi madre,
que jamás me verá sano.”
Ya le sacan a Don Gúezo,
ya le sacan a mudale;
ya sacan a Moriana,
ya la sacan a matare.
Ya le sacan a Don Gúezo,
ya le sacan a alavále;
ya sacan a Moriana,
ya la sacan a quemále.

DESDICHADA FUE CALMENA

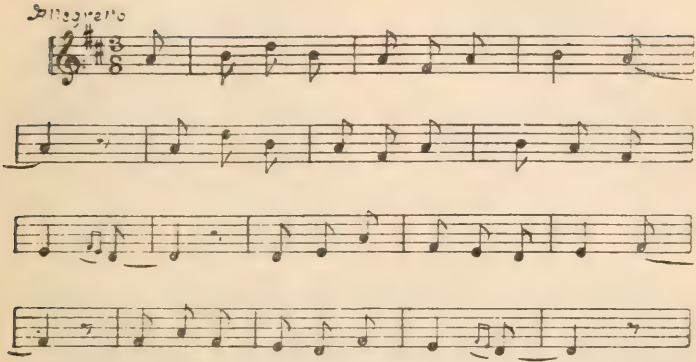
Moderato



Desdichada fué Calmena,
desde el vientre de su madre,
por no parir una niña.
Ya tan sólo en aquel valle,
su suegra, como indiscreta,
un consejo le fué a dare:
"Vaste mi nuera, Calmena,
a parir en ca de tu madre;
cuando viniere Guarismo
yo le daré que almozare;
le pondré la mesa limpia
y le haré que cenare."
Ella se fué por ahí.
Guarismo a la puerta bate.
"¿A dó Calmena, mi madre,
Calmena y mi buen donaire?
De que no la veo en casa
se me oscurece el lugar."
"No preguntes por Calmena,
ni la digas donaire;
ido se había, mi hijo,
a parir en casa de su madre.
ma dicho mala mujer
y tú sois hijo de un fraile."

Con su espada desvainada
a Calmena fué a matare.
Ellos en estas palabras,
un paje a la puerta bate:
"Albricias, señora, albricias,
Calmena parió un infante."
Vi sea nada del infante,
vi Calmena se levante,
su suegra, como le vido,
salió loca por las calles.
"Acudime, buena gente,
que a Calmena va a matare."
"Aspera, señor, aspera,
encomendaré a mi madre,
que no se lo dé a mi niño,
que no se lo dé a tu madre.
Que ella me diera el consejo,
y ella me mandó a matare."
"Siempre la oí decir,
en la casa de mi padre,
que las suegras y las nueras
siempre se quieren male."
Diera vuelta a su caballo.
Y a su madre fué a matare.

LA REINA XERIFA MORA



La Reina xerifa mora,
la que mora en la Almería,
dice que tiene deseo
de una cristiana cautiva.
Los moros, como la oieran,
de repente se partían.
De ellos se van para Francia,
y de ellos para la Almería.
Se encuentran con el Conde Flores,
que la Condesa traía.
Plumas de oro en la su mano,
yendo una gran cortesía.
Pidiendo al Dios del Cielo,
que la diera hijo o hija,
para heredarle sus bienes;
que herederos no tenía.
Ya matan al Conde Flores
y a la Condesa traía;
se la llevan de presente
a la Reina de Almería.
“Tomís, Señora, esta esclava,
la esclava que vos queríais;
que no es mora ni es judía,
ni es echada a malicia.

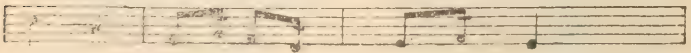
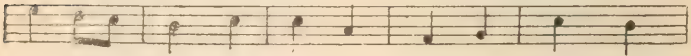
Sino es Condesa y Marquesa,
señora de gran valía.”
“Tomís, señora, las llaves
de espensa y la cocina.”
“Si las tomari, señora,
por la gran desdicha mía.
Ayer, Condesa y Marquesa;
hoy, esclava en la cocina.”
La Reina estaba preñada,
y la esclava estaba sentida;
quiso Dios y la fortuna,
las dos paren en un día.
La esclava pariera un niño
y la Reina parió una niña.
Las perras de las comadres,
para ganar su platica,
dieron el niño a la Reina
y a la esclava dan la niña
Un día estaba la esclava
botizando a la niña;
de lágrimas de sus ojos
la cara lavó a la niña.
“Ay mi niña de mi alma!
¡Ay mi niña de mi vida!

Quien te me diera en mis tierras
y en mis tierras de Almería.
Te nombrara Blanca Flor
nombre de una hermana mía."
"Esclava, la mi esclava,
volvéis de esa cantica."
"Yo la volveré, señora,
por la gran desdicha mía.
me la cativaron moros,
día de la Pascua Florida,
cogiendo rósas y flores,
día de Pascua florida."

"¿Qué señas tiene tu hermana,
díme, qué señas tenía?"
"Tiene un lunar esmaltado
debajo de su tetía."
Remangó sus ricas naguas
y el lunar la enseñaría.
Echóla sus ricos brazos.
"Tú mi hermana la querida."
La dió el niño a su hermana,
la Reina tomó la niña;
otro día, en la mañana,
para sus tierras se irían.

DE VALENCIA PIDO

Moderato



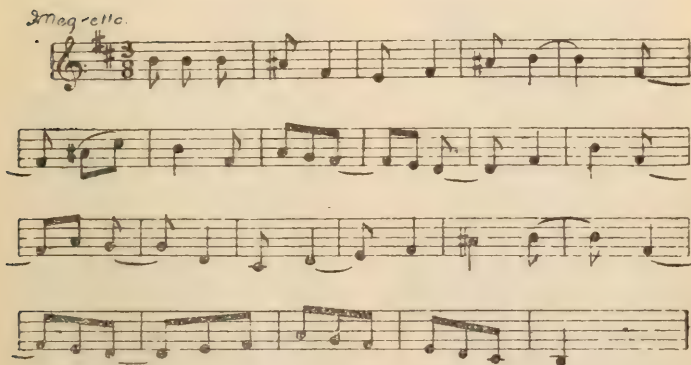
"De Valencia pido,
de la blanca niña,
que en toda la España,
no la hubo tan linda:
vuestras manos blancas
son prisiones mías:
matáis a los hombres
que andan por la vía."
"Anda con Dios, Conde,
mira, que soy niña;
si mi padre lo sabe,
por Dios, cati riña.
Yo no trato amores
sino almohaditas,

en ellas labraba
y en ellas cusía,
y en ellas gastaba,
oro y seda fina.
Y en ellas men señé
desde yo chiquita."
Alzóla en sus brazos;
a la mar se iría,
llores y bramidos
de la blanca niña.
"Non llores, mi alma;
non llores, mi vida;
ciento y veinte ciudades,
anda como andarías,

otras tantas casas
ande vivirías.
Otras tantas salas
ande vos estarías.
Otras tantas damas
que vos serviríais.
Sacaré a tu padre
de la pescaduría;
le pondré Alcaide
en la Andalucía.
Sacaré a tu madre

de la cocinería;
la pondré yo reina
en las tierras mías.
Sacaré a tu hermano
de la tizonería;
le pondré grande
en la España mía.”
Como eso oyó la niña
ya se vencería,
y por la mañana
ricas bodas se hacían.

CERCADA ESTA SANTAFUENTE



Cercada está Santa fuente
de un fino lienzo encerado,
ricas tiendas le rodean,
de terciopelo y brocado.
En la más chiquita de ellas
está Cristo aseñalado;
en la cabeza de Cristo,
un rubí de oro esmerado.
que si la aprecias el Side,
vale más que tu reinado;
a las dos horas del día,

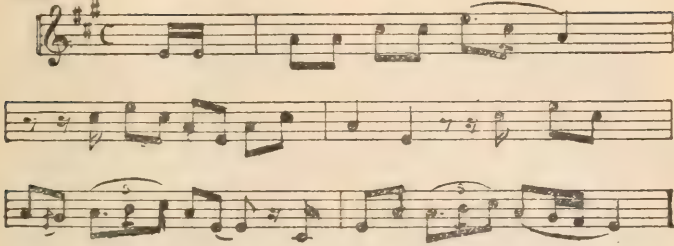
un moro se ha acercado.
Sobre un caballo ha fletado
de muchas marcas marcado;
el moro que sobre él viene,
parece de grande estrado.
Un oído trae sordo,
el otro trae tapado;
un ojo tiene de vidrio
y el otro alcojolado.
La barba trae crecida,
y el cabello crezco y cano;

el brazo, blanco y peludo,
la metaz de él argeñado.
Antes que a Valencia llegue,
un billete ha mandado.
“Oy Valencia! y ¡Oy Valencia!
Valencia la bien cercana;
primero fuistes de moro,
que de cristianos ganada.
Ahora si Al-lah me ayuda,
a moros seréis tornada.
A ese perrō de ese Rey
yo le pelaré las barbas.
Su hija Doña Urraca,
esa la mi namorada.
Su hija la más chiquita,
esa me hace la cama.
la de los rubios cabellos,
esa me enciende la guaya.
Su mujer, Ximena Roble,
esa es la mi cocinera.”
Oídolo había el buen Rey
dende su sala ande estaba;
los dados tiene en la mano,
al suelo los arrollara.
Fuése para los palacios
donde la Urraca estaba.
“En hora buena estéis mi hija,
mi estrella de oro esmerada.”
“En ella vengáis, mi padre,
espejo en que yo me miraba.”
“Levántate tú, la Urraca,
levántate de mañana,
quítate paños de siempre
y ponte los de la Pascua.
Con agua de esa redoma
arrevólate la cara
hasta que sacáis el rostro
como espada acercalada.”
Con ciento de tus doncellas
asómate a la ventana.
Como pasare ese Sidi
retenérmele en palabras;

las palabras sean pocas,
en amor sean tocadas.”
“¿Cómo haré yo, mi padre,
que de amor no entiendo nada?”
“Yo te enseñaré, mi hija,
como si fueras usada.”
Ya se levanta la Urraca,
se levanta de mañana;
se quita paños de siempre,
se pone los de la Pascua.
Con agua de esa redoma
arrevólase la cara.
Con ciento de sus doncellas
asomóse a la ventana,
ellos en estas palabras,
el Sidi por ahí pasara.
“¿Quién es ese, u cuál es ese
que se pasa y no me habla?”
“El Sidi soy, mi señora,
que por tí doy el alma.”
“Que siete años habían, siete,
que estoy por tí a la ventana.”
“Otros tantos, mi señora,
que por tí colgo mi espada.”
“De tus amores, el Sidi,
tirarme por la ventana.”
“Si te tiraras, mi alma,
te recibiría en mi alda.”
Ellos en estas palabras,
largua cosa rebuzznara.
“¿Qué es esto, mi señora;
gran traición tenéis armada?”
“No armo traición al Sidi,
ni mi linaje lo usaba.
Los caballos de mi padre
no los han dado cebada.”
Ellos en estas palabras,
el buen Rey por ahí pasara
la cabeza entre hombros
al suelo se la arrollara.
“Levántate, perrō Sidi,
demándame tú en mi casa.”

YA SE VA LA BLANCA NIÑA

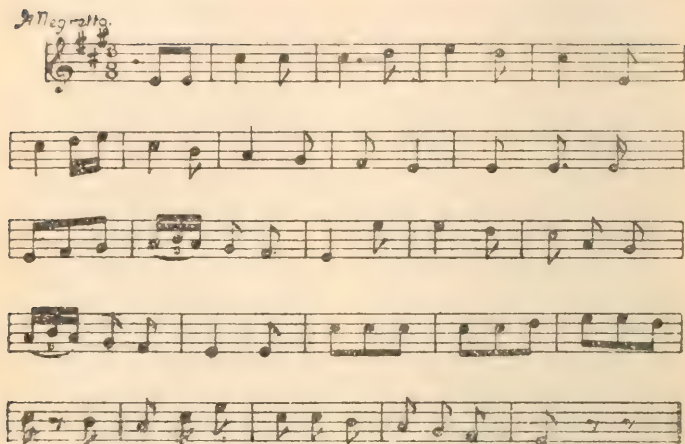
Andante



Ya se va la blanca niña
a dar paños a lavar ;
sola lava, y soía tiende,
sóla estaba en su rosal.
mientras los paños ensuga
la niña dice un cantar :
“Dios del Cielo, Dios del Cielo,
que es padre de piedad,
me dates cabello rubio,
para peinar y trenzar ;
me dates cara hermosa,
como rosa en el rosal ;
me dates ojos hermosos,
como antojo de cristal ;
me dates sejita en arco,
como cinta del telar ;
me dates nariz chiquita,
como datil del tilar ;
me dates boca chiquita,
como anillo de dorar ;
me dates labios hermosos,
como filos de coral ;
me dates dientes chiquitos,
como perlas de enfilear ;
me dates lengua hermosa,
¡ay qué dulce tragar pan !
me dites barba tan linda,
como taza de cristal ;
me dites gamba hermosa,
como rosca del sobar ;

me dites pechos tan lindos,
como el limón, limonar ;
me dites brazos hermosos
como albuces de la mar.
Me dites tripa tan linda,
como río de nadar ;
me dites pies chiquititos ;
zapatos de cordobán ;
me dites marido viejo,
viejo era y de antigüedad ;
para subirse a la cama,
no se puede menear.”
Oído lo había el buen Rey
desde su rico altar.
“¡Oy, válgame Dios del cielo,
oy, que bonito cantar,
si son ángeles del cielo
o sirena de la mar.”
“No son ángeles del cielo
ni sirena de la mar.
La blanca niña, soy Rey,
que a mi Dios vine a loar ;
que me dió todo hermoso
y viejo de antigüedad.”
Como eso oyera el buen Rey,
la mandara a demandar ;
mandó cien arcos de oro
y otras tantas de axuar ;
otro día en la mañana,
las ricas bodas se arman.

XULIANA EN SU CASTILLO



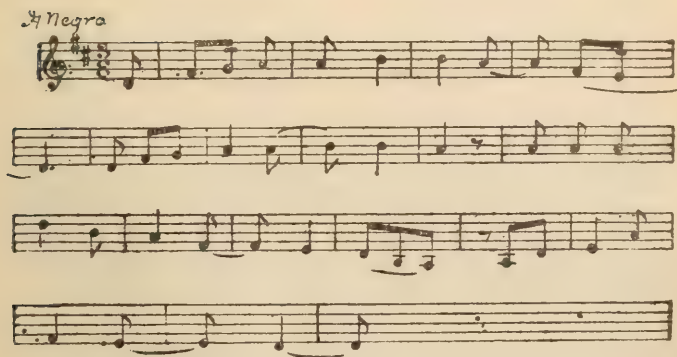
Xuliana, en su Castillo,
 con ese moro gigante,
 jugando iba a los dados,
 por más de vicio tomare.
 De que Xuliana juega,
 gana una ciudad y masen;
 cuando el morito perdía,
 las manos le da a besare.
 Al son de los ricos juegos,
 el moro dormido estare,
 en andas de Xuliana,
 hija del moro Donxigante.
 Alzó sus ojos al cielo,
 cuanto y más los pudo alzare;
 en aquel gave arriba,
 un paje vido asomare.
 Descalzo viene del campo,
 de sus uñas corre sangre,
 el pelo hasta la punta,
 que parecía un salvaje.
 mudó el habla y le dijo:

“¿Quién te trajo a este lugare?”
 “Siete años, la mi señora,
 que estoy por esta jaraba,
 comiendo la hierba verde
 y bebiendo agua en un charcale.
 En busquedes de Xuliana,
 hija del Rey Donxigante;
 me la cautivaron moros,
 día de Pascua una tarde.”
 “No se te dé nada, el paje,
 ni menos sos quiera dare;
 si hoy comistes la hierba,
 mañana comerás carnes.”
 Lágrimas de los sus ojos,
 por fase del moro cae.
 Recordó espavorido,
 con un favor ya tan grande:
 “¿Qué tienes tú, Xuliana?
 Dime: ¿quién te ha hecho male?
 Si te han hecho mal los moros,
 yo los mandaré a matare;

si te han hecho mal cristianos,
los mandaré a cativare;
si te han hecho mal judíos,
los mandaré a desterrare.”
“No me he hecho mal ninguno,
ni ninguno que mal me hace.
En aquel jaraba arriba,
un paje vide asomarse;
sus pies traía descalzos,
de sus uñas corría sangre;
el pelo, hasta la punta,
que parecía un salvaje.”
Como eso oyera el morito,
las armas fuera a tomare.

“Me maravillo de tí, el moro,
y de la tu hombre dade.
¡Por un salvaje del campo,
armas fuistes a tomare!”
Como oyera el morito,
las volvió a su lugare.
“Por tu vida ya, el morito,
vente que quiero espurgarte.”
El morito, como necio,
en su alda se jechare;
sacó el puñal de su cinto,
la cabeza le cortare.
Otro día, en la mañana,
se fué para su lugare.

QUIEN QUIERA TOMAR CONSEJO



Quien quiera tomar consejo,
venga a mí, y se le daré;
por que a nadie le acontezca,
lo que a mí me aconteció,
por amar a una bonita,
dentro de mi corazón;
Catalina se llamaba,
Catalina, y nuevo amor.
Díjome que la llevara,

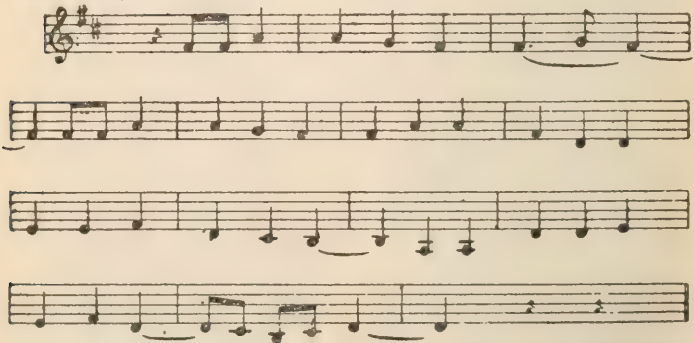
a las tierras de Aragón.
“Vos sois chiquita, la niña;
no podéis cabalgar, no”
Para mí, merca una mula;
para vos, merca un mogó;
ducados para Sevilla,
y moneda para Aragón.
Ochitos para los puertos,
por que no mos vuelvan, no.”

La niña, con amores,
camina más que un varón;
ahonde nos tomó la noche,
debajo de un buen rosál,
el Conde extendió la manta,
la niña extendió el fustal;
con el rostro de la rosa,
manchado se le ha el fustal.
Como eso viera la niña,
asentándose a llorar:
“Non llore vos, la niña,
non lloredes, nuevo amor;
si el fustal era de seda,
de oro vos lo haré yo.”
No se quiso callar, no;
como eso viera el buen Conde,
cabalgó y se fué andar.
La niña se vido sola,
cabalgó y se fué a buscar.

Ande la tomó la noche,
debajo de un buen rosál,
vido salir tres mocitas,
como el sol y el lunar;
“¿Quién te trujo aquí, la niña,
quién te trujo a este lugar?”
“Me trujo la desfortuna,
y el mi negro mazar.
Vengo a buscar a ese hombre,
que aquí solía morar.”
“Ese hombre que tú buscas,
hoy espera de llegar;
hijo y mujer tenía,
y hijas para casar.”
Como eso oyera la niña,
muerta quedó en su lugar;
como eso oyera el buen Conde,
en estorga lo fué apuntar.

UN HIJITO LA PRINCESA

Moderato.



Un hijito la Princesa,
un hijito caronale;
por darle del buen dotrino
con el Rey lo puso paje.

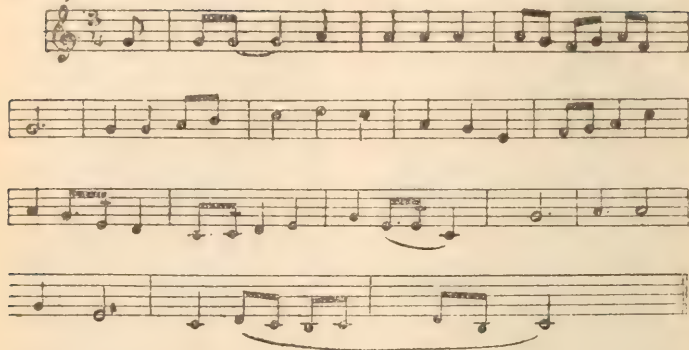
Que si el Rey lo quiere mucho,
la Reina mucho y de mades;
que si el Rey le da el vestido,
la reina le da el calzare;

que si el Rey la da las armas,
la reina en que cabalgare;
que si el Rey le da las armas,
la Reina le da puñales.
Y la gente, por envidia,
metido le ha en male.
Que le vieron con la Reina,
en sus Palacios solare.
Mandóle matar el Rey,
y el alma no la tocare.
Mandóle sacar los ojos,
por que pierda el bien mirare.
Mandóle a cortar la lengua,
por que pierda el bien hablare.
Mandóle a cortar las manos,
por que pierda el bien notare.
Mandóle a cortar los pies,
por que pierda el cabalgare.
Y mándóle a poner
a moscas y a gavilanes.
Acabó de todo eso
un pregón mandara a echare:
“Ninguno le dé del vino,
y ninguno le dé del pane;
nadie que le tire moscas,
de la su hermosa face.”
“Si estuviese aquí alguno
que se aguale de mi male,
que me leve estas cartas
a la princesa mi madre.”
Ahí estaba un pajecito,
que a su mesa comió pane.

“Yo las llevaré, el buen Conde,
yo las tengo que llevaré;
camino de quince días,
en ocho lo haré andare,
el día por el charcal
y la noche por el lunare.”
Alzó las cartas el paje,
y empezar a caminar.
“Toméis, princesa, estas cartas,
de tu hijo caronale.”
Princesa leyó las cartas,
en un desmayo se cae;
cuando volvió del desmayo,
demandó que cabalgare.
Por donde estaba su hijo,
por ahí la vino a pasare.
“¡Oy, válgame Dios del ciclo!
Lo que yo vine a mirare.”
Y metió mano a su bolsa,
limosna le fuera a dare.
“No quiero vuestra limosna,
ni vos la quiero tomare.
Vuestro hijo soy, princesa,
vuestro hijo caronale!”
Con su espada desvainada
a cortes del Rey entrare.
“¿Qué te habrá hecho mi hijo,
que ese castigo le dates?”
La cabeza entre los hombros,
al suelo se la arronllare.
A él le puso por Rey,
y ella acomandare.

ESTABASE LA DELGADA

Andretto



Estábase la Delgada
 en su silla de oro sentada;
 peine de oro en la su mano,
 los sus cabellos peinaba.
 Por ahí pasó el Rey, su padre,
 que de ella se enamorara.
 "Por tu vida, la Delgada,
 si será mi namorada."
 "Nunca Dios tal quiera, padre,
 ni tal quiera ni tal haga;
 que en vida de la mi madre,
 seré su xerica mala."
 "Ahina, mis caballeros,
 atalda a esa baranda;
 dalda a comer tocino,
 no la dis a beber agua.
 Si pidiera a donde dormir,
 dalda ese jergón de paja.
 Si pidiera de tapar,
 dalda una estera quemada."
 Ya se va la Delgadita,
 y de baranda en baranda,

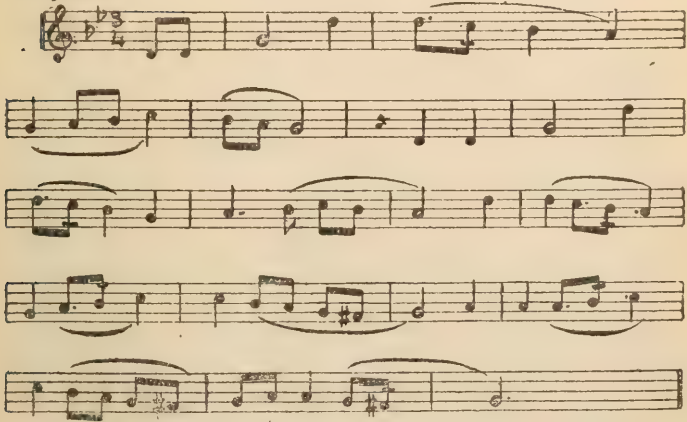
asomóse a un balcón,
 a una ventana muy alta.
 Encontró allí a su madre,
 peinándose las sus canas:
 "Mi madre, por ser mi madre,
 déme un sorbito de agua;
 que de sed y no de hambre
 salir se me quiere el alma."
 "Yo te la diera, mi vida,
 yo te la diera, mi alma;
 me temo del Rey, tu padre
 que connigo las tomara."
 Ya se va la Delgadita,
 de baranda en baranda,
 hallare a sus hermanos
 jugando en juego de danza.
 "Hermanos, por ser hermanos,
 dadme un sorbito de agua,
 que de sed y no de hambre,
 salir se me quiere el alma."
 "Vete, vete, la Delgada,
 la perra y la desvergonzada,

que en vida de la mi madre
serás su xerica mala.”
Ya se va la Delgadita,
y de baranda en baranda,
asomóse a un balcón,
una ventana muy alta.
Allí halló al Rey, su padre,
en silla de oro sentado.
“Mi padre, por ser mi padre,

déme un sorbito de agua,
que de sed, y no de hambre,
salir se me quiere el alma.”
“Ahina mis caballeros,
dalda un sorbito de agua;
en esa jarra de lata,
donde beben mis criados.”
Ellos en estas palabras,
Delgadita entregó el alma.

A CAZAR IBA EL CABALLERO

Andantino



A cazar iba el caballero,
y a cazar como solía;
los perros iban cazando,
y el halcón perdido había.
Ande le cogió la noche,
en una oscura montaña;
ande canta la leona,
y el león la respondeía;
ande cae la fieva a copo,
y corría el agua fría;

en el pimpollo más alto,
vido estar una Infantita;
cabello de su cabeza,
todo aquel roble cubría;
los ojos de su cara,
la montaña esclarecía.
“¡Oy, válgame Dios del cielo,
qué era esto que yo vía!
¡Son ángeles del cielo,
o es persona nacida!”

“Persona soy, el caballero,
como tí, fuí yo nacida;
estas fadas me fadaron
en aidas de la mi tía.
Que me quede siete años
en esta oscura montiña.
Hoy se cumplen los siete años,
u mañana al mediodía.
Por tu vida el caballero,
levéisme en tu compañía;
u levéisme por mujer,
u levéisme por amiga,
u levéisme por esclava,
servirte toda mi vida.”
“Por mujer, la mi señora,

por mujer, la más querida;
madre vieja tengo en casa,
su consejo tomaría.”
Dió de vuelta el caballero.
no halló roble ni niña;
siete Duques la llevaban,
y un Rey que más valía.
Su padre y sus siete hermanos,
que en su búsqueda venían:
“¿Qué mercede el caballero,
por tal dama perdería?”
“El castigo que merezco,
por mi boca, le diría:
que me aten pies y manos,
y me arrastren por la vía.”



VII

INSTRUCCIÓN PÚBLICA

La alianza israelita universal.—Las escuelas españolas en Marruecos. — Orientaciones pedagógicas. — Zacuto y Yahuda.

Los hebreos marroquíes se distinguen por su inteligencia y por su espíritu de adaptación. Los sefardíes reúnen las características de la familia latina: viveza de entendimiento, facultad de asimilación, fácil comprensión de las cosas e imaginación fecunda.

Los hispanos-marroquíes constituyeron la aristocracia de la raza. Apenas se apartan de ellos las espesas sombras de la barbarie opresora, resurge vigorosa la tradición intelectual que honró a España y a Marruecos en la época medieval y en los albores de la Edad Moderna.

Los hebreos mogrebinos establecidos en Jerusalén son superiores, por sus facultades mentales, por sus conocimientos rabínicos y por su concepto de la moral, a la mayoría de los judíos de Oriente. Los alumnos marroquíes que frecuentan las escuelas orientales de la "Alliance Israelite Universelle", y las aulas de otros centros no confesionales, se hallan, según testimonio de los profesores, a la cabeza de los demás estudiantes que en ellos reciben educación.

Las escuelas de los mogrebinos son célebres en toda la Palestina.

En Marruecos el grado de cultura y prosperidad de los israelitas disminuye a medida que se alejan del mar. El mar es el camino de la civilización.

El hebreo anhela la instrucción porque le proporciona armas para la vida práctica. Las escuelas marroquíes están casi monopolizadas por los israelitas, que llenan las aulas impulsados por el afán de saber, abriendo amplios horizontes a sus vidas. Reginald Rankin cita el caso de un judío de Mogador que pignoró su chilaba para pagar la cuota mensual de los estudios de un hijo suyo. Comunidades tan numerosas como las de Tetuán y Tánger no cuentan con un solo analfabeto.

* * *

La enseñanza israelita descansa sobre el Talmud. Las *sellah* o escuelas judías eran en Marruecos un remedo de las coránicas, y los estudiantes en los *Talmud Thora* imitaban a sus colegas musulmanes en el cántico monótono con que recitan las lecciones y en el rítmico balanceo del cuerpo con que acompañan el estudio.

La campaña española de 1860 mostró al mundo la situación misérrima en que vivían los judíos marroquíes. La ocupación de Tetuán los redimió en parte de la vil servidumbre en que vegetaban, pero la gran obra de las escuelas de la "Alliance Israelite Universelle" es la que más ha influido en estos últimos tiempos en el progreso intelectual de los hebreos mogrebitas. No hemos de regatearle nuestros elogios, sobradamente merecidos.

En 1860 fué fundada en París esta benemérita asociación, y dos años más tarde abrió su primera escuela en Tetuán, siguiéndole luego la de Tánger. La de Larache se estableció en 1902.

Hoy educan en Marruecos mil ochocientos cincuenta y nueve niños y mil ciento treinta y nueve niñas: la mitad reciben gratuitamente la instrucción y el resto abona una cuota de dos a tres pesetas mensuales (1).

Desde el mar de Mármara a los confines de la Palestina, cuenta la Alianza con treinta grupos escolares, donde se instruyen más de seis mil alumnos. Incluyendo las fundaciones de Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto, los Balkanes y Persia, hallaríamos cerca de ciento cincuenta escuelas primarias con cuarenta mil discípulos aproximadamente.

Los rabinos marroquíes se opusieron en un principio al establecimiento de estos centros de enseñanza por recelar de su ortodoxia, excomulgando a los institutores. Después los aceptaron y se encuentran hoy esparcidos, como un civilizador reguero de cultura, por todo el Imperio de Occidente.

Los centros poseen subvenciones de las Comunidades mosaicas de cada localidad, y no admiten el apoyo económico de ningún gobierno. Todo hebreo entrega semanalmente una cantidad para el sostenimiento de la enseñanza.

(1) La Alianza sólo costea el sueldo del director y la mitad del de uno de los profesores auxiliares. La Comunidad de la ciudad de Luccus atiende a los demás gastos con el cobro de cuotas a los alumnos pudientes, y con un impuesto sobre el sacrificio de reses y consumo de carnes. Sólo por este concepto percibe unas mil pesetas mensuales.

El máximo de la cuota personal llega a seis francos al año.

La Alianza tiene carácter universal, y el objeto que inspiró su fundación no es otro que elevar el nivel intelectual y moral de los israelitas, pero su idioma oficial es el francés, sus profesores se forman en París, sus bibliotecas sólo encierran obras francesas, y los mapas y decálogos que cubren las paredes de sus escuelas en francés están redactados.

El programa se ajusta al de la primera enseñanza en Europa: existen escuelas para niños, escuelas para niñas y escuelas mixtas. Desde los cuatro a los quince años se forman los jóvenes hebreos en estos organismos, cuya influencia es decisiva y notoria.

En los establecimientos de la Alianza establecidos en Tetuán y Larache, nuestro país costea desde los años 1911 y 1913, respectivamente, un maestro y una maestra que dan lecciones de español una hora al día (1). Los esfuerzos patrióticos de estos beneméritos profesores no pueden vencer la influencia francesa. Los hebreos se educan y se instruyen en francés, aprendiendo a admirar y a respetar a la gran nación transpirenaica desde sus primeros años. Sin la influencia del hogar donde se habla el castellano, y donde se conserva como algo sagrado el recuerdo de Castilla, pronto desaparecería nuestro idioma de entre los judíos marroquíes.

En las escuelas de la Alianza se forma un plantel de agentes comerciales y políticos, que tienen el alma francesa. Mr. Anatole Leroy Beaulieu dice que la Alianza Israelita

(1) Percibe el maestro 4.000 pesetas anuales de sueldo y gratificación y 3.000 la maestra.

Universal rinde a la lengua francesa en la Europa Oriental, en Asia, en Africa, en todo el contorno Mediterráneo, un servicio que le debe agradecer el patriotismo francés y que solamente puede desconocer el espíritu de secta (1).

No sólo se matriculan alumnos hebreos en las escuelas de la Alianza. En la de Larache, de 258 estudiantes, 15 son cristianos y uno musulmán, y al colegio de niñas concurren 121 alumnas israelitas y ocho cristianas.

Nosotros entendemos que siendo universal la Alianza Israelita, y existiendo en otras regiones del mundo colonias de hebreos que no gozan de los beneficios de la instrucción, no resultaría difícil conseguir que España se encargase de las Escuelas que posee en el Marruecos español, sosteniéndolas y dotándolas de material de enseñanza. Así la Alianza pudiera desarrollar su obra benemérita en otros países, trasladando sus elementos, segura de que las necesidades culturales de los hebreos marroquíes quedaban suficientemente atendidas y garantizadas. Esta debe ser una legítima ambición de España: nadie hallará argumentos suficientes para oponerse a demanda tan justa.

Los Estados Balcánicos, apenas se libertaron de la soberanía turca, nacionalizaron sus escuelas, que antes monopolizaba la Alianza. El mismo ejemplo han seguido las Comunidades sefardíes de Turquía. La alianza tuvo su época en Marruecos, cuando el Mogreb cerrado a la civilización vegetaba en la barbarie. Hoy no: las escuelas del Marruecos

(1) La Anglo Iewis Asociation subvenciona en Mogador unas escuelas puramente británicas, así como las de la Alianza son puramente francesas.

español, de ese territorio que tanta sangre y tanto oro ha costado a España, deben ser escuelas españolas.

Los analfabetos entre los hebreos de las ciudades del litoral de Marruecos son tan escasos, que avergonzaría la estadística a muchas naciones europeas. La mayoría conocen el árabe, el español, el francés y algo de hebreo.

Jovenes de familias acomodadas perfeccionan su educación en los colegios de España, Inglaterra y Francia. En la Universidad de Granada estudia derecho un Benarroch de Melilla; en las facultades de nuestro país se han doctorado los médicos Güita, que ejercen su profesión en Madrid, Tetuán y Tánger; en esta última ciudad trabaja brillantemente en su carrera de ingeniero, Benasuli, y en París, en la Embajada de España, desempeña el cargo de médico oficial el ilustre Doctor Bandelac, que tantos servicios ha prestado a España, por los que ha sido recompensado con la Gran Cruz de Beneficencia.

Como centros de enseñanza hebrea superior sólo podemos citar en Marruecos los colegios de preparación para la dignidad levítica de rabino, especie de seminarios en los que estudian la interpretación tradicional de la Ley Moisaica. El Seminario Rabínico de Tánger, regido por el sabio Rabí Toledano, puede considerarse como la institución más importante entre las de su género.

* * *

Poco ha hecho España, con relación a los deberes que le impone su posición en el mundo judío, para desarrollar con la enseñanza su influjo sobre los sefardíes de Marrue-

cos. Hablando D. Emilio Castelar en uno de sus maravillosos discursos (1) de sus viajes por Italia, decía: “Yo no sólo fuí a Roma, sino que también fuí a Liorna. Inmediatamente me dijeron que lo único que había que ver allí era la sinagoga; fuí allá y me encontré con un magnífico edificio de mármol blanco, en cuyas paredes se leen nombres como García, Rodríguez, Ruiz, etc. Al ver esto acerquéme al guía y le dije: —Nombres de mi patria. A lo cual me contestó: —Nosotros todavía enseñamos el hebreo en la hermosa lengua española; todavía tenemos escuelas en español; todavía enseñamos a traducir las primeras páginas de la Biblia en la lengua española, porque no hemos podido olvidar, no hemos olvidado nunca, después de más de tres siglos de injusticia, que allí están, que en aqueila tierra duermen los huesos de nuestros padres.”

Y a esos españoles de Italia, de Marruecos, de Oriente, de América, que tan encendido han sabido conservar en sus almas, a pesar de las persecuciones, el amor a la vieja Patria, luchando contra el tiempo y contra los odios de religión, los hemos tenido abandonados.

En el segundo Congreso africanista, celebrado en Zaragoza en 1908, afirmaba D. Wenceslao Orbea: “Precisa contrarrestar la influencia de las escuelas francesas que con tanto empeño sostiene la “Alliance Universelle”, y para ello el Gobierno español debería crear grupos escolares en Tánger, Tetuán, Larache, Rabat, Mogador, Safi, Casablanca y dondequiera que se estime necesario. Así se lograría acrecentar nuestra influencia, atrayendo a los moros

(1) Cortes Constituyentes de 1869.

y hebreos que hoy se desvían por virtud de las enseñanzas que reciben en las escuelas extranjeras, y que no sólo afectan a los indígenas, sino a los hijos de españoles por carecer éstos de Escuela propia. Solicito que se procure crear una Liga Nacional para la propagación del español en todo el Norte de África, donde millares de familias conservan cariñosamente el habla que les legaron sus antepasados.”

Nada se hizo entonces. Los Gobiernos, dedicados a los bajos menesteres de la política de campanario, se han preocupado bien poco de los grandes problemas nacionales. El senador D. Emilio Díaz Moreu, en un discurso pronunciado en la Alta Cámara el 12 de julio de 1908, volvió a poner sobre el tapete esta cuestión de patriotismo. “Hablar del sostenimiento de escuelas para proteger nuestro idioma en Marruecos—decía—sería una tendencia plausible, porque los dos elementos de fuerza que nosotros hemos tenido para pretender, para desear sostener nuestro dominio en Marruecos, son el idioma y la moneda. Ambas son nuestras; allí no hay ningún idioma tan propagado como el nuestro; pero yo, que he tenido la profunda pena de presentarme en la isla de Rodas en un buque de guerra español, cuando hacía medio siglo que no se había visto allí nuestra bandera, y se me invitó, en aquel día que llegaba, a la apertura de una escuela española sostenida por judíos españoles, sin que para nada hubiera contribuído a ello el apoyo de nuestro país, vi con profunda pena que estaban abandonados a sus propios recursos, sin que España se preocupase de sostener nuestro idioma, ni de nada. Lo mismo nos hallamos en Marruecos, sesteando, mientras trabajan Francia, Inglaterra y Alemania. No hay que olvidar que la Alianza Israelita fran-

cesa ha propagado sus escuelas por todo el Imperio, y que nuestro idioma va cediendo paso a paso ante la invasión del idioma francés.”

En el vacío de la suicida indiferencia cayeron las palabras del Sr. Díaz Moreu. España continuó cruzada de brazos, contemplando cómo otras naciones, Francia especialmente, espigaba en nuestro propio campo, apoderándose lentamente de la inteligencia y del corazón de los hebreos marroquíes.

Algunos años más tarde, por decreto de 5 de abril de 1913, fué creada en Madrid la Junta de Enseñanza en Marruecos. Uno de sus miembros, el profesor de la Universidad Central, Sr. Rivera, delegado por la mencionada entidad, giró una visita de inspección (1) por Tetuán, Larache, Alcazarquivir y Arcila. Consecuencia de esa visita fueron las siguientes acertadas proposiciones: “Respecto a la enseñanza judía—pedía el Sr. Rivera—se procurará aumentar la intervención del personal español en las escuelas de la Alianza Israelita, sobre todo en Tetuán y en Larache. Convendría influir en la medida que las circunstancias aconsejen, para que se persuadan los hebreos de la conveniencia que les reportaría el españolizar la enseñanza, sin el empeño de fomentar exclusivamente el aprendizaje de lenguas extranjeras.”

Todavía en 1915 se alzó en el Parlamento la voz del señor Ventosa, solicitando, en nombre de la minoría regionalista, la creación de escuelas en las ciudades de Oriente, que cuentan con nutrida población sefardí. Todas las fracciones

(1) Mes de marzo del año 1914.

políticas de la Cámara acogieron favorablemente la proposición, y el Gobierno, presidido por el conde de Romanones, ofreció llevarla a la realidad cuando la paz alejase de aquellos lejanos países el fantasma de la guerra asoladora. De Marruecos, a dos pasos de las costas de la Península, nadie se acordó en aquellos momentos con un olvido muy español.

Esa sería toda la labor del Estado, si no fuera porque al margen de la España oficial alienta otra España, divorciada de los políticos, que trabaja y lucha y triunfa.

Casi todo lo que nuestra nación ha hecho en Marruecos en materia de enseñanza se debe a la iniciativa particular. En Alcazarquivir un español bizarro, llamado D. Cristóbal Cala, fundó casi sin recursos las Escuelas de Alfonso XIII, auxiliado por el entonces Cónsul de España en Larache, D. Juan V. Zugasti y por D. Hugo Engerez (1). Más tarde, en 1913, el Cónsul D. Emilio Clará fué autorizado para la construcción del edificio donde se halla instalado este centro de enseñanza, que realiza una admirable obra de patriotismo. Las escuelas de Alfonso XIII de Alcázar no son confesionales; en ellas se educan niños musulmanes, cristianos y hebreos, y a horas distintas concurren el sacerdote, el rabino y el fakih para enseñar religión. En la sección de niños reciben instrucción 232 alumnos, de ellos 159 judíos, 53 cristianos y 20 musulmanes (2). Al colegio de niñas acuden 150, israelitas en su mayoría. Dirige el centro un maestro español con un rabino encargado de la

(1) El Sr. Engerez, maltés que habita en Marruecos hace muchos años, ha prestado siempre grandes servicios a España.

(2) Recientemente han terminado la carrera del Magisterio en Madrid un alumno de esta Escuela, D. José Benarroch, y una señorita hebrea de Tetuán.

instrucción religiosa. La escuela de niñas la preside una profesora española auxiliada por una hebrea.

Las escuelas de Alfonso XIII de Tánger se deben a un donativo de 300.000 pesetas hecho por el marqués de Casa-Riera; el terreno donde se construyeron pertenecía a los Reverendos Misioneros y lo cedió el P. Cervera, actual Obispo de Fessea. El Gobierno español sufraga los gastos de entretenimiento de esta institución benemérita, que se inauguró el 23 de abril de 1913. Están encargados de la enseñanza los PP. Franciscanos de la Misión. Se cursan en ella las asignaturas de la primera y segunda enseñanza, y cuenta con una Escuela de Comercio y otra Industrial. Concurren a sus aulas 600 alumnos. El colegio de niñas de Alfonso XIII en Tánger lo dirigen las Madres Terciarias Franciscanas. Una cuarta parte de sus alumnas son hebreas.

En las escuelas españolas de Arcila se educan 81 alumnos, 39 cristianos y 46 hebreos, y 94 alumnas, 48 cristianas y 46 hebreas. Los estudiantes judíos acuden a las sinagogas, donde un rabino, subvencionado por la Comunidad, les da instrucción talmúdica.

En Melilla, el Instituto Reina Victoria Eugenia, que es el mejor centro docente del norte marroquí, realiza una admirable labor. En los estudios de segunda enseñanza figuran matriculados numerosos israelitas.

¿Por qué no se ha de repetir el caso de Alcazarquivir, de Arcila y de Tánger en todas las ciudades del Marruecos español?

Debe España fundar en Tetuán, como la tiene en Melilla, una escuela de estudios superiores, preparatoria para las carreras que se cursan en las Universidades y Escuelas pro-

fesionales españolas, donde se practicara la segunda enseñanza, comercio e idiomas; una escuela no confesional, en la que pudieran instruirse cristianos, hebreos y musulmanes, respetando todas las creencias. Debe España ir al establecimiento de las escuelas nacionales hispano-hebreas en Marruecos y en Oriente. El judío es tolerante: no había de ser la religión mosaica obstáculo para ello.

En la tercera edición de su *Historia de Marruecos*, publicada en 1898, dice el P. Castellanos que la Misión sostenía en Tánger un colegio de primera enseñanza al que asistían diez alumnos judíos, y que las religiosas de la Venerable Orden tercera de San Francisco, en el curso de 1897 a 1898, educaron 44 alumnas hebreas. ¿Qué prueba esto, cuando la influencia efectiva de Europa no se había dejado aún sentir en el Mogreb, sino una tolerancia, un espíritu abierto, alejado del fanatismo confesional?

La labor de los misioneros españoles, en cuanto a la enseñanza se refiere, ha sido en Marruecos digna de alabanzas, y si no ha adquirido mayor desarrollo, culpa es de la inactiva desidia de los Gobiernos, más atentos a las exigencias de la política partidista, que a fomentar la influencia de España, echando los cimientos del porvenir con el trabajo del presente.

El ilustre Obispo de Fessea, P. Cervera, en un discurso pronunciado en Tánger el año 1915, decía hablando de la enseñanza de los misioneros españoles: "Nuestro procedimiento no es ni lo fué nunca de rudeza, de aspereza, de repulsión. En todo tiempo y lugar abrimos los brazos y el corazón para recibir al niño que llama a la puerta de nuestras escuelas, sin preguntarle jamás, con ánimo adverso, ni su

procedencia, ni su religión, ni su nacionalidad. Lo mismo recibimos al cristiano que al moro y al hebreo. Para nosotros todos son iguales, y a todos los admitimos, a todos los amamos y por el bien de todos nos interesamos. Y admitido el niño, conserva incólumes sus creencias, sigue recitando su credo, hablando su idioma y adorando su patria.”

Estas nobles palabras encierran el programa de lo que debe ser la escuela española en Marruecos, abierta a todas las creencias, influida por un alto espíritu de tolerancia, de paz y de fraternidad entre los hombres todos.

Alfonso X el Sabio creó una escuela en Murcia, común para cristianos, moros y judíos. ¿Corresponderá a Alfonso XIII en los tiempos modernos la implantación de esa obra que otro Alfonso concibió en plena Edad Media?

El desarrollo de nuestra influencia en Marruecos descansa sobre el idioma, sobre la escuela. No lo olvidemos y sacudamos la apatía: ya no es posible alegar ignorancia.

Que no pueda repetirse con razón que la nación que había abandonado voluntariamente a Orán (1); que había dejado perder la ocasión de restablecer en su provecho el orden perturbado por las contiendas de Muley Eliazit y sus hermanos, no era llamada a ser soberana de Argelia ni de Marruecos. Perdimos la Argelia para siempre. ¿Perderemos también la influencia sobre los sefarditas de Marruecos, sangre de nuestra sangre?

La enseñanza en las escuelas nacionales hispano-hebreas ha de dividirse en dos partes principales: religiosa y pro-

(1) *España y los países musulmanes durante el Ministerio de Floridablanca*. por Manuel Corotte, vocal de la Junta directiva de la Real Sociedad Geográfica.—Madrid, 1909.

fana : hebraica y universal (1). Los estudios religiosos, que para el buen judío son de máxima importancia, comprenderán como hasta hoy la lectura y escritura hebrea, *Tefilá Parochá*, etc., con el aumento de las asignaturas que a continuación se expresan, y con arreglo a la edad y capacidad de los escolares y a la clase o grupo a que pertenezcan :

Nebium-Ketubim (Biblia) con notas y comentarios; *Dinim*, para lo cual puede servir de texto el *kitsur Shulján Aruj*; *Rashí* y *Targúm Unkelos* para todo el Pentateuco. (Los cinco libros de Moisés); *Dikduk* (Gramática hebraica). Conversación y lecturas selectas de autores antiguos y modernos; Historia elemental del pueblo judío. Para esta clase de estudios existen hoy numerosos y apropiados libros de texto y ejercicio, editados por las grandes casas editoriales de Rusia, y compuestos por los más renombrados pedagogos y escritores hebreos.

La enseñanza profana, o sea la de Artes y Ciencias, se regirá por un método especial, mixto de primera y segunda enseñanza. En las tres clases inferiores (niños de cinco a once años), regirá el plan de las escuelas primarias españolas. Estas clases estarán a cargo de un maestro nacional graduado, con auxiliares hebreos, hijos de la zona y ex alumnos aventajados de la Alianza.

En las tres clases superiores (niños de once a catorce o quince años) se cursarán, con los libros de texto de los Institutos generales y técnicos, las asignaturas siguientes :

(2) Uno de los más sabios judíos españoles, el Dr. D. Agustín Perl, cuyas campañas sefardíes son notabilísimas, ha redactado una brillante memoria, dedicada al Gobierno español, sobre la enseñanza hispano-hebraica en Marruecos. De ella extractamos algunas de sus interesantes bases.

Gramática castellana, Retórica y Poética, Geografía de España y Universal, Aritmética y Algebra, Historia de España y Universal, Gimnasia, Dibujo y Nociones de Física y Química. Estas cátedras podrán ser desempeñadas por dos o más licenciados en Letras o Ciencias, uno de los cuales, el de mayor graduación, ejercerá el cargo de director de la escuela. Los certificados de aprobación de las asignaturas tendrán validez académica en los Institutos de España para aquellos alumnos que quisieran continuar los estudios del bachillerato.

El idioma francés debe ser obligatorio. El inglés y el árabe lo enseñarán profesores hábiles, pero su aprendizaje será voluntario y a gusto de los padres de los alumnos.

Exceptuando los sábados y días festivos judíos, habrá clase todos los días menos los viernes y los días-vísperas de grandes solemnidades, que no habrá clase después del mediodía. En los meses de Nissán y Tishrí, habrá vacaciones generales. Sin embargo, durante esos dos meses, y en los sábados y días festivos, concurrirán a la escuela ciertos alumnos a practicar lecturas morales como los *Pirké-Aboth*, rezos y otros ejercicios de carácter religioso, según el criterio del director espiritual.

Los profesores cristianos serán dispensados de asistir a clase los días de Semana Santa (que generalmente cae en Nissán), Pascua de Navidad, Reyes (Epifanía), Resurrección y Pentecostés. Los profesores cristianos no podrán ser eclesiásticos.

En las escuelas judías privadas y en las tradicionales denominadas *Talmud-Thorá*, sostendrá el Estado maestros

de castellano, que podrán ser ex alumnos de la Alianza, previo examen de aptitud.

Un funcionario superior, con residencia en Tetuán, ejercerá el cargo de Inspector Regional de todas las escuelas hebreas de la Zona del Protectorado. Este funcionario tendrá que ser judío, súbdito español, hombre competente en materia pedagógica, con vastos conocimientos de la Literatura hebreaica y rabínica, y con una cultura general amplia y suficiente.

La Alianza Israelita cuenta con un profesorado brillante y doctísimo, formado casi en su totalidad por sefardies de Turquía y algunos de Marruecos, ex alumnos de sus centros, que luego cursaron los estudios superiores en el magnífico Seminario de Profesores que posee en París. Dos ilustres hijos de Tetuán, los señores Cazés y Pariente, han dirigido las florecientes escuelas centrales de la Alianza de Túnez y Esmirna, respectivamente. El nombramiento de algunos de estos profesores para las futuras escuelas hispano-hebreas sería una medida de positiva eficacia y utilidad.

Al Gobierno de España recomendamos este sencillo plan de estudios para las escuelas hispano-hebreas en Marruecos, basado en la observación y en la práctica. La labor de España en el Mogreb no es difícil. La tierra está abonada: sólo falta arrojar la semilla al surco para que retoñe en un plantel de nuevos ciudadanos españoles.

* * *

El 15 de diciembre de 1915 es una fecha memorable en la historia de los sefardies. En ese día tomó posesión en la Universidad de Madrid de la Cátedra de Lengua y Lite-

ratura Rabínicas el ilustre sefardí don Abraham Shalom Yahuda.

El último sabio judío que enseñó desde una cátedra española fué Abraham Zacuto, el consejero de Colón, el más insigne nautólogo y astrónomo de su tiempo. A los cuatro siglos, como una rectificación impuesta por el espíritu noble de la nueva España, ahuyentador de las sombras del fanatismo, otro sabio sefardí ocupa una cátedra en el más alto centro español de enseñanza.

La Facultad de Filosofía y Letras elevó al Ministerio de Instrucción un informe sobre el doctor Yahuda, demostrativo que de la raza ilustre de los sefardíes no han desaparecido los hombres especializados en los diversos ramos del saber. Dice así: “La Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central tiene el honor de presentar a ese Ministerio, como candidato para la cátedra de Lengua y Literatura Rabínicas, creada en el Doctorado de su Sección de Letras, al doctor Abraham Shalom Yahuda, natural de Jerusalén, de treinta y siete años de edad, sefardí de raza e israelita de religión, por reunir las relevantes condiciones de competencia técnica que seguidamente se exponen: Haber estudiado en Oriente las principales lenguas semíticas, en especial el árabe literario y dialectal y el hebreo bíblico y rabínico, que es su lengua materna. Haber cursado en las Universidades alemanas de Francfort y Heidelberg la Facultad de Filosofía, graduándose de doctor en la de Strasburgo el año 1903 con su tesis “Prolegómenos para una edición del *Kilab-al-hidaya, de Bachya*”, que fué publicada en Darmstdadt el año 1904. Haber explicado durante diez años cátedras de asignaturas hebraicas, rabínicas

y arábicas como profesor ordinario en la Escuela de Altos Estudios Judíos de Berlín. Haber sido propuesto por el Ministerio de Instrucción pública de Alemania para desempeñar una Cátedra en el Seminario de Lenguas Orientales de Berlín; ser autor de varios ensayos y obras fundamentales sobre materias relativas a las lenguas y literaturas hebreaica, rabínica y arábica, cuyo catálogo se inserta a continuación, alguna de las cuales han merecido juicios laudatorios de las principales revistas técnicas de Europa y América, firmado por los especialistas de mayor autoridad, tales como Goldziher, profesor de Literatura y Jurisprudencia musulmana en la Universidad de Budapest; Bacher, profesor de Literatura e Historia rabínicas de la misma Universidad; Horowitz, profesor de igual materia en Breslau; Benjehuda, autor de "Thesaurus totius hebraicitatis", etcétera; Nicholson, profesor de Arabe en la Universidad de Cambridge; Abrahams, profesor de Literatura rabínica en la misma Universidad; Rosenau, profesor de la de Baltimore; Ruska, profesor de la de Heidelberg; Brokelmann, profesor de Arabe de la de Hæile; Halévy, profesor de Epigrafía semítica en la Sorbona; Guttman, profesor de Literatura rabínica en Budapest; Horten, profesor de la Universidad de Bonn; Emmanuel Loew, autor de "Los nombres botánicos en los idiomas arameos", etc., etc. Finalmente, el Dr. Yahuda posee el dominio de la lengua castellana, indispensable para el desempeño de una cátedra, como acreditó en las conferencias que el pasado curso dió en la Academia de Jurisprudencia de esta Corte" (1). Has-

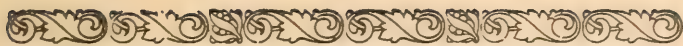
(1) He aquí la lista de las obras y trabajos publicados por el doctor A. S. Yahuda, a que se refiere la citada comunicación: *La len-*

ta aquí el informe de la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid.

Los sefardíes tienen ya en España a uno de los suyos ejerciendo oficialmente el noble sacerdocio de la enseñanza.

La juventud hebrea puede acudir a la Patria de sus mayores, donde brillaron los más grandes ingenios sefardíes, para conocer en un templo del saber las glorias de sus antepasados y emularlas engrandeciendo la raza española.

gua hebrea en sus relaciones con el árabe y el abisinio. San Petersburgo, 1892, en hebreo. *Sobre las poesías árabes de poetas hebreos en España,* con traducción hebrea en verso. Varsovia. *Sobre fenómenos raros en la Gramática y Retórica hebraicas.* Varsovia, 1894. *Historia de los árabes antes de Mahoma.* Jerusalén, 1894. En hebreo. *Sobre la poesía de célebres poetas árabes.* Jerusalén, 1895. *Poesías de hidalgos y héroes árabes,* traducidas al hebreo, en verso. Jerusalén, 1898. *Sobre idiotismos y giros bíblicos mal interpretados.* Strasburgo, 1902. *Hapix legómena en el Antiguo Testamento.* Oxford, 1905. *Prolegómenos acerca de la edición de la obra ética filosófica de Yahia-Aben-Josef.* Darmstant, 1904 (tesis de doctorado). *La ciencia bíblica y la filología semítica.* Berlín, 1905. *Proverbios y refranes árabes de Bagdad.* Giessen, 1905. *Sobre la falsa versión samaritana del libro de Josué,* presentado por Teodoro Noedeke a la Real Academia de Berlín, 1908. *Proverbios y refranes árabes del Yemen.* Strasburgo. *La guía a los deberes de los corazones al Hidaya ild faraid al Qulud. Del filósofo hispano-hebreo Bahua Aben Josef Aben Pakuda.* Leidem, 1912.



VIII

LA CARIDAD Y EL PATRIOTISMO

La beneficencia. — Su organización. — El patriotismo entre los hebreos.—El Sionismo.—El Itoismo.

La solidaridad entre los hebreos es tan grande, que en ella éstriba la fuerza del pueblo perseguido. En la union de sus miembros, todos para uno y uno para todos, han encontrado los judíos la fortaleza necesaria para resistir los trabajos y las calamidades que han pesado sobre Israel. Sin ella hubiera desaparecido la raza, mezclándose en el océano de sus perseguidores, como un río se pierde en el mar.

Dondequiera que hay un judío, ha escrito Luis Morote (1), existe espíritu de solidaridad, no para tapar faltas y encubrir vicios, sino para aliviar penas y enjugar lágrimas. Al fin del mundo va un judío para socorrer a un herniano; pero no atravesaría el dintel de su puerta si sabe o presume que no es digno de socorro o defensa.

Esta moral israelita, que a la vez de ser caridad es vínculo de defensa contra los enemigos, resplandece tanto entre los hebreos marroquíes, que a ninguno, ni al más miserable, le falta el pan de cada día.

(1) *La Conquista del Mogreb.*

Todos los que no pueden ganarse la vida, inválidos, ancianos, viudas y huérfanos, hallan en la fuente inagotable de la beneficencia judía alivio para sus males y remedio para sus necesidades.

En todas las ciudades existe una Junta directiva de la Comunidad Israelita (1), cuyas funciones estriban principalmente en la organización y administración de la beneficencia.

La designación de los miembros de esa Junta se celebra democráticamente. Los notables de cada ciudad se reúnen en la sinagoga principal, presididos por el Gran Rabino, y por elección designan su Consejo. Cada hombre es un voto. El hebreo que alcanza mayor número de sufragios es nombrado presidente; vicepresidente, tesorero, secretario y vocales (2), son aquellos que le siguen en número de votos. El Gran Rabino hace la proclamación del *Kahal*, que es elegido cada dos años. Todos sus miembros son reelegibles y los cargos no pueden ser retribuidos.

El Consejo se divide en varias secciones, y cada una de ellas atiende a un ramo de la beneficencia. Del presidente depende la caja general que provee a las filiales.

Hay un administrador para el socorro a los enfermos sin recursos: la Comunidad les costea médico, comadrona, botica y alimentos. Otro administrador se dedica a la obra de misericordia de vestir al desnudo, proporcionando ropas y calzados a los que carecen de ellos. Un tercero preside la *Jebrá*, sociedad de los funerales. Cuando hay un

(1) *Kahal*.

(2) El número de vocales es variable con arreglo a la importancia de la Comunidad.

enfermo grave en una casa, acuden los miembros de la Jebrá; encomiendan, según el rito hebreo, el alma del agonizante, lavan y amortajan el cadáver, le acompañan a la sepultura y sólo dan por terminada su misión después del sepelio. Otra Comisión atiende a la instrucción pública. Su objeto es fomentar la enseñanza de la lengua hebrea y proporcionar alimentos a los estudiantes necesitados. La obra de las cantinas escolares la practicaban los hebreos antes de que la implantase Europa en sus escuelas. Existe también la Comisión especial de Talmud Thorá (1).

La Directiva de la Comunidad impone gabelas con objeto de arbitrar recursos para la beneficencia. Sobre la carne pesa un tributo que en Tetuán produce 25.000 pesetas anuales; los pudientes, que compran carne, contribuyen a que los menesterosos tengan también su ración. Algo parecido ocurre con el pan. Cada familia bien acomodada ha de entregar semanalmente uno o dos panes y el sábado son distribuidos entre los pobres. Asimismo cobra la Junta semanalmente a domicilio una limosna, que varía según la posición social del donante, destinada a obras de caridad.

En cada una de las tres pascuas hebreas el Directorio practica una colecta extraordinaria, clasificando las limosnas en tres categorías: la primera, de 100 pesetas; la segunda, de 50, y la tercera, de 25. Abonan este estipendio los ricos y la clase media. Con el importe de lo recaudado compra la Junta harina y carne para que los pobres celebren las fiestas rituales.

La beneficencia posee fincas procedentes de testamentaria-

(1) Estudios superiores del idioma hebreo

rías y donaciones, que son escrupulosamente administradas.

En nuestras excursiones por las ciudades del litoral marroquí jamás nos demandó limosna un mendigo judío. De modo tan admirable se halla organizada la beneficencia por las Comunidades hebreas, que la mendicidad puede decirse que no existe entre los israelitas marroquíes de la costa.

En el interior no es raro hallar mendicantes, pues las Comunidades de Fez, Marraquex y Mekinez son tan numerosas (1) como pobres.

Los israelitas envían anualmente a Palestina cantidades considerables para el sostenimiento de los sabios y de las instituciones de beneficencia de la Comunidad magrebina en Tierra Santa. Se calcula esta suma en 40 000 francos, deducidos los gastos de viajes y las comisiones de los recaudadores (2). Estas limosnas las recolectan los delegados de Jerusalén, que llegan anualmente a los más apartados lugares del Mogreb.

Sin embargo, los judíos marroquíes de Oriente no pueden disponer libremente del dinero recaudado, pues sufren la intervención de la Comunidad Oficial de los Sefarditas, reconocida por el Imperio turco.

La *halouka* (3) ingresa en la caja general de los judíos orientales, y a los marroquíes sólo alcanza el 15 por 100 de la totalidad de los ingresos. Con razón se lamentan de este estado de cosas. En cambio, de las subvenciones especiales

(1) La de Marraquex ascenderá a 14.000 almas.

(2) Los que recogen la limosna perciben el 35 por 100 de la totalidad de la recaudación.

(3) Distribución, limosna.

para sus colegios, escuelas, orfanatos, etc., y de las limosnas recogidas directamente, pueda disponer con libertad la Comunidad mogrebita de Palestina.

El hebreo es patriota; ama la tierra donde habita. Si no lo hiciera dejaría de ser humano.

En las naciones donde goza de las libertades generales que establecen las leyes, el judío es un ciudadano más, con iguales derechos y con idénticos deberes para con la patria que los que profesan religión distinta.

En todas las campañas que han ensangrentado a Europa durante el pasado siglo, los semitas han rendido sobre los campos de batalla su tributo al país donde nacieron. En la conflagración europea el número de soldados judíos que tomaron parte en la contienda ascendió a millón y medio, según las últimas estadísticas. Sofía Casanova, que ha vivido en Rusia las páginas más trágicas de la gran guerra, escribe acerca de los soldados hebreos de los ejércitos del Zar: "Se acusa a los judíos de ser malos soldados, de cobardía—dice—. De aquellos ejércitos desertaron chirimizes, siberianos, caucásicos, rutenos y rusos... Puede que no fueran los soldados israelitas héroes legendarios, pero yo he visto a muchos heridos en la primera línea de fuego, y a uno no lo olvidaré nunca, destrozado el hombro y el brazo, que, colgante por los filamentos, se lo había atado al tronco. Esperó sentado en una silla tres horas, hasta que pudiéramos hacerle la cura. Sufría horriblemente; pero como le rodeaban miles y miles de heridos, aguardaba, devorado por la fiebre y hablando a ratos con uno, tendido a sus pies en ensangrentada angarilla. Aquel herido, que fué operado en la madrugada, invadido el

pecho por las placas violáceas de la gangrena, había llevado sobre su hombro sano durante dos días y dos noches a un compañero, hebreo también, rotas las piernas... Y en la sangrienta angarilla agonizaba éste, oyendo las animosas palabras de su salvador.”

El apatriotismo hebreo es una leyenda.

¿Qué es sino patriotismo el fervor con que el judío conserva y ama sus tradiciones? Esas tradiciones simbolizan el pasado con sus grandezas y con sus fracasos, con sus triunfos y con sus derrotas. Y el pasado, la historia, constituye una parte del espíritu de la patria, ya que la patria lo abarca todo: el pasado, el presente y el porvenir; el pasado, que es el ejemplo; el presente, que es el trabajo, y el porvenir, que es la ambición y la esperanza.

El patriotismo es sacrificio, y el hebreo ha sabido sacrificarse en todos los tiempos. Iben el Athir cuenta (1) que en el año 982, Abu el Kasim, Emir de Sicilia, declaró la guerra santa a un rey franco llamado Berdewil, que había invadido su territorio al frente de numerosa hueste. Derrotado por los musulmanes, huyó el rey francés en unión de un judío que figuraba en su comitiva, y que no quiso abandonarle. Cuando, rendido por la fatiga, cayó el corcel del Soberano, le dijo el hebreo: “Toma mi cabalgadura, y si yo muero cuida de mis hijos.” El Rey se salvó gracias a la ayuda del judío, que pereció víctima de su lealtad patriótica.

Las prevenciones, el sedimento que la barbarie y el fanatismo antisemita de los siglos pasados ha dejado en

(1) Anales de Marruecos y de España.

muchas almas, es lo que niega al judío, que es un hombre ni peor ni mejor que los demás humanos, amasado con el mismo barro, sus fervores patrióticos.

En nuestro ejército cumplen sus deberes para con la patria algunos hebreos nacidos en Marruecos, que son ciudadanos españoles. (1).

Y, sobre todo, para los ibéricos, ¿no prueba el patriotismo de los hebreos el hecho vivo de los sefardíes que después de cuatro siglos de expulsión profesan un amor romántico a España, lejos de ella, algunos a centenares de leguas, sin conocerla apenas, habiendo salido extrañados y maltrechos de tierras de Castilla?

Los hebreos del Marruecos español no dejan pasar ocasión alguna sin demostrar su afecto a España.

Los de Tánger y Larache celebran grandes fiestas el día del cumpleaños del Monarca español, a pesar de la influencia francesa, sostenida por las Escuelas de la Alianza Israelita.

Una Comisión del *Kahal* de Tetuán, presidida por el Gran Rabino, visitó en octubre de 1916 al Alto Comisario, para expresarle su adhesión a la vieja patria de sus antepasados. “Venimos con el único deseo de presentar a V. E. nuestros humildes respetos—dijo el Gran Rabino—, al mismo tiempo que nos permitimos pedir, confiando en la hidalguía de vuestra ilustre persona, su valioso y necesario apoyo, el cual nos servirá de aliento para proseguir las

(2) Abraham Coriat, israelita perteneciente a una conocida familia de banqueros de Ceuta, murió hace pocos años en un combate contra los moros anyerinos, luchando bajo la bandera de España.

mejoras que nos hemos propuesto introducir en esta Comunidad. Los hebreos de Tetuán somos descendientes de antiguos españoles, y todos, sin excepción, estamos dispuestos a poner nuestro mayor afán en despertar en el corazón de nuestros correligionarios el amor y la gratitud a nuestra antigua y amada Patria, como también a nuestro noble e ilustre Rey Don Alfonso XIII, a cuyo servicio ponemos incondicionalmente nuestro celo, actividad y energía.”

Más tarde, en julio de 1917, la Comunidad tetuaní elevó al general Jordana el siguiente mensaje, pleno de amor a España y a su Rey: “Esta Comunidad Israelita ha seguido con interés la campaña emprendida por nuestro Monarca Don Alfonso XIII (que Dios guarde), en favor de las víctimas de la tremenda contienda que estremece al mundo hace tres años, erigiéndose en verdadero campeón de la misericordia y la caridad mundial, llevando el sosiego y la consolación a los millares de hogares donde ha imperado la inquietud y la desesperación; librando a unos de la última pena y a otros del suplicio de vivir en el cautiverio, sin tener siquiera el consuelo de las noticias de los seres más queridos. Esto le ha valido la popularidad y la simpatía universales. Nuestros infortunados correligionarios de Palestina se han visto envueltos en este torbellino que parece querer asolar al mundo, y la suerte de estos desamparados ha tenido lugar preferente como españoles en corazón tan sublime, lleno de generosidad y ternura, tendiendo su mano protectora a estos hijos de España, que ostentan con orgullo su origen español. Ante este altruismo ejemplar, ante tanta generosidad de alma, esta Comunidad

se postra respetuosa, llena de admiración y gratitud, ante la Majestad de nuestro Rey. Estos hechos no hacen más que aumentar entre nosotros la popularidad y el respetuoso afecto que le profesamos, y rogamos a V. E. tenga a bien elevar a los reales pies de S. M. nuestro leal testimonio de agradecimiento, y nuestra adhesión a la augusta persona del Rey y a toda la Real Familia, y a nuestra querida España, a la cual deseamos ver próspera, grande y fuerte.”

¿No patentiza esto la consistencia de un patriotismo que resiste a las persecuciones, a la acción del tiempo, al abandono y al desdén, como algo incommovible, fuerte como la roca, que se alza en el alma del pueblo sefardita?

¿Qué español puede alardear de patriotismo, al lado de estos hebreos vilipendiados y perseguidos, que sueñan con Castilla, la tierra de sus tradiciones, el solar glorioso de sus antepasados; de estos sefarditas que saben quemar sus resentimientos sobre el ara del amor a la patria perdida?

* * *

El judaísmo de los hebreos marroquíes no es hasta ahora nacional, sino puramente religioso o de sangre. No tiene partidarios en el Mogreb el itoismo (1) que fundamenta su doctrina en la adquisición de una extensión de terreno para fundar sobre él un Estado judío regido por la legislación mosáica.

En cambio, el Sionismo o vuelta a la Palestina conver-

(1) La palabra *itoismo* se forma con las iniciales de los vocablos Jewish Territorial Organisation, entidad que preside en Londres A. Zanwoill, esforzado propagandista de la idea.

tida en nación independiente, va lentamente arraigando en Marruecos. Fundó el Sionismo el ilustre doctor Teodoro Herzl, finalizando el siglo XIX. “El Sionismo—escribe un notable publicista—, vivo anhelo de reconstruir la antigua patria perdida por la dureza de un vencedor, es consecuencia del proceso Dreyfus. Aunque cada judío recitase desde hace dos mil años la oración de la Pascua: “El año que viene en Jerusalén” (1), el consentimiento nacional se había diluído con el tiempo, la ausencia y la dispersión. Un espíritu muy culto y generoso, el doctor Herzl, periodista austriaco, fué enviado por su director a Francia para informar al público sobre el largo y célebre proceso del capitán israelita. La escena de la degradación le impresionó tan fuertemente, que aquella misma noche escribió un folleto, el “Estado judío u Hogar nacional para los judíos perseguidos”, en que trazaba los estatutos de la futura Sociedad palestiniana. Herzl publicó su trabajo en una revista parisiense; lo leyó ante varios amigos en el salón de Mme. Rute, y casi nadie le hizo caso.

Algún tiempo después renovó la prueba en Viena, patrocinado por la baronesa de Suttner, a cuya casa concurrían diplomáticos extranjeros y escogida sociedad. El éxito fué ahora decisivo. El folleto se reimprimió numerosas veces; se tradujo a varios idiomas; se vendió por millones. Fué padre durante veinticinco años de una nutridísima literatura apologética o contradictoria. Atrajo valiosísimas adhesiones; inspiró Congresos... El Sionismo se

(1) En las sinagogas sefardíes, al terminar el oficio pascual, el rabino pronuncia en castellano estas frases: “Este año, aquí esclavos; el año viniente, gozos en Jerusalaim.”

halla hoy muy extendido. Existe una “Organización para el fomento de la lengua y cultura hebrea”, cuya residencia está en Berlín, con ramificaciones en todo el mundo: la “Liga de Profesores hebreos”, de Palestina, que celebra anualmente Asambleas; en Jerusalén, el *Vaad Halashón* (1), que trabaja constantemente para enriquecer el idioma; la “Liga universal de escritores hebraicos” con residencia en Petrogrado; cuenta el Sionismo en Palestina con tres Institutos, donde se cursan en hebreo treinta asignaturas, y en Jerusalén con un Seminario de Profesores judíos, entre los que se encuentra un cierto número de alumnos sefardim. En Suiza se multiplican las asociaciones Beni-Israel.

El doctor Herzl fué recibido en audiencia por el Papa León XIII. El fundador del Sionismo no pretendía, en principio, crear un Estado independiente en Palestina, sino un hogar nacional donde hallaran refugio y se administrasen autónomamente los hebreos expulsados de otros países.

“La guerra—escribe Saturnino Ximénez—cambió el aspecto de la cuestión sionista. Ya no se trata de llegar a una inteligencia con la Sublime Puerta, ni de interesar a las potencias cristianas en la inmediata ejecución del plan. Los sionistas dan como constituido el Estado hebreo. No ha mucho leí en un periódico inglés la lista de los ministros—judíos todos—encargados de gobernar la Palestina, bajo el protectorado británico. Esto se me antoja prematuro. Pero no es menos cierto que las organizaciones sio-

(1) Academia de la Lengua.

nistas han enviado recientemente a Jerusalén delegados con misiones diversas. Entre otros, un doctor Epstein, residente en Lausana, ex director de la escuela talmúdica de Salónica, de donde tuvo que emigrar en su calidad de súbdito otomano; cuando esta ciudad fué ocupada por los aliados, recibió orden de Londres para trasladarse inmediatamente a Jerusalén para organizar los servicios de la Instrucción pública. Como el sionismo tiene un carácter internacional, su realización sería un modo de internacionalizar la Palestina.

El sionismo realmente no es moderno. Entre los predecesores del doctor Herzl figuran algunos judíos ibéricos.

Allá por el siglo XVI—dice un ilustre escritor—un judío portugués, Josep Nasi, curioso aventurero, agraciado por el Sultán de Turquía con el título de príncipe de Naxos, dignidad que nunca llegó a ejercer efectivamente, solicitó de la República de Venecia una isla en el Egeo, a donde irían a erigirse en Estado, probablemente bajo la soberanía del mismo Nasi, los judíos expulsados de Portugal. Entre los sefardíes refugiados en Roma cundió por entonces la idea de restaurar el reino de Palestina. A fines del siglo XVII, otro hebreo de origen español, Schabbetai Sebi, de Smyrna, que se hacía pasar por el Mesías, profetizó el “restablecimiento de Israel en la Tierra Prometida”. Lo que hoy se intitula “Sionismo” designábase antes por *Chovevei Sión*. En 1840, Sir Moisés Montefiore, sefardí, dirigióse al Sultán en demanda de una concesión territorial en Palestina, con destino a una colonia judía. Es curioso que, con anterioridad a Herzl cristianos

como Henri Dunat, de Ginebra, el fundador de la Cruz Roja; Benedetto Musolino, de Roma; Abraham Pétauel, profesor de la Universidad de Neuchatel, y Laurence Oliphaut, de Londres, se interesaran en la creación de un Estado judío en Palestina. Precursor de Herzl fué otro sefardí, Salomón Alcalai, de Sémán (Hungría), que trazó el plan de una Compañía para hacer de Palestina un Estado vasallo del Sultán. El rabino Margulies, de Florencia, gestionó en el propio sentido cerca del Rey de Italia.

Poco antes de la ocupación de Jerusalén, durante la guerra europea, por las tropas inglesas, el archiduque Guillermo de Hapsburgo Lorena, sobrino de la Reina doña María Cristina de España, propuso su candidatura a los israelitas austriacos para que le eligiesen Rey de Jerusalén.

El sionismo va abriéndose camino. Su labor admirable en la reconstitución de la tierra de Israel ha despertado universales simpatías. En Marruecos, como ya hemos indicado, cuenta con muchos adeptos, sobre todo en estos últimos años, merced a la gestión tenaz del ilustre propagandista Dr. Don Uriel Bensión.



IX

LAS RELACIONES RELIGIOSAS Y COMERCIALES DE LOS HEBREOS EN MARRUECOS

Lo que le conviene saber a España.—El mercado mogrebino debe ser un mercado español.—El comercio en el Marruecos de España y en el Marruecos de Francia. Datos estadísticos.

Moisés hizo del pueblo israelita una nación de agricultores y de soldados. La persecución cambió el carácter de la raza y la impulsó hacia el comercio.

Merced a los judíos, cuando el feudalismo triunfaba y la sociedad se dividía en dos castas, los siervos cultivadores de la tierra y los señores dueños absolutos de hombres y propiedades, renació el comercio. En todos los países encontraron los hebreos seguros corresponsales entre sus correligionarios: andariegos por el mundo en las continuas persecuciones, conocían las necesidades de los diferentes pueblos, al saber lo que éstos producían y lo que consumían de su propia producción. Y unidos en una masonería creada al calor de los atropellos y de los desprecios, se iban adueñando de las riquezas, y con las riquezas del poder (1).

(1) En nuestros días, en el famoso Consejo de los Diez que ha acordado las bases para la paz de Europa y del mundo, figuraban

En esa unión inteligente radica hoy, como ha radicado en todos los tiempos, la fuerza de los hebreos. Ellos sienten con más vigor que los cristianos arraigarse en sus corazones la máxima “amaos los unos a los otros”. Y como el amor se traduce en obras, los judíos se ayudan con lealtad.

* * *

Los hebreos fueron riquísimos, fabulosamente ricos. Brillaron en las ciencias y en las letras, llegaron a escalar la gobernación de los Estados.

El feudalismo combatió a los judíos fieramente, pues el oro y la astucia del hebreo arrebató a los nobles la privanza y el valimiento cerca de los Soberanos. Estos se apoyaban en la riqueza de los hebreos contra los señores feudales, que competían con la Corona en fausto y en poderío. Como Arquímedes, los judíos no necesitaban más que un punto de apoyo para triunfar, y siempre lo hallaron en la flaqueza de aquellas sociedades formadas por hombres forrados de acero, con almas de niños, tercios y voluntariosos.

Hasta que los reyes, celosos también del poder creciente de los hebreos, decidieron la persecución en masa, no encaminaron los judíos sus actividades hacia la usura, única arma de que podían valerse para combatir y dominar a sus enemigos (1).

tres miembros judíos: Klotz, francés; Sonnino, italiano, y Montagu, inglés.

(1) El hebreo que presta, aunque con usura, no peca si el prestatario no es un correligionario suyo. En el *Deuteronomio* prescriben los versículos 19 y 21 del capítulo XXIII: “No prestarás usura a tu hermano, ni dinero, ni granos, ni otra cualquiera cosa. Sino

Pontífices y reyes les abrían maquiavélicamente las puertas de sus Estados, considerándolos, por sus talentos comerciales, necesarios e insustituibles para el bien público, y cuando la gallina de los huevos de oro había creado riqueza, monarcas y pontífices arrojaban a los judíos de sus reinos para arrebatárselas.

Así vivió el mundo durante muchos siglos; unas veces los hebreos en la cúspide del poderío y de la fama; otras, perseguidos y errantes por todos los caminos.

Y siempre, en las persecuciones y en las bienandanzas, conservando su cohesión, cultivando el espíritu de la raza, alentando y desarrollando el genio comercial que la caracteriza.

En los modernos tiempos, al amparo de legislaciones que reconocen los derechos del hombre, sin distinción de credos religiosos; libres de persecuciones y violencias, son en los países más cultos del mundo los reyes de la tierra, al ser los dueños de la banca y de la gran industria en Alemania, en Inglaterra, en Francia, en Austria y en los Estados Unidos. Por debajo de las rivalidades de los príncipes y de los Estados—escribe Ramiro de Maeztu—, había en Europa una gran hermandad internacional de hombres que tenían entre sí un número mayor de afinidades que las que les unían a los pueblos en los que habitaban. De estas afinidades tenía que resultar, naturalmente, una organización internacional de crédito. El crédito no consiste en último término más que en conocerse y en ayudarse

al extranjero. Mas a tu hermano le prestarás sin usura aquello que ha menester, para que el Señor Dios tuyo te bendiga en todas tus obras en la tierra, en cuya posesión has de entrar.”

mutuamente. Y como los judíos de los distintos países se conocían y ayudaban mutuamente mejor que los cristianos, han podido adueñarse de la mayor parte de las empresas fundadas en el tráfico internacional, como son las Casas de banca, las de seguros, las de importación (1).

* * *

Los judíos del Mogreb se han distinguido siempre por su movilidad extremada, quizá porque Marruecos ha sido un lugar de refugio para todos los perseguidos, y con los errantes ha formado su población.

Bajo la dominación romana (115 y 116), gran parte de los judíos de la Cirenaica, en rebeldía contra el imperio y amenazados de una durísima represión, en la Mauritania hallaron amparo.

En los años 812 y 813, Sisebuto persiguió a los judíos de España, y éstos se refugiaron en las costas occidentales del norte africano (2).

Los judíos expulsados de la península ayudaron luego a Muza y a Tarik en la conquista de España. En el ejército de los invasores figuraban muchos hebreos, y entre los mismos jefes berberiscos los había de religión mosaica.

En el año 823 de la Era Cristiana, ocho mil judíos espa-

(1) No sólo en los campos de la industria y del comercio brillan los judíos modernos. En las ciencias, en las letras y en las artes figuran los hebreos en las avanzadas de la civilización. No hay que olvidar que fueron y son judíos Meyerbeer, Bergson, Wasserman, Suderman, Erlich, Nordau, Lombroso, Eiffel, Heine y Carlos Marx entre otros cien hombres ilustres.

(2) Graetz: *Histoire juive*.

fiolos, de Córdoba, pasaron el Estrecho y se establecieron en Fez (1).

En el 1146, Abdal-lá se apoderó del trono de Marruecos y obligó a los hebreos a convertirse al islamismo o a emigrar. Una gran parte de los emigrantes se salvaron en España y en Italia.

La comunidad israelita de Orán fué dispersada en 1543 por los españoles. En 1792 se reconstituyó después de la toma de la ciudad por los turcos. Los vencedores llamaron a los judíos de Tlemecen, de Gibraltar y del Marruecos Oriental y Meridional, que acudieron presurosos a poblar la comarca.

A partir del siglo XVII en toda la América ibera, especialmente en el Brasil y en la Argentina, hallamos judíos originarios de Marruecos. En muchos países de Europa y de América, en la primera mitad del siglo XVIII existían colonias de hebreos tetuaníes. El gran movimiento de emigración a América se inicia hacia 1880. Judíos educados en las Escuelas de la Alianza se establecen en Venezuela, el Brasil y la Argentina. Los emigrantes marroquíes prosperan en América en el comercio y en las artes. Conocemos hebreos que cuentan con cinco, seis y hasta ocho casas de comercio en la República del Plata.

Generalmente los judíos de Tetuán, Tánger y Larache emigran a la América del Sur; los de Mogador, a Inglaterra, y los del reino de Fez, al Senegal y a la Argelia.

La conquista de Argelia inició una corriente de inmigración de israelitas marroquíes en el país vecino. La campa-

(1) Rudh el Kartas: *Histoire des souverains du Maghreb.*

ña española de 1859-60 también hizo que emigraran a Argel millares de hebreos de la comarca de Tetuán.

En Tánger son muy pocos los israelitas que no han visto Europa, aunque sólo sea en Gibraltar. En Tetuán abundan los que han visitado la América y el Africa del Sur, especialmente la colonia portuguesa de Lourenço Marques, con positivo provecho para sus intereses.

* * *

La historia de los hebreos mogrebinos en Palestina comienza al ser este país conquistado definitivamente por los turcos. La emigración de los marroquíes a Oriente ha sido grande en todas las épocas.

Los judíos marroquíes poseen en Jerusalén un barrio especial, compuesto de calles oscuras y malsanas, situadas entre el muro del Templo y el zoco el Ketanin. En Damasco hay una colonia de judíos mogrebinos.

Gracias al célebre rabino Ben Schimón, perteneciente a una de las familias más ilustres del Mogreb, fueron recaudadas, mediado el siglo XIX, las sumas necesarias para la construcción de una gran sinagoga de los marroquíes en Jerusalén. El rabí se estableció en la ciudad santa en 1863. Fué gran rabino de los mogrebitas. Hizo mucho por la Comunidad, llevando a ella el orden, pues la anarquía igualaba a la miseria. Ben Schimón ordenó la construcción de uno de los primeros barrios llamado *Mahana Israel* (1).

En la tumba de Ben Schimón, muy venerada, figura este epitafio: “Desgraciada la tierra de Israel, porque ha per-

(1) Campo de Israel.

dido su grande hombre, su adorno y su corona gloriosa y radiante. El país del Cerf (1) está privado de sus ornamentos. El justo por excelencia, aquel cuya palabra fué más dulce que la miel, ha desaparecido. Grande era su nombre en Israel. Fué un juez para su pueblo, un fiel pastor para su Comunidad, justo en sus actos y misericordioso para con los pobres. Verdadero protector de los indigentes. Hombre lleno de gracia, de la gracia fiel de David. León del colegio, aquel que multiplica sus acciones por la ley. Verdadera autoridad bíblica. El rabino sublime lleno de la gloria divina. El Santo piadoso, el astro de Marruecos que enseñó la Thora en Israel, el hombre de Dios, el Santo célebre por su nombre y por sus hechos, nuestro rabino David Ben Schimón. ¡La memoria del justo sea bendita! El autor del tratado *Schaa ré-He-Hazer* (2) y de otras obras. El arco de Dios fué elevado el 8 Quislev 5639 (3), a la edad de 58 años." Uno de los hijos de Ben Schimón fué gran rabino en El Cairo.

Los hebreos de Marruecos hállanse en la Palestina en las mismas deplorables condiciones que sus correligionarios indígenas. Se dedican al pequeño comercio y muy raramente a los oficios manuales. Algunos son orfebres y zapateros.

En Jerusalén existían en el año 1881, mil doscientos noventa mogrebinos, y en 1902, dos mil cuatrocientos treinta.

La Comunidad de judíos marroquíes en Jerusalén es una de las más pobres: el número de mendigos, de enfermos y de paralíticos que llegan a la ciudad santa a terminar en

(1) Uno de los nombres de Palestina.

(2) Las puertas de la Corte.

(3) Año 1879 de la Era Nueva.

ella, por un sentimiento de piedad, sus días, resulta considerable. Al hebreo mogrebino sólo le lleva a la Palestina el ideal religioso, ya que el intercambio comercial entre Marruecos y Oriente es nulo por la dificultad de los transportes.

Después de las relaciones religiosas que los hebreos marroquíes sostienen con Palestina, Francia es el país que más vínculos espirituales mantienen con los judíos del Extremo Occidente. A ello contribuye no poco la obra de las escuelas de la Alianza Israelita Universal.

Inglaterra, merced a los trabajos de lord Montefiore y de lord Palmestón, también cuenta con grandes simpatías entre los judíos mogrebinos, que han hecho una virtud del agradecimiento hacia los que han contribuido a sacarles del lamentable estado en que se hallaban.

* * *

Las relaciones comerciales de los israelitas de España con las de Marruecos arrancan del siglo IV de la Nueva Era. Una ley dictada por los Reyes visigodos confirma el derecho de los hebreos a navegar entre los puertos españoles y los de Africa.

Tanto en España como en el Mogreb fueron durante siglos los acaparadores del comercio. Poseían en Marruecos grandes riquezas, a pesar de los impuestos onerosos con que pechaban los Mel-lah; en los siglos XIV y XV no era extraño que un hebreo pagase por el impuesto llamado *yezia* trescientas pesetas año, sin contar los tributos para los gastos que ocasionaban las guerras y otras cargas públicas.

Los sultanes percibían del 8 al 10 por 100 del valor de los artículos importados o exportados, y no hay que olvidar que el comercio estaba en manos de los israelitas.

En España reunieron los judíos verdaderos tesoros. La judería avilense fué riquísima. La Comunidad de Haro era poseedora de casi toda la comarca. Las de Córdoba y Sevilla fueron famosas por su poderío, que tantas persecuciones atrajo sobre ellas.

Un códice, descubierto por Llabrés, habla de las juderías de Mallorca, que gozaban de treinta y tres privilegios, muchos de ellos de índole económica, concedidos por los reyes Jaime I, Jaime II, Sancho, Jaime III, Pedro V y Juan I, privilegios autorizados por una bula del Papa Alejandro IV.

Por el repartimiento que en 1474 hizo el Juez mayor de los hebreos, rabí Jacob Núñez, se deduce la importancia de las juderías de los alrededores de la actual Corte de España y del centro de la Península. Dice: “El aljama de los judíos de Torrelaguna e sin los judíos de Uceda e Talamanca, 1.000 maravedís. El aljama de los judíos de Uceda, 800 maravedís. Los judíos de Talamanca e de Algete, 700 maravedís. El aljama de los judíos de Buitrago, tres mil e trescientos maravedís. El aljama de los judíos de Alcalá de Henares, sin los judíos que moran en Cobeña, 5.000 maravedís. Los judíos que moran en Cobeña, quinientos maravedís. Los judíos que moran en Madrid, con los judíos que moran en Ciempozuelos e en Pinto e en Barajas e en Torrejón de Velasco, mil e doscientos maravedís.”

Los israelitas contribuyeron al sostenimiento de todas las

guerras entre cristianos y musulmanes españoles, y acudieron generosamente al mantenimiento de los ejércitos que conquistaron a Granada.

Con la expulsión de los judíos en 1492 empezó la decadencia de España. A su talento financiero y a su laboriosidad—escribe el Dr. Pulido—había debido el país su preponderancia y el manejo de grandes capitales. Ellos trabajaron para aprovechar los ricos productos del suelo, se dedicaron a la construcción de barcos mercantes, establecieron industrias, instalaron fábricas, desarrollaron el comercio dentro y fuera del reino; honrábanse con un trabajo que los españoles de entonces consideraban envilecedor; fomentaron con los moros las tan celebradas fábricas de sedas y paños, curtidos, papel y otros mil artículos de consumo y de exportación; adelantaron la dulcería, destilaciones licoreras y pastelerías, y gracias a ellos, durante algunos siglos, fueron muy solicitados los productos elaborados en Murcia, Almería, Granada, Córdoba, Toledo, Cuenca, Ciudad Real, Segovia, Villacastín, Baeza, Sevilla, Huete, Ubeda, Avila y otros puntos, todos los cuales llevaban a las ferias de Medina del Campo riquísimas transacciones, que ascendieron a cerca de 663 millones de pesetas en el año de 1563, según informe que sostuvo en las Cortes de la nación un ministro de Felipe II.

Más de mil navíos mercantes se ocupaban en repartir por el mundo nuestros productos nacionales, y solamente en Galicia se contaban más de doscientos buques, sin agregar los mil quinientos barcos menores que traficaban con Portugal. Repararon las antiguas vías romanas, y abrieron nuevos caminos y senderos para facilitar el transporte de

aquellos ricos paños, tapices, sedas, mercerías, cueros, arneses y sillas que cobraron tan universal fama.

Muchos años después, cuando la hemorragia bruscamente iniciada a fines del siglo XV, y lentamente sostenida durante los siglos XVI y XVII, hubo producido sus efectos, sobrevino tan profunda anemia y postración fabril, agrícola y mercantil, que la industria, la agricultura y el comercio enfermaron de un modo gravísimo. Los reyes daban decretos afirmando que la marina mercante, el comercio, la industria y las artes mecánicas no eran innobles; pero esto no conjuraba el mal. Los barcos eran desarbolados, y cuenta Jovellanos que en el siglo XVII, aquel Vigo, antes tan animado, permanecía casi desconocido por falta de tráfico. Galicia, Asturias y León, apenas podían transportar nada al interior, y la banca y el comercio habían pasado de manos judías a las de genoveses y flamencos, igualmente aborrecidos del pueblo, como lo fueron los judíos, al extremo de verse obligados por Carlos II a vivir en barrio aparte.

* * *

Puede afirmarse que en nuestros días el setenta por ciento del comercio mogrebino está en manos de los hebreos. A ellos debe Marruecos en gran parte su rápida incorporación al movimiento civilizador del mundo.

Ya lo presentía Murga, el incansable viajero, al escribir (1): "Si alguna vez, como todo parece augurarlo, el

(1) *Recuerdos Marroquíes*, José M. de Murga.

comercio concluye con las antipatías de los pueblos, les da bienestar y les une con el lazo de la fraternidad humana. Marruecos deberá gran parte de este resultado a los judíos. Entre ellos hallarán hombres superiores al medio en que se encuentran, libres de muchas o de todas las preocupaciones que les rodean, que les darán sin desconfianza ni recelo útiles noticias, y que les facilitarán los medios de ir levantando el velo tan tupido que cubre los misterios de Marruecos.”

Y lo confirma Tompson, que tan mal trata a los hebreos, diciendo: “Por su espíritu mercantil son un medio esencial para las relaciones comerciales, y a ellos se debe en gran parte que el país esté abierto hasta cierto punto para el tráfico con Europa.”

La laboriosidad y el instinto comercial son cualidades extremadas y características entre los hebreos: viven para su negocio, entregándose a él en cuerpo y alma, estudiándolo con amor y buscando sin cesar nuevos horizontes. El judío no sabe tener su dinero parado. Vende todo género de mercancías, aunque la ganancia sea exigua e insignificante.

Hay pocos grandes terratenientes en Marruecos. Generalmente, cumpliendo el consejo talmúdico, dividen sus capitales en tres partes: un tercio para adquirir propiedades, otro para emplearlo en el comercio y el último en dinero disponible. Como nos decía gráficamente un banquero sefardí del Mogreb, nunca el judío pone todos sus huevos en un solo cesto.

En materia de lealtad y honradez en las transacciones, pueden servir de modelo. Rara vez se da el caso, entre el

comercio hebreo de Marruecos, de que vuelva impagada una letra. Son fieles custodios y depositarios de aquello que se les confía. En las ciudades del Norte del Hedjar recuerdan al judío Samuel, nieto de Adiya, el más grande poeta de la región. Era un gran señor que habitaba el castillo de Ablag. Samuel es célebre por la fidelidad a la fe privada, que le hizo sacrificar a su propio hijo. Cuentan que el rey, Imru ul Kais, perdió su trono. Refugiado en el castillo de Samuel, después de confiarle un tesoro, le pidió que le recomendase al Monarca de Gassan, quien interesaría por su causa al emperador romano de Constantino-pla. Así lo prometió Samuel, prestándole un guía al rey huído. El Harit ben Zalim fué enviado por el Mudir para apoderarse de los tesoros de Inru, y vino a sitiar el castillo, aprisionando al hijo de Samuel, que cazaba en los alrededores. —Si me entregas el tesoro te devolveré tu hijo: mas si no me obedeces, le mataré—intimó el bárbaro sitiador. —Yo no entregaré nunca más que a su dueño lo que me ha sido confiado—replicó Samuel.— El Harit dió muerte al prisionero, y Samuel cantó en una poesía, que recuerdan los hebreos con orgullo: “Yo he guardado fielmente las corazas de Vindite... Yo he sido fiel, cuando tanta gente es traidora.”

Los hebreos mogrebinos hacen principalmente su comercio de importación con Inglaterra, Francia, Alemania y España. Gibraltar mantiene unas relaciones comerciales muy activas con Marruecos. Azúcar, cafés, tés, tejidos de algodón, percales estampados, pañuelos llamados de hierbas, géneros de punto, muselinas, tejidos de hilo, lienzos y holandias, lonas para tiendas de campaña, mantones de lana

y algodón, toallas sencillas y afelpadas, mantelería común, terciopelos, damascos, fieltros, yutes, alfombras, sederías en general, pañuelos de seda con flecos, bordados con lentejuelas, seda cruda manufacturada, cordones, trenzillas, cintas, carretes de hilo y seda, hilo de oro y plata, perfumería barata, agua de colonia, zapatería, alhajas, jabón de tocador barato, pinturas y barnices, sacos vacíos, jabón blanco y en barras, bujías, naipes, quincallería y juguetes, espejos, muebles, litografías, relojes de pared y de bolsillo, pianos, paraguas, quitasoles, chocolates, confitería y toda clase de dulces, licores y jarabes, cervezas, harinas, sémolas, loza ordinaria, cristalería, azulejos vidriados, mosaicos hidráulicos y cementos, ladrillos, tejas, productos químicos y farmacéuticos, materias colorantes, artículos de hierro esmaltado, cubos galvanizados, telas metálicas, azadones, piquetas, hachas, ferretería, guitarras, mandolinas y ropas hechas: he aquí una lista de los artículos que consume Marruecos.

En todo Marruecos va intensificándose el comercio español de tal modo, que ello demuestra con qué poco esfuerzo pudiera España hacerse dueña del mercado mogrebino.

Hay productos españoles, como el aceite, los vinos, el calzado de cuero, las alpargatas, ciertas conservas, etcétera, que compiten en el mercado de Marruecos con los similares de otros países; pero los más importantes, como son los tejidos de lana y algodón, las velas, el jabón común, el azúcar, la ferretería, las telas de seda, los gorros morunos, harinas y sémolas, no podrían competir abiertamente con los extranjeros si no se crean puertos francos en la

Península o se conceden primas a la exportación, ya que, como es sabido, una de las causas de que la exportación española a Marruecos no llegue a figurar en primera línea sobre todas las naciones, radica en la carestía de los fletes, que siempre fueron mucho más caros desde los puertos de la Península, que desde Marsella, Génova y Burdeos.

En Larache, Ceuta y Melilla, aparte de la exportación de mineral de esta última ciudad, no existe apenas movimiento comercial, y la vida de estas poblaciones no tiene otra base que los recursos que invierte en Marruecos el Estado. Esto es debido, entre otras causas, a que la zona española es una franja estrechísima, que no puede dar vida a esos tres puertos, más el de Tánger.

Los franceses hacen toda clase de esfuerzos, aun recurriendo a medios verdaderamente reprobables, para anular a Melilla y Larache, desviando el comercio hacia el puerto argelino de Nemours y hacia Kenitra, en el Sebú.

España debiera exigir que el acceso a la zona francesa de las mercancías procedentes de Melilla y Larache no fuera entorpecido en la forma que se viene haciendo.

En cuanto a las industrias indígenas que existen en Tetuán, Xauen y Alcazarquivir, debiera estimularse su desarrollo por todos los medios, pudiendo consistir en favorecer su consumo en otros puntos de la zona con rebajas de impuestos y fletes.

Convendría que el Gobierno estimulara la venta en las grandes capitales de la Península de ciertos productos de la industria mogrebina, babuchas, cinturones, pulseras, telas bordadas, alfombras, espingardas, gumías, etc., y sería interesante que pudiésemos llevar a algún punto del

Marruecos español la floreciente industria de los tapices de Rabat.

Que no haya que repetir las aceradas frases de Costa (1): "Faráis y Londres están muy cerca de Tánger, casi, casi dentro de sus murallas, al paso que Cádiz y Madrid están lejos, muy lejos, más lejos que la China, tan lejos como la luna; casi, casi tan lejos como el continente vastísimo del Limbo y como la remota Península de Babia."

Es preciso que los comerciantes españoles vayan a Marruecos: que se pongan en relación estrecha con el hebreo, tan conocedor del país y de las costumbres y usos de sus habitantes; que nombre acertadamente sus corresponsales y agentes.

Marruecos, con las riquezas naturales que encierra, con el porvenir que le ofrece su excepcional situación geográfica, abrazando dos mares y enlazando dos continentes, es un venero de energías que debe situar España a su lado.

Las conquistas modernas se hacen estableciendo relaciones mercantiles que aseguren la dominación de nuevos mercados para la industria nacional. Gran número de nuestros artículos manufacturados (2)—escribe el historiador D. Jerónimo Bécker—hallarán excelente mercado en Marruecos, como los paños de Granada y Béjar; los lienzos, sedería, algodones y pañería de Galicia y Cataluña; los tarbus o gorros colorados de Cataluña y Guipúzcoa; y lo hallarían también el hierro y el acero de Vizcaya, el arroz de Valencia, el azúcar, el aguardiente y otros mu-

(1) Joaquín Costa: *Discurso pronunciado en un mítin en Madrid el día 30 de marzo de 1894.*

(2) *Historia de Marruecos.*

chos productos. Pero ni nuestros industriales, ni nuestros comerciantes, han hecho nada por no dejarse arrebatat tan extenso mercado por ingleses, franceses, belgas y alemanes.

Los Gobiernos deben contribuir con su ayuda, con sus recursos; con todos los resortes de que dispone el Poder, a esta obra de patriotismo, sin hacer caso de vanas alharacas voceadoras, que engendra la ignorancia en ciertos sectores de la opinión pública.

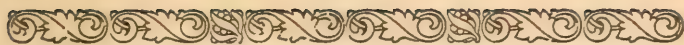
Es necesario que el capital español se oriente hacia Marruecos, y para conseguirlo, el Estado, la nación, debe prestarle todo su concurso, todo su apoyo. El capital es asustadizo y se espanta al no creerse suficientemente protegido. Don Miguel Villanueva decía en el segundo Congreso africano celebrado en 1908 en Zaragoza: “Debemos protestar, como yo protesto, de que, so pretexto de que son particulares, se abandonen los intereses de España en Africa, pues siendo de españoles, cuanto por ellos se haga es hacerlo también por la nación.”

“Si los comerciantes españoles han de mejorar su situación en el mercado marroquí—escribe D Gabriel Maura (1)—, es preciso que se persuadan de que nuestro porvenir en el Mogreb depende, única y exclusivamente, de nuestro propio esfuerzo.”

Los Centros Comerciales Hispano Marroquíes, dirigidos por D. Emilio Corbella, realizan una apreciable labor, y el Fomento del Trabajo Nacional de Barcelona ha organizado expediciones comerciales a Marruecos para el

(1) *La cuestión de Marruecos desde el punto de vista español* Gabriel Maura Gamazo. Madrid, 1905.

estudio de las necesidades del país. Muy conveniente sería que esa misma benemérita entidad organizara expediciones de comerciantes hebreos marroquíes a España, para que conozcan los progresos de nuestra industria, estableciendo así relaciones que a todos habrían de resultar muy provechosas. Con ello contribuiría a una obra de reintegración de energías perdidas, obra de patriotismo, en la que deben colaborar todos los españoles.



X

POLÍTICA SEFARDI

Lo que ha hecho España por los judíos españoles.—Lo que debe hacer.

¿Por qué hemos de llegar siempre tarde a Marruecos?

Antes que las naciones europeas se repartieran las vestiduras del Imperio, harto teníamos que hacer con defender a nuestros nacionales; pero ahora faltaremos a un sagrado deber de patriotismo si no atraemos, para reintegrarlos a la Patria común, a los hebreos, a esos hermanos nuestros cuyos ascendientes fueron expulsados de la casa solariega por un decreto inicuo.

No vamos a proteger a extraños: demostrado queda en las páginas de este libro de sinceridad el amor que a España profesan los sefardíes de Marruecos, españoles de abolengo.

Ciertamente que no han olvidado el nombre de la Inquisición; pero ¿es que ha hecho España, la España moderna, por los sefardíes, todo lo que ha podido y debido hacer?

¿Es que ha hecho España política sefardí, una política continuada, sujeta a un plan, orientada hacia un ideal reparador? Veámoslo.

La campaña de 1860, que culminó con la ocupación de

Tetuán, fué el primer paso que dió Europa en favor de los judíos mogrebinos. España rompió los muros con que el fanatismo musulmán encerraba a Marruecos, protegiéndolo contra toda idea nueva, y en el Imperio irrumpieron los aires de la civilización. La raza israelita cobró nuevos ánimos con el apoyo de los vencedores, y vió que podía luchar contra la barbarie berberisca dominante, que le mantenía en una esclavitud preñada de vilezas.

Una reina Isabel arrojó a los sefardíes de España, confinándolos en Africa, y otra reina Isabel—misterios del destino—, alumbraba la aurora de la redención de esos españoles hebreos tres siglos después, en las mismas tierras a donde fueron expulsados. Pero los españoles, eternos Quijotes, no supieron sacar las ventajas prácticas de su obra redentora, que prosiguieron otros países europeos, Francia especialmente, recogiendo los frutos de la semilla que sembró España, fecundada por la sangre de sus soldados.

Sin embargo, entre las espesas sombras de la indiferencia de la opinión, en todo el siglo XIX han brillado, aunque débilmente, los relámpagos de la intervención de nuestra Patria en favor de los judíos españoles, refugiados en Africa, en América, en el Oriente europeo, en casi todo el mundo.

En el último tercio del pasado siglo se inició una gestión oficial en favor de los sefardíes habitantes en Rusia. A consecuencia de la expulsión de los judíos, decretada en aquel lejano país el año 1881, dirigieron centenares de israelitas a los ministros de España en San Petersburgo y Constantinopla, demandando auxilios para marchar al

país de sus antepasados. Comunicaron los diplomáticos esta pretensión al entonces ministro de Estado, Sr. Marqués de la Vega de Armijo, y éste contestó con la siguiente Real orden, comunicada por telégrafo en 15 de junio de dicho año: “S. M. me encarga diga a V. E. que tanto Su Majestad como el Gobierno recibirán a los hebreos procedentes de Rusia, abriéndoles las puertas de la que fué su antigua Patria.”

Este decreto, publicado no sólo en los periódicos de Constantinopla y San Petersburgo, sino también en los de Servia y Bulgaria, produjo honda emoción entre los sefardíes de Oriente.

Nuestro ministro en Constantinopla, Sr. Conde de Rasón, expuso, en comunicación dirigida al Gobierno, que el noble acuerdo de éste podía favorecer grandemente al comercio de nuestra Patria, pues si los israelitas expulsados se establecían en el litoral español del Mediterráneo, se pondrían en comunicación con los trescientos mil correligionarios sefardíes, que hablan nuestra lengua y viven de su trabajo y del tráfico, consumiendo productos de nuestra agricultura que se le remitían bajo bandera extranjera. Proponía el establecimiento de una línea regular de vapores de Sevilla a Odessa, y además la creación de un Instituto español de segunda enseñanza, a imitación las Escuelas Reales alemanas, en Salónica, y otro en Constantinopla.

El 25 de junio, este mismo diplomático, después de hacer algunas consideraciones sobre la cultura de los judíos establecidos en Turquía, y de citar al periódico hebraico-español *El Telégrafo* y a una revista mensual que co-

menzaba a publicar la Sociedad denominada "La Esperanza", pidió que se remitiesen algunas colecciones de libros, lo que así se hizo.

Ante la oposición de los Estados Balkánicos a admitir a los judíos, y las medidas acordadas por el Imperio alemán privándoles de los derechos de ciudadanía, se renovó en 17 de julio del mismo año el ofrecimiento del Gobierno español, y a pesar de que éste no podía sufragar los gastos de la repatriación de los sefardíes que anhelaban volver al país de sus abuelos, agenció el transporte gratuito de cincuenta personas y una rebaja considerable en el pasaje de muchas más, que, socorridas en Marsella por el cónsul de España, Sr. Marqués de González, llegaron a Barcelona en el mes de septiembre del mismo año.

En 11 de febrero de 1887, D. Práxedes Mateo Sagasta, contestando en el Congreso a una pregunta del diputado D. Eduardo Baselga, manifestó que los israelitas que desearan venir a España hallarían aquí un pueblo tolerante y hospitalario, donde, al amparo de los artículos segundo y once de la Constitución, gozarían de todos los derechos civiles, sin sufrir leyes de excepción.

En este mismo año de 1887, a raíz de una serie de programas en Rusia, se fundó en Madrid un Comité de inmigración judía, patrocinado por D. Emilio Castelar, que no alcanzó éxito, pues las escasas expediciones de judíos de Oriente que llegaron a España pasaron a América, sin detenerse en la Península.

En el año 1891 los judíos de Odessa volvieron a solicitar la repatriación soñada. Comunicó la pretensión el ministro de España en Rusia, con fecha 31 de diciembre del pro-

pio año, contestándole nuestro Gobierno con la siguiente Real orden: “Madrid, 27 de enero de 1892.—Excmo. señor: Enterado el ministro de Estado del despacho de vuestra excelencia, preguntando, a ruegos de algunos israelitas residentes en Odessa, si el Gobierno de S. M. les permitiría establecerse en cualquier punto de la Monarquía, ha tenido a bien disponer manifieste a V. E., a fin de que lo ponga en conocimiento de los interesados, como ya se hizo en 1881 por conducto de la Legación de España en Constantinopla, que las leyes de la Nación no se oponen en lo más mínimo a que los extranjeros que así lo deseen vengán a establecerse en la Península, como y cuando les parezca, en la inteligencia de que estas mismas leyes les garantizan, como a cuantos no profesan la religión católica, la más completa y absoluta libertad de conciencia, y, por consiguiente, que no necesitan autorización especial para venir al Reino, cuya entrada tienen siempre franca y expedita; pero lo que no puede hacerse es facilitarles auxilios para trasladarse aquí, por no permitirlo nuestros presupuestos.”

Más tarde, D. Angel Pulido, viajando por el Danubio, encontró al doctor Bejarano, insigne sefardí. Observó con luminosa visión una España nueva y desconocida, que alentaba lejos de las fronteras españolas, soñando con la vieja Patria. Y a redimir a esos españoles consagró su vida nobilísima, clamando en el desierto de la indiferencia. Amador de los Ríos, Castelar, Coello y Pacheco, el jesuíta padre Fidel Fita; el marqués de Hoyos (1), D. Juan B. Sit-

(1) Siendo el marqués de Hoyos representante de España en Viena, escribió una notable Memoria sobre los judíos residentes en la capital austriaca.

ges, D. Marcelino Menéndez y Pelayo (1), Sánchez Moguel, Menéndez Pidal, D. Miguel Villanueva, tan respetado por los hebreos marroquíes; D. Rafael Altamira, D. Eugenio Silvela, recopilador de un precioso cancionero; Rodolfo Gil, Manrique de Lara, Augusto Vivero, Cansinos Assens, Judá Pardo, Kaysserling, Danon, Foulché Delbosc, Ha-Levy, Abrahám Galante, todos esos hombres ilustres se han ocupado del problema judaico español en el siglo XIX, estudiándolo desde diversos planos.

Recientemente, en estos últimos años, se observa un retoñar del sentimiento sefardí en España. Ha sido abierta al culto en Madrid una sinagoga llamada *Midrash Abarbanel* y se ha mejorado el cementerio israelita, en el recinto de la Necrópolis.

Con motivo de una acertada disposición del Gobierno francés, favorable a los sefardíes que habitan en el Imperio turco, la intelectualidad española dirigió al jefe del Gabinete de Francia, en junio de 1916, el siguiente mensaje, en el que palpita el patriotismo en su más amplio y elevado concepto:

“Sr. Presidente del Consejo de Ministros: Hemos leído con especial satisfacción en nuestra Prensa que el Gobierno francés, no obstante hallarse en guerra con el Imperio otomano, ha retirado todo procedimiento de rigor contra los israelitas españoles, súbditos de este Imperio, que se instalaron y establecieron en Francia, fiados en la tradicional hospitalidad del noble pueblo francés, al tiempo que les consiente continuar disfrutando de las felicidades de una

(1) Antología de poetas líricos españoles.

vida laboriosa y tranquila. Bien sabemos que Francia, aun en estado de guerra, nunca ha de dejar a aquellos particulares que, siendo miembros de naciones enemigas, hállanse colocados bajo su protección y amparo. Semejante gesto de generosidad humana, que tan apropiadamente conviene a su carácter y tradiciones de espíritu e historia, nos ha conmovido muy particularmente en este caso, por tratarse de israelitas españoles. La separación que impusieron largos siglos, no hizo olvidarse a España de los que fueron hijos suyos, al modo como tampoco éstos perdieron con el tiempo el recuerdo cariñoso de su antigua madre-patria, pues siempre siguieron hablando nuestro idioma, llamándose con orgullo españoles (sefardíes), y con sincera piedad conservaron hasta el día los usos y tradiciones ibéricas. Nosotros considerámosles como miembros desprendidos de la gran familia española, establecidos en hogar extraño, y todo cuanto les afecta alcánzanos igualmente a nosotros. La benevolencia que el Gobierno francés les ha otorgado cordialmente nos impresiona y nos ratifica en la alta idea que siempre concebimos del idealismo de Francia. Rogámosle sea el intérprete de nuestra gratitud y reconocimiento cerca del ministro o ministros iniciadores de la decisión, que tanto honra a Francia y a vuestro Gobierno, y que, prescindiendo de su valor humanitario, consideramos prueba afectuosa de caballerosa atención para con nosotros, españoles. Aceptad, Sr. Presidente del Consejo, con el testimonio de nuestro agradecimiento por vuestro proceder en favor de los israelitas españoles residentes en Francia, nuestros votos por la prosperidad de tan hidalga nación, y la expresión de nuestra alta consideración para vuestra

persona y para el Gobierno de la República.—Madrid, 18 de junio de 1916.”

Firma este hermoso documento lo más alto de la intelectualidad española: Dr. Santiago Ramón y Cajal, histólogo; Benito Pérez Galdós, novelista y académico; Gumersindo Azcárate, rector honorario de la Universidad Central y miembro de las Reales Academias de Ciencias Morales y Políticas y de la Historia; Dr. D. Angel Pulido, vicepresidente del Senado, presidente del Real Consejo de Sanidad, miembro de la Real Academia de Medicina y autor de numerosas obras científicas, sociales y políticas; D. Rafael Altamira, catedrático de la Universidad de Madrid, senador, historiador y miembro de la Academia de Ciencias Morales y Políticas; Melquiades Alvarez, jefe del partido reformista; Miguel Morayta, catedrático; Luis Simarro, catedrático de la Universidad de Madrid; Miguel Moya, presidente de la Asociación de la Prensa y diputado a Cortes; Alejandro Lerroux, jefe del partido radical; Alfredo Vicenti, director de *El Liberal*; Leopoldo Romeo, director de *La Correspondencia de España*; Roberto Castrovido, diputado a Cortes y director de *El País*; Rafael de Labra, presidente del Ateneo y senador del Reino; José Carracido, decano de la Facultad de Farmacia, senador, miembro de las Reales Academias de Ciencias Naturales y de Ciencias Morales y Políticas; Tomás Bretón, director del Real Conservatorio de Madrid; A. Castro, catedrático de la Universidad Central; Manuel Azaña, secretario del Ateneo de Madrid, y los siguientes parlamentarios y escritores pertenecientes a todas las agrupaciones políticas: Ayuso, Barcia, Giner de los Ríos, Conde y Luque, Ale-

sanco, Lázaro, Chaix, Lamana, Bethancort, Darío Pérez, Domínguez Alfonso, Beruete y Moret, Luis Araquistain, Enrique de Mesa, Ramón Pérez de Ayala, Méndez Bejarano, R. Cansinos Assens y Díez-Canedo.

Más tarde, la Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano se dirigió a Italia en defensa también de los sefardíes, hermanos nuestros de raza. Dice así el escrito :

“Sr. Presidente del Consejo: La Liga Española para la Defensa de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que yo tengo el honor de presidir, se toma la libertad de someter, con el mayor respeto, a V. E. lo que sigue: Ha llegado a nuestro conocimiento que algunos israelitas de origen y lengua españoles, pero súbditos otomanos, que habitan Italia, donde ganan laboriosa y honradamente su vida, han sido o serán sometidos a medidas que vuestro alto Gobierno, por consecuencia de la guerra entre Italia y Turquía, ha tomado contra los súbditos de este país, teniendo ellos que abandonar sus hogares, interrumpir sus ocupaciones, que los mantienen a ellos y a sus familias, y ser internados en un campo de concentración, donde quedarán sin recursos, y de donde saldrán, después de la guerra, completamente arruinados. Como españoles, y, por los estatutos de nuestra Liga, como defensores de todos los desgraciados que sufren sin propia culpa, nos permitimos solicitar de V. E. indulgencia para estos israelitas que, en opinión nuestra, no merecen los rigores que les amenazan. Es cierto que son súbditos otomanos; pero ellos pertenecen a una raza que no tiene nada de común con los turcos. Descienden de ancetras que durante largos siglos fueron españoles, y de

los que conservan piadosamente la lengua y las tradiciones nacionales. Ellos no participan de ninguna de las tendencias y opiniones reinantes en su país de naturaleza, que abandonaron sin idea de regreso. Su vieja civilización judía está fundida en la cultura latina. Todas sus simpatías están al lado de Italia, que les ha dado hospitalidad y cuyas aspiraciones aman ardientemente. El pequeño número de ellos—según nuestros informes, a lo sumo se trata de media docena de individuos—les hace inofensivos, aunque su honorabilidad y amor a Italia no excluyera toda sospecha de que pudieran perjudicar a su patria de adopción, donde muchos han solicitado naturalizarse; V. E. continuaría las nobles tradiciones de su glorioso país, consintiendo en no considerar a estos israelitas españoles de Turquía como súbditos enemigos, y permitiéndoles permanecer donde están y ocuparse de sus negocios.

Empleando este procedimiento tan generoso, V. E. procederá del mismo modo que el Gobierno francés. En esta gran nación, aliada de Italia, vivían al principio de la guerra, no unas docenas, sino unos 10.000 israelitas otomanos. El Gobierno francés tuvo a bien reconocerlos con el carácter de españoles, pero no de turcos. El Gobierno francés no los ha molestado, y hasta da ocupación a muchos de ellos, que la guerra privó de su trabajo habitual, en las fábricas del Estado, donde ganan crecidos salarios. Este tratamiento a favor de los que a nuestros ojos son siempre españoles y hermanos latinos, inspiró a algunos de los más ilustres entre nuestros compatriotas la idea de enviar a nuestro colega de Francia, M. Aristides Briand, el mensaje de gratitud y de respeto cuya copia le mandamos

adjunta. Concediendo a los israelitas españoles-otomanos el favor que solicitamos, Italia querrá, seguramente, imitar a Francia en este hermoso rasgo de humanidad. V. E. se haría acreedor a la gratitud, no sólo de las pobres gentes que recibirían el beneficio inmediato, sino de nuestra Liga y de toda la España, que considera a estos sus descendientes, antiguamente desterrados, como sus propios hijos. Díguese aceptar, Sr. Presidente del Consejo, la expresión de nuestra alta consideración.—Firmado: Dr. Luis Simarro, presidente de la Liga, profesor; D. Benito Pérez Galdós, escritor; Augusto Barcia, Pedro Gómez Chaix, Manuel Hilario Ayuso, diputados; Ramón Martín Sol, secretario de la Liga.

He aquí la contestación que dió el presidente del Consejo de Italia, transmitida por mediación de la Embajada en Madrid: “Sr. Presidente: S. E. el Cav. Boselli, presidente del Consejo de Ministros, ha recibido el mensaje que su digno Comité le ha dirigido, pidiéndole que las restricciones dictadas por el Gobierno italiano contra los súbditos otomanos no sean aplicadas a los israelitas españoles (sefardíes). Yo cumplo ahora la agradable misión de informar a usted y al Comité, que tan dignamente preside, que las disposiciones en vigor en Italia conceden ya esas facilidades solicitadas en favor de los sefardíes, puesto que éstos, por sus orígenes y por sus tradiciones, deben ser considerados como súbditos otomanos de nacionalidad no turca, y, por consecuencia, todas las disposiciones tomadas en Italia en favor de los otomanos que se encuentren en esta condición le son aplicables.”

Las Asociaciones hispano-hebreas se multiplican en el

Mogreb, como un lazo de unión entre todos los españoles, sin distinción de creencias. El célebre Dr. Bandelac, médico de la Embajada de España en París, fué el fundador de esas entidades, que tan excelentes frutos están produciendo. Sólo la Asociación Hispano-Hebrea de Tetuán cuenta con mil asociados, y el Rey Don Alfonso ostenta la presidencia honoraria de la patriótica institución (1).

Las Asociaciones se han federado y en el Consejo Central de la Federación, que radica en Madrid, figuran nombres tan ilustres como los de Francos Rodríguez, Goicoechea, Bauer, Sáinz Rodríguez, Fareda y Ayuso, entre otros.

El Consejo de la Federación no sólo se ocupa de los hebreos marroquíes, sino que ha extendido su radio de acción a los sefardíes de todo el mundo, y cuenta con delegados en todos los países americanos, en el Oriente y en París, Londres, Viena, Amsterdam y Berlín, desarrollando una labor racial verdaderamente importante.

El Estado español es hoy uno de los más libres y tolerantes del mundo. Las fronteras de España están abiertas para todos los hombres, sean cuales sean sus ideales religiosos y políticos.

El artículo 11 de la Constitución garantiza la libertad de credo, al proclamar "que nadie será molestado por sus

(1) He aquí las bases por que se rigen las asociaciones hebreas:

1.º La asociación hispano-hebrea tiene por objeto:

a) Mantener y desarrollar entre los hebreos marroquíes de origen español el amor a la patria española.

b) Difundir y propagar el idioma castellano.

c) Propagar por todos los medios entre los hebreos residentes en Marruecos el pensamiento español en todas sus manifestaciones.

d) Fomentar y favorecer las relaciones comerciales, artísticas, científicas y literarias entre España y Marruecos.

opiniones religiosas, ni por el ejercicio de su respectivo culto.”

El Código penal castiga a todo aquel que con “hechos, palabras, gestos o amenazas, ultrajare al ministro de cualquier culto. Al que por los mismos medios impidiere la celebración de funciones religiosas. Al que escarneciére públicamente alguno de los dogmas o ceremonias de cualquier religión que tenga prosélitos en España. Al que con el mismo fin profanare públicamente vasos sagrados o cualesquiera otros objetos destinados al culto”.

El edicto de los Reyes Católicos es hoy solamente en España un documento histórico, que señala la única mancha de un glorioso reinado.

* * *

Pero aún resta mucho camino que andar para llegar a la penetración entre los españoles y los sefardíes, ramas de un mismo árbol.

e) Preparar y allanar los medios para la perfecta asimilación con España de los elementos hebreos de Marruecos, tanto en los puertos como en los pueblos del interior.

2.º Para conseguir los fines que se proponen, la asociación, en la medida de sus recursos, fundará Bibliotecas populares; repartirá premios a los alumnos sobresalientes; creará centros de propaganda en las principales poblaciones de España y del extranjero; organizará conferencias públicas y cooperará a toda publicación que tienda a lograr los fines de la Asociación.

3.º Todos los hebreos marroquíes residentes en cualquier punto de Marruecos, de España o del extranjero, pueden ser socios efectivos, pagando las cuotas reglamentarias.

4.º La Asociación admite en las mismas condiciones socios adherentes de cualquier confesión o nacionalidad.

Hemos dejado que Francia ocupe el lugar de España cerca de los judíos mogrebinos. Francia es considerada por los hebreos como la nación redentora del pueblo israelita en Marruecos. Francia, con sus escuelas y con sus protecciones, es una realidad; España es un ideal romántico, muy amado, pero cuya influencia bienhechora no se toca lo suficiente.

Ha contribuído no poco a ello la indiferencia de los Gobiernos y la ignorancia en que viven la mayoría de los españoles en cuanto se relaciona con los hebreos. Ni los conocemos. Influye en los espíritus, dentro de la indiferencia religiosa que hoy domina en España, y a pesar de ella, el fanatismo atávico tradicional.

A los judíos, sólo los comprendemos en las procesiones de la Semana Santa, azotando a Jesús. Y no nos damos cuenta de que los hebreos actuales nada tienen que ver con los que crucificaron a Cristo, del mismo modo que los españoles del día no son los españoles de la Inquisición, ni los franceses de ahora son los de la Saint Barthelemy.

No deben olvidar los fanáticos que los padres de Jesús fueron judíos, como israelitas son todas las figuras del Antiguo Testamento, que los cristianos reverencian. El cristianismo no es otra cosa que una prolongación del judaísmo. Tan sagrado es para el cristiano el Antiguo Testamento como el Nuevo. Los Mandamientos de la ley de Dios, que Jehová entregó entre truenos y relámpagos en las cumbres del Sináí, lo mismo rigen para los cristianos que para los hebreos. Y ahí, en el Decálogo, está la base de la religión católica, como está el fundamento del credo mosaico y los cimientos incommovibles de la moral universal.

Contrasta, frente a la intolerancia fanática de algunos católicos, el resplandor de progreso de la tolerancia judía. En un periódico sefardí que se publica en Tánger, único órgano hispano-hebreo de Marruecos—*El Eco Israclita*—, hemos leído (1) un brillante artículo necrológico, cuajado de elogios, dedicado al ilustre historiador P. Fidel Fita, a un católico, a un sacerdote, a un fraile, a un jesuíta.

Los tiempos cambian: el mundo evoluciona y avanza. Las ideas del siglo XV bien están para aquella época en que la Edad Media agonizaba. Los españoles del siglo XX han de pensar de otro modo.

Antón del Olmet, que no siente el problema judío, que lleva en el espíritu a un Inquisidor del siglo XVI, escribe hidalgamente, sincero y leal, refiriéndose a los sefardíes marroquíes: “Empero yo debo tener para estos hebreos de Larache y Tetuán y de toda la zona mi loa más cumplida. Ellos son los hidalgos, los caballeros, los dignos, los honrados de su estirpe. Ellos, cuando la bárbara monarquía extranjera (2) que imperaba en España les hizo escoger entre la expatriación y la abjuración, dejaron sus casas, sus pueblos, cuanto constituía para ellos la vida terrenal, y siguiendo un ideal supremo y altísimo, emigraron a Marruecos, prefiriendo soportar la horrenda vida que arrasaron durante siglos, a renegar de su religión, de su alma. Los miserables, los abyectos, son los que permanecieron

(1) 21 de enero 1918. También se ha empezado recientemente a publicar en Larache una revista titulada “Kol Israel”.

(2) El Sr. Antón del Olmet no recuerda que Fernando e Isabel fueron los últimos reyes españoles de una española dinastía. Los Austrias empezaron con Carlos I de España, V de Alemania, y los Borbones con Felipe V.

aquí, entre nosotros, conversos a una religión que no sentían y que aceptaron por lucro y por comodidad natural.”

Es preciso que veamos en el sefardíe a un español más, tan español como el que ha nacido en España, porque lleva el amor a la patria común en el corazón.

España no vive sólo en la Península ibérica—dice un notable periodista—, ni se extendió únicamente por el mundo americano; a orillas del Egeo, de ese mar de leyenda y de poesía, que une a la Europa y al Asia con el beso perenne de sus aguas azules, soñadoras, miles de corazones, hermanos de los nuestros, palpitan al impulso de un mismo augusto amor. Son españoles, nietos de españoles, a los que de España se expulsara, quinientos años hace, por una ley de injusticia y de torpeza, producto de los fanatismos y de la ignorancia de un siglo que aún así fué glorioso para el pueblo hispano. Y hasta la culpa no debiera recaer sobre ese pueblo, sino sobre el siglo que a todos los pueblos los manchó de igual modo. Nuestros compatriotas, en tácito acuerdo, emigraron casi todos ellos a las tierras turcas en los confines de Asia y de Europa. Esmirna, Constantinopla, Salónica y tantos otros pueblos musulmanes, abrieron sus brazos a los pobres judíos españoles. Y entre los turcos han estado viviendo durante centurias, aunque sin abjurar, en caso alguno, de su patria hispana, ni de su lengua, ni de sus costumbres, ni de sus amores. Los españoles de Turquía jamás quisieron ser turcos. ¡Españoles siempre! Pero España nada hizo por ellos: de Turquía viniéronse muchos, innumerables, a los Estados Unidos de Norteamérica, buscando en este país—

el más libre y progresivo de todos los del mundo—ambiente más propicio. Hoy, solamente en la ciudad de Nueva York residen unos 30.000 judíos españoles. Y otros tantos se encuentran en el resto de los Estados Unidos. De entre los judíos españoles habitantes en Nueva York surgió el club “La Luz”, cuyo simbólico nombre es la bandera intelectual. Los socios de este club constituyen un laborioso núcleo de jóvenes ilustrados, rebosantes de entusiasmo por todas las manifestaciones de progreso y con un amor a España que conmueve. ¡España late allí!

Y es hermoso, y es bello ese amor cuajado de un patriotismo puro, porque no está manchado con ningún mezquino interés.

Luis Morote refiere un caso que presencié en Larache, que señala la política a seguir, política de paz, de fraternidad. Era cónsul de España en la ciudad del Luccus el primer español en Marruecos, el hombre que más ha trabajado y con mayor éxito por extender la influencia legítima de su patria en el Mogreb: ya comprenderéis que se trata de D. Juan V. Zugasti, querido y respetado por los musulmanes, cristianos y hebreos. Murió en Larache un israelita que era protegido español, y murió, como es natural, en su ley mosaica. El cónsul Sr. Zugasti ordenó que se cubriera el féretro con la bandera española, y presidió él en persona el duelo, con gran espanto de ciertos católicos. Hizo más: hizo que el *mehazni* del consulado, moro de rey, es decir, soldado, fuese al frente del entierro, abriendo paso, para imponer de esa suerte respeto a todos, a moros y cristianos, y persuadirles de que aquel era un acto oficial. Según el Sr. Zugasti discurría admirablemente, el muerto,

antes que judío, era español. La religión no puede oscurecer la ciudadanía y la ciudadanía era la de nuestra patria.

Decía el Sr. Gutiérrez Sobral, en una conferencia dada en el Círculo de Bellas Artes de Madrid el 26 de marzo de 1905, que nos empuja a Marruecos la presión de otros pueblos de Europa, y antes que ir arrastrados por nadie, debemos hacerlo por acto de nuestra voluntad, pero acto reflexivo, pensado y bien meditado, eligiendo los elementos que hemos de llevar para realizar una empresa que tiene por principal enemigo la lucha y la concurrencia de los otros pueblos de Europa. En la elección de esos elementos no han estado, por regla general, muy atinados nuestros Gobiernos. Frente a los aciertos de Francia, que dispone de un personal admirable, entrenado en Argelia, nosotros apenas hemos podido situar unos cuantos funcionarios inteligentes, deseosos de estudiar y conocer Marruecos. Pero el deseo no es bastante si no va aliado con el tiempo y con la experiencia.

La influencia francesa sobre los hebreos marroquíes se deja sentir por la escuela y por el comercio. Sobre esos puntos debe girar el esfuerzo de España en la obra de atraer y españolizar a los judíos. Para ello contamos, como aliados naturales, con el idioma y con la simpatía tradicional que en los sefardíes despierta nuestra patria, que es la suya, por serlo de sus antepasados.

La labor que puede y debe realizar España en relación con los hebreos de Marruecos, queda sintetizada en el programa mínimo que a continuación desarrollamos:

A) Promulgar una ley parecida a la que dictó en Fran-

cia para la Argelia el ministro M. Cremieux, el 24 de octubre de 1870, concediendo la nacionalidad española, con todos los derechos civiles y políticos, a los israelitas residentes en el Marruecos español y en nuestras posesiones de Africa.

No hay que olvidar que, como decía muy bien el señor Garriga Massó, en el Congreso Africanista de Zaragoza, el problema de Marruecos es de grandísimo interés para nosotros, no sólo bajo el punto de vista comercial, sino en su aspecto político, pues cuanto mayor sea nuestra influencia en el vecino Imperio, más asegurada estará nuestra independencia nacional.

B) Fundar escuelas españolas en las ciudades de la zona y ampliar los locales y aumentar el número de maestros en las existentes. Crear en Tetuán un centro de enseñanza superior, no confesional, donde se curse la segunda enseñanza, comercio, idiomas y preparación para las carreras especiales españolas. Establecer en dicho centro, y en las escuelas de las ciudades de la Zona y de Ceuta y Melilla, horarios especiales para las enseñanzas religiosas, según las creencias de los alumnos cristianos, hebreos y musulmanes. Laborar en el sentido de que la enseñanza en las Escuelas de la Alianza Israelita del Marruecos español sea española, basándose en la universalidad de la institución, sin excluir el aprendizaje del idioma francés.

C) Establecer en las cinco ciudades del Protectorado, Tetuán, Larache, Alcazarquivir, Xauen y Arcila, oficinas de Registro civil para los hebreos, desempeñadas por judíos, en calidad de funcionarios del Estado, dándoles

asimismo entrada en todos los organismos oficiales de la Zona.

D) Impulsar las relaciones comerciales, organizando excursiones de comerciantes españoles a Marruecos y de comerciantes hebreos a España, creando asimismo exposiciones permanentes de productos españoles en las ciudades de Tánger, Tetuán, Larache, Melilla y Casablanca.

Tal debe ser la obra de España cerca de los israelitas de Marruecos, que es, ante todo, una obra de reparación. España cometió una injusticia, influenciada como el mundo entero, por los prejuicios de la época, al expulsar del solar a una masa de españoles cuya única culpa era adorar a Dios, al Dios único, con distinto rito que la mayoría de los habitantes del país, compatriotas suyos; y esa injusticia que cometieron el fanatismo y la ignorancia unidos debe repararla el amplio espíritu de libertad y tolerancia que hoy vigoriza a España, madre de todos los españoles, sea cual sea la religión en que comulguen.

Y no ya por espíritu de justicia; un santo deber de patriotismo nos obliga a laborar, para que las fuerzas que representan en Marruecos los hebreos, los sefarditas, no sean utilizadas por otras naciones con perjuicio de los intereses de España.

Don Saturnino Ximénez, el incansable observador, que ha recorrido el mundo con los ojos muy abiertos, escribe: “Después de España no conocemos nada tan español como Marruecos. Español por la estirpe ibera de sus aborígenes; español por los parentescos y las afinidades históricas; español por el elemento israelita; español por ser la colonia española la más numerosa después de la población indíge-

na; español por lo divulgado de nuestro lenguaje, por lo corriente de nuestra moneda, por la preponderancia de nuestras virtudes y de nuestros propios vicios.”

Que no olviden los españoles que en Marruecos está cifrado el porvenir de España, desde los días en que una Reina clarividente nos legó, en su testamento admirable, el encargo de no cesar en la conquista de Africa.

Y al otro lado del Estrecho, millares de españoles que allí arrojó esa misma Reina, quizá para que fueran semilla de donde arrancara el árbol, nos esperan con los brazos abiertos y con el amor a España en los corazones, para ayudar en una conquista civilizadora a la nación que, según frase deslumbradora de Castelar, engarzó el mar como una esmeralda en sus sandalias y el sol como un brillante en su corona.

FIN

•

ALGUNAS OPINIONES

sobre

LA ACCIÓN SEFARDÍ





PRÓLOGO DE LA EDICIÓN ANTERIOR DE LOS HEBREOS EN MARRUECOS

PRÓLOGO DEL ALTO COMISARIO DE ESPAÑA EN MARRUECOS,
EXCELENTÍSIMO SEÑOR GENERAL D. FRANCISCO GÓMEZ JOR-
DANA, QUE FIGURA EN LA PRIMERA EDICIÓN

El brillante escritor D. Manuel L. Ortega recurre a la amistad que con él me une, rogándome que prologue su nuevo libro LOS HEBREOS EN MARRUECOS. No me he resistido a la invitación, aun antes de conocer la obra, porque ya sé que el Sr. Ortega posee el secreto de la difícil facilidad de enfocar serenamente las cuestiones, ofreciéndolas al público envueltas en el ropaje de un estilo sobrio, en el que las imágenes brillantes no son otra cosa que las pinceladas que hacen más claro el pensamiento, resaltando las bellezas que encierra. Además, sobre las producciones del Sr. Ortega resplandece siempre, como un sol, el patriotismo más aquilatado y entusiasta. Bien lo demuestra su labor en Africa.

Por eso prologo yo este libro, haciendo honor al adagio que dice que no hay libro bueno que no contenga algo malo. Lo malo en esta obra son unas líneas escritas por quien entiendo más de lances de armas que de lides de plumas.

Ortega, con su libro "El Raisuni", con la "Guía del Norte de Africa", donde recopila la vida marroquí, demostró que sobre los temas que él toca puede colocar el clásico nadie los mueva. En "El Raisuni", que es una historia del Marruecos español en lo que va de siglo, una historia cuyos datos no están recogidos en las bibliotecas, sino de los labios de las personas que vivieron los sucesos, supo el escritor retratar de mano maestra, con sus virtudes y con sus vicios, a una raza, a la raza árabe marroquí, unida a la española por tantos puntos de contacto que tienen su origen en el abolenjo étnico.

En LOS HEBREOS EN MARRUECOS Ortega nos describe a otro gran pueblo, al pueblo israelita. Y agotando el tema, estudia a los judíos mogrebinos en su historia, en sus costumbres, en su religión, en su vida pública, en su existencia de hogar, en su idioma, en sus alegrías y en sus dolores. Y aún va más lejos, señalando a la acción de España el camino que debe seguir.

Falta hacía el libro de Ortega, obra de erudición pasmosa—no hay más que leer la nota de autores consultados—, de observación profunda, de crítica razonada: más parece este libro el resultado de la vida laboriosa de un anciano envejecido en el estudio que la producción de un escritor joven que simultanea con la labor periodística, tan agotadora, la creación de estas obras completísimas, que requieren años de preparación. El libro de Ortega es el primer estudio serio que se hace dedicado a los israelitas del Mogreb.

Releyendo las páginas de LOS HEBREOS EN MARRUECOS, yo que he vivido desde mi juventud en tierras africanas, en convivencia con moros y judíos, cuando los europeos resi-

dentés en todo el país apenas llegarían a un centenar, he visto que la realidad se asoma a plena luz al libro de Ortega. Así son, como el autor los describe, los hebreos mogrebinos; así viven, esperando siempre.

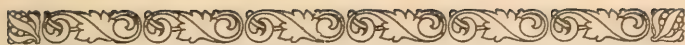
El elemento israelita de Marruecos, profundo conocedor del país, árbitro y acaparador del comercio, merece que la atención de nuestra Patria se fije en él, pensando que si inspiramos nuestra conducta en altos ideales y nos despojamos de prejuicios que todo lo empequeñecen, habremos dado un gran avance en el legítimo predominio de España en el Mogreb.

El hebreo es honrado, laborioso, económico y prudente. Constituye la colonia extranjera más numerosa y antigua. Según algunos autores, ascienden a doscientos mil los judíos que habitan en los Mel-lah del Imperio. Y este pueblo, unido a España por el lazo del abolengo y de la tradición; este pueblo, que profesa a nuestra Patria un amor romántico, sólo espera que nosotros vayamos a él, para que le administremos justicia, para que le señalemos los senderos de la instrucción, para que le restituyamos a su viejo solar, como ciudadanos de España. Y debemos ir de prisa, antes de que otros países se nos adelanten demasiado en esta labor nacional.

No hay que olvidar que la fuerza de vitalidad y de inteligencia del pueblo hebreo es avasalladora y prepotente. Desde las negras simas de la degradación, de la servidumbre envilecedora en que vegetaba en Marruecos, en pocos años ha sabido colocarse, sobre todo en las ciudades de la costa, a muy poca distancia del nivel intelectual del europeo, igualándole y aun aventajándole en múltiples casos. La ge-

neración que actualmente se forma constituye una legión de hombres preparados por una instrucción sólida para la lucha por la vida, educados ya en las costumbres y en el medio civilizador europeo que han importado en Marruecos los Protectorados francés y español.

Estudiando al pueblo hebreo mogrebino en su historia, comprenderemos lo que puede ser en el porvenir, en un mañana muy próximo, esta raza de temple tan poderoso, que sabe resistir a todas las persecuciones y vencer con espíritu de sacrificio los mayores infortunios.



LOS SEFARDÍES Y EL DOCTOR PULIDO

Como homenaje al apóstol de la causa hispano-hebrea, el ilustre Dr. Pulido, reproducimos algunas opiniones de significados sefardíes, que demuestran el amor que a España profesan esos hombres, que no han podido arrancar de sus corazones el recuerdo de la vieja y gloriosa patria de sus abuelos.

PRÓLOGO DEL LIBRO «EL DOCTOR PULIDO»

por *D. Ignacio Bauer*

Con el mayor gusto voy a poner unas líneas a este libro, escrito por uno de los españoles que más entusiasta, perseverante y generosamente han trabajado por la causa hispano-hebrea, por Manuel L. Ortega, conocido y amado actualmente en todas las Comunidades sefardíes del mundo, con las que sostiene activa y diaria correspondencia, inspirada en el más alto patriotismo. Y es doble este placer que experimento al dejar correr la pluma sobre el papel, porque esta obra está dedicada a biografiar, rindiendo un tributo de homenaje y admiración, la vida de ese hombre bueno, sabio, venerable que se llama el Doctor Pulido, y es el apóstol de la campaña sefardí que ha de reintegrar al seno de la madre España a tres millones de sus hijos.

Este libro es el libro de los sefardíes, porque es el libro del insigne Dr. Pulido, y es la obra de D. Manuel L. Ortega, el brillante literato que ha conquistado con su labor de muchos años el alma de un pueblo, que adora en Pulido, y espera mucho de la juventud, del talento y de los entusiasmos de Ortega.

* * *

En dos grandes ramas está dividida actualmente la familia israelita: los sefardim o sefardíes, es decir, oriundos de Sephar o Sepharad, nombre que en lengua hebrea designa a la Península Ibérica, y los askenazim, descendientes de germanos o eslavos.

Son dos ramas distintas de un mismo árbol: la diferencia nace en el rito, en la pronunciación del idioma hebraico, en las cualidades peculiares de los individuos. Entre un askenazi y un sefardí existe la misma distancia que entre un germano o un eslavo y un ibero.

Los sefardíes constituyen, en términos generales, una aristocracia, y no hay sefardí que no cite con orgullo su origen como un título de nobleza.

¿En qué época llegaron los primeros israelitas inmigrantes a España? No lo sabemos; sólo puede asegurarse que durante la República romana existían en Iberia numerosos núcleos judíos dedicados al comercio, desechándose, por no estar constatada por la crítica histórica, la opinión de Rabbi Isahak de Acosta, cimentada en Josefo y en Estrabón, de que los hebreos llegaron a la Península en la época de Nebuchadnesar, adentrándose en las regiones carpetanas, de que fué capital Toledo, fundada

en los días de Asuero, y la que afirma que Salomón reinó en las comarcas ibéricas, cuyos habitantes ayudaron a levantar el grandioso templo.

Los navegantes hebreos, amaestrados por los tirios, llegaron a las playas de la Península centenares de años antes de la Era de Cristo, y desde entonces hasta el siglo XVI, en que se publicó el edicto de expulsión definitiva y cruel, vivieron los israelitas en España. ¡Antes de que hubiese cristianos ibéricos y españoles, hubo hebreos ibéricos y españoles!

Desde entonces el nombre de Israel va unido a todos los sucesos de la Península. Vivieron los hebreos con los romanos, con los bárbaros invasores, con los reyes visigodos, que de tan crueles persecuciones les hicieron víctimas, con los guerreros árabes, que llegaron con indómita pujanza de lejanas tierras orientales, bordeando las costas de Africa, y lanzáronse sobre Europa, atravesando el Estrecho de Gibraltar, con los califas de Occidente, y con los reyes de taifas y con los monarcas cristianos de la Reconquista. Lo mismo figuraba en la Corte de Granada un Samuel Iben Nagrela como gran visir, que un Samuel Levy en la Corte de D. Pedro I de Castilla.

En España creó el genio judaico una civilización vigorosa y fuerte, así en los reinos cristianos como en los musulmanes. En las ciencias, en las letras y en las artes iban a la cabeza de la humanidad en la Edad Media. Ellos constituían el más fuerte sillar de la prosperidad del país y lo llenaban todo.

“A la holgura que le daba al pueblo hebreo español su libertad religiosa—ha dicho un ilustre publicista—ve-

nia unido el bienestar que le granjeaban sus riquezas. A los frutos que le suministraban el comercio y el cultivo de las artes industriales, cada día más florecientes merced a una experiencia acrisolada por el tiempo, agregaba las honras y distinciones que le conquistaban a manos llenas sus grandes empresas científicas y literarias, llevadas a cabo bajo los auspicios de reyes tan gloriosos como Jaime I de Aragón y Alfonso X de Castilla. Los judíos eran grandemente útiles al Estado, no sólo porque administraban sus rentas con desacostumbrada inteligencia, sino también porque acudían a su sostenimiento con tantos y tales impulsos y subsidios, que no era en verdad fácil intento el de sustituir con otras las crecidas rentas que aquellos constituían, ora respecto de los reyes y de los próceres, ora respecto de los prelados y de los cabildos catedrales.”

A todas las actividades humanas llegó el esfuerzo generoso y constante de los hebreos españoles, ya que la constancia es una de las virtudes de la raza.

Fueron astrónomos, como Rabisag; cabalistas, como Abraham Abulhapia; comentadores y expositores, como Abraham ben Meir, Aben Hezra y Halevi; filósofos tan profundos como Maimónides, Abraham Bibas y Menasés Ben Israel; gramáticos, como Menahen Ben Saruk; historiadores, como Abraham ben Samuel Hacuth; juristas, como Bechai Haddí ben Aser Mechalaio; matemáticos, como Salomón ben Gabirol Ben Jehudah; médicos, como Salomón ben Verga; poetas, como Aben Hezra, David Ben Pekuda y D. Sem Tob de Carrión; predicadores, como David Destiliah; retóricos, como Vidael ben

Benveniste; talmudistas, como Jesuah ben Joseph Halevi; teólogos, como Abraham Ben R. Jehudah; traductores, como Jacob Cansinos.

Amplíemos estos datos que llenan de legítimo orgullo el alma israelita, teniendo a la vista los notables estudios hebraicos del notable autor de este libro, D. Manuel L. Ortega, secretario general de la Casa Universal de los Sefardíes.

“Los siglos XI y XII—dice el Sr. Ortega en su obra *Los hebreos en Marruecos*—constituyeron la Edad de oro del judaísmo en España.

Espigando en el campo de la ciencia y de las letras encontramos a Abraham Ben David de Toledo, autor de muchas obras filosóficas y astronómicas, entre ellas la titulada *Emimah ramah* (Fe excelsa), escrita en 1161; a Judá Leví de Lucena; a Moisés Ben Hezra (1070-1136), ilustre polígrafo, propagandista de las ideas de los judíos españoles en Italia, Francia e Inglaterra; al gran Moisés ben Maimón o Maimónides, de quien se dijo que “de Moisés a Moisés no ha habido otro Moisés”. Él fué el fundador de la exégesis racionalista de las doctrinas judaicas y escribió *La Guía de los que andan perplejos acerca del recto camino*.

Bení Judá Essebti, natural de Ceuta, llamado el Mogrebi, fué médico de Saladino y discípulo de Maimónides. Poeta y filósofo, ayudó a su maestro en la corrección de la astronomía de Geber. Escribió diversos poemas y un tratado sobre *Alimentos*.

Bahaya o Bechai, fué autor del *Deber de los corazo-*

nes, en donde se proclama la supremacía de la religión interior sobre las prácticas exteriores.

En literatura brilló Ben Gabirol, cuyos cantos todavía repiten en las sinagogas sus correligionarios. De todas las exhortaciones conocidas, ninguna ha alcanzado tanta consideración y popularidad como las de este altísimo poeta. Dice un insigne escritor que muy pronto fueron aceptadas por casi todo el orbe judaico, desde España hasta los países más remotos de Occidente y de Oriente, y hasta en la misma Mesopotamia no fué suficiente la inmensa autoridad de que gozaba el jefe de las Academias, Saadya Gaon, para cerrar el camino a las *Exhortaciones* de Gabirol. Así puede decirse, sin exageración, que no existe templo alguno en el mundo, tanto en las Comunidades de la región más septentrional de Europa, como en los países del Sur de América, de Australia y del Cabo de Buena Esperanza, y hasta en los lugares más apartados de Persia, India y Arabia, en el que no se canten las *Exhortaciones* del poeta malagueño.

Se distinguieron asimismo, cultivando la literatura, Judá Leví, el más ilustre de los poetas hebreos; Ben Hezra; Salomón Ben Zakhel, novelista; el toledano Alchasiri, llamado el Ovidio israelita; Abraham Ben Masdau; Menahen ben Saruk, gramático como Rabí Jonás Ben Ganach y Abul-Gualid, de cuyos estudios ha dicho Renán “que sólo los más recientes de la filología moderna pueden aventajarles”.

En la literatura de viajes, creada por los judíos en España, brillaron Al-Haziri y Benjamín de Tudela, que re-

iata en el libro *Peregrinación* sus excursiones por Italia, Grecia, Palestina, Persia, Egipto y Sicilia.

Más tarde encontramos a Rabi Zag, que escribió por orden de Alfonso X el tratado de *Los astrolabios llano y redondo*.

A los estudios de los libros santos se dedicaron muchos judíos conversos, entre ellos Juan el Viejo, en el reinado de D. Juan II. Es muy notable la traducción de la Biblia al romance, hecha en 1430 por Rabi Moisés Arragei, de Guadalajara, con admirables miniaturas.

Uno de los más grandes poetas del siglo XIV fué el Rabino D. Sem Tob de Carrión, autor de los *Proverbios morales*. He aquí una de las estrofas más conocidas de esta admirable obra:

“Non val el azor menos
Porque en vil nio siga,
Nin los consejos buenos,
Porque judío los diga.

El día de ayer tanto
Alcanzar lo podemos
Nin más nin menos quanto
Oy ha mil annos faremos.

Sy hombre dulce fuera
Por agua lo beueran
E si a agro sopiere
Todos lo escupiran.

No puede hombre auer
En el mundo tal amigo,
Commo el buen saber,
Nin peor enemigo.”

En medicina figuraron el judío barcelonés Bonpox Bonfill, que tradujo al hebreo obras de Galeno, Hipócrates, Esopo y Boecio; el leridano Galat, Rabí Judá y Rabí Jacob ben Núñez, médico de Enrique IV.

Jaime Ferrer, judío converso mallorquín, fué director de la escuela fundada en Segres para los estudios de náutica y geografía, considerada como la mejor del mundo.

Una familia en la que todos fueron sabios o literatos es la de los Santa María o de los Cartagena. Fué su fundador un levita de Burgos, Salomón Halevi, que al bautizarse se llamó Pablo de Santa María o de Cartagena, porque, después de graduado de maestro en teología en París, le hicieron obispo de Cartagena, y más tarde de Burgos. Escribió en prosa y verso en los siglos XIV y XV y publicó una historia universal, en trescientas veintidós octavas de arte mayor, en la que deseaba comprender “todas cosas que ovo e acaescieron en el mundo desde que Adan fue formado hasta el rey D. Juan II”.

Sus tres hijos fueron insignes letrados: D. Gonzalo de Santa María, obispo de Astorga, Plasencia y Sigüenza y miembro del Consejo Real, asistió como embajador a los concilios de Constanza y Basilea. El otro hijo, D. Alfonso de Cartagena, fué obispo de Burgos y mereció que el Pontífice Pío II le llamase “alegría de las Españas y honor de los prelados”.

Fray Alonso de Espina, otro converso, fué profesor de la Universidad de Salamanca.”

Hasta aquí el Sr. Ortega.

Citamos estos nombres, cuando pudiéramos citar cen-

tenares que fueron luces esplendentes en el cielo del humano saber.

* * *

Actualmente, los sefardíes esparcidos por el mundo entero ascienden a unos tres millones de almas.

Los encontramos en todos los lugares del globo, bajo todos los climas, conservando las características de una raza gloriosa.

En Europa habitan en todos los vilayetos de Turquía, Bulgaria y Grecia: sólo Salónica cuenta con 60.000 habitantes sefardíes, es decir, la mayoría de la población; en Servia y en Rumania; en Austria y en Hungría, especialmente en Tirol, Moravia y Bohemia. En Viena residen más de mil familias sefardíes; en Lombardía, en Génova, en el Veneto, en el Piamonte y en Nápoles, entre otras provincias italianas; en Francia, París, Burdeos, Biarritz y Bayona cuentan con importantes colonias sefardíes; en Bélgica y en Holanda, sobre todo en este último país, donde han creado un movimiento intelectual muy intenso; en Alemania, señaladamente en Prusia y en Hamburgo; en Rusia existen unos 60.000 karauin o sefardíes, especialmente en Odesa y en otras poblaciones del Mar Negro; en Inglaterra, Londres, Liverpool y Mánchester disponen de prestigiosas Comunidades.

En Africa desenvuelven sus actividades los sefardíes en Marruecos, Argelia, Túnez, Trípoli, Egipto, el Transvaal, Lourenzo Marques y Zanzíbar.

En el viejo continente asiático, Siria y Palestina cuentan con importantes colonias en Jerusalén, la ciudad cien veces santa, Safed Tiberiades, Damasco y Beyruth; la India, en Bombay y Calcuta; la China, en Shangai; asimismo hallamos sefardíes en Persia, la Arabia y el Japón.

En todas las Repúblicas de América viven nutridos núcleos de judíos oriundos de España. La Argentina alberga más de 20.000; sólo en la ciudad de New-York habitan unos 15.000 sefardíes.

En todas partes se dedican al comercio en su mayor número; importantes elementos cultivan los estudios científicos y literarios, especialmente la medicina, ciencia en la que mantienen gloriosamente las tradiciones de la raza. En la Argentina hay muchos sefardíes dedicados a la agricultura, que el pueblo israelita, si fué un pueblo de sacerdotes, de sabios y de guerreros, fué también un pueblo de agricultores. “Hombres pastores somos desde nuestra niñez”, le decían a Faraón los hermanos de José. Y ¿quién no piensa en aquellas bíblicas vides de Eshol, cada uno de cuyos racimos espléndidos podía constituir la carga de un hombre?

Los barones de Hirsch, los insignes Rothschild y otros ilustres filántropos, son los fundadores de esas admirables colonias agrícolas hebreas que en Palestina y en el Sur de América producen tan excelentes resultados.

Y allí donde los sefardíes habitan, son estimados por su inteligencia, por su cultura, por su competencia mercantil y por su honradez en las transacciones comerciales.

Son dignos hijos de una raza insigne.

Voy a terminar felicitando a D. Manuel L. Ortega por la idea que ha tenido de publicar este hermoso libro, en el que, al biografiar la vida noble y generosa del doctor Pulido, retrata una época interesante de la historia de España.

Ortega, con esta obra, realiza un acto de justicia y una labor de patriotismo, y con él contrae el pueblo sefardí un nuevo vínculo de gratitud y de admiración.

IGNACIO BAUER.

* * *

Sr. D. Manuel L. Ortega.

La plus grande difficulté pour un citoyen c'est d'arriver à détruire dans son pays une croyance très ancienne et très tenace; c'est aussi de lutter contre des idées moyennageuses et contre des convictions absolûes résultant d'un fatal et compréhensible atavisme.

Le grand apôtre Angel Pulido a combattu glorieusement et a reussi merveilleusement à triompher de tout cela.

Notre admiration et notre reconnaissance por *Lui* sont sans bornes, tout simplement...

N. M. BARNATHAN.

Paris.

* * *

Si la gratitud, entendida en toda su magnificencia, es una de las cualidades en el hombre que sobrepasa a todas **las** satisfacciones y bienes materiales—aunque esto parezca

una paradoja en labios de un hebreo, ya que, por lo general, el resto de la humanidad nos moteja como a una raza atenta y sólo nacida para acaparar riquezas, sin duda porque aún no han profundizado en nuestra manera de ser—, tenga el ilustre doctor D. Angel Pulido la evidencia absoluta de que los sefardíes de Arcila no olvidan los inmensos beneficios que deben a tan ilustre hombre de ciencia, y que ahora y en cualquier momento estarán incondicionalmente a sus órdenes en todos los sentidos que precisos sean. Es lo menos que puede ofrecerle, a cambio de tantos desvelos y en nombre de sus hermanos de raza, su afectísimo s. s., q. s. m. b.,

MOSES A. BARSAT.

Arcila (Marruecos).

* * *

Desde Holanda, el país de la libertad, el país sobre cuyo suelo estuvo en otro tiempo la cuna de nuestro inmortal Baruch d'Espinosa, un hebreo cuyos abuelos vivieron en la hermosa Iberia, ofrece su homenaje al excelentísimo Sr. Dr. D. Angel Pulido Fernández, por todo lo que ha hecho en favor de nuestros correligionarios y por sus fuertes pruebas de reparar la injusticia cometida desde hace cuatro siglos hacia los descendientes de ellos que han colaborado por la gloria de España.

D. I. CARDOZO.

Amsterdam.

Sr. D. Manuel L. Ortega.

Querido amigo mío: Acabo de regresar de Oriente y encuentro su carta, por la que me entero con sumo gusto de su propósito.

Para nosotros, israelitas de origen español, D. Angel Pulido ha sido, es y será el apóstol de la causa sefardí, el gran protector de nuestra raza y el primer hombre de la libre España que ha revelado que por todos los pueblos de la tierra existen varios millones de españoles que, a pesar de estar muchos siglos lejos de la madre patria, conservan todavía sus costumbres y un amor profundo a la tierra querida de sus antepasados.

Desde que este corazón noble hizo renacer, con su magistral obra *Los españoles sin patria*, el papel glorioso que los israelitas han ejercido en España, D. Angel Pulido es para nosotros la imagen de la culta España actual, deseosa de reparar los tristes resultados del decreto de expulsión, y al mismo tiempo el organizador de la gran obra de aproximación hispanosefardí.

Grande es nuestra satisfacción al ver que la obra iniciada por el Sr. Pulido empieza a dar sus frutos. Asociaciones hispanosefardíes se constituyen en Marruecos, como en varias ciudades de la Península y Oriente, y muy alto podemos proclamar que este retorno del éxodo lo debemos, en gran parte, al trabajo constante del Sr. Pulido, el cual, a pesar de las numerosas dificultades encontradas en su difícil labor, no vaciló un instante para llevar a cabo la hermosa y grande idea en pro de la unión entre los españoles y sefardíes.

Sirvan estas líneas para tributar mi profunda gratitud al hombre que ha sabido despertar en los corazones españoles el amor a estos hijos de Oriente, españoles desterrados desde siglos, y a nosotros, sefardíes, este sentimiento de cariño hacia esta tierra española que guarda en sus entrañas muchas tumbas de nuestros antepasados.

ISAAC REVAH.

Barcelona.

* * *

Amsterdam, el mayor centro sefárdico de la Europa del Oeste, y que antiguamente desempeñaba un papel importante en el mundo hebreo, se ha distinguido siempre por el intenso sentimiento de solidaridad que pudo ser observado entre los miembros de la comunidad portuguesa. Y aunque se haya debilitado un poco en los últimos años, lo que se debe atribuir a varias circunstancias, sin embargo, se puede decir todavía que, en general, el judío portugués está orgulloso de su origen, orgulloso de su Comunidad.

Todo esfuerzo para reanimar entre los judíos sefárdicos que viven esparcidos este sentimiento de solidaridad, lo observan los sefardíes de Amsterdam con sumo interés, lo mismo que Amsterdam rinde homenaje al Dr. D. Angel Pulido por todo lo que hasta ahora acaba de hacer con motivo de alcanzar este hito.

J. S. DA SILVA ROSA.

Amsterdam.

Sr. D. Manuel L. Ortega.—Madrid.

Mi distinguido amigo: A su debido tiempo recibí su atenta del 20 próximo pasado, donde, sin duda creyendo que yo soy uno de aquellos hebreos inteligentes y conocedores del rico idioma de Cervantes, que pueden fácilmente escribir unas cuartillas relacionadas con el asunto que se les presente.

No, mi querido amigo; no tengo esa capacidad, y, por tanto, no me atrevo a emitir mi opinión en una obra que va a ser universal; pero sí a usted particularmente debo decirle que admiro su gran obra, pues el querido Doctor Pulido es merecedor de todos los agradecimientos que nuestra raza pueda demostrarle, pues directa e indirectamente nos ha favorecido y nos favorece con la campaña que en favor nuestro ha hecho.

Su afectísimo amigo, q. l. e. l. m.,

S. H. COHEN.

Gibraltar.

* * *

Cuando en 1868 el Gobierno provisional de España permitió la libertad de religión a todos los habitantes, a consecuencia de lo cual el decreto de destierro dado en 1492, referente a los judíos, fué revocado, la situación no era tal todavía para que los judíos sintieran mucha gana para establecerse de nuevo allí.

Sólo más tarde, cuando el Dr. D. Angel Pulido Fernández, después de haber hecho una investigación personal con motivo de ponerse al corriente de la situación de la posteridad de los antiguos hebreos españoles en otros

países, escribió su obra titulada *Espanoles sin patria y La raza sefardí*, abogando dicho autor al Gobierno español para el interés de establecerse los judíos, solamente algunos judíos vinieron a vivir en España, y en algunas ciudades establecieron comunidades hebreas.

Nosotros, los judíos de origen español y portugués, gozando en los Países Bajos de todos los derechos civiles y de perfecta libertad de fe, lo que ya fué concedido a nuestros antepasados más de trescientos años ha por el Gobierno holandés y bajo la protección de los Príncipes de Orange Nassau, sabemos apreciar muchísimo este privilegio, lo mismo que estimamos en mucho todo esfuerzo que resultará proporcionarlo a otros judíos de otros países.

La obra efectuada por el Dr. D. Angel Pulido Fernández merece, indudablemente, nuestra simpatía y nuestra gran gratitud.

Se escribió lo precedente para dar expresión a nuestro sentimiento de agradecimiento y homenaje.

A. MÉNDEZ DA COSTA

Secretario de las Comunidades de los judíos
portugueses y españoles en los Países Bajos

Amsterdam.

* * *

Permitidme, como hebreo modesto que proclamo con orgullo mi descendencia de esta célebre familia de judíos españoles de Córdoba, la familia de Arambam, los Maimónides, permitidme, digo, dirigir un respetuoso saludo, en nombre de mis correligionarios, al insigne campeón de

la causa hebrea, al Dr. D. Angel Pulido, y expresarle nuestro profundo agradecimiento por el interés que se toma en favor de los hebreos, que tanto amor y veneración sienten por él; y no sólo hago este público testimonio de cariño y respeto como amigo de más de veinte años del ilustre Pulido, sino también como admirador convencido de sus altos ideales, cuyos patróticos fines se dedican a atraer para su patria querida millares de seres esparcidos por el mundo, hijos humildes y trabajadores, arrancados en una época lejana al seno de su madre adorada y hoy dispuestos a volver, a precipitarse en sus brazos y entregarle, con sus corazones, sus energías, sus inteligencias, sus haberes, sus conocimientos comerciales e industriales, sus vidas, si fuese preciso. ¿Y quién ha sido el primero en levantar su voz elocuente y poderosa en favor de nuestros hermanos oriundos de España? ¿Quién ha sido el insigne español que tuvo la grandiosa idea de atraerles a España y de unir en estrechos lazos de amistad y de concordia a judíos y españoles y hacer borrar de la historia de su patria ese error gravísimo de la expulsión de 1492? Pues en los labios de todos se asoma ese nombre venerado: es el Dr. Angel Pulido, y este humilde servidor, que desde un cuarto de siglo sigue esa vida modelo, conoce los disgustos y sinsabores que sus elevadas ideas de nobleza y de generosidad le han causado, porque no siempre lo reconocían y apoyaban los que tenían el deber de rendirle el homenaje merecido.

Los hombres de guerra engrandecen su patria con la conquista de territorios y de gentes; pero ¡a precio de cuánto sacrificio!... ¡Cuánta vida preciosa desaparecida,

cuánto llanto y cuántas lágrimas amargas de madres, huérfanos y viudas! La labor de usted, mi respetable amigo, es tan digna de admiración como la de esos guerreros, porque sin derrame de sangre, sin sacrificios y sin lágrimas atrae para su Patria corazones, vidas, energías, comercio, industria, todo con alegría y voluntad. ¿Puede existir cosa más sublime?

Señor Doctor: la magna misión a la que viene dedicando su vida merece el homenaje de todo espíritu elevado, de todo corazón generoso, y si todavía hay algunos que no la reconocen y no la aprecian en su justo valor, tiene usted la gratitud y la bendición, el eterno reconocimiento de millares de compatriotas adeptos y de todo ese pueblo sefardí, para quien será usted siempre como un Redentor; y la posteridad, la justa e imparcial Historia de España, concederá el merecido honor a quien tanto trabaja por el engrandecimiento de su patria, de esta España hidalga y generosa que los israelitas sefardíes desean ver y conocer como cuna sagrada de sus antepasados, como nueva tierra de promisión.

¡Honor a esos patriotas, a esos hombres de miras generosas cuyos elevados ideales son buscar el bien y el engrandecimiento de su Patria, y que en este siglo de positivismo y de afanes metálicos consumen el fósforo de su privilegiado cerebro en favor de la humanidad! ¡Honor al ilustre Dr. Pulido, alma y guía de este movimiento maravilloso, honra de su Patria y veneración de todo un pueblo, digno de todos los homenajes de respeto y de admiración! ¡Honor, en fin, a todos, grandes y pequeños, humildes y poderosos que acompañan al jefe, sumándo-

se al movimiento hispanohebreo con sus energías, con sus palabras elocuentes y arrebatadoras, con todo lo que su inteligencia puede ofrecer para el buen desarrollo de los ideales de tan amado jefe!

LEÓN DANAN.

Tetuán.

* * *

Sr. D. Manuel L. Ortega.

Me honra usted invitándome a que envíe mi nombre para el homenaje al ilustre abogado de los sefardíes españoles y me apresuro a hacerlo para contribuir, aunque modestamente, al atinadísimo tributo organizado por usted.

Mientras el Dr. Pulido ha remontado con paso firme y de gigante las diferentes cumbres en que se halla de la Administración y de las Letras, y de la Política y de la Ciencia, dedicó sus esfuerzos, entre contrariedades y desvelos, a restituir al hogar patrio a quienes vivían alejados de él. Por eso, cuando oriento el alma de mis hijos hacia la vieja y noble España, les cito el nombre del insigne Doctor, que usted va a rodear en ese libro con cariñosas y entusiastas firmas.

ALBERTO A. COHEN.

Shanghai (China).

* * *

El nombre del Dr. Angel Pulido Fernández pone una palabra de gratitud en los labios y hace latir de reconocimiento el corazón de todos los que pertenecen a la tribu

hebrea o se regocijan en el adelanto y la prosperidad de ella.

Porque trabajar para el bienestar del pueblo judío en un período en que el ambiente mundial parece ser preñado de un espíritu antihebreo, no manifiesta un gran valor moral solamente, sino que da una prueba no menos importante de gran cariño para con el pueblo de la Biblia.

El nombre del Dr. Pulido introducirá una página importante en los libros de historia de nuestro pueblo.

Dando, pues, el primer empuje al establecimiento de una comunidad que desea abarcar a todos los judíos sefardíes, ha atribuído el desarrollo del procedimiento, que temía alcanzar, por fin, la unidad de todas las ramas del árbol genealógico de los judíos, hecho predicho por los profetas de Israel.

¿Pero no estará esta comunidad contraria a la unidad susodicha antes? ¿No la detendrá, acentuando demasiado las diferencias que existen entre las varias partes del pueblo judío?

En verdad habría podido desearse que se hubieran podido mezclar los elementos heterogéneos del pueblo judío, extrañados los unos de los otros por un destierro prolongado, haciéndolos fundirse en un solo cuerpo homogéneo. Dado que las cualidades de carácter de los sefardíes y de los no sefardíes hayan llegado a ser tan diferentes, la época para una unidad inmediata parece estar muy lejos todavía, y se tendrá que efectuar una fusión en la cual las unidades primero se reúnan en grupos mayores, tratándose después la fusión de grupo por grupo.

Además es necesario que se fortifique el elemento se-

fardí. Tomando en consideración que los sefardíes, con su millón de almas, estarían en gran minoría, una fusión inmediata no sería sino peligro por la continuación de su existencia. Quien conociese las cualidades particulares en que aun hoy se distinguen los sefardíes, debería sentirlo muchísimo.

En primer lugar, en favor del pueblo hebreo.

Por eso rendimos nuestro homenaje al Excmo. Dr. Pulido, el cual ha comprendido la verdad del proverbio: "L'union fait la force", y al unir en una comunidad a todos los sefardíes, los ha puesto en estado para conservar su propia fuerza y de guardar una de las partes superiores del pueblo judío.

B. ISRAEL RICARDO.

Amsterdam.

* * *

Mis memorias al ilustrísimo Apóstol.

No tengo otro nombre para este campeón de la libertad de mis correligionarios, este gran luchador que hace muchísimos años que está sacrificándose por los hebreos sefardíes.

He oído muchísimas veces hablar en el mundo hebraico que existe un gran hombre en Madrid que se llama D. Angel Pulido que está luchando por la libertad de ellos.

Cuando estalló la gran guerra mundial he tenido la suerte de verlo personalmente en Madrid y oírlo en sus discursos en el Ateneo,

Realmente no tengo bastantes palabras para alabar sus discursos y sacrificios que está haciendo por estos hijos desgraciados que fueron expulsados hace muchos siglos de sus hogares y de sus ambientes, que son también españoles de la misma Madre Patria, salvo de otra religión.

Nunca quería creer que hay hombres de tan alta posición como el Excmo. Sr. D. Angel Pulido, que toma parte en muchos debates internos, para hacer volver estos desgraciados hijos que están esparcidos en el mundo entero; esperemos con el tiempo, que no es muy lejano, que este Angel triunfador de la libertad vencerá todas las dificultades que existían hasta hoy; yo, como simple hombre de esta religión, no puedo más que inclinarme delante de este hidalgo Angel; para mí todos los judíos, sin distinción de raza, pueden llamarle “Mesías”, a él pueden dar este título porque lo merece este Angel por sus sacrificios que sigue haciendo; por consiguiente, que el gran Dios de toda la humanidad le prolongue la vida hasta cien y veinte años con toda su distinguida familia. Amén.

ARON KRAUSS.

París.

* * *

El nombre es el hombre.

Una antigua tradición hebraica aconseja en el Talmud fijarse previamente en el nombre de la persona con quien se vaya a entablar cualquier relación para, según su significado, adivinar los sentimientos de aquella persona, evitando así consecuencias que pueden ser fatales, cuyo procedimiento, puesto en práctica por el universalmente

renombrado doctor del Talmud, Ribbi Meir, ha dado, según dicha tradición, resultados admirables.

La base de la repetida tradición es que la Providencia, por uno de esos misterios insondables que rigen los destinos del Universo, y que la ciencia y la inteligencia humanas no han podido explicar, pone en la idea de los hombres dar a su prole un nombre cuyo significado esté en consonancia con sus cualidades, sean de virtud o de corrupción.

Si siguiendo sus huellas se aplicase al doctor Pulido, quien no le conozca—si es que puede haber en el lugar más recóndito del mundo hebreo alguno que ignore la gloriosa campaña del ilustre apóstol—fácilmente se dará perfecta cuenta de sus innumerables virtudes, como también para los que tenemos la dicha de conocerle quedarán al descubierto los sentimientos altamente nobles que atesora corazón tan prodigioso en generosidad que no hayan tenido ocasión de revelarse, pues con decir *Angel* y Pulido está dicho todo.

El ser Pulido de nacimiento significa que el Todopoderoso creó un alma buena, noble y generosa, implantándola en esta familia; así tendría obligadamente que llevar tan significativo apellido sin que nadie lo pudiese estorbar, pues siendo hijo de Pulido, Pulido tenía que ser.

Luego, por inspiración divina, los hombres han corroborado lo hecho por la Providencia, aplicándole el expresivo nombre de *Angel*, con lo que nos resulta nuestro entrañable protector *Pulido* en toda la acepción moral de la palabra y *Angel* en cuanto es dado aplicarlo como objetivo a un ser humano, como encarnación de virtudes y

altas dotes a saber: que, en su noble apostolado no le mueve ningún interés mezquino ni personal; que sólo le inspiran sus sentimientos el más perfecto e incommovible humanismo, sin trabas ni reparos, y el supremo interés de nuestra amada Patria para su engrandecimiento moral y material, y su glorificación universal; que está dotado de un espíritu sano y puro, alejado de las flaquezas y bajezas humanas y exento de todo prejuicio que daña; que afronta sin preocuparse todos los sinsabores y contrariedades que su noble ideal le puede ocasionar; que con ello no contraría en nada a la religión, que le es sagrada, observando al mismo tiempo el más profundo respeto para con las demás; que es invencible en su noble apostolado; que es sabio, de cerebro privilegiado y entendimiento esclarecido, y otras virtudes y cualidades que le distinguen, que sería prolijo enumerar, siendo, en fin, para el pueblo de Israel un Angel Redentor enviado de Dios.

Encontrando terreno propicio en la hidalguía del alma española, fecundólo con su cálida palabra, labrólo con su elocuente pluma y regándolo con la cristalina e inagotable fuente de su fluido espíritu logró crear una savia sana y abundante, formando un árbol espiritual de frondosidad tal, que no podía por menos de producir ópimos frutos de sabor, dulzura y sazón, como para satisfacer al paladar más exigente; ese es el heroico y glorioso núcleo de discípulos suyos, que son el orgullo de la España contemporánea ante el mundo.

En cuanto a nosotros, los hebreos de la zona de Protectorado español, el suave y alentador vaho de su dulce

conversación ha servido de aliciente para reconfortar nuestro espíritu, deprimido por tantos siglos de penalidades y sufrimiento, siendo bastante, al mismo tiempo, para avivar esa chispa de simpatía que de todo tiempo hemos tenido por el país donde nuestros ilustres antepasados han escrito, viviéndola, la página más gloriosa de la historia del pueblo de Israel, desde su dispersión por los cuatro rincones del mundo, tomando aquella centella, bajo dicho impulso, gran incremento, hasta convertirse en un fuego impetuoso y deslumbrador del más profundo amor a la nación protectora, nuestra querida España, de la cual, gracias a nuestro abolengo, nos consideramos hijos legítimos, pese a todos los formulismos de la política internacional.

Así, pues, ha logrado nuestro ilustre campeón crear por una y otra parte lazos de unión indisoluble, que cada día vienen estrechándose gracias a la buena y sabia orientación de las autoridades españolas que, con paternal solicitud, vienen reconociendo y amparando nuestros justos derechos.

La inmensa gratitud que nuestro corazón siente por nuestro inmortal protector es tan sutil, tan espiritual y tan grandiosa, que el cerebro está imposibilitado para recoger, traducir en palabras y formar frases, siendo por mi parte incapaz de trazar siquiera un ligero bosquejo; en tal situación ruego al ilustre paladín se digne aceptar el débil reflejo que a esta modesta pluma es dado traslucir del bien merecido y justo homenaje que esta colonia hebrea rinde a sus constantes desvelos por los nobles y altos ideales de la Patria, de la Justicia y de la Libertad,

que con tanta elevación de miras y tanto tesón viene preconizando y defendiendo en bien de la Humanidad.

Lo que no sabemos expresar con palabras, porque el repertorio humano no las ha creado adecuadas, estamos seguros de que su generoso corazón sabrá leerlo en el nuestro, conforme dice el adagio popular: *Un corazón a espejo de otro.*

Todo hebreo tiene erigido en su corazón un monumento espiritual a este preclaro hijo de España, haciéndolo objeto de nuestra más entusiasta y cariñosa veneración, y en la historia de Israel será grabado su dulce nombre con letras de oro de mucho brillo y esplendor.

LEÓN JALFÓN.

Presidente del Tribunal Rabínico

Tetuán.

* * *

Sr. D. Manuel L. Ortega.

Muy distinguido señor mío y de mi mayor estima:

Me he considerado dichoso al leer su muy grata con fecha del 19 octubre pasado por la cual usted me da la noticia de que piensa publicar un libro en homenaje al ilustrísimo amigo de los hebreos, Sr. Dr. D. Angel Pulido, senador, adorado de todos aquellos que saben apreciar las cualidades sublimes de este gran hombre, así que sus sentimientos acerca nuestros hermanos sefardíes.

Sí, señor mío; usted no podría escoger un mejor sujeto, por el cual todo el mundo sefardí le será grato, puesto que este ilustre personaje goza entre nosotros, desde hace muchos años, de una fama excelentísima y es considera-

do como el emblema de la virtud y de la bondad, y su nombre se profiere con el mayor respeto.

Jamás olvidarán los inmensos sacrificios que este hombre bendicho hace, desde muchos años, en favor de los sefardíes por hacerlos conocer a aquellos que buscaban a ignorarlos y contestaban sus virtudes a tapadas de ojos.

Sí; allá está el discurso magistral que él pronunció, por la primera vez, en el Senado español (1), refiriéndose a los hebreos del Oriente, en donde se dignó citar mi humildísimo nombre y leer ahí algo de mis versos.

¡Sí; allí brillan, aún en día, sus dos obras importantes tratando la misma cuestión sobre los judíos españoles, en donde colaboraron muchas personas doctas de valor ta-
maña.

Ahí, en fin, su muy afectuoso discurso que este Apóstol pronunció en París en el 8 de noviembre 1919, en día de la fiesta que la comunidad judía sefardita fiestó en su honor.

Este discurso, considerado como *chef d'œuvre* (obra maestra), le hizo ganar una vez de más el título de un erudito elocuente en la amplia acepción del vocablo.

Cada línea nos conmueve, nos arranca lágrimas ardientes; se constata con un placer indescriptible que el señor D. Angel Pulido piensa y habla como un Angel bienhechor, ama la Humanidad en general, adora su patria, la España, y busca a que ésta repare sus yerros pasados.

Nuestro corazón palpita al leer la fin de lo que este ilustre señor dijo en su discurso de antaño.

(1) 13 noviembre 1903.

El dice así:

“El judío era un tipo legendario, maltratado por una historia falsa y por referencias y libros tendenciosos, algunos escritos por diplomáticos y cónsules... De él hablaban solamente con párrafos de indignación y representaciones iconológicas horrendas, los sermones y las procesiones públicas en los días de Semana Santa. Era un ser maldito, antipático, falso, avaro, sucio, maloliente, etc.

Por esto cuando de una parte, con motivo de mis viajes, me puse al habla con ellos y luego con grande interés estudié su vida, sus costumbres, su culto, sus sociedades benéficas, sus instituciones económicas y morales, su conducta con las naciones donde vivían...; de otra parte, cuando estudié su amor al pasado hispano, su santo respeto a la lengua de sus antecesores, las ternuras y nostalgias que sienten y elocuentemente demuestran, si recuerdan la nación donde fueron felices muchos siglos y cuyas glorias se transmiten en conversaciones de generación en generación—y todo esto lo aprendía yo al mismo tiempo que mi espíritu impregnaba con lecturas del Evangelio—, surgió en mi conciencia una convicción firme y un estímulo imperativo: el de realizar una intensa obra de cultura, de humanidad, de patriotismo y de sentimiento cristiano, empleando mi voz en el Parlamento y mi pluma en la Prensa y en los libros, para reivindicar un pueblo tan disparatadamente desconceptuado y para reconciliarlo con la patria que había dejado en 1492.”

El acaba como sigue:

“Os aseguro que en las negruras, pesimismo y melancolías que sufre mi alma (a causa de los horrores de guerra general), la expansión de esta noche me ha reproducido sensaciones que consuelan, tonifican y reposan el ánimo... Os doy las gracias por el inefable descanso que me proporcionáis en el amargo Calvario de una existencia demasiado atormentada.

“En nombre de muchos miles de españoles que comulgan en esta misma religión de humanidad, confraternidad y reconciliación de España con sus desterrados hijos y cuya representación no vacilo en ostentar; en nombre de una España culta, progresiva, justiciera, que mira adelante en cuanto se refiere a labores morales y desea reparar las injusticias, los errores y torpezas que la vida de los pueblos, como la vida de los individuos, necesariamente hace cometer, os doy a todos juntos y a cada uno en particular *un estrecho abrazo apretando fuertemente vuestro pecho sobre mi corazón.*”

Es así que nuestro muy querido Sr. D. Angel acaba su discurso magnífico, lo que le procura la simpatía universal, la reconocencia del mundo israelita, y su nombre quedará inmortal en la historia de nuestro pueblo.

Yo deseaba escribir aquí el panegírico a justa razón que nuestro venerable amigo merece, pero me siento flaco de poder hacerlo a justo punto.

Ruego, pues, muy señor mío, de contentarse con lo poco y breve que yo le envío hoy a volada de pájaro, como señal de gratitud por las marcas de afección y de cariño que este hombre de Dios se dignó testimoniarme desde veinticinco años.

Que el Omnipotente le acuerde a usted una larga vida llena de bien por sus sentimientos nobles y por la grandeza de su bondad.

B. L. M. El Gran Rabino de Turquía.

H. BEJARANO.

Gran Rabino de Turquía. Miembro de la Academia de la Lengua de Madrid y del Comité académico de Historia Internacional de París

Constantinopla.

* * *

Para nosotros, los que nos honramos con el nombre de sefardíes, el Dr. Pulido es una de las más grandes figuras de nuestro pueblo, un Patriarca de los tiempos modernos, lleno de sabiduría, de generosidad y de nobleza. A él se le debe la fundación de la Casa Universal de los Sefardíes, entidad que tanto bien ha reportado y reporta a la raza, ya que merced a ella se han incorporado a la obra hispano-sefardí ilustres personalidades y los huesos de nuestros amados que se fueron pueden reposar en lugar bendito, bajo el sol de España.

ALBERTO M. ESQUENAZI.

* * *

En la obra inmensa del Dr. Angel Pulido Fernández, tanto científica como literaria, bullen, se agitan y se agigantan dos sentimientos altamente humanitarios, por des-

gracia bastante raros en nuestra pobre humanidad presente: el sentimiento de la justicia y el sentimiento de la patria.

Leyendo algunas de sus producciones, ya que para leerlas, estudiarlas y meditarlas todas se necesitaría gran parte de la vida de un hombre, uno queda convencido de que su fácil y fecunda pluma no se ha movido jamás sino impulsada por uno u otro de esos nobles sentimientos.

Y terminada la lectura de uno de sus libros se experimenta una plenitud y una placidez interior que lo impele a leerlo de nuevo, porque se adquiere la intuición de que el egoísmo, la envidia y la perversidad humanas son capaces de obscurecer momentáneamente la verdad, pero de ningún modo aniquilarla, y que, en un tiempo más o menos largo, su brillo ha de resplandecer con más intensidad.

Por defender una causa justa el Dr. Pulido se siente capaz de arrostrarlo todo, hasta la misma enemistad; de aquí que dos de sus últimas obras: *Væ Inventoribus Magnis!* y *Precursor, Representativo y Mártir*, estén consagradas a la defensa del Dr. Ferrán, contra algunos de sus colegas envidiosos de sus méritos y de su ciencia.

En los tiempos que corren, de lucha tenaz, no es raro que los que sienten la "tristeza del bien ajeno", y, sobre todo, aquellos que, intelectualmente incapacitados para remontarse a las cumbres, como lo ha hecho el Dr. Ferrán, se ingenien en disparar sus afiladas saetas contra esta gloria legítima de España.

Y es por esto, precisamente, que las obras citadas del

Dr. Pulido, consagradas al esclarecimiento de la justicia y la glorificación de los hombres de méritos auténticos, representen verdaderos tónicos del espíritu, a tal extremo que yo aconsejaría, sobre todo a aquellos individuos mordidos por el áspid venenoso de la envidia y de la calumnia, que cuando, agobiados por la lucha tenaz, se sientan desmayar en los buenos propósitos y desfallecer ante el peso de la injusticia, recurran a las páginas de esos libros, y en ellas encontrarán nuevos y regeneradores bríos para continuar por el sendero de la rectitud que se han trazado.

El patriotismo immaculado que se respira en los libros del Dr. Pulido, tan distinto de la patriotería de algunos políticos sin conciencia, cuyo amor a la patria se mide por el resultado pecuniario que éste les reporta, lo lleva a querer borrar las "mínimas manchas del resplandeciente escudo de España", como dice el eminente Max Nordau, y de aquí "su afecto sin igual a los sefardíes".

Yo puedo asegurarle al Dr. Pulido, porque me precio de conocer un poco a mi raza, que entre los defectos que se nos han inculcado y se nos inculpan con frecuencia, no figura la ingratitud; por lo cual, mientras palpite un solo corazón hebreo, el nombre del Dr. Pulido será pronunciado con afecto, con cariño y con veneración por todos los que llevamos sangre de aquellos hebreos que tomaron una participación activa en la grandeza de España en los tiempos de su mayor esplendor.

Y que la semilla sembrada por él hace veinte años se convertirá, a no dudarlo, en árbol corpulento cuyas ramas se extiendan por todos los ámbitos del planeta; y que pueden

y deben considerarse como corolarios de su campaña en favor de los “españoles sin patria” esas instituciones que, no obstante su reciente formación, su desarrollo ha sido tan rápido y fecundo en resultados útiles, que parecen abarcar todas las actividades; me refiero a la “Casa Universal de los Sefardíes” y a las “Asociaciones Hispano-Sefardíes de Marruecos”.

DR. A. BENCHETRIT.

Caracas (Venezuela).

* * *

Aunque de público es conocida la personalidad del ilustre Dr. Pulido y sus cualidades como hombre de ciencia, consideraría inútil enumerar sus infinitos y múltiples trabajos; pero son tantas sus proezas, que no es posible prescindir de hacerle justicia adhiriéndome a los continuos homenajes que con razón se le tributan.

El Dr. Pulido consideró que la humanidad progresa lenta, pero constantemente, y como consecuencia de este desarrollo, nacen ideas nuevas en las cabezas ilustradas, que, unidas al convencimiento de errores cometidos que se han ido después comprendiendo, engrosándose el mayor número de adeptos y defensores para imponerse a la generalidad.

Si el desarrollo intelectual fuese idéntico en todas las épocas y en todos los individuos que componen el género humano, no habría luchas; sólo que abandonar las ideas viejas y tomar las nuevas, que son las que conducen al renacimiento de las causas, que fué lo que él hizo

al constituirse en defensor acérrimo de la causa sefardí, pues los organismos nacen, viven y prosperan donde encuentran circunstancias apropiadas, así como las plantas crecen y se desarrollan en aquellos terrenos aptos para su florecimiento.

Esto explica la prosperidad del elemento hebreo, así como el odio que se le profesa en otros países, donde las inteligencias son pesadas y embotadas en las masas, acostumbradas a ser dirigidas y reglamentadas. Siendo éste el motivo por que se ejerció influjo en las ideas emitidas en Inglaterra y Francia durante el último tercio del siglo pasado, despertándolos a una nueva vida la Revolución francesa, reconociendo la identidad de los derechos de todos los hombres, sin distinción de castas, clases ni religiones.

El Dr. Pulido, que jamás persiguió fines particulares, convencidísimo como buen español que hacía un bien a su patria enmendando faltas atrasadas, procuró atraerse el elemento israelita, que años atrás fueron fuentes de riqueza y ciencia; al mismo tiempo que hacía justicia deseaba el engrandecimiento de su nación; batallador incansable durante diez y ocho años en el Senado y escribiendo artículos en *La Ilustración Española*, tropezó con grandes obstáculos, poniéndose frente a todos aquellos que por seguir esta campaña le consideraban como enemigo de la sociedad.

Desafiándolos, cual un buque en alta mar contra las inclemencias del tiempo, aunque veía los caminos espinosos y estorbaba sus progresos en su vida política, continuó con grandes perjuicios a sus intereses.

Erigido en Apóstol del Sefardismo, escribió su libro *Españoles sin Patria*, que tanto nombre le valió en el mundo sefardí, no existiendo Comunidad, ni en Oriente ni en Occidente, donde su nombre no sea conocido y venerado.

Abrumado por contrariedades y por su delicada salud, estuvo un poco de tiempo en reposo; ya restablecido, volvió a sus anhelados trabajos; nadie desconoce su discurso en el banquete que le ofreció en París el 8 de noviembre de 1919, en el Palacio D'Orsay, la Sociedad Cultural Israelita Oriental, al cual asistieron 800 comensales, entre ellos representantes del Gobierno francés y el Gran Rabino de Turquía.

Fué Mr. Israel Levy quien presidió el Consejo de la Alianza Israelita, recibiendo al vicepresidente del Senado español, poniéndolo en contacto con el barón E. Rothschild.

Hubo para él ovaciones delirantes, ensalzando la figura del que se declaraba abiertamente defensor del pueblo de Israel. Se acordó imprimir su discurso en distintos idiomas para que fuese conocido por los millones de israelitas esparcidos por el globo.

Es, pues, el Dr. Pulido el autor del renacimiento de la raza hebrea en España, que pone de relieve el papel que desempeñaron durante tres o cuatro siglos, con el influjo que tuvieron en el desarrollo de las ciencias, de la literatura y de las bellas artes.

Aunque de religión católica, apostólica y romana, cree que en España todos llevan algo de sangre semítica en las venas.

Él hizo constar en ese famoso discurso que el edicto del 1492 había sido prescripto desde hace muchos años, desde principios del siglo pasado, y que varias Constituciones del Estado, que se han venido sucediendo desde 1812, lo han anulado totalmente, y a muchos hebreos que solicitaron que se derogase esa ley con otra especial les hizo la comparación que era como pedir que votasen las Cortes españolas una ley aboliendo el Código de justicia y Enjuiciamiento procesal que conducía a la práctica de los tormentos y a la ejecución de los autos de fe.

¿Quién no conoce sus últimos trabajos en las Asambleas Hispano-Sefardíes, celebradas en Madrid, y sus conferencias en el Ateneo, a las que asistieron Comisiones de las Asociaciones de Marruecos?

En sus entrevistas con S. M. el Rey se esforzó por hacerle ver lo justo de la causa, convenciéndole de tal forma, que el Monarca hubo de decirle:

—*Pulido, hay que cuidar con interés de eso.*

En sus últimos viajes por la zona del Protectorado español, en misión científica, fué ovacionado y agasajado en Ceuta, Tetuán y Tánger, no sólo por hebreos, sino también por cristianos y moros, que veían en él al hombre de ciencia y al sabio de este siglo, considerado como una de las principales figuras científicas españolas, pues como médico es digno de admiración; por su sabiduría ha llegado a ocupar puestos elevados, teniendo escritas numerosas obras de Medicina y Memorias presentadas a las Academias.

Múltiples veces ha sido nombrado por el Gobierno de Su Majestad para desempeñar comisiones científicas en el

extranjero, unas veces de carácter sanitario, otras de higiene, etc., etc.

Como parlamentario, todos conocen sus grandes trabajos y discursos contra la pena capital en el año 1897. Colaborando desde su juventud con el eminente tribuno D. Emilio Castelar, afiliado después al partido en cuyas filas permanece en la actualidad, sigue siempre en la brecha y para él no hay otro lema que el engrandecimiento de su Patria.

Este es el hombre que al vuelo bosqueja y que merece la estima y consideración del pueblo español y de la raza sefardí.

DR. SAMUEL M. GÜITTA.

Tánger.

* * *

Les paroles éloquentes prononcées par le Vénérable Docteur Angel Pulido, au banquet du 8 Novembre 1920, m'ont rendu plus fier et plus heureux d'appartenir à ce peuple auquel, sous ses auspices, la généreuse Espagne ne tardera pas à ouvrir les bras.

C'est donc le cœur plein de reconnaissance que j'éu remercie le très honorable Vice-président du Sénat espagnol, et que je lui adresse ici mes félicitations les plus vives et les plus respectueuses.

J. NAHMIAS.

Chef du Service de relations gouvernementales à la Banque Impér. Ottomane.

Constantinople.

Sr. D. Manuel L. Ortega.

Mi muy distinguido y querido amigo:

Celebro muy de veras que usted tiene la intención de escribir un libro sobre el Dr. Pulido, y por esta iniciativa reciba usted mi más sincera felicitación. Es muy a propósito escribir algo sobre el apóstol de la causa sefardí, cuyo nombre quedará grabado eternamente en nuestros corazones. ¿Qué le puedo decir que no le hayan dicho?

El Dr. Angel Pulido Fernández es nuestro ángel salvador; un alma grande y generosa y un corazón noble, verdadero prototipo de la hidalguía española. Ha hecho tanto para acercarnos a la madre patria y para interesar a ésta en la suerte de sus antiguos y fieles hijos esparcidos por el globo, que nunca le podremos pagar sino con la debida gratitud y admiración.

Hago votos muy calurosos por que la obra empezada por el iustrísimo Dr. Pulido, y secundada por cientos de personas de alto patriotismo, como el de usted, siga fecundando y alcance el brillante triunfo que merece por el bien de España y de Sefarad.

Reciba, mi querido y entrañable amigo, con la reiteración de mi incondicional adhesión, un abrazo muy afectuoso, y créame siempre suyo afmo. amigo y atto. s. s.,

JOSÉ M. ESTRUGO.

Nogales-Arizona (Estados Unidos).

Sr. D. Manuel L. Ortega.—Madrid.

Mi querido amigo:

Celebro la idea que ha tenido usted de tributar un homenaje al ilustre Doctor Angel Pulido, biografiando su vida y relatando lo que este hombre, dotado de las tres cualidades necesarias para realizar algo grande en la vida: la conciencia, el corazón y el talento, ha hecho en su gloriosa existencia, consagrada a la ciencia, a su patria y a la humanidad.

Y aplaudo tanto más esta idea cumplida en España, porque el Doctor Pulido, con sus apostolados, parece ser más conocido, comentado y admirado en el Extranjero que en su propio país, con serlo en éste mucho.

Pulido ha hecho por la España moderna más que cien conquistadores. Estos, a vuelta de grandes estragos, logran ocupar y dominar un país para su patria. Pulido ha sabido conquistar para España millones de sefardíes y el aprecio universal de un pueblo diseminado por todo el mundo. Pero ha hecho más: les ha presentado como una madre adorable la que en pasados tiempos dejó de serlo. Gracias a él, una gran parte de esos sefardíes puede trabajar y trabaja ya eficazmente por la prosperidad industrial y comercial de su antigua patria.

Para comprender la importancia de la campaña del doctor Pulido en pro del pueblo israelita español, basta fijarse en cómo esa Francia, admirable y gloriosa, siempre consciente de sus destinos, gasta anualmente millones de francos en subvencionar la Misión Laica, la Alianza Israelita Universal y las Congregaciones múltiples. Estas ins-

tituciones han hecho muchísimo por la propagación de la lengua francesa en Oriente y en el Sur africano. Francia sabe que con esas escuelas laicas, religiosas o israelitas, crea nuevos amantes del país al cual deben la instrucción que poseen. ¿No es, acaso, a este sentimiento al que se debe atribuir hayan luchado heroicamente durante la gran guerra, en el frente francés, más de dos mil israelitas sefardíes orientales, quienes, sin ser súbditos franceses, fueron a derramar su sangre en defensa de Francia?

Por esto, ciertamente, se repiten casos como el de la inauguración de la Escuela Normal Israelita Oriental de Versalles para maestras, debida al donativo de un millón de francos hecho por los hermanos Mrs. Shamoón, educados en Bagdad, en la Alianza Israelita Universal. Como que en estas escuelas aprendieron a amar a Francia, y merced a la instrucción en ellas adquirida lograron forjarse la posición social que les permite hacer tan espléndido donativo en Francia y en favor de su cultura.

Le reitera su felicitación por esta obra en honor del Doctor Pulido, gran patriota español, su affmo. amigo.

N. M. ROZANES.

París.

* * *

Asistimos en los momentos presentes a la coronación de una campaña largo tiempo sostenida, con tesón inquebrantable, por los elementos sefardíes, que han venido luchando, plenos de fe y energía, sin desmayos ni vacilaciones, seguros de su triunfo, confiados en sus propias

fuerzas y en la legitimidad innegable de sus aspiraciones, hasta ver convertida en realidad—en una realidad que supera nuestras antiguas esperanzas—lo que ayer era sólo —aparentemente—vana quimera, deseo indefinido e irresoluto, vago presentimiento, indeterminado e inquieto, hijo de la nostalgia... Pero, indudablemente, en el desenvolvimiento vital de las razas existen inesperados, sorprendentes momentos de predestinación que nos sobrecogen y que constituyen, sin embargo, la resultante lógica de anteriores y continuados esfuerzos realizados por sus individuos, que supieron unir sus voluntades, orientándolas hacia un mismo fin. ¿Y cómo podrá dudarse de que, cuando este fin es elevado y justo, irremisiblemente ha de lograrse la ansiada victoria? No otra cosa es el sentimiento de la esperanza que la tácita afirmación de que hay una razón poderosa de justicia para que nuestras pretensiones se cumplan.

Y he aquí que el tiempo y nuestra perseverancia, avivada ésta por la pureza intencional de nuestra causa, ha obrado el milagro portentoso, en cuya realización no soñábamos aún, si bien empezábamos a vislumbrarla próxima ya, como una anunciación maravillosa: se han borrado antiguos y arraigados prejuicios, han desaparecido viejas y absurdas leyendas, han sido abandonadas al olvido fanáticas supersticiones, y, al fin, sin antagonismos ni recelos, emancipados de todo error y de toda aversión equívoca y engañosa, hemos entrado regocijados y solícitos en el coro de los buenos y cariñosos españoles, que nos han acogido resueltamente en su regazo bienhechor, como era de esperar, si hemos de tener presente que el

amor fraterno no puede extinguirse nunca, ni aun siquiera permanecer oculto, y que los seres oriundos de una misma raza no pueden sustraerse jamás al prodigioso influjo de ella, que ha de ejercerlo invariablemente, aun a través de las lejanías más distantes. Por ello el amor que tenemos a España nos ha unido a todos para que juntos laboremos por ella y contribuyamos a su engrandecimiento, unificando todos los esfuerzos y todas las voluntades.

Al tener el honor de escribir estas páginas no quiero prescindir de evocar recuerdos que nos son gratísimos y que están muy grabados en la mente de todos los sefardíes con caracteres indelebles.

Permitidme, pues, que dedique unas líneas a rememorar los acontecimientos que nos han conducido a la época presente, en que vemos logrados los anhelos de reivindicación.

En el año de 1905 tuvo comienzo una campaña, que ha venido sosteniéndose con perseverancia admirable por unos cuantos espíritus entusiastas y nobles, para obtener una aproximación definitiva entre españoles e israelitas de origen hispánico. Esta campaña se ha desarrollado, como todos sabéis, simultáneamente en la Prensa española y en la israelita, y se halla resumida por su propulsor, el grande D. Angel Pulido, en un volumen cuyo título es *Españoles sin Patria*.

El Dr. Pulido, espíritu decidido, noble y generoso, hombre de insuperables y envidiables dotes intelectuales, de grande y bien pulimentada cultura, ha constituido para los sefardíes y para todos los elementos judaicos del mun-

do una valiosísima ayuda, y por ello debo enviarle desde aquí mi más cariñoso saludo, unido a mi más profundo reconocimiento.

En ocasiones y épocas distintas iniciáronse en España movimientos de conciliación entre los españoles y los elementos israelitas descendientes de los expulsados en 1492; pero ninguno de esos movimientos llegó a alcanzar su realización plena hasta que en 1905, gracias a un poderoso esfuerzo unánime, todas las voluntades se encauzaron hacia un mismo fin, y, a pesar de que la monstruosa contienda recientemente sofocada dificultó notablemente y aun llegó a paralizar y malograr muchas gestiones, hoy es una realidad la fusión de españoles y sefardíes, como lo demuestra el hecho de que en Tánger, en Tetuán, en Larache, en Alcazarquivir, en Arcila, en Fez y en otras poblaciones marroquíes de la zona internacionalizada, así como también en Melilla y en Ceuta, y, en general, en distintos puntos de la Península Ibérica y en todos los países americanos, y en casi todos los de Europa, y hasta en China, existen asociaciones hispanohebreas y publíquense periódicos escritos en castellano, como *El Eco Israelita*, de Tánger, y *La Voz de Israel*, de Larache, entre otros, y, sobre todos ellos, la gran *Revista de la Raza*, de Madrid, órgano generoso de toda causa levantada y noble, que debe merecer el entusiasta aplauso de todo buen israelita y de todo buen español, ya que aspira a la constitución de una España grande, integrada por todos sus hijos.

No solamente obstáculos que dificultaran el desenvolvimiento de los trabajos realizados en pro de esta santa

obra y de nuestras aspiraciones nos proporcionó la guerra. Es sabido que las violentas luchas de naciones, lamentables siempre por cuanto tienen de impetuosas y arrolladoras y ¿por qué no decirlo? de brutales, llevan en sí el germen que ha de producir futuras fructificaciones espléndidas, y en el transcurso de esas luchas, en las que todo parece ser contradictorio y adverso, se advierten de vez en vez inesperados acontecimientos favorables a un fin, o que al menos dejan vislumbrar la existencia de circunstancias especialísimas que han de cumplir en lo porvenir consecuencias propicias, según su orientación, más o menos consciente o intencionada. Por esto—repito—podemos felicitarnos de que la última conflagración de naciones no haya sido para nosotros absolutamente adversa, y lo demuestra el hecho de que por dos veces, y con ocasión de las dos guerras balcánicas que dieron origen a la gran contienda occidental, el Gobierno español expresó oficialmente su interés por la suerte de los israelitas oriundos de España, y que, por su condición insegura de nacionalización, dentro de territorios alejados de los de su verdadera patria, podían ser objeto—empezaban a serlo ya—de vejámenes y opresiones por parte de los beligerantes.

Todos nos damos clara cuenta de lo que supone un hecho semejante. Todos reconocimos entonces, henchidos de satisfacción, que las gestiones del Gobierno de España en favor de los sefardíes demostraron un elevado sentimiento de amor fraternal, cuya existencia no ignorábamos, y que correspondía al nuestro, no menos grande y fervoroso. Y aún mayor fué nuestra satisfacción cuando vimos

que aquellos israelitas oriundos de España eran protegidos y respetados en todas partes, singularmente en Francia, de una manera lógica y humanitaria. La alegría hoy de los sefardíes no tiene límites, porque estamos plenamente convencidos ya de que la reivindicación se ha realizado, y se ha realizado en las mejores condiciones para todos, puesto que si el Gobierno español constituye una valiosa ayuda para nuestro desenvolvimiento, nosotros, los sefardíes, por nuestra parte, constituímos también—podemos decirlo con orgullo, con el orgullo propio de los que tienen conciencia de poder ser útiles a la hospitalaria España—una ayuda eficacísima para el desarrollo de la vida española en todas sus diferentes manifestaciones.

He aquí el portentoso fruto de la campaña iniciada en 1905 por el gran apóstol del judaísmo español, Doctor Pulido, y por su ilustre hijo D. Angel Pulido Martín, sabio y distinguido profesor del Hospital General de Madrid.

Actualmente residen en Marruecos 100.000 hebreos, y en la ciudad de Tánger unos 15.000 sefardíes, que sostienen un nexo de amistad y aproximación con sus hermanos de la Península, y en Madrid una numerosa colonia de israelitas, descendientes de los desterrados, desarrolla su actividad puesta al servicio de la querida España.

Los elementos de Gobierno de todo el mundo y los de España reconocen en los sefardíes excelentes aptitudes para el desenvolvimiento de las Ciencias, de las Artes, del Comercio y de la Industria, y, en definitiva, de todo

cuanto constituye la vida de una nación civilizada y moderna. Multitud de casos podríamos citar que avaloran este juicio, de cuya realidad estáis convencidos todos; el positivo y maravilloso resultado obtenido indefectiblemente en cuantas gestiones hemos entablado en ocasiones distintas y cerca de diferentes personalidades, son hechos más elocuentes y decisivos que todos cuantos ejemplos concretos pudiésemos citar. Bástenos, pues, considerar la ocasión presente y compararla con otras anteriores a la de 1905, a partir de la cual se ha realizado felizmente una labor de humanidad que tendremos siempre presente para admirarla y glorificarla en nuestros corazones, ante la firme esperanza de ver ensancharse rápidamente los círculos de acción, al mismo tiempo que se estrechen los lazos de unión y de fraternal amistad.

Y esta labor admirable y grandiosa, realizada en conjunto por todos los elementos de nuestra raza perseverante, debe una gran parte de sus mayores éxitos a las gestiones realizadas particularmente por personas cuyo prestigio es innegable y cuyos méritos intelectuales descuellan y se difunden más allá de los horizontes.

Todos sabéis a quiénes me refiero: lo sabrían aun aquellos que desconociesen al detalle nuestras orientaciones, nuestras luchas y el desenvolvimiento de nuestra vida más o menos azarosa; pero al recordar algunos nombres gloriosos, doy libre esparcimiento a mi alma y una débil muestra del agradecimiento que siento hacia todos y del imponderable afecto que a ellos me une.

He aquí algunos de esos nombres por los que sentimos todos los serfardíes un reconocimiento profundo y

una admiración sincera, porque ellos han dado forma con el insigne Dr. Pulido, al movimiento hispanosefardí:

Don José Francos Rodríguez, D. Antonio Goicoechea y D. Niceto Alcalá Zamora, ex ministros de la Corona, personajes de altas virtudes patrióticas, de cuyos talentos tanto espera España. No hay un sefardí, especialmente en Marruecos, que no venere a estas grandes figuras de la política española.

Don Ignacio Bauer, académico de la Historia, autor de varias obras y folletos y de notables estudios históricos que nos interesan directamente, presidente muy querido de la Comunidad de Madrid, activo y entusiasta propagandista, hombre de altas dotes intelectuales y que goza de un sólido y merecido nombre entre los hombres de Ciencia, como sabéis todos.

El ilustre y cultísimo literato D. Manuel L. Ortega, a quien yo erigiría una estatua, autor de la obra *El Dr. Pulido* y del interesantísimo libro *Los hebreos en Marruecos*, persona de pasmosa actividad y trabajadora, por toda clase de conceptos loable, que ha viajado mucho y ha hecho estudios muy profundos acerca de Africa, y que siente un gran entusiasmo por la reivindicación sefardista, como lo tiene demostrado y lo demuestra en cuantas ocasiones se le presentan, y especialmente como secretario general de la Casa Universal de los Sefardíes. El éxito de la obra en gran parte a él se lo debemos, y su prestigio y autoridad entre los hebreos es tan grande como su talento.

El señor marqués de la Viesca, también africanista notabilísimo, autor de gran número de obras sobre Marrue-

cos, patriota excelso, propulsor distinguidísimo de la acción hispanoaficana y hombre de inagotables iniciativas.

El insigne D. Rafael Altamira, uno de los más grandes prestigios intelectuales de España, y D. Diego de Saavedra y el marqués de Villalobar, diplomáticos, y D. Juan J. Conde y Luque, y D.^a Carmen de Burgos, y D. Rodolfo Gil, y D. Gerardo Doval y D. Manuel Hilario Ayuso, que desde un principio, y animados de un espíritu comprensivo y generoso, han laborado por nuestra hermosa causa con una abnegación excepcional y un fervor y un desinterés admirables.

Todas estas personas y otras muchas que no he de citar por no ser excesivamente prolijo y porque todos tenéis presente sus nombres, realizaron gestiones importantísimas que nos favorecieron y ayudaron en grado sumo, y por lo cual hemos de estarles profunda y eternamente agradecidos, puesto que todas ellas contribuirán al engrandecimiento de España.

Uno de los triunfos sefardíes más salientes, como consecuencia de la admirable campaña a que me vengo refiriendo, lo constituye el Dr. Yahuda.

El Dr. Yahuda desempeña no ha mucho una cátedra de lengua y literatura rabínica en la Universidad Central de Madrid.

Para cuantos nos esforzamos por reconstruir el pasado hispanohebraico y contribuimos a ello—cada uno en la medida de sus fuerzas—, el referido nombramiento constituye un triunfo decisivo, tanto más si se tienen en cuenta las favorables circunstancias que lo determinaron.

El Dr. Yahuda, a instancias del Gobierno español, que reconoció en él méritos indiscutibles e inapreciables, pronunció en Madrid una serie de conferencias acerca de la "Civilización judía en España".

Desde el primer instante los orientalistas españoles más prestigiosos—entre ellos el P. Fita, a quien tanto debe la epigrafía semítica española, y los Sres. Asín y Ribera—ofrecieron al sabio compañero una amistad de estudios y le prestaron un decidido y eficaz apoyo.

No necesito ponderar ahora el éxito alcanzado por las conferencias citadas que pronunció el Dr. Yahuda en la Academia de Jurisprudencia, en un ambiente de solemne expectación que nunca podremos olvidar; no solamente por su importancia científica, sino también por su valor moral, aquellas conferencias constituyeron, como queda dicho, un verdadero acontecimiento inolvidable, y, a raíz de ellas, las Asociaciones Hispano-Hebreas enviaron mensajes al Gobierno solicitando se concediera al doctor Yahuda una cátedra de estudios judaicos—que es la que ocupa—, a la cual pudiera concurrir la juventud israelita para su cultura; y toda la Prensa española acogió como gloria propia el triunfo conseguido por el eminente catedrático, dedicando sentidas frases de sincero reconocimiento y de nostálgico afecto a la querida España recuperada.

Debo hacer constar—aunque todos lo sepáis—que cuantas personas y entidades intervinieron directa o indirectamente en este asunto, demostraron un plausible y noble entusiasmo por la ciencia, un afán desinteresado de que se cumplan los ideales de reivindicación y un afán generoso, libre de todo absurdo prejuicio.

Posteriormente, y bajo los mejores auspicios, se han continuado los trabajos de aproximación entre sefarditas y españoles. A medida que el tiempo avanza se van incorporando a estos trabajos nuevas personalidades prestigiosas y vamos obteniendo resultados maravillosos...

El Gobierno de España ve con simpatía nuestra acción y acoge nuestras aspiraciones, demostrando un interés y un deseo de ejercer en favor de los judíos oriundos de España un poderoso influjo, digno de todo encomio, y haciéndose acreedor, a su vez, a que nosotros le prestemos con mayor entusiasmo nuestro concurso para contribuir al engrandecimiento y prosperidad de la tierra gloriosa de nuestros antepasados. En tal sentido debemos una gratitud infinita al Alto Comisario de España en Marruecos, que, animado de un noble sentimiento de patriotismo, nos da constantemente pruebas de leal amistad, correspondiendo al amor que tenemos a España, y protege con sumo acierto el desarrollo de la vida comercial e industrial de los sefarditas en Marruecos. Pero aún hoy más: Su Majestad el Rey D. Alfonso XIII, dando muestras de una liberalidad asombrosa y por todos conceptos loable, acogió bajo su protección excelsa a los hebreos españoles, aceptando la Presidencia honoraria de la Federación, que, llenos de entusiasmo, le ofrecimos.

Yo sé, sefardíes de Marruecos, que ninguno de vosotros ignoráis todo esto. Sé, además, que en vuestros corazones albergáis una gratitud sin límites hacia ese Rey magnánimo y bienhechor, y que estáis dispuestos, en cualquier instante preciso, a sacrificaros por España, de la que tantos beneficios estáis obteniendo de continuo. Sé que este, y

no otro, es vuestro sentir unánime, porque basta leer las columnas de la prensa española para quedar convencido de ello. En Marruecos, en la zona de influencia española, esos periódicos que se titulan *Heraldo de Marruecos*, *La Gaceta de Melilla*, *El Diario Marroquí*, *El Telegrama del Rif*, *España y Marruecos*, *El Eco de Tetuán*, *Mauritania*, *Renacimiento de Israel*, *El Popular* y tantos otros reflejan perfectamente la pública opinión y están escritos con un sentido en el que se manifiesta el inmenso y acendrado amor a España que sienten vuestros corazones.

Basta leer esa prensa—digo—para cerciorarse de que los judíos de Marruecos están más íntimamente relacionados que nunca con la Península. Hasta hoy estuvimos separados de la tierra de Maimónides y Yehuda Halevy porque no hubo quien desde ella nos sonriera con amor; pero hoy las circunstancias, felizmente, han cambiado; nuestra perseverancia inagotable y la razón se han impuesto de una manera definitiva; el amor fraternal se ha manifestado abiertamente en triunfo, no pudiendo permanecer oculto y silencioso por más tiempo, y proclamamos, por tanto, confiados y orgullosos, rebosantes de júbilo y satisfacción, que llevamos sangre del raudal hispano en nuestras venas... En la Península así lo han comprendido, lo han sentido también así, y por eso han fomentado esta unión y han aceptado nuestra cooperación en las diversas manifestaciones y en el desarrollo de la vida nacional.

Preguntad acerca de lo que esto significa a las nobles personalidades que se congregan, llenas de fe, en nuestra Casa Universal de los Sefardíes; ellas os contestarán re-

bosantes de emoción y de convencimiento, animadas de una satisfacción y una energía inagotables, pletóricas de júbilo y de vehemencias inextinguibles, cómo España os acoge en su regazo bienhechor y os colma de dones, igualándoos al resto de sus hijos.

¡Cuántas veces hemos creído haber logrado en distintas épocas un positivo avance en nuestra insegura marcha, y cuántas veces, también, hemos sufrido el frío desengaño, náufragos en el proceloso mar de nuestras melancolías!... ¡En cuántas desdichadas ocasiones hemos visto extinguirse irremediabilmente el sagrado fuego de nuestras hogueras cordiales, ante la inerte indiferencia de los espíritus retraídos e inmovibles, sólo sugestionados, de un modo inexplicable y definitivo, por la absurda y vieja leyenda!... ¡Por cuántas veces se han truncado nuestras fundadas esperanzas y se han malogrado nuestros más nobles intentos reivindicatorios!... La desolada perspectiva de una invencible imposibilidad nos entristecía entonces de un modo profundo y desconsolador, al considerarnos víctimas irreductibles de las pasadas injusticias, perdurables en la Historia, y luchábamos en vano, perdida la fe y las esperanzas, que volvían a renacer ante un rápido y fugaz vislumbre de orientación, para tornar de nuevo a extinguirse.

Esas incertidumbres, esas desesperaciones, han desaparecido. Hoy hemos logrado ver cumplidos nuestros deseos, realizadas nuestras legítimas y nobles aspiraciones; por primera vez, después de transcurridos unos siglos, recogemos—seguros de la positiva posesión—el fruto de nuestra siembra, que jamás podrá ya malograrse... Y todo ello

es la obra maravillosa y sorprendente de ese feliz movimiento iniciado en 1905, fecha gloriosa que quedará grabada en nuestros corazones de modo inextinguible, como todas aquellas que marcan los grandiosos e inesperados acontecimientos que se registran en la Historia...

Los que contribuyeron en aquella época a la realización de la campaña pueden sentirse, con razón, orgullosamente satisfechos; sus elevados propósitos están cumplidos; superan a nuestras esperanzas; sobrepasan nuestras intenciones de un principio; llenan a perfección nuestras aspiraciones ideales...

En presencia de los hechos, ante la realidad incontestable que nos halaga, nos atrevemos a augurar, con pleno conocimiento de causa, una época no lejana colmada de esplendores y venturas para la raza hispanohebrea, para nuestra querida España, que pletórica de vigor, en un resurgimiento maravilloso y magnífico, ve dilatarse indefinidamente el amoroso y preponderante círculo de los que la aman...

Y ya sólo me resta, no elogiar este libro, que basta con leer el nombre de su ilustre autor para que el elogio quede hecho, sino felicitarle, así como al insigne Dr. Pulido, y felicitarnos todos, ya que esta obra constituye un avance en el camino de la aproximación hispanohebrea. Los que tanto amáis al venerable Dr. Pulido, aprenderéis a conocerle íntimamente en este libro de D. Manuel L. Ortega, que será leído con fruición en el mundo entero en todos los hogares sefardíes.

JOSÉ DE J. FARACHE.

Presidente de la Casa de los Sefardíes.

ÍNDICE

Páginas

PRÓLOGO	III
---------------	-----

PARTE PRIMERA

Ojeada histórica

I.—España y Marruecos	5
II.—Los hebreos en España desde la invasión árabe hasta los reyes Católicos	49
III.—Las dinastías cherifianas	87
IV.—Epoca contemporánea.....	101

PARTE SEGUNDA

El estudio social

I.—El hebreo y el musulmán	115
II.—El espíritu religioso.....	131
III.—La familia	155
IV.—Usos y costumbres	171
V.—El idioma	191
VI.—Viejos romances de Castilla	207
VII.—Instrucción pública	237
VIII.—La caridad y el patriotismo.....	257
IX.—Las relaciones religiosas y comerciales de los he- breos de Marruecos.....	271
X.—Política sefardí	289

ALGUNAS OPINIONES SOBRE LA ACCION SE- FARDI

Prólogo de la edición anterior de Los hebreos en Marruecos.	313
Los sefardíes y el doctor Pulido	317

OBRAS DE MANUEL L. ORTEGA

	<u>Pesetas</u>
<i>Frivolidades</i> . Un volumen en octavo.....	3
<i>El amor y la vicaría</i> . Un volumen en octavo.....	5
<i>La vida que pasa</i> . Un volumen en octavo.....	4
<i>El Raisuni</i> . Estudio histórico-político y social de Marruecos. Prólogo del Excmo. Sr. D. Tomás Maestre.....	5
<i>Los hebreos en Marruecos</i> . Prólogo del Excmo. Señor General D. Francisco Gómez Jordana.....	5
<i>Guía del Norte de Africa</i>	10
<i>El Dr. Pulido</i> . Prólogo del Excmo. Sr. D. Ignacio Bauer.....	6
<i>Apuntes para la Historia de Ceuta</i>	6
<i>Anuario oficial de Marruecos y del Africa española</i> . Años I al VII.....	12

EN PREPARACIÓN

El Renacimiento musulmán. De la India a Marruecos.

Oriente y Occidente. Sefardismo y Sionismo.

BINDING SECT. JUN 3 - 1969

DS Ortega, Manuel L.
135 Los hebreos en Marruecos
M8 [2. ed.]
07
1919

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 13 02 03 09 015 4